www.forgottenbooks.com

Copyright © 2016 FB &c Ltd.
All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law.

A mi querido amigo D. Juan de Dios Lafuente, recuerdo de su afmo

S. Sanfuentes Perernol

N.ª Sra, 9 de 23/95

EL ALBUM

DE LA

GLORIA DE CHILE

EL ALBUM

DE LA

GLORIA DE CHILE,

HOMENAJE AL EJÉRCITO I ARMADA DE CHILE

EN LA MEMORIA DE SUS MÁS ILUSTRES MARINOS I SOLDADOS

MUERTOS POR LA PATRIA

EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

1879—1883.

POR

B. VICUÑA MACKENNA

ILUSTRADO POR LUIS F. ROJAS

TOMO II

SANTIAGO

IMPRENTA CERVANTES

Calle del Puente, núm. 15-D.

1883.

LIT. P. CADOT & C.ie

EL CORONEL

DON JOSÉ SILVESTRE URIZAR-GARFIAS

(Comandante en Jefe de la Division de Trujillo)

DON ABELARDO URIZAR-CORVERA

(Teniente de Granaderos a Caballo)

DON PABLO URIZAR

(Capitan de Artillería)

DON JOSÉ SILVESTRE URÍZAR

COMANDANTE EN JEFE DE LA DIVISIÓN DE OCUPACIÓN DEL DEPARTAMENTO DE "LA LIBERTAD"

I.

ESPUES de las irreparables pérdidas que causaron a nuestro noble ejército las tres batallas que dieron a Chile la posesión de Lima, es decir, el dominio del Perú, ninguna, en nuestro concepto, implica mayor dolor ni alcanza mayor significación para la república que la del coronel don Silvestre Urízar Garfias, comandante jeneral de la división de ocupación de los departamentos del norte de aquel país.

I decimos esto, nó a impulsos de la aflicción íntima que trae al alma la desaparición sucesiva de aquellos hombres que aun en épocas luctuosas fueron leales amigos, sinó porque en ese capitán ínclito i modesto no sólo perdió la patria un hombre de guerra distinguido, sinó uno de sus jefes de consejo, una alta probidad, un patriota esclarecido, un ciudadano por todos títulos virtuoso, especialmente como hombre de deber i como sostén de su hogar. Siendo célibe, el coronel Urízar Garfias era el padre de una numerosísima familia de hermanos.

Su extinción en medio de una epidemia incipiente i horrible, revistió para el país todos los caractéres de una catástrofe, i a la lúgubre sombra de aquella congoja común, vamos a esforzarnos por compajinar algunos de los rasgos más señalados de su noble existencia tan prematuramente cortada.

II.

Nació el coronel Urízar Garfias en Santiago el 15 de mayo de 1834, siendo su padre el conocido hombre público don Fernando Urízar Garfias i su madre la señora Dominga Garfias, deudos i consanguíneos entre sí (1).

Favorecido su padre por numerosísima i robusta prole masculina en su primer enlace (femenina en el segundo), hubo de buscar, para cada uno de los varones, carrera ancha en la arena estrechísima en que los chilenos, desde tiempo inmemorial a este respecto, jiran i se aprietan; i

---

(1) A título de documento para el futuro acopio de la carrera de nuestros ilustres servidores en la guerra, reproducimos en seguida la fe de bautismo del coronel Urízar, que dice como sigue:

"El infrascrito, cura rector de la parroquia de mi Señora Santa Ana, certifica que en el libro de bautismos, que corre de mayo de 1827, hasta febrero de 1837 años, a fojas 135 se encuentra una que copiada a la letra es como sigue:

"En la ciudad de Santiago de Chile en 17 de mayo de 1834 años, en esta iglesia parroquial de mi Señora Santa Ana báuticé i puse óleo i crisma a José Silvestre, de dos días nacido, hijo lejítimo de don Fernando Urízar i de doña Dominga Garfias. Padrinos don Antonio Garfias i doña María del Pilar Garfias; de que doi fe.—*Domingo Herrera.*"

así, cupo en lote a aquéllos, a unos la diplomacia, a otros el comercio, i a los más las armas. Elijieron este oficio el primojénito i el postrer nacido de aquella casa, José Silvestre i Pablo, i hoi ambos han muerto en el servicio de la patria. I en el intermedio de ambos, desapareció también su hermano Antonio, mozo intelijente que había sido diarista i secretario de legación, fundador de El Dia en el Callao. De los Urízar Garfias sólo sobrevive a estas horas un honrado negociante que sustenta su remoto hogar con el sudor de su frente en la Asunción del Paraguai, de donde suelen llegarnos los ecos de su jeneroso patriotismo. Su nombre es Diego Urízar. Sus hermanos, del segundo lecho, son Urízar Corvera, i el último de éstos, Abelardo, fué también soldado i también murió.

III.

Incorporado a la Academia militar cuando rejíala el jeneral Aldunate, a la edad de trece años (febrero de 1847), distinguióse don José Silvestre Urízar desde los primeros días de su prueba por la apacible serenidad de su carácter, por su porte igual i serio, por su inquebrantable pundonor. Era un niño i ya era un jefe. Pertenecía a esa raza de hombres que aprenden a mandar aprendiendo a obedecer, i por esto en su larga carrera de subalterno o superior, jamás una tilde, ni siquiera una sospecha, marcó su paso. Hubo un tiempo en que su ardoroso padre figuraba en todas las conspiraciones políticas de su ajitada época; pero la espada del capitán Urizar no fué un solo instante desceñida de su cintura por la desconfianza de quienes se la entregaran en prenda i custodia de lealtad.

IV.

Educado en las filas del 2.° de línea, como Villagrán i como Muñoz Bezanilla, era subteniente de ese cuerpo a los 20 años (1854) i capitán a los 26. En aquel tiempo se andaba despacio entre las espinas de los ascensos; pero el mérito notorio i sobresaliente del coronel Urízar llevóle siempre por buen rumbo i con propicio viento.

Después de servir 14 años en el 2.° de línea, el capitán Urízar fué nombrado segundo jefe del batallón de Artillería de Marina, a cuyo cuerpo prestó sus útiles servicios durante seis largos años, hasta que en 1874 el gobierno del presidente Errázuriz confióle, junto con el empleo de teniente coronel efectivo, el mando del 3.° de línea.

V.

El comandante Urízar tenía a la sazón 40 años, i su hoja de servicios no marcaba ninguna acción de brillo, apenas una que otra *entrada a los indios*, hechos que nosotros nunca hemos contado como campañas, por más que así i con altisonante prosa figuren en los archivos. Una trasnochada se anotaba en esa época como una acción de guerra, un galope de tres días como una campaña.

Por su índole tranquila, por su espíritu reflexivo, por sus hábitos pacientes i estudiosos, por su probidad minuciosa que recordaba la acrisolada honradez de oficinista de su intelijente padre, el comandante Urízar Garfias era señalado de preferencia para aquellos servicios delicados i de confianza que necesitaban la participación de la sagacidad i de la rectitud. Confiábale por esto de contínuo el gobierno la organización de documentos, informes i procesos militares que envolvían alguna grave responsabilidad; pero nunca aceptó fiscalías políticas en las que se hace triste deber el pesquisar las pasiones i los odios de los hombres. Todo lo contrario, en días de ajitación veíase por todos, amigos i adversarios,

llegar a aquel hombre de semblante sanguíneo pero dulce, como una garantía, casi como un amparo.

VI.

Cuando estalló la guerra recientemente terminada, hallábase el comandante Urízar Garfias desempeñando el puesto de inspector de la guardia nacional, i en él prosiguió durante un año, descansando el gobierno más en su habilidad de organizador que en sus dotes guerreras. I a la verdad, cuando en marzo de 1880 se le designó para organizar el batallón i más tarde rejimiento Talca, creyóse por muchos que el novicio cuerpo sería conducido a la pelea por un soldado de honor, más no por un héroe.

Padecieron sin embargo engaño los que tal predicción hacían, en razón del temple bondadoso de aquél jefe; pero aquellos que, como el vice almirante Lynch (a quien acompañara en su excursión al norte), le vieron durante siete horas al pie del Morro Solar, con su manta terciada sobre el pecho, siempre a caballo, desafiando en todas partes las balas convertidas en raudal de plomo, impasible i afable en medio del fuego i contestando al clamor de sus oficiales que le pedían se batiera a pie:—*¿Para qué, amigos? lo mismo se muere a pié que a caballo!*

Contábannos esto con calorosa unanimidad los mismos que en el campo de batalla le proclamaron uno de los verdaderos héroes de aquella cruel jornada, i así consta de todos los boletines, excepto del suyo propio.

En esto su modestia i su reserva iban a la par con su intelijencia i su conocimiento de los hombres i de las cosas de la guerra, "A más de su integridad, de su lealtad,—dice un jóven escritor que harto le conociera,—i de su celo, estaba adornado de cualidades, por desgracia, poco comunes en nuestro ejército. Bajo aquel aspecto reservado i firme, tras aquella fisonomía impasible i reposada, se ocultaba una intelijencia aguda i cultivada, un corazón delicado i sensible, un alma de artista i de profundo pensador."

VII.

Ascendido por su conducta en las campañas i especialmente en las batallas de Lima a la clase de coronel efectivo, casi como excepción, en mayo de 1881, recibió a fines de ese año la ardua i peligrosa comisión de ir a comandar las guarniciones aisladas que, en climas insalubres i en medio de los mil incentivos de una inmoralidad sin freno, se hallaban repartidas en las principales poblaciones de los departamentos de La Libertad i de Lambayeque.

La designación del gobierno era acertada, porque se necesitaba para conservar a nivel la moral i la salud del ejército, junto con la sumisión militar i política de las zonas ocupadas, de una rara combinación de tacto i enerjía, de sagacidad vijilante i de prudencia bondadosa.

I todas estas dotes formaban la base del carácter excepcional del coronel Urízar, este Dessaix chileno.

Gracias a su cautela, mantenía su tropa en rigorosa disciplina, e imponiendo pesado yugo a las poblaciones se lo hacía soportable a fuerza de templanza. Sin descender en un solo caso del puesto del deber, el coronel Urízar obligaba a pagar rigorosamente a los peruanos de su zona 200 mil soles mensuales, por medio de cupos que subían de 50 soles a 12 i 18,000, como los que pagaban los ricos hermanos Alzamora; pero nunca oyóse una sola queja contra sus procedimientos.

Quienes solían acusarlo de lenidad excesiva eran unos pocos de sus propios soldados, resueltos a hacer de la ocupación una conquista i de la conquista un botín. I a estos clamores, a que la lealtad del corazón hízose eco un día, el noble jefe, levantándose hasta la magnanimidad, diera

en los primeros días del año de su doloroso fallecimiento (1882) la siguiente respuesta en carta que nos escribiera desde Trujillo el 4 de enero:

...«Es verdad, señor i amigo, que soi blando con los peruanos que se conducen bien con nosotros i que en nada nos hostilizan; pero cuando éstos tratan de formar montoneras e incomodarnos de alguna manera, entonces sé también ser duro. Ejemplo de ello tienen Guadalupe i Chiclayo.

«Existe entre algunos de nosotros la idea de que estando en guerra con el Perú, debemos hostilizar a sus habitantes en toda forma, estrujándolos i esquilmándolos hasta obligarlos a hacer la paz. *Yo tengo otra idea en este asunto, i es que en nuestros actos debe dominar un espíritu de justicia i de benevolencia por la misma razón que somos vencedores.* Esta, que es mi *idea fija, es la que nos hará caminar a la paz.*

«En Huacho estuve siete meses al mando de una división de nuestro ejército. Nos retiramos después, siendo luego ocupado por fuerzas peruanas. *Hoi claman por la vuelta de los chilenos, a consecuencia del mal trato que sufren por sus mismos paisanos.*»

«Aun cuando no vemos esperanza de una próxima paz, ella al fin vendrá,—añadía el coronel Urízar; — volveremos a ser hermanos de nuestros enemigos de hoi, i entonces ¿no cree usted que los odios desaparecerán más fácilmente recordando que hemos sido no sólo justos sinó jenerosos con el vencido?» (1)

(1) En esta misma carta, el coronel Urízar vertía su opinión sobre el conflicto norte-americano suscitado por el ministro Blaine, en los términos siguientes:

«Como usted, creo que nada tendremos en definitiva con los yankees, siempre que el *país i nuestro gobierno no aflojen.* Usted, mucho mejor que yo, conoce las tendencias del gobierno de Estados Unidos, que es dominar en el Pacífico, i sobre todo, ahora que los notables del Perú le hacen convites mui tentadores.»

VIII.

Cuando en pos de blando pero eficaz apremio del vencido se presentó en los cuarteles de Trujillo la atroz pestilencia, prevista i señalada de antemano a la ocupación i a sus adictos, el coronel Urízar se colocó a la altura de la situación. Voces anónimas le han acusado de indolencia; pero por fortuna, i como si hubiese querido apagar el ruido sordo de los pasos de la calumnia aún más allá de su austera tumba, el comandante en jefe de la división chilena dejó escritas cartas como la que dirijió el 8 de febrero al comandante de armas de Talca i el 15 al autor de esta reseña, en las que palpita no la solicitud de un jefe, sinó el cariño anheloso de un padre por su tropa. El coronel Urízar no omitía una sola precaución, una sola medida de detalle para protejer la vida de sus soldados, i aun para velar su agonía. A tan sublime abnegación debía sucumbir i sucumbió. Su última carta conocida es del 15 de febrero de 1882 i el 22 era ya un cadáver.

IX.

Triste, inconsolable arcano es aquel de morir, como el coronel Urízar, envuelto en los pliegues del sudario de una fiebre ponzoñosa, cuando se ha vadeado incólume el charco de las batallas al tronar de los cañones. Pero no se crea que aquel chileno ilustre había doblegado su ancho pecho al peso de aquellas escenas ingloriosas, horribles calamidades de la epidemia, del hospital i de las sepulturas.

Nó. Su alma de soldado, suspiraba por nuevos combates, i éstas palabras suyas, de que nos hiciera confidente en la víspera de su desaparición de la escena de la vida i de la guerra, i que damos a luz con orgullo, son acaso el mejor galardón de ésta i de su gloria.

«Estoi mui deseoso,—nos decía el día 15 de

febrero de 1882,—que se me conceda el *permiso correspondiente* para ir a hacerle una visita al señor Montero en Cajamarca. Sólo pido para esto 100 hombres más de caballería i 300 infantes.

«Con este continjente haríamos desaparecer de la escena al contra-almirante i dominaríamos en toda la sierra, *dominio que necesitamos para dejar libres i tranquilos a los departamentos de la Libertad i Lambayeque.*

«Por otra parte, concluiríamos del todo con la única *farsa* de gobierno que nos queda.»

X.

Una palabra íntima, devolución tristísima de la leyenda heroica que acabamos de escuchar, nos será permitida antes de concluir.

Hemos dicho que el coronel Urízar Garfias era un hombre de virtud austera, i aunque no tenía hogar propio, partía por mitad sus escasos haberes con el que una segunda madre había formado en torno suyo. I esto ejecutábalo con tal puntualidad, con tan sincero desprendimiento, con tan natural alegría, que en el mismo día en que recibió sus despachos de coronel efectivo, aumentó su pensión de familia a 150 pesos, que era hasta donde podía llegar en su pobreza i en su graduación un sublime desinterés.

I bien. Cuando la noble matrona que ha perdido en dos años tres hijos i tres protectores ocurrió por la pensión de febrero de 1882, los impasibles funcionarios de Chile encargados de repartir el pan a los huérfanos, le cerraron comedidamente la puerta porque el jefe de la división de Trujillo no había muerto, conforme a la, así llamada, *lei de recompensas*, por el plomo sinó por el horrible virus de horrible epidemia.

¿Tiene nombre semejante cruel i desnaturalizado contraste?

Entretanto, nosotros sostenemos, con la mano en la conciencia, que los hombres que así sucumben mueren a bala, salvo que el proyectil no puede ser extraído por las tenazas de los cirujanos, porque no está metido dentro de la carne sinó en el fondo del alma, sufrida, magnánima, abnegada al culto de una patria digna de ser amada pero en más de una ocasión olvidadiza e ingrata.

XI.

Hasta hoi al menos (setiembre de 1884) la desgraciada i casi desvalida familia a que el coronel Urízar sirvió de abnegado padre, no ha recibido un solo maravedí a título de su vida heroica de soldado ni de su muerte más heroica todavía.

Más aún, i esto es profundamente doloroso.

El Congreso Nacional ha negado a su familia el reconocimiento de una pensión debida a título de que no era hijo. ¿I cómo había podido serlo si siempre había sido padre de los suyos?

XII.

En cambio i como una compensación póstuma pero altamente honrosa para su memoria, el ejército de Chile vistió un verdadero luto por su desaparición, en Chile i en el Perú. «A todos consta su gran lealtad,—decía uno de sus más caros compañeros, al tener noticia de su inesperado fallecimiento,—a todos consta su gran lealtad, su probidad, su intelijencia i su entereza de carácter. Su valor probado está patente i se lució en Chorrillos como todo el país lo sabe.»

Esto escribía el coronel don José A. Varas en Santiago el 3 de marzo de 1882, i repitiendo el eco de un dolor común, el coronel, hoi jeneral de brigada, don José Francisco Gana, agregaba desde Lima al día siguiente estas palabras:—«La pérdida de nuestro querido i valiente Urízar nos ha llenado a todos de profunda pena.»

Por último, su propio segundo en el mando

del sufrido i nobilísimo batallón Talca, el sarjento mayor entonces i hoi bizarro coronel don Alejandro Cruz, vencedor en Huamachuco, así daba cuenta de los últimos instantes del amado caudillo al jefe político de la provincia de su procedencia, en carta de Trujillo febrero 22 de 1882.

"A la triste estadística de la muerte que de tiempo atrás estoi haciendo a V. S., debo agregar hoi otra víctima, la más dolorosa, la más irreparable de todas: el coronel Urízar primer jefe del batallón Talca.

"El coronel Urízar, modelo de serenidad i de valor en los campos de batalla, modelo de bondad, caballerosidad i disciplina en el cuartel, fué el hijo acabado de la abnegación en la terrible epidemia que aflije actualmente a esta funesta ciudad de Trujillo.

"Cada víctima del flajelo le llevaba un pedazo del corazón i constantemente a la cabecera de los enfermos, recibió el pernicioso contajio que en tres días no pudieron combatir todos los recursos de la ciencia aplicados por manos cariñosas.

"Cuando esta nota llegue a las manos de V. S. ya el telégrafo habrá trasmitido la fatal nueva al pueblo de Talca, reproduciendo en él el dolor i la consternación que ha ocasionado aquí, no sólo en el cuerpo que ese pueblo le confiara i que dirijió de una manera brillante, sinó en los otros de la guarnición i aun en el pueblo de Trujillo, que supo apreciar sus distinguidas cualidades.

"No soi yo el llamado, ni es ésta la oportunidad de hacer la historia de tan ilustre jefe: me limito a condolerme con V. S. i por su conducto con el pueblo de Talca de una pérdida que no solamente afecta al batallón que creó, formó i condujo a la victoria, i al pueblo que representó tan heroicamente, sinó al ejército que ha honrado con sus virtudes, i al país que ha enaltecido con sus importantes servicios."

XIII.

Tal fué la alta, probada, por muchos conceptos excepcional vida del mayor de los Urízar.

Pero esta relación de un martirio sublime no está terminada, porque fueron cuatro los de su raza (incluyendo a su hermano Antonio que militó en la guerra desde su orijen como hombre civil), los que hicieron a Chile la ofrenda de su existencia en crueles días ya pasados, i de ello algo habremos de decir en estas pájinas para completar el noble grupo, al pie del ara.

DON PABLO URÍZAR

CAPITÁN DE ARTILLERÍA

I.

DON Pablo Urízar Corvera, capitán de artillería, muerto en Valparaíso a principios de diciembre de 1879, a causa de sus heridas recibidas al mando de una batería en la falda del cerro histórico de la Encañada el 19 de noviembre precedente, era hijo de Santiago i del antiguo administrador de la Aduana de Valparaíso don Fernando Urízar Garfias, hermano de padre por consiguiente del ilustre jefe cuya memoria acabamos de recordar. Su madre, de quien fuera primojénito i que alienta aún sufrida vida, es la virtuosa señora doña Pabla Corvera.

Restablecida la influencia política de su padre, que en los días de Portales había rayado mui alto, pues fué su oficial mayor, su secretario i su confidente, puede decirse que el joven artillero había sido llevado al ejército en alas de aquella influencia.

En 1870, era alumno de la Academia Militar de Santiago, cuando acababa de romper las primeras ligaduras escolásticas de la pubertad. Nombrado alférez de artillería al año siguiente, era separado de su cuerpo junto con sus más brillantes compañeros por una triste maniobra política i de cuartel en 1876.

II.

Llamado otra vez al servicio por las exijencias de la guerra que de improviso estalló en nuestro horizonte en febrero de 1879, arrastróle consigo, en primera línea, el entonces comandante Velázquez, que conocía su mérito, para organizar el segundo i famoso rejimiento de artillería que resistió a todas nuestras batallas i casi por sí solo debía decidir la primera acción campal de la campaña desde las cumbres i desde el faldeo del cerro de la Encañada en San Francisco.

Ascendido con este motivo a teniente, en marzo del primer año de la guerra, el joven Urízar hizo la corta campaña, o, más propiamente, el reconocimiento militar del río Loa que se ha llamado el combate de Calama, al mando de dos cañones de montaña, i, en consecuencia, era nombrado capitán de su batería casi en la víspera de la batalla en que, junto con el capitán Carvallo (ascendido éste durante su larga agonía a teniente coronel), debía perder la vida.

III.

La bala boliviana que, destrozando el hombro derecho del bizarro artillero, lo postró en una

camilla de soldado para venir a morir entre los suyos, arrebató al arma de artillería del ejército de Chile una de sus más lejítimas esperanzas. Estudioso, honorable, valiente, entusiasta como un niño, cumplido como un veterano, el capitán Urízar había hecho su carrera hasta el dintel de una jefatura en sólo diez años. Más que esto, su notoria capacidad en el arma que había elejido, pasó una vez por la prueba del infortunio, sin quebrarse. El alférez Urízar había sido separado del rejimiento de artillería el año último, como lo habían sido Velázquez, Novoa, Salvo ¿quién más? Montoya, Carvallo, José Joaquín Flores, una larga fila de héroes que ya no responden al llamado de la lista de cuartel porque sus cadáveres quedaron como protestas en los campos de batalla.

Pero como ellos, también había vuelto a su viejo cuerpo en razón únicamente de sus aptitudes; i como el último de sus compañeros que acabamos de recordar, i a cuyo lado recibió en el pecho el plomo que lo mató, buscó en la hora de adversidad menos ingrata profesión que la de las armas. El capitán Urízar se hizo arquitecto, i su trabajo de prueba para recibir su título fué la composición en dibujo i por escrito de una *Academia militar* en vasta escala. Así el joven oficial científico devolvía el desaire a la rutina, que lo había echado a la calle siendo un honor i una esperanza para su cuerpo.

En consorcio con su distinguido hermano, el ya recordado coronel don José Silvestre Urízar, trabajó, además, el laborioso alférez, un texto práctico de artillería para el manejo de las clases de su arma, i uniendo a la teoría la prueba, cubrió durante largo período con su compañía la dura guarnición de Magallanes.

IV.

Pero el capitán Urízar no sólo era un oficial capaz i científico, no sólo era un valiente ya probado: albergaba en su alma el vivo pundonor de su carrera.

Sábese que él comandaba los dos cañones de Calama, donde, sin la más leve culpa suya, esas piezas, como en la quebrada de Tarapacá, hicieron figura desairada en la llanura. Por esto su alma ardía en el anhelo de probar que con cañones o sin ellos sabría cumplir su deber; i, en consecuencia, recordando la antigüedad con profético i melancólico acento, dijo en Antofagasta a un amigo, al tiempo de partir:—*¡Volveré con el escudo o sobre el escudo!...*

Era esa la locución heroica con que los soldados de Temístocles i de Epaminondas anunciaban a sus deudos que sabrían vencer o sabrían morir.

El capitán Urízar supo vencer i supo morir como los espartanos. I respecto de la manera cómo cumplió esto último, nos es grato recordarlo, cerrando esta pájina de aflictivo recuerdo con las palabras de un compañero de armas, tan denodado como él, i que le vió pelear i caer al pie de la cureña. «El hecho de haber recibido una herida,—escribía sobre su almohada de herido el alférez García Valdivieso, a un hermano del capitán de la batería de la Encañada de San Francisco, i al día siguiente de su fallecimiento, —el hecho de haber recibido una herida al mismo tiempo que su valeroso hermano, me impide ir yo mismo a manifestar a usted la dolorosísima impresión que me ha causado su muerte. Alférez de su compañía, tuve el placer de conocerlo i apreciarlo; compañero suyo en el combate, su ejemplo i su valor nos animó e infundió ánimo para luchar con un enemigo infinitamente superior.

»Consuelo debe ser para usted no estar solo en su dolor. Nosotros, sus hermanos de armas; nosotros, sus compañeros, i con nosotros todos los chilenos, lo acompañamos en su duelo; usted

pierde un deudo querido, la patria entera a uno de sus más valientes i esforzados hijos."

V.

I es así, ¡oh juventud de Chile! cómo entre sangrientos vendajes i con el aliento de tierna i jenerosa emulación, los unos en el campo de batalla, los otros a la sombra de techo amigo, todos en el deber i en el amor de la patria, estáis escribiendo la historia imperecedera de vuestra propia imponderable i sublime heroicidad!

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

recibió mortal herida en el pecho en los primeros días de marzo de 1883, esto es, dos años largamente cumplidos desde la ocupación de Lima.

Los tres hermanos Urízar habían sabido vivir como tres jenerosos jérmenes de Chile; pero por lo que llevamos referido de ellos, decididamente los tres no tuvieron suerte para morir!

Que la gloria les absuelva de esa desdicha mientras su fama quedará esculpida para durable recuerdo en las tablas de la gratitud de la patria.

Lit P. Cádot i Cía

EL GRUPO DE LA CONCEPCION

DON **ARTURO PEREZ CANTO**
(Subteniente del Chacabuco)

DON **JULIO MONTT SALAMANCA**
(Subteniente del Chacabuco)

DON **IGNACIO CARRERA PINTO**
(Capitan de la 1.ª Compañía del Chacabuco)

DON **LUIS CRUZ**
(Subteniente del Chacabuco)

DON IGNACIO CARRERA PINTO

CAPITÁN DE LA 4.ª COMPAÑÍA DEL BATALLÓN CHACABUCO

I.

LEGADA es en este libro, que ya va corrido lejos de su zenit de gloria i de lágrimas entre enlutadas nubes e inacabables resplandores; llegada es, decíamos, la hora de las agrupaciones por la prisa de concluir, por la brevedad de los días, la cortedad de las pájinas reducidas a simples lápidas de lacónicos pero heroicos epitafios.

Después de los árboles cubiertos, cabe su lugar a los verdes retoños tronchados en haz por la segur de la muerte, i es esta la parte de tarea que nos queda principalmente por cumplir.

Corresponde de derecho la primera pájina de esa agrupación del heroísmo colectivo en la familia, en el rejimiento, en la compañía, en el vivac de los Andes del Perú, a los cuatro sublimes mancebos que pelearon en la plaza i en el cuartel de la ciudad de La Concepción en la tarde i en la noche del día 9 i en la aurora i en la mañana del 10 de julio de 1882 hasta no dejar un solo cartucho por quemar—"uno contra veinte," setenta i siete inmortales contra una jauría embravecida de mil ochocientos asaltantes, que aún para vencer aquel puñado de chilenos necesitaron hacer alto al fuego i pedir refuerzo.

II.

En ese combate, que recuerda los de Esparta, los soldados eran setenta i tres, los oficiales cuatro, i entre éstos, el caudillo, el capitán de *los setenta i siete*, que así habrá de denominarlos la historia, llamábase Ignacio Carrera Pinto, cuya noble vida vamos lijeramente a contar aquí en grupo junto con la de sus compañeros.

III.

Ignacio Carrera Pinto, hijo del buen ciudadano don José Miguel Carrera Fontecilla i de la digna señora doña Emilia Pinto Benavente, no ha mucho fallecida, era por su paterna estirpe nieto del ilustre dictador de Chile don José Miguel Carrera i llevaba el nombre histórico de su bisabuelo don Ignacio de la Carrera, brigadier de Chile i padre de los tres desdichados hermanos de su sangre que perecieron en el patíbulo de las venganzas políticas en la plaza de Mendoza (abril 8 de 1818 i 4 de setiembre de 1821), pueblo entonces semi-salvaje de las Pampas.

El nieto de los últimos pereció como ellos, pero en más glorioso sacrificio, en la plaza de La Concepción pueblo semi-salvaje también de la sierra del Perú, esparcido en esas apartadas

cumbres, i sosteniendo el honor de su patria hasta rendir él i los suyos, todos sin excepción alguna, su último aliento.

En los días de las catástrofes no es costumbre ni siquiera estratejia en el ejército de Chile reservar una sola vida que le sirva de emisario. En tales casos se acostumbra i se prefiere el silencio de la muerte i su sudario.

IV.

Entretanto, el último de los Carrera, que llevara el nombre de Ignacio, habia nacido en Santiago hacia el año 1848; i recordamos todavía con la viveza de un cuadro de familia, de un paisaje de nuestra rústica campaña, su rostro abierto i risueño, su ademán travieso i audaz, cuando diez años más tarde, veíamosle correr desalado en brioso caballo i sin montura por los callejones de Peñaflor, o mecerse atrevidamente como pájaro inquieto en medio de los cantos de la primavera, suspendido cual los últimos al follaje de los sauces babilónicos que riegan las anchas i azuladas acequias de aquellos encantadores sotos, dignos del nombre que de antiguo llevan porque fórmanlos las aguas, las peñas i las flores—"Peñaflor."

V.

Distraído de estudios i adicto a turbulentas novedades, crióse Ignacio Carrera en cierta soltura; i muerto prematuramente su buen padre, en Lima (setiembre de 1860), emprendió desde mui niño negocios de arreos de ganado que lo llevaron a Mendoza, sitio aciago para su nombre, donde vivió de trajines i percances durante varios años.

VI.

Restituido a su ciudad natal hacia el año de 1871, fué llevado por antiguo amigo de su padre a una mesa de la intendencia de Santiago, donde sirvió con intelijencia i una lealtad de sentimientos que enaltecía su alma en los contrastes.

Consagróse después a variadas tareas, prefiriendo las del campo, i cuando estalló la guerra en febrero de 1879, fiel a su nombre i a sus tradiciones que datan desde el primer Carrera venido desde Vizcaya (Rentería) al suelo de Chile hace más de doscientos años, i cuyo nombre fué el mismo que él, según dijimos, llevara, alistóse de sarjento. El primer Carrera, célebre por su valor i sus aventuras, por sus desdichas i sus victorias, bajo el gobierno del cruel caballero don Francisco de Meneses, gobernador de Chile en el último tercio del siglo XVII, llamábase también Ignacio, i a su ejemplo, su nieto de la sétima o octava jeneración corrió a las armas al primer sonido de los clarines que a ellas apellidaron a los chilenos en los primeros días de 1879.

VII.

A contar de esa hora, la existencia de Ignacio Carrera Pinto está estampada en cuatro líneas i en cuatro fechas de su hoja de servicios.

1879, sarjento del Esmeralda.

1880, subteniente del mismo cuerpo.

1881, teniente del Chacabuco 6.° de línea.

1882, capitán de la 4.ª compañía de ese batallón, por nombramiento de 20 de mayo.

No alcanzó el joven héroe a leer su último despacho, pero señaló su breve carrera con hazaña antes no ejecutada i que ha merecido el raro honor de la unanimidad de un voto del Congreso, (julio de 1882.)

VIII.

Combatiendo en el Alto de la Alianza a la vista de Tacna, una bala le había advertido tem-

prano de su luctuosa empresa, i acompañando a su jefe en los ásperos faldeos del Morro Solar en el día de Chorrillos, había arrancado por su serenidad i su arrojo una mención especial de aquél en un parte oficial de la sangrienta jornada. Tocó al Chacabuco rivalizar ese día en el empuje del asalto i en la carnicera brega por la subida a las cimas a la par con tres de los más afamados rejimientos del ejército de Chile:—el 4.° de línea, el Atacama i el Talca; i así perdió su cuerpo catorce de sus oficiales i casi todos sus capitanes; Moltke, Sota Dávila, i el hermoso cuanto juvenil Camilo Ovalle, ese Adonis sacrificado en los altares de Marte.

IX.

Ignacio Carrera salió ileso del torbellino de plomo derretido que allí vomitaron cuarenta mil combatientes, i aun logró regresar por breves días en el invierno de 1881 al seno de su patria para visitar por la última vez sus lares.

X.

Devuelto a Lima, i ascendido ya a capitán de la 4.ª compañía de su batallón, marchó con éste a la sierra en la tercera o cuarta estéril entrada que, contra todos los consejos de la ciencia militar i las lecciones de la historia, allí ubicada entre horrores, emprendiérase, por órdenes de la Moneda, contra un enemigo eternamente invisible o eternamente prófugo.

Deshecho, en efecto, el caudillo Cáceres en la jornada de Pucará por el brillante coronel don Estanislao del Canto, que había subido a las sierras después de las infructuosas expediciones militares del comandante Letelier i del pundonoroso coronel (hoi jeneral) don José Francisco Gana, habíase detenido el primero de aquellos jefes en las orillas del invadeable río Pampas, accesible ahí sólo por el histórico puente de Izcuchaca. I no teniendo aquél enemigos que combatir, excepto la puna i el tífus, que diezmó su jente, escalonó sus batallones desde Tacna a aquel puente guarneciendo los pueblos intermedios de Jauja, La Concepción i Huancayo como dentro de otros tantos cuarteles de invierno. La 4.ª compañía del batallón Chacabuco, cuerpo que había llegado de refresco al mando del bizarro comandante Pinto Agüero, el más joven pero no el menos intrépido de nuestros jefes de fila, fué designado para custodiar pacíficamente el pueblo de La Concepción, medianero en la serie de posiciones del valle andino.

XI.

Por esa misma fatal seguridad, dejóse aislada aquella reducida fuerza mientras se creía al jeneral Cáceres, caudillo infatigable, refujiado en Ayacucho con sus desmoralizados restos de Pucará. Mas un día inesperado de los comienzos de julio de 1882 (el 9 i el 10), Cáceres pasó de improviso con sus hordas, que llegaban a numerar quince i hasta veinte mil combatientes, el descuidado i desguarnecido puente de Izcuchaca, posición estratéjica de primer orden; i mientras con el salvaje empuje de la sorpresa arrollaba al batallón Santiago, matándole dos de sus oficiales de avanzada (Retamal i Garai, en Marcaballe), junto al Pampas i a la vista de su famoso viaducto, despachaba en esa misma hora a vanguardia al coronel Gastó, jefe de una división de tiradores i de indios montoneros fuerte de mil ochocientas plazas.

XII.

El pueblo pastoril de La Concepción que el Pampas rodea por su base, formándole cintura de hondos i abruptos barrancos, no era, bajo concepto alguno, una posición militar, porque además de hallarse su caserío esparcido en las ribe-

ras de aquel, domínalo por completo una hilera de colinas puestas en anfiteatro i a cuya mayor altura denomínanla por agreste «cerro del león».

Por órdenes expresas de Cáceres que, mediante el afán de sus espías (que lo eran todas las jentes del país, hombres, mujeres i niños) conocía los movimientos de nuestras fuerzas, marchó el coronel Gastó con su columna al amanecer del 9 de julio desde el pequeño pueblo vecino de San Antonio, en demanda de la aislada guarnición chilena, dejada por una imprevisión casi incomprensible en una guerra de asechanzas, sin un solo soldado de caballería, ni siquiera un ordenanza montado.

XIII.

Pasando así, a escondidas, tras de las alturas de Santa Rosa, Quichiguay i Huaychulo que encubrían su movimiento como dentro de un desfiladero, coronó de improviso a las dos i media de aquella tarde el guerrillero peruano la cima de las colinas a cuyo pie yace, como dentro de una sepultura, el desaliñado pueblo de La Concepción, dibujado en tres porciones por arquitectos indíjenas, i comenzó a media tarde el porfiado, terrible i desigual combate.

«La avanzada del coronel Gastó,—dice una relación peruana que tenemos a la vista,—rompió los fuegos; los chilenos contestaron saliendo de su cuartel que estaba situado en la plaza, ocuparon las torres de la iglesia, se posesionaron de su cuartel, desplegando también en guerrilla por las boca-calles de la derecha e izquierda de la ciudad; nuestras avanzadas sostenían el fuego hasta que las fuerzas que mandaba el coronel Gastó coronaron el cerro antedicho: entonces fué cuando se encarnizó el combate ocasionando como era natural en ambos combatientes, algunas bajas; allí cayó herido el teniente coronel Carvajal.

«A las cuatro de la tarde sucedía esto; a las cinco, nuestras fuerzas habían tomado la ciudad i rodeado completamente a los enemigos, quienes fueron a refujiarse dentro de su cuartel, i continuaron defendiéndose.

«A las seis i media ordenó el coronel Gastó se tocara cesar el fuego, porque las municiones se estaban concluyendo i había necesidad de sostenerse hasta que viniera *el refuerzo que había pedido...*»

XIV.

Aquel combate de veinte horas i veinte veces desigual había durado sólo cuatro horas, i el puñado de leones chilenos que se defendía sin humano aviso ni socorro, había a esa altura del tiempo ganado el día.

Setenta i siete soldados chilenos habían obligado a mil ochocientos peruanos a pedir amparo!...

Llegado este socorro al aclarar el 10 de julio, día invernal i tardío, «se empeñó nuevamente—dice la versión peruana ya citada, que es de reciente data (julio de 1884),—un encarnizado combate, ocasionando treinta i tantas bajas en nuestras fuerzas; pero la guarnición del Chacabuco, inclusive los oficiales Carrera Pinto, Pérez Canto, Cruz i Montt, que fueron tendidos en la plaza de aquella población, *toda fué exterminada.*»

XV.

Cierta era, por desdicha, más no para deshonra de nuestras armas, la última honrosa frase. La compañía guerrillera del batallón Chacabuco había sido exterminada, desde su capitán a su corneta, pero sus setenta i siete combatientes bajo el tricolor no habían perecido tras el muro del parapeto ni en el rincón de cobarde si bien ofrecido albergue, sinó «tirados todos en la plaza», al aire libre, con sus espadas desnudas i sus ri-

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

pre habéis hecho uso para con esos prójimos de la humanidad degradada.

„Soldados: Seguid siempre en el sendero de vuestro entusiasmo i abnegación; conservad la sangre fría i arrojo de los Caupolicanes i Lautaros; sed siempre dignos de esos mismos, i habréis conseguido la felicidad de la patria. Chilenos todos: un hurra a la eterna memoria de los héroes de La Concepción!„ (1).

---

(1) Es un acto de simple i llana justicia dejar aquí constancia de los nombres de todos aquellos bravos (los 77 de La Concepción) que como los soldados de Pizarro en la isla del Gallo, ha conservado la historia.

Esos nombres han sido ya grabados en el mármol del túmulo expiatorio que en la cripta del templo de la Gratitud Nacional de Santiago dedicaron a los bravos anónimos de aquella jornada sus nobles compañeros de armas, i esa lista, fielmente copiada, dice así:

BATALLÓN CHACABUCO 6.° DE LÍNEA.

Lista nominal i clasificada de los señores oficiales e individuos de tropa que guarnecian a La Concepción i que perecieron en dicha plaza el 9 i 10 del presente mes.

4.ª compañía, capitán, don Ignacio Carrera P., i subteniente, don Arturo Pérez Canto; 5.ª compañía, subteniente, don Julio Montt S., agregado; 6.ª compañía, subteniente, don Luis Cruz M., agregado; 4.ª compañía, sarjento 1.° Manuel Jesús Silva; sarjento 2.° Clodomiro Rosas. Cabos 1.° Gabriel Silva, Carlos 2.° Morales, Juan Ignacio Bolívar; cabo 2.° Pedro Méndez. Soldados: Tiburcio Chandía, Amador Gutiérrez, Juan Ferra, Pedro N. Zúñiga, Pablo Ortega, Avelino Olguín, José María Espinosa, Pablo Trejos, José Félix Valenzuela, Agustín Molina, Rafael Otárola, Félix Contreras, Enrique Reyes, Francisco Sepúlveda, Francisco Escalona, José Argomedo, Juan Bautista Muñoz, Abelardo Silva, Efraín Encina, Vicente Muñoz, Emilio Correa, Maiano González, Pedro Moncada, Anjel Agustín Muñoz, Juan Hinojosa, Eduardo Aranís, Manuel Antonio Martínez, José Arias, José del Carmen Sepúlveda, Emilio Rubilar, Máximo Rorpes, Pedro Lira, Erasmo Carrasco, Estanislao Rosales, Emigdio Sandoval, Plácido Villarroel. Estanislao Jiménez, Juan Bautista Campos. Florencio Astudillo, Pablo Guajardo, Juan Sandoval, Juan Bautista Jofré, Manuel Contreras, Rudesindo Zúñiga, Hipólito Utrera, Agustín 2.° Sánchez, Lorenzo Aceitón, Gregorio Maldonado, Bonifacio Lagos, Manuel Jesús Muñoz, Bernardo Laque, Lindor González, Toribio Morán, Lorenzo Serrano, Luis González, Lorenzo Torres, Lorenzo Jofré, agregado, Juan 2.° Rojas, id., José Jerónimo Jiménez, id., Francisco Contreras, id., Pablo González, id., Zenón Ortiz, id., Miguel Prado, id., Juan Montenegro, id., Casimiro Olmos, id.

TOTAL.

Capitán	1
Subtenientes	2
Sarjento 1.°	1
Id. 2.°	1
Cabos primeros	3
Id. segundos	1
Soldados	67
Resumen	76

Lima, julio 12 de 1882.—*A. Valenzuela.*—V.° B.°—Pinto Agüero.

Murió también en el combate de la Concepción un soldado del Lautaro llamado Pedro González i con éste se completan los setenta i siete.„

XVIII.

Han comparado algunos la jornada mediterránea de La Concepción a la marítima e inmortal de Iquique. Mas la austera historia, cuya misión es no amoldarse a las transitorias vanidades de los tiempos, sinó sobreponerse a ellas, sin aceptar parangones que constituirían una rivalidad doméstica dentro de una sola gloria, habrá de decir únicamente a las jeneraciones que los marinos i los soldados de Chile, en la mar como en la tierra, sobre las olas o sobre la montaña nunca supieron rendirse.

I esto basta!

DON JULIO MONTT

SUBTENIENTE DEL CHACABUCO

I.

HECHA ha quedado en las pájinas anteriores de este libro la lista de los que en La Concepción pelearon dos días i una noche sin rendirse, i en consecuencia habrá de necesitarse espacio estrecho para hacer memoria de los tres sublimes niños que allí secundaron a su capitán i a su lado murieron.

El subteniente Julio Montt tenía al morir solo veinte años.

El subteniente Julio Hernández, diezinueve.

El subteniente Cruz, apenas dieziocho.

Indecisos para escojer la miés de la muerte i en el orden de prioridad de los años, elejimos en estas memorias, que forman un libro de lágrimas, pero que tienen las compensaciones sublimes de la inmortalidad, la designación de la suerte. La fama de los hechos memorables, así como el baldón del banquillo, es también susceptible de ser diezmada...

II.

Julio Montt Salamanca, fué hijo del apreciable caballero don Manuel Montt Goyenechea, i de la señora Leonarda Salamanca, noble matrona fallecida en 1878, es decir, en la víspera de la guerra que había de matarle su hijo, amado por ella con indecible terneza.

Julio no había venido solo al mundo; porque en el regazo de su madre hízole compañía un jemelo a quien pusieron con donaire el nombre de César—"Julio César",—i ambos nacieron asidos por una sola vida en Valparaíso el 26 de setiembre de 1861. Ambos hiciéronse soldados más o menos por el mismo tiempo i para iguales fines.

Julio entró al rejimiento Curicó para marchar a Lima. César se hizo carabinero de Yungai para pelear las batallas de la patria a la vista de su hermano.

III.

No se creyó por nadie en Casablanca, lugar de la residencia de su padre, que el subteniente Montt hiciera lucida figura en la guerra. Era un niño de hermosa i casi artística cabeza (cual se deja ver en su retrato), de ojos profundamente azules i melancólicos i de una contestura frájil i enfermiza, a tal punto que un tenaz mal de garganta le traía desde la niñez luchando con la muerte.

De suerte que cuando se supo en la aldea del

hogar la brillante manera como se había conducido en el Manzano i en Chorrillos el antes delicado mancebo, hubo entre los suyos tanto regocijo como admiración: sólo su padre no se sorprendió porque le conocía más allá de la trasparente corteza de su sér. "Era rasgo distintivo de su caracter,—nos ha dicho el autor de sus días en tierna carta escrita en el segundo aniversario de su muerte (9 de julio de 1884),—ser tan pundonoroso, que antes de merecer reproches por faltas cometidas, habría preferido recibir cien balas, porque dentro de un cuerpo al parecer de junco se encerraba un alma de roble."

IV.

I esa era la verdad, porque un testigo extranjero i abonado, el doctor irlandés O'Regan que lo curaba de su dolencia física i conocía su moral, agrega sobre él que fué un soldado tan valiente como modesto: "*a soldier as modest as he was brave.*"

El doctor irlandés no había a la verdad esperado mucho éxito para su fama al ver partir aquellos dos niños que acababan de ser arrancados al almácigo de su hogar i de su aldea (*fresh from the nursery*). Pero el eco de Chorrillos i después el de La Concepción, llegó pronto a desengañarlo.

V.

Está ya contada la muerte del subteniente Montt del Chacabuco, i así queda escrita también la vida de este querido adolescente, porque, como lo dice con filosófica exactitud el capitán de su propia compañía en el rejimiento Curicó, don Daniel Polloni,—"¿Qué puede contarse de la infancia de un sér que ayer era un niño i hoi sólo es un niño muerto?"

La única diferencia está en que la cabeza del primero tenía por aureola la risueña vida, i la del último, la imperecedera corona del martirio en la inmortalidad.

DON LUIS CRUZ MARTÍNEZ

SUBTENIENTE DEL CHACABUCO

I.

LUIS Cruz Martínez, el más temerario de los combatientes de La Concepción, fué hijo de un misterio,, pero desde la edad de dos meses le crió en Curicó como madre adoptiva doña Martina Martínez de Franco, i esto es todo lo que de su ignorada cuna se sabe.

De su escuela dice uno de sus compañeros de aula lo que sigue, casi tan vago como su cuna:

"Al estallar la guerra, estudiaba el cuarto año de humanidades en el liceo de este pueblo, siendo el alumno más aventajado con que contaba ese establecimiento. Vasta memoria, intelijencia despejada, aunque demasiado tierna, i conducta ejemplar, eran las prendas que auguraban al joven estudiante un porvenir seguro i un sólido bienestar a su familia.

"Una larga lista de premios confirma lo que dejamos apuntado."

De su virtud, dejó él mismo noble memoria, porque cuando ascendió a cabo dispuso en favor de su madre adoptiva i desvalida una mesada de ocho pesos, i cuando ascendió a subteniente subió el precio de su gratitud a treinta pesos, los dos tercios de su haber.

En cuanto a su valor, había peleado como sarjento en Chorrillos i días antes de morir soñaba con nuevas batallas.

"Por acá,—escribía desde Jauja a Chile el 3 de julio,—se corre con mucha insistencia que iremos al departamento de Arequipa; el ejército lo desea i está que se muere de ganas de ir cuanto antes. Yo estoi mui contento con la noticia. Así como salvamos en el Manzano, en San Juan i Miraflores, podemos salvar, si Dios quiere, en Arequipa. Iré, pues, con muchísimo gusto al encuentro de los enemigos de Chile."

II.

Según todas las noticias recojidas, inclusas las auténticas del Estado Mayor Jeneral, el subteniente Cruz peleó i murió con imponderable bravura, reconocida i acatada por sus mismos feroces inmoladores. Su tierno cadáver fué encontrado en medio de la plaza, en el sitio que los pueblos elijen para el zócalo de sus héroes; i hai constancia de que, reconociéndolo los montoneros desde los balcones de la casa de Valladares, situada frente al cuartel en la plaza de La Concepción, i que él solía visitar, gritábanle a voces que se rindiera; i el sublime mancebo, blandiendo la espada con su brazo ya herido por dos balas, los denostaba de cobardes i asesinos,

hasta que, despedazado literalmente por el plomo, cayó en el lugar maldito.

El subteniente Cruz había sido en el Curicó el ayudante favorito del bravo i olvidado Olano, i hoi está visto que él no sólo le enseñó a pelear sinó que le enseñó a morir.

III.

Era el subteniente Cruz al comenzar la guerra niño de tan tierna edad que apenas podía alzar su rifle a la altura del hombro, i era de estatura tan pequeña i endeble que cuando comenzó a militar como clase en el rejimiento Curicó, dábanle sus camaradas humorísticamente el nombre de "el cabo Tachuela"; pero su alma grande sobrepasaba por cien codos su niñez i su estructura física, i así quedó probado.

IV.

Los peruanos mismos deponiendo su animosidad declararon que en diversas peripecias del combate ofreciéronle la vida desde la ventanas de la casa ya mencionada de los Valladares, de cuya familia era amigo.

Pero el inflexible niño a cada grito de misericordia de sus enemigos respondía blandiendo su espada en un grito bravío i osado reto haciendo recordar en miniatura a Cambronne i su dicho en Waterloo.

El subteniente Cruz fué encontrado medio a medio de la plaza de La Concepción con sus manos destrozadas por un pertinaz combate sostenido al arma blanca.

I a la verdad, inspiraron a sus propios exterminadores tal respeto la incontrastable resolución i el valor indomable de los setenta i siete chilenos de La Concepción, que aun muertos los últimos, aquéllos huyeron, cosa que ellos mismos cuentan en sus boletines, i forma un elojio incomparable para "los exterminados."

El Congreso Nacional reconoció por un acto esplícito el heroismo de los combatientes de La Concepción, otorgando los sueldos íntegros de los oficiales muertos a sus madres (1883), sin excluir la madre adoptiva que recibió un año más tarde una pensión vitalicia por haber "educado a un héroe."

DON ARTURO PÉREZ CANTO

SUBTENIENTE DEL CHACABUCO

I.

L jemelo en gloria i en sacrificio del subteniente Cruz, el subteniente Arturo Pérez Canto, alumno del liceo de Valparaíso, fué tan valeroso como el alumno del liceo de Curicó. Al decir de todos los que le conocieron bajo las armas, era aquél un niño de brillantísimas esperanzas, i como Julio Hernández, teniente del Buin a los dieziocho años, parecía llamado a ocupar un distinguido puesto entre los que sirven a su patria por el amor de su gloria.

Escuchemos a este respecto las confidencias íntimas de su hogar.

"Desde pequeño,—decía de él haciendo cariñosa memoria su hermano primojénito que había sido cirujano de su propio rejimiento,—tuvo Arturo marcada afición por la carrera de las armas. Así, muchas veces, mirando el retrato de nuestro abuelo don José A. del Canto, le entusiasmaba su traje militar i el parche de Maipú que adorna su brazo, i pedía a nuestra madre que le contara la vida tan llena de accidentes del que, marino a las órdenes de lord Cochrane i soldado de la independencia, fué también minero i agricultor.

"Cuando comenzó la guerra, Arturo cursaba humanidades en el liceo de este puerto, pero las noticias del norte le eran entonces de más interés que sus estudios. Las acciones de Pisagua, Dolores i Tarapacá produjeron en él una gran excitación, según pude saber más tarde, pues en esa época yo estaba en el ejército como cirujano del Chacabuco. Después de Tarapacá, habiendo venido con los heridos de mi batallón, me ví continuamente asediado por las preguntas de Arturo sobre la vida de campaña, el campo de batalla, las marchas, los soldados, el desierto. Pero ocultaba cuidadosamente manifestar que pensara ofrecer su pequeño continjente a nuestro ejército, pues, bien sabía que le iba a faltar el permiso de mis padres.

"Más tarde cayeron Tacna i Arica, i estas victorias decidieron a mi pobre hermano a ejecutar ya su pensamiento".

II.

Fugado temerariamente de su casa i del colejio, como Manuel Baquedano en 1838, el niño santiaguino tiró sus libros al mar desde el muelle de Valparaíso, i escondido, fuése a Arica en demanda del ejército i de su hermano acantonado con su rejimiento en Calana, junto a Tacna.

Cuando el estudiante de humanidades del liceo de Valparaíso emprendía aquella odisea de

la que no habría de volver sinó sobre su broquel, como los héroes de Troya, no había cumplido aún la edad nubil ni siquiera la anticipada primavera de la adolescencia.

El tierno soldado no contaba todavía 16 años, puesto que naciera en 1864, i cuando a escondidas fugóse de su techo i de la escuela en el vapor *Matías Cousiño*, era en el mes de agosto de 1880. Al comenzar la guerra, el subteniente Pérez Canto no pasaba de ser una criatura de 14 años que apenas podía consigo su pizarra, pero en su hora supo cojer la espada o empuñar un fusil con el mismo valiente esfuerzo que su amigo inmediato en la campaña, el subteniente Cruz.

III.

Al llegar furtivamente al puerto de su desembarco en la playa enemiga, intentó su hermano mayor devolverlo a su hogar, pero vencieron sus ruegos i aun sus lágrimas; i de esta suerte aquel mancebo verdaderamente heroico peleó en Chorrillos como ayudante del coronel Toro Herrera, quien dice de él, en su parte oficial de la jornada, estas palabras singulares: «*El subteniente Pérez Canto se distinguió por su admirable valor a toda prueba.*»

IV.

Un incidente digno de ser especialmente recordado respecto de estos tiernos pero jenerosos ánimos aconteció en la víspera de la batalla en que tanto se señalara el subteniente Pérez Canto, i uno de sus amigos que por una singularidad del destino lleva el mismo nombre de su inmediato compañero de armas (Luis de la Cruz), describiólo al saberse su muerte en Chile en los injenuos términos que aquí copiamos:

«Poco antes del día en que la marcha del ejército chileno de Lurín a Lima se efectuara en la noche del 12 de enero de 1881, encontrábase el comandante Zañartu, segundo jefe del Chacabuco, el que esto escribe i otros oficiales del mismo cuerpo, reunidos a la hora de comida. Se disertaba naturalmente sobre la próxima batalla i sobre la parte que le tocaría en ella al cuerpo a que pertenecíamos.

«El valiente comandante Zañartu tenía una preocupación constante que le mortificaba sin cesar i de que nos había hablado en otras ocasiones. Esta vez nos repetía: «*A medida que se aproxima el día del combate más me mortifica la idea de que este niño Pérez vaya a servir de carne de cañón, i si esto sucede tendré un remordimiento eterno en la conciencia... Yo quisiera que el coronel lo dejara con algún pretexto sin entrar en acción.*»

«I a la vez que así se expresaba, mandó llamar al niño Pérez, como él lo nombraba siempre, quien se presentó a los pocos momentos.

«*Lo llamo, subteniente Pérez*,—le dijo Zañartu,—*para decirle que Ud. se quedará el día del combate a cargo del equipaje del cuerpo*».

«Pérez recibió aquellas palabras como un bombazo, quedando por muchos minutos silencioso. Por fin dijo: «*Yo cuando vine a ocupar un lugar en las filas del ejército, fué, señor, para estar siempre al lado de mi cuerpo, tomando así parte en las acciones en que se hallara, pues considero que sería indigno i ridículo que un oficial, mientras sus compañeros están en medio de la batalla! él, con toda sangre fría, permanezca inerte cuidando que alguno no se robe la manta u otra prenda del soldado...*

«*Se olvida, subteniente*,—interrumpióle Zañartu,—*con quien habla! Parece que ignora Ud. la ordenanza que manda obedecer sin replicar las órdenes de sus superiores!*

«Pérez tuvo que guardar silencio. Dos lágrimas asomaron a sus párpados, mientras que el encendido color de su rostro indicaba la lucha

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

hijo Arturo, después de haber luchado 19 horas con señalado heroísmo.

"Al dar a usted esta sensible noticia, declaro a usted a nombre de mis compañeros i al mío propio, que nos asociamos a su pesar, lamentando la muerte de nuestro querido compañero de armas con el más tierno afecto, i asegurándole que la gloriosa memoria de Arturo será siempre recordada en el Chacabuco con respetuoso cariño.

"Con sentimientos de respeto i consideración me suscribo su mui atento i seguro servidor

"MARCIAL PINTO AGUERO."

"*Lima, agosto 3 de 1882.*

"Señor Rudesindo Pérez,
Valparaíso.

"Respetado señor:

"Los jefes i oficiales del batallón Chacabuco tenemos el propósito de hacer un retrato al óleo de su hijo Arturo para recordar la memoria de nuestro distinguido compañero de armas; i a fin de poder realizar nuestro deseo, espero que usted nos haga el servicio de mandarnos un retrato de fotografía por no existir aquí ninguno del finado.

"Con este motivo me suscribo su atento i seguro servidor.

"MARCIAL PINTO AGUERO."

VIII.

Tal fué el imponderable sacrificio llamado de los "setenta i siete de La Concepción", i a nadie se habrá ocultado la viva similaridad que en ese grupo de niños, comandados por un capitán de 30 años, ofrecía con relación al mancebo que más de cerca precedía en años al postrero de la serie. Entre los subtenientes Cruz i Pérez Canto encontrábanse, en verdad i sin esfuerzo, interesantes analojías. Ambos eran estudiantes en su respectiva ciudad, es decir, en Curicó i Valparaíso. Ambos sentaron plaza de soldados, el uno en el Curicó (noviembre de 1880), el otro en el Chacabuco (noviembre de 1880). Ambos, en cierta manera, se marcharon como prófugos de su hogar; ambos desobedecieron la orden de custodiar los bagajes de su cuerpo en las batallas de Lima, puesto a que, por su edad i aspecto infantil, los destinaron sus jefes, i ambos se batieron con señalada bravura en aquellas jornadas. Ambos también murieron el uno junto al otro.

IX.

Por esto el conjunto de todos, de capitán a tambor, en el grupo de La Concepción ¿no habría ofrecido un digno tema, como el grupo de Iquique, para perpetuar en el bronce su juventud, su gloria i su martirio?

Al menos pensarónlo así sus propios compañeros que erijieron a su memoria marmóreo monumento; i al guardar sus corazones traídos a su suelo en rica ánfora, humedecida de lágrimas, i confundiéndolos a todos en un solo abrazo, su jefe superior había dicho de ellos en su parte oficial de la jornada, estos conceptos que serían un digno epitafio para su sepultura común, bendecida i bendita.

"*La memoria del capitán don Ignacio Carrera Pinto, subtenientes don Julio Montt, don Arturo Pérez Canto i don Luis Cruz M., sacrificados con sus setenta i tres soldados en el puesto del deber, es algo que el que suscribe, como el personal de mi mando, recordaremos siempre con profundo respeto, i nos esforzaremos en imitar, en algo siquiera, el camino que con su abnegación i sus vidas nos ha trazado ese puñado de valientes.*"

JOSÉ MARÍA I JUAN RAFAEL ALAMOS

TENIENTE DEL BUÍN EL PRIMERO I SUBTENIENTE DEL 4.º DE LÍNEA EL ÚLTIMO

I.

HACE mucho hacíamos en éstas pájinas, con el propósito de desentrañar el carácter eminentemente nacional de la guerra que con tan marcada pujanza i unanimidad ha hecho el país, la cuenta de sus sacrificios, no por vidas, sinó por grupos de vidas, fijando en la puerta de cada enlutado hogar la lista nominativa de las víctimas inmoladas en aras de la patria.

No ejecutamos, sin embargo, en esa ocasión el recuento de los soldados que los pueblos de la República habían armado por familias i casi por tribus para el sostenimiento del derecho, en lo cual resaltan muchas virtudes de abnegación i muchas pruebas irrecusables del jeneroso patriotismo de los chilenos.

II.

Larga tarea sería esa si hubiéramos de apuntar pueblo por pueblo sus nóminas homéricas, como la de los dos Torreblanca i los tres Arismendi de Copiapó (1), los dos Varela de la Serena, los siete Beitía de San Felipe, los tres Fuller i los tres Pérez de Valparaíso, los dos Salinas los tres Villagrán, los tres Barahona, los tres Bascuñán Guerrero i los cuatro Calderón de Santiago, los cuatro Serrano de Melipilla, los siete hermanos Romero i Mesa, hijos de doña Mercedes Mesa de Romero, matrona humilde de Cauquenes, que un diario denominó los *siete infantes de Lara*, (1) los tres Pinto Agüero de Valdivia, los diez Villarreal de todas partes, i

(1) De estos tres jóvenes subalternos, dos, Ernesto i Emilio, murieron como soldados distinguidos en Miraflores; Manuel es subteniente de Artillería.

(1) Hé aquí lo que apropósito de los siete miembros de esta familia decía *El Mercurio* de Valparaíso, refiriéndose a una correspondencia de Cauquenes, en el invierno de 1880:

"Habiendo en los primeros meses del presente año ordenado el Gobierno se procediese a enganchar jente para el depósito de reclutas i reemplazos, la señora MESA DE ROMERO reúne un día a sus siete hijos, les habla con sencillez del deber en que todos estamos de servir a nuestra Patria i les pregunta si querrían incorporarse como voluntarios en el ejército. Todos unánimemente le contestan que sí i ese mismo día esa madre, más que espartana, verdaderamente chilena, conduce personalmente al cuartel a sus siete hijos i los entrega para que vayan a engrosar làs filas de los heroicos defensores de la Patria.

"En el cuartel quisieron entregarle los setenta o más pesos correspondientes a la *prima* de enganche, pero ella los rehusó con nobleza declarando que sus hijos eran *voluntarios* i no enganchados, i que, aunque pobre, creía tener lo necesario para equiparlos.

"Dos días más tarde, los jóvenes Romero daban a su madre el adios de despedida i marchaban a Santiago a enrolarse en los cuerpos del ejército."

En esa misma ocasión se hablaba de un anciano de 80 años, natural de Limache, que había marchado también a la guerra con tres de sus hijos.

así otros muchos grupos de servidores de la República, repartidos en la marina i en el ejército de tierra, que han sobrevivido honrosamente o han muerto en no menos de veinte combates sucesivos.

III.

Pero aparte de esas demostraciones, que no hacemos sinó bosquejar, existen familias enteras de guerreros, como la de los Silva Arriagada de los Anjeles, que junto con sus consanguíneos los Garretón i los Valenzuela han entregado a las banderas de Chile veintidos militares, al paso que en otras ciudades i provincias la contribución de un solo apellido ha sido tan numerosa como la de un butalmapu indíjena.

Así, por ejemplo, de la familia militar de del Canto, el país ha oído repetir con prez merecida los nombres del bravo comandante del 2.° don Estanislao del Canto, i del capitán, hoi sarjento mayor, don Pedro Nolasco del Canto, herido mortalmente en Tacna. I a estos siguen o preceden el jefe del Caupolicán don José María del Canto, el sarjento mayor Enrique del Canto, herido de muerte en Pisagua i después en Miraflores, i el capitán del Santiago Antonio Silva del Canto, que pereció gloriosamente en la última de aquellas batallas, fuera de otros subalternos que se escapan a la memoria.

Toda ésta es sangre de una sola provincia, de la belicosa Aconcagua, i lo mismo ha acontecido en la provincia de Talca con una familia de antiguos militares, mestizos de francés. Conocimos, en efecto, sobre las armas, al bizarro comandante jeneral de caballería don Emeterio Letelier, al comandante i al capitán de Estado Mayor don Ambrosio i don Pedro Nolasco Letelier, a un hijo de éste en la artillería, al alférez de Granaderos a caballo don Liborio Letelier, prisionero de Moquegua abandonado en Carabaya, a Miguel Emilio Letelier muerto en Arica, a consecuencia de heridas recibidas en Miraflores; i por último a Milcíades, Eneas i Carlos Letelier, todos hermanos que en el Talca, i en el Buin sucumbieron gloriosamente por su patria i su provincia.

IV.

Sería de notorio interés i utilidad formar, por el camino que hemos venido apenas diseñando, una estadística prolija de esta inagotable contribución de sangre de la autonomía local i doméstica del país, a fin de comprobar por ese medio en la historia, el jeneroso, el inextinguible patriotismo del chileno, tan mal comprendido i tan torpemente explotado por sus conductores, que sólo a última hora abrieron los ojos a la luz i comprendieron que habían tenido ociosa en sus manos una fuerza colosal de victoria.

Mas, por lo que a nosotros toca, cumplimos hoi el deber de llevar un dato más a esa cuenta, narrando a la lijera los servicios de una familia benemérita que ha empuñado las armas, desde el primojénito al último nacido, acaudillado el grupo por el valeroso padre. Aludimos a la familia de los Alamos de Santiago, que por su copioso continjente en la guerra alguien tuvo la ocurrencia de llamar "Alameda."

V.

Formaban ésta, en efecto, antes de la sangrienta batalla de Chorrillos, el padre común don Benito Alamos, empleado voluntario en el parque jeneral del ejército, i sus cuatro hijos en el orden de edad en que vamos a apuntarlos para durable i digna memomoria de sus hechos.

José María Alamos, teniente del Buin i muerto en la batalla de Chorrillos a la edad de 33 años.

Gabriel Alamos, sarjento mayor del Atacama

en Tacna, i actualmente comandante de uno de los batallones que guarnecen nuestras nuevas fronteras del Norte.

Ildefonso Alamos, subteniente de Carabineros de Yungai, nacido en 1857.

Juan Rafael Alamos, subteniente del 4.°, nacido en 1859 i muerto el 15 de febrero de 1881 en Santiago, a consecuencia de heridas recibidas en Chorrillos.

VI.

Vinieron al mundo, o mejor dicho al ejército, todos los Alamos, en Santiago, o más propiamente en la Chimba, tierra propicia para la guerra i la pedrada. Su abuelo don José María de los Alamos era escribano de Valparaíso, pero de todos ellos puede decirse, como del árbol fundador de San Francisco, que proceden de un tronco común en Santiago: el fiscal real don Juan Crisóstomo de los Alamos. Su buena madre, tan varonil como sus hijos, es la señora doña Juana Quirós, que lleva en su apellido i en su arrogante lema simiente de soldado:

"Después de Dios,
Quirós."

VII.

Don Benito Alamos, que figura en esta lista de bravos como hermano mayor entre sus hijos, ha sido un árbol sin cultivo, pero vigoroso i enhiesto, de esos que se escojen de preferencia por los peritos para el hacha i la madera. La ocupación más asidua de su laboriosa i honrada vida ha sido la de recibir i entregar fundos de campo tarea esencialmente propia del huaso de Chile, en la cual se ha adquirido una reputación i un sobrenombre, debida aquélla a su probidad e intelijencia especial en ese orden, i el último al ejercicio constante de ella:—"El huaso Alamos."

De aquí el que a todos sus hijos les hayan llamado, por derivación, sus compañeros de armas "los huasos Alamos," sin que ninguno de ellos en realidad lo sea. Al menor que acabamos de recordar (Rafael), no dando el cuero i la frase para más, llamábanlo—"El huasito."

VIII.

El mayor de los hijos, de don Benito, había tenido poca fortuna, porque aunque entró, siendo cadete, como sarjento al batallón 10.° de línea (diciembre 9 de 1865), hubo de retirarse por causa de enfermedad de la guarnición de los Vilos en 1866 para ocupar un puesto subalterno en el resguardo de Valparaíso, ración de hambre que perdió noblemente más tarde, reo de un delito enorme:—el haber votado en las elecciones de presidente de 1870 con un sufrajio distinto del marcado por el tizne sucio de la intervención que le entregara su jefe. A título de su antiguo puesto en el batallón 10.° de línea, fué el subteniente Alamos incorporado en el Buin al principio de la campaña, i en toda ella salió ileso. "Pero en Chorrillos,—dice un apunte que tenemos a la vista,—i al terminar el combate, una bala perdida lo hirió en las dos piernas en la rejión de los muslos. Aunque su herida no era mortal, la falta de asistencia, la escasez, o más bien, el mal servicio de las ambulancias, lo hicieron desangrar de tal modo que cuando fué recojido por su hermano Gabriel, ya era casi un cadaver i expiró pocas horas después en brazos de su padre, que estaba ocupadísimo en proveer de municiones al ejército i en atender a su otro hijo, Juan Rafael, herido mortalmente también."

IX.

El hermano segundo del grupo Alamos Quirós, i hasta aquí el más afortunado, es conocido

sólo por la denominación heredada de «el huaso Alamos;» pero es un oficial de escuela i tañ distinguido como el que más, no sólo por su valor notorio i aun excepcional, sinó por sus conocimientos militares. Es un alumno de la Academia, a la que entró en 1862 para servir en seguida en la escuadra como subteniente de la brigada de Marina. En esta condición hallóse a bordo de la fragata peruana *Apurimac* en el combate de Abtao.

Siguió el mayor Alamos su carrera en aquel cuerpo hasta su disolución, hallándose casi siempre embarcado o de guarnición en Magallanes, hasta que pasó a la Artillería de Marina como ayudante mayor. Hallábase de capitán en este cuerpo en la jornada de Tarapacá, i allí se cubrió de tan merecida gloria, batiéndose con su compañía en el fondo de la quebrada i protejiendo el ascenso del ejército a las alturas, que en el próximo combate le nombraron segundo jefe del batallón que mayores timbres se había conquistado en la campaña. Dijimos ya que el mayor Alamos se había batido en Tacna como mayor del Atacama, mereciendo su conducta los calorosos aplausos de su jefe, que no sabía prodigarlos, del coronel don Juan Martínez.

Por igual motivo, caídos en Chorrillos i Miraflores los tres jefes del Coquimbo, el jeneral Baquedano, a cuyo lado peleó el mayor Alamos como ayudante de campo, le nombró primer jefe provisional de aquel bizarro rejimiento.

X.

Del tercer Alamos, sólo sabemos que, nombrado subteniente del Bulnes, cayó prisionero en el *Rimac*, i debió a esta circunstancia ser incorporado en los Carabineros de Yungai. Como alférez de este cuerpo, Ildefonso Alamos se batió en todos los encuentros de arma blanca que presidieron a la batalla de Tacna, distinguiéndose por su amor a la disciplina i su bizarría de familia. «En la batalla de Chorrillos,—dice una relación que de sus servicios poseemos,—supo Ildelfonso Alamos vengar tanto sus ofensas de Tarma como la sangre de sus hermanos José María i Juan Rafael. Le dió tanto trabajo a su sable, que las ropas se le adhirieron al cuerpo cuajadas de sangre enemiga.»

I más tarde en las crudas pero estériles campañas de la sierra acontecióle otro tanto. Ildefonso Alamos es hoi capitán.

XI.

Quédanos todavía por hacer memoria de un último retoño, cortado en flor al vigoroso ramaje. Aludimos a Juan Rafael Alamos, muerto por la patria a la edad de 21 años.

El teniente del 4.° de línea don Juan Rafael Alamos nació en Santiago el 15 de agosto de 1859 i ocupó en la Academia Militar el puesto que en ella había tenido su hermano Gabriel, hasta la disolución de aquel establecimiento en noviembre de 1876. Llamado al servicio, como todos los cadetes licenciados, alistóse en calidad de subteniente del 4.°, i en las filas de este valeroso rejimiento combatió siempre con singular valentía. En Tacna servía de ayudante al bravo San Martín i en Arica cayó junto con él, destrozado uno de sus piés por una bala al llegar al Morro, i a su bizarro comportamiento en la acción debió su ascenso. Como trofeo de aquel día, el teniente Alamos envió a Santiago la bandera peruana del fuerte *Ciudadela*, que en aquel recio ataque de los «cuartinos» había recibido setenta i siete balazos, flameando en el alto muro, del cual por su brazo él, humillada, la apeara.

Recobrado de su peligrosa herida el teniente Alamos, ingresó a su cuerpo, i como en Arica, volvió a caer al pie de la trinchera, esta vez para no volver a levantarse. Atravesado su hombro

derecho a la altura de la clavícula, sufrió todos los tormentos de una navegación que fué un chiquero de matanza, antes del cuchillo; i en seguida, habiendo soportado con rara entereza una cruelísima operación (la desarticulación del brazo podrido por el cáncer) tuvo el consuelo de morir en casa amiga, rodeado de los suyos, en el hospital de sangre de la familia Matte.

Lejos de abatirse por el dolor físico i la cercanía de su temprano i no merecido fin, el «huasito Alamos», se mostró digno de sus hermanos i de su anciano padre en su lecho de muerte. Pocas horas antes de espirar aconsejaba todavía a uno de sus primos, don Rafael Quirós, que se hiciese soldado para labrarse honrosa carrera i servir a su Patria dignamente.

XII.

Tiene todavía don Benito Alamos un quinto hijo de su propio nombre, que es capitán de milicias en el departamento de la Ligua; de suerte que por la carencia de un número en la lotería de la vida no ha completado esta valiente familia un septenario heroico de servidores de Chile. El padre común ha peleado, sin embargo, para reemplazar a los que faltan, i como voluntario ha merecido la corona de los triunfadores junto con la de su jeneroso martirio en su condición de padre.

«Los momentos,—dice hablando de la conducta del jeneroso anciano una de las más vivas relaciones publicadas hasta hoi por la prensa de la batalla de Chorrillos,—eran angustiosos. Las tropas de refuerzo eran esperadas con ansia, pero los pocos hombres en estado de combatir con que contaba la división Lynch no cejaban i estaban dispuesto a morir.

«El coronel Lynch no perdió ni por un momento su serenidad i seguía dictando las medidas convenientes para contener en su avance al enemigo.

«Las municiones de infantería estaban casi concluidas después de tan largas horas de combate contínuo i pertinaz. Felizmente llegó en esos momentos el señor Benito Alamos—padre de Gabriel Alamos, hoi jefe accidental del Coquimbo; de Juan R. Alamos, el valiente oficial del 4.° de línea; del bravo teniente Alamos, del Buin; del alférez Alamos, i de todos esos valientes muchachos que desde el principio de la guerra corrieron a alistarse bajo las banderas de su Patria. Felizmente, digo, llegó el señor Alamos, quien, sin obligación ninguna i obedeciendo sólo a su patriotismo, conducía algunas mulas cargadas de municiones, para lo cual había tenido que arrostrar un crudísimo fuego.

«Este refuerzo de municiones no podía llegar más a tiempo, i la conducta del señor Alamos era tanto más digna de encomio cuanto que ya llevaba la muerte en su corazón, pues dos de sus hijos habían caído como buenos».

XIII.

«Efectivamente,—dice otra versión de aquellas terribles escenas en que se pelea por el patrio suelo vadeando charcos de la sangre más querida,—allí estaba el padre de los cuatro Alamos, testigo del valor indómito de los hijos. Empapados los ojos en lágrimas, transido de dolor el corazón, pero ardiendo en el fuego de la venganza el alma, acompañó a José María hasta recibir su último suspiro. Besó la frente helada del cadáver i corrió en auxilio de Juan Rafael, del 4.° de línea, que a poca distancia había caído también, atravesado por una bala. Recojióle i llevóle a una ambulancia; i hecho esto, volvió hacia el cadáver de su hijo mayor para darle sepultura conveniente, a fin de poder traer los restos a Chile.

«Todavía contaba con otro hijo en el Estado Mayor i corrió a verlo. Era éste el ex-mayor

del Atacama, que vengaba la sangre de los dos primeros. Entretanto, Ildefonso peleaba a la par de los más arrojados en los Carabineros.

"Don Benito lo olvidaba todo para servir a la patria, i corría en medio de las balas acarreando municiones que faltaban, multiplicándose aquí i allí en lo que fuera necesario. En seguida empuñó el mismo rifle que había dejado Juan Rafael i entró al medio de la pelea" (1).

(1) Artículo publicado en Los Tiempos, en febrero de 1881, con las iniciales R. P.

XIV.

Tal ha sido la noble agrupación que hoi el lápiz del artista entrega a la respetuosa afección de todos los chilenos, i aunque la segur de la muerte la ha despojado de sus más animosas figuras, aunque las mejores ramas del corpulento tronco han sido derribadas por el vendaval, no por esto el nombre de "los Huasos Alamos" dejará de pasar a la posteridad con el mismo prestijio de gloria i nombradía con que hoi brilla en ella el inmortal jinete que se llamó "el Huaso Bueras", centauro de Chile.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON RICARDO SERRANO

SARJENTO MAYOR DEL 3.° DE LÍNEA

I.

La estratejia i aun la táctica de las modernas guerras, con sus batallas en orden de dispersión, con armas de tiro rápido o de tiro múltiple, con cañones que disparan a través de valles i gargantas, como si aquéllos fueran acequias i las últimas simples grietas de la tierra, convirtiéndose los tiradores en simples ajentes mecánicos de grandes i complicadas combinaciones, todo, en fin, lo que ha trasformado la guerra antigua durante el último cuarto de siglo, desde Sebastopol a Sedán i desde Sedán al Ejipto i a la China, ha ascendido al capitán de tropa (que antes era simple subalterno) a jefe.

El capitán ya no obedece, manda.

Empuña su tropa, tres o cuatro veces más numerosa que en el tiempo de la piedra calcedonia, como si fuera un abanico de acero cuyo mango es su espada, i así maniobra aparte i bajo su responsabilidad, confundiéndose en el grueso de su cuerpo sólo para las cargas en masa o la orden de lujosa parada.

II.

Por esto, conforme al método alemán inventado por el ilustre Moltke i puesto a prueba en tantas señaladas victorias, los capitanes del ejército de Chile en la postrera (pero de seguro no última guerra con el Perú) adquirieron tan marcada individualidad que cada uno de sus nombres habrá de pasar a la historia, particularmente los de aquellos que al frente de su tropa murieron.

No es de extrañar, a virtud de lo que decimos, que cuando se hable entre soldados del rejimiento Buin 1.° de línea i se recuerde su impávida carga en San Juan, véngase por sí solo i sin esfuerzo a la memoria de todos el nombre del bravo capitán don Juan Ramón Rivera, uno de sus más brillantes adalides muertos en esa carga.

Cuando se menciona asimismo al mutilado 2.° de línea, hácese costumbre, a fin de pasar abreviada revista a sus gloriosos muertos desde Tarapacá a Lima, designar los nombres de sus seis capitanes sacrificados en el campo de batalla: Garretón, Garfias-Fierro i Silva en Tarapacá; Inostroza i Reyes Campo en Chorrillos; Baeza en Pucará.

I para no ir más allá del tercer cuerpo de línea de nuestro antiguo ejército, recuérdase siempre con respeto a sus cuatro capitanes de Arica i de Chorrillos: Tristán Chacón, Ricardo Serrano, Alberto Riquelme Lazo i Avelino Valenzuela, este último desaparecido en el torbellino de fuego que bajó como un torrente de plomo derretido

de la cumbre del Morro Solar al caserío i cementerio de Chorrillos.

III.

Salido ya con la anterioridad de algunos años i de nuestra propia pluma en los días de su heroica muerte a la entrada del fuerte Ciudadela en Arica, el bosquejo biográfico de su intrépido captor, el capitán Chacón, natural de Talagante, vamos a proseguir aquí nuestra tarea respecto de sus tres camaradas de la misma graduación, algunos de los cuales, como Ricardo Serrano, hicieron su aparición en la falaz escena de la vida lejos de aquel sitio.

Ricardo Serrano era el antepenúltimo de siete hermanos nacidos todos en Melipilla, todos soldados o marinos.

IV.

Venido al mundo en epoca de estrechez para los suyos, hacia el año de 1855, trájolo su hermano mayor, notable injeniero, a educarse en Santiago, haciéndole frecuentar, cuando era mui niño todavía, el colejio de Olano en el barrio de la Maestranza i el de Harbín, en el antiguo Alto del Puerto.

Pero desde temprano también, el futuro héroe de Ate no mostró sinó mediocre afición a los estudios en libros. Apenas sí hojeaba aquellos que tenían láminas guerreras o pájinas de batallas.

V.

Llevólo en consecuencia su buen hermano primojénito a Curicó, donde cultivaría el silencioso pero enérjico niño un pequeño fundo en un paraje vecino al pueblo llamado Los Guindos. Con este motivo i cuando Ricardo no había cumplido aún 20 años, incorporóse en calidad de subteniente en el batallón cívico de aquel pueblo, del cual era a la sazón comandante el mismo impertérrito jefe, bajo cuyo mando deberían rendir la vida cinco años más tarde, i junto con él, bajo el mismo glorioso comando, "los tres capitanes del 3.°" Se habrá comprendido que hacemos en esto alusión al valentísimo coronel don José Antonio Gutiérrez.

I a propósito de ese alistamiento póstumo, recuérdase todavía una característica anécdota de la índole atrevida de aquel valerosísimo mancebo, porque no habiendo comprendido una voz de mando del mayor Gutiérrez en la parada de la plaza de armas de Curicó, dejó de plantón su compañía; i cuando un comedido ayudante vino a sacarlo del lance ofreciéndole reemplazarlo en el mando, mostróle el bisoño aprendiz su puesto al intruso con la punta de su espada.

El subteniente Serrano no había nacido para labrador como San Isidro, i de esta suerte en la primera oportunidad enrolóse en el ejército de línea donde el dios "Empeño" procuróle por el mes de agosto de 1875, cuando aún no había cumplido veinte años, una subtenencia en el cuerpo bajo cuya bandera un lustro más tarde debía gloriosamente morir.

VI.

Era el subteniente Serrano pequeño de estatura; mas animaba su pecho el alma henchida de los heroísmos humanos, i aunque sus camaradas de cuartel llamáronle siempre "el chico Serrano," apodo que su bravura tornó en dicho popular en el ejército, hizo tan ajigantada carrera, que al concluir el segundo año de la guerra era ya sarjento mayor de ejército, ascendido en el campo de batalla. Hoi mismo, si el plomo enemigo no hubiese despedazado su enérjica estructura, comandaría con buen derecho uno de nuestros mejores batallones antes de haber vivido treinta años.

VII.

Promovido, en efecto, a teniente durante la marcha del ejército desde Pacocha a Tacna, donde su cuerpo, puesto en la reserva, fué sólo testigo de la jornada, cúpole en suerte de rifa entrar a la bayoneta al asalto de Arica, i allí fué gravemente herido en una rodilla.

Trasportado en una camilla a Valparaíso, los cuidados i la suntuosidad de una anjélica señora, que lo curó en su propia casa, salváronle de una cruel amputación; i, en consecuencia, en los últimos meses de 1880 pudo volver a incorporarse en su rejimiento, llevando en sus hombros las presillas de capitán del 3.° de línea, pago de la sangre por él derramada en buena lid.

Sus despachos de capitán tienen la fecha de octubre 22 de 1880.

VIII.

Eran esos los días en que el ejército entonaba alegres cantares, i al son de bulliciosas músicas encaminábase, rebosando de alegría, en cuarenta trasportes, rumbo de Lima. De suerte que apenas desembarcado en Curayaco (diciembre 22 de 1880), el capitán Serrano iba a combatir en el Manzano el 27 de ese mismo mes, i en Ate el 9 de enero de 1881.

Conocida de todos fué la denodada e impertérrita manera cómo el capitán de la 4.ª compañía del primer batallón del rejimiento 3.° de línea atacó las posiciones peruanas de Ate, ejecutando bajo el mando del bizarro coronel Barbosa (hoi intendente civil, cuando debería ser sólo jeneral de línea) una maniobra militar de felicísimo alcance, porque perturbó totalmente el escaso criterio estratéjico del dictador del Perú i de sus consejeros.

Fué el capitán Serrano destinado a dominar los empinados cerros medanosos que cierran el estrecho valle de Ate por el lado del oriente, sirviendo de blando espolón i recuesto a los Andes; i el alentado cuanto ájil mozo ejecutó aquella dificultosa ascensión con tanto brío i ardimiento de su persona, que sus soldados iban rezagándose por el cansancio en las laderas i tirándose desesperados i de bruces en la arena. Fué en ese momento crítico cuando el impaciente coronel Gutiérrez, juzgando que los bultos blancos que caían i rodaban a la distancia eran cadáveres, exclamó:

—"¡Ya el *chico* me perdió la compañía!"....

IX.

Pero no era así, sin embargo, sinó todo lo contrario. El capitán Serrano habíase encumbrado sólo para tener bajo sus pies, entre los Andes i las nubes, un pedestal digno de su denuedo; i apenas llegó a la cima, desalojó a bayonetazos a los peruanos, tres veces más numerosos que su corta hueste, mientras que otro capitán, tan valeroso como él, si bien mucho más juvenil, arrollábalos en la llanura hasta sobre sus propias trincheras, a las puertas de Lima, a su salida por el oriente.

Llamábase el último Alberto Riquelme Lazo, que en aquel encuentro precursor era sólo teniente del 3.°

Casi juntos fueron en consecuencia ambos ascendidos con el glorioso título de haber alcanzado sus grados, como Córdoba en Ayacucho, en el campo de batalla.

El capitán Serrano fué nombrado sarjento mayor; i el 12 de enero, es decir, en la víspera de Chorrillos, donde, engarzados, se puede decir, por el brazo con el capitán Riquelme, uno i otro, que tantas analojías mostraron en su corta carrera, debían sucumbir. Los dos denodados mozos habían subido a la cima sólo para que mejor contemplaran el ejército i su patria lo grandioso de su común sacrificio.

X.

Cuando las silenciosas columnas del campamento de Lurín se deslizaban como la silueta de pardos fantasmas por la solitaria llanura velada por luna nebulosa, que en aquella noche vistióse de luto sólo para dar mayor brillo al sol de la victoria que tras su carro seguía, reconociólo su hermano Rodolfo, ayudante de campo del coronel Lagos, i le felicitó por su ascenso de aquella mañana. El juvenil sarjento mayor del 3.° dióle por toda respuesta una melancólica sonrisa, i apretándole cariñosamente la mano díjole, a manera de adios, estas solas palabras:—*¡Mañana es la grande!*

XI.

I tal aconteció, porque nombrado el 3.° de línea, por su fama para combatir, en la reserva, precipitóse en la segunda faz de la batalla como un torrente de acero sobre el pueblo de Chorrillos, que los peruanos defendían con desesperación desde las azoteas, desde las paredes del cementerio, desde el Salto del Fraile, desde el empinado Morro Solar, erizado a esas horas todavía de cañones i ametralladoras i dominando desde sus áridos farellones todo el sangriento i desgarrador paisaje que se interpone entre los médanos i la risueña Lima.

El capitán Serrano, que no había nacido para detenerse delante de los obstáculos sinó para atropellarlos con su pecho i con su espada, se encontró delante de un muro, en el camino del cementerio, que por de pronto le ofreció algún atajo por el lado del poniente.

No había allí ningún cobarde, pero los menos ardorosos le aconsejaban detenerse hasta embestir con todo el grueso de la tropa. No dió oídos el temerario mayor, ufano de su continuo trato con la victoria, a aquel aviso, i saltando briosamente la accesible barda que lo separaba del enemigo oculto, i acompañado apenas de un puñado de secuaces, como su hermano Ignacio al saltar sobre el *Huáscar* en Iquique, rodeáronlo inmediatamente dos cuerpos peruanos que se retiraban de la altura al pueblo, i allí, junto a unos árboles, cayó aquel intrepidísimo chileno derribado por dos balas, una de las cuales habíale traspasado la mano de la espada i la otra la sien derecha.

Mas, no obstante aquel doble golpe mortal, el arrogantísimo mozo no había sucumbido del todo, porque un viejo sarjento se había adelantado como para sostenerlo, i en esa forma, apoyados ambos en el tronco de un árbol, les hallaron muertos.

¡Gloriosísima actitud de dos bravos que el bronce habría perpetuado en la antigüedad!

XII.

La pérdida del mayor Serrano vistió de duelo todos los corazones, porque siendo tan joven mostrábase con las dotes de un gran soldado a los 26 años de su edad. Era vijilante, laborioso, sumamente desprendido de sus haberes con los soldados, bravo como pocos, talvez como nadie, excelente camarada, "buen muchacho", en toda la palabra, como el capitán Ibáñez del 4.°, pero inflexible disciplinario. Fué por esto un tanto duro en ocasiones, lo que motivó que en el cuartel de Antofagasta un soldado de su compañía, airado por un castigo, disparárale a boca de jarro su rifle, rozándole el hombro, atentado por el cual el hechor fué en el acto fusilado.

Poco más tarde, al verificarse a media noche la infelicísima expedición i desembarco en Islai i Mollendo (marzo 9 de 1880), en que todo trocóse en incendio, botín i orjías, el entonces teniente Serrano intentó traer a la obediencia la tropa desbandada, en cuyo propósito acometió

con la espada a un grupo de ocho o diez amotinados que rehusaban darse a la razón. I en semejante lance un cabo de Navales asestóle tan feroz puñalada que si no hubiese sido la ajilidad del agredido le habría dejado en el sitio.

El afilado corvo alcanzó a rebanarle sólo parte del carrillo, de los labios i de la lengua.

XIII.

Corría como opinión común en los campamentos que el mayor Serrano no era amado de su tropa sinó temido i aun detestado.

I eso talvez no se hallaba demasiado lejos de ser la verdad bajo la lona, en el ocio o junto al tibio fogón de los descansos.

Mas, apenas tocaba tropa el corneta de la compañía guerrillera del 3.° i los soldados comenzaban a alinearse i percibían la enérjica apostura de su inmediato jefe, se aprontaban sólo a seguirle resueltos i sumisos cual a un adalid antiguo.

I fué así, como para dar un desmentido a los banales rumores de las filas, que uno de los viejos sarjentos de su compañía adelantóse para cubrirle con su cuerpo, cayendo ambos, como Larrochejacquelin i el granadero vendeano, en la misma heroica fosa.

Todos los héroes, los que la historia cita como memorables, hasta los que han vivido en las selvas todavía sin nombre del Nuevo Mundo, se asemejan; i por ello la admiración que inspiran tiene siempre la misma profunda intensidad.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Disuelta la Academia Militar, él solo i por su propia cuenta entró al Instituto Nacional a continuar sus estudios que habían quedado inconclusos en aquel establecimiento.»

III.

La Academia Militar había sido disuelta a consecuencia de un alboroto nocturno de sus alumnos, el 3 de noviembre de 1876; por manera que la guerra nos sorprendió sin la existencia siquiera de ese plantel de guerra.

Mas oyóse apenas, tres años más tarde, el llamamiento a las armas en febrero de 1879, cuando todos los expulsados de 1876 corrieron a los cuarteles, i entre los primeros figuró el ex-cadete Riquelme, quien incorporóse como subteniente en el 3.° de línea el 1.° de abril.

IV.

En esa condición hallóse Riquelme en la batalla campal de Tacna el 26 de mayo de 1880, i dos semanas después en el memorable asalto de Arica enrolado en aquella heroica 4.ª compañía (la de Tristán Chacón) que tomó a la bayoneta el fuerte Ciudadela.

«El capitán de mi compañía,—decía el subteniente Riquelme describiendo aquella imperecedera hazaña a uno de sus tíos (el senador don Joaquín Lazo), en carta de Pocollay, junio 12 de 1880,—el capitán de mi compañía, don Tristán Chacón, que murió en la batalla, como dos cuadras antes de llegar al fuerte, hizo tocar calacuerda i subimos a todo trote. Teníamos rodeado el castillo: recibíamos un nutrido fuego de fusilería i de cañón, del Morro, del monitor *Manco Capac* i de varios otros fuertes, i a más los polvorazos que a cada paso que dábamos estallaban. Pero dan todos otro ¡viva Chile! i se anzan a las trincheras como leones. Costó un trabajo inmenso echar los sacos abajo. Una vez adentro todos cargaron a la bayoneta. Arrancaron unos cincuenta cholos, pero todos fueron muertos a bala, i los que hicieron resistencia adentro, corrieron la misma suerte.

«Yo hice,—añade el sincero niño,—una escapada mui grande; cuando arrancaron esos cincuenta cholos, dos subtenientes i yo seguimos a los derrotados que siempre hacían fuego: haría un segundo que habíamos salido del castillo cuando estalló el polvorazo. Muchos murieron allí i los soldados, con rabia por la explosión, no perdonaron a ninguno. Yo hice mucho por salvar a uno, pero fué imposible: apenas miré para un lado le dieron un garrotazo en la cabeza que lo mataron inmediatamente. Daba horror ver el fuerte Ciudadela: de quinientos que había allí no escapó ninguno; estaban amontonados los cadáveres.»

V.

I dándose cuenta de sus propias impresiones, como soldado bisoño que entraba al fuego por la primera vez, decía en seguida de sí mismo el bravo subteniente:

«Yo creía que darían su poco de susto las balas, pero me he convencido de lo contrario. En el campo de batalla se mira con desprecio la muerte; nada impresiona: se mira un muerto como una piedra, i hasta se conversa en medio de las balas.»

VI.

Alberto Riquelme había quedado señalado desde Arica para los asaltos. Cúpole, en consecuencia, marchar sobre Ate el 9 de enero de 1881, habiendo sido promovido en la víspera al mando de su compañía en calidad de capitán.

«El 8 del presente,—escribía a este propósito uno de sus camaradas del 3.° (el capitán Vera), i desde Pachacamac, con fecha 12 de enero, vís

pera de Chorrillos i de su postrer asalto,—a las 3 P. M. se tocó llamada en el rejimiento i acto contínuo se dió a reconocer como capitán de la 4.ª compañía del 2.º batallón a Alberto; en seguida toca la corneta *derecha i redoblado*, i marcha nuestro cuerpo en unión de otros a expedicionar en el valle de Ate.»

Entrando en seguida en la relación del encuentro, el mismo oficial así decía:

«No me extenderé en contarle lo que allí sucedió, porque cuando ésta llegue a su poder ya lo sabrá con detalles, pero sí le diré que el valiente capitán Riquelme tuvo que atacar con su compañía de frente a las trincheras; hizo desalojar al enemigo, que era mayor en número, i lo derrotó completamente; todo en presencia de uno de los jefes del cuerpo, por lo que le ha cabido una recomendación de parte del comandante.

«¿Cabría mejor diana? Por esto toda la familia debe beber una copa a la salud de su valiente representante, i desde aquí los acompañaremos *de memoria*...»

VII.

Fué el reconocimiento de Ate el segundo asalto del capitán Riquelme, i en cuanto al tercero en que perdiera gloriosamente la vida, al lado de su compañero de promoción en la víspera, el bravo Serrano, un diario de aquel tiempo (1) refirió su temprana inmolación de esta manera:

«El capitán Riquelme opinó entonces por el ataque de la estación, que era de donde les llovía el fuego.

«Una alta pared les cerraba el paso, i los soldados, con el temor a lo desconocido, titubeaban en saltar, entonces Luis Alberto Riquelme quiso darles el ejemplo: saltó, i, apenas arriba del muro, cayó: una bala que le había entrado por el ojo izquierdo i destrozado el cráneo, le había muerto instantáneamente».

VIII.

Interpretando los sentimientos de sus compañeros de armas delante de aquel cadáver de un niño, en cuya frente parecía todavía retozar la vida, uno de sus camaradas, jefe a la sazón en el ejército, en carta de duelo dirijida a la familia del héroe malogrado, se expresaba en los términos que aquí, de su enlutada orla extraemos, i así dicen:

«En medio de los alegres vítores que lanza Chile entero por la entrada triunfante de sus armas en la capital peruana, se ven hermosas lágrimas que pagan un tributo amoroso a los incomparables bravos que dieron su vida para cimentar con su sangre la pirámide de granito sobre que descansa la grandeza de Chile.

«Hoi ha tocado a su familia contribuir también con su sangre para la gran victoria de la patria. Alberto, todo un hombre con la corteza de un niño, no tuvo la suerte de sobrevivir a la espantosa batalla de Chorrillos. Cayó con cien valientes más, pero como caen los chilenos: cargando al enemigo.

Como compañero del sereno capitán Riquelme, lanzo un viva a Chile sobre su gloriosísima tumba; como su amigo de tanto tiempo, acompaño mui sinceramente a la familia en su justo duelo» (2).

IX.

Pero el capitán Riquelme tenía merecido un honor todavía más levantado que el que aquí le tributamos, i fué aquel el de que su propio jefe

(1) El Independiente del 9 de marzo de 1881 en un artículo biográfico publicado por don E. Nercaseau Morán.

(2) Carta del comandante don M. R. Barahona a la señorita Ana I. Riquelme.— Lima, febrero 6 de 1881.

escribiera militarmente, como si fuera con la punta de su espada, su lacónica hoja de servicios, concebida en los términos que vamos a copiar i dirijida al padre del inmolado adalid, que a su vez, en su mocedad, había sido jefe superior del coronel del 3.° de línea don José Antonio Gutiérrez, «el bravo entre los bravos.»

«Poco después,—decía el último, contando a su antiguo jefe las hazañas de su hijo,—poco después de la batalla de Tacna, en que nos hallamos presentes, le tocó a mi rejimiento atacar el fuerte Ciudadela en Arica: usted que es militar, usted que se encontró entre los valientes del Puente de Buin, comprende lo que es atacar posiciones inexpugnables con fuerzas casi iguales i a pecho descubierto; pues bien, en ese ataque el capitán Riquelme me hizo decir estas palabras:— «¡Este joven es digno de su padre!»

«En un reconocimiento practicado en Ate por todo mi rejimiento, un batallón del Lautaro, cien hombres del Buin i cien de caballería con cuatro piezas de artillería, no sólo él reconoció las posiciones, sinó que desalojamos de todas ellas a los enemigos, dejándoles más de treinta muertos. En ese encuentro, que bien merece los honores de batalla, se portó Riquelme mui bien, tocándole a su compañía desalojar a la infantería enemiga de sus trincheras.

«En la batalla de Chorrillos fué muerto a inmediaciones del pueblo, batiéndose con fuerzas superiores i parapetadas en las casas. Su hijo, señor, murió como mueren los valientes al pié de los muros enemigos» (1).

¿I cuántos en el nobilísimo ejército de Chile no habrían envidiado aquel glorioso fin así contado?

---

(1) Carta del coronel don J. A. Gutiérrez al teniente coronel don José Antonio Riquelme.— Lima, febrero 25 de 1881.

DON AVELINO VALENZUELA

CAPITÁN DEL 3.° DE LÍNEA

I.

De familia antigua i patricia, estirpe de Guzmanes i Valenzuelas, de Flores i Santibáñez, en ciudad de batallas heroicas, en años de bélicas contiendas (1851), nació el valeroso capitán del rejimiento 3.° de línea don Avelino Valenzuela, siendo su padre don Joaquín Valenzuela i sus abuelos don Joaquín Valenzuela i doña Dolores Guzmán. Su bisabuelo llamóse Diego Valenzuela.

La ciudad de Rancagua, donde sus mayores vivieron en la opulencia, como propietarios de las valiosas haciendas de San Joaquín i Pelequén, fué la cuna del joven héroe, como fuélo de Barceló, de Fuenzalida i otros bravos.

El padre de aquel niño predestinado subsiste todavía en Curicó en calidad de hacendado, i fué este último el primojénito de la numerosa prole de los Valenzuela Guzmán «de la calle de la Compañía,» donde todavía consérvase, transformada desde 1858 i en el ángulo de la de Los Teatinos, su casa solariega.

II.

Escasas son las noticias que se han guardado del ilustre compañero de Serrano i de Riquelme Lazo en las banderas del más atrevido rejimiento del ejército chileno en campaña formado en airado pelotón, aquellos bravos repatriados que al avanzar sobre las líneas de Tacna, en columna cerrada de ataque, iban gritando: *¡Tiemble la tierra que aquí va el 3.°!* (1).

III.

De sus primeros años sábese únicamente que, enviado del campo a la ciudad, cuando salía de la turbulenta i traviesa infancia, entró el niño Valenzuela a la Academia Militar en condición de pensionista, i luego dió en sus salones de estudio i en sus claustros de recreo i pujilato muestras vivas de su injenio i de su índole batalladora.

«El niño Valenzuela,—dice a este respecto, en carta reciente, un amigo de su padre,—manifestó desde el principio una contracción admirable i tuvo siempre el aprecio de sus maestros.

«Fué de conducta ejemplar, aunque de carácter festivo; pero también fué de aquellos a quienes no se ofende impunemente. «El que se la hacía se la pagaba,» como vulgarmente se dice,

(1) Datos del coronel Velázquez, jefe de Estado Mayor en la batalla de Tacna, quien oyera esas palabras al avanzar la reserva.

pues tenía excelentes puños, que sabía emplear a su debido tiempo.

"Incorporado a la Academia Militar como pensionista, fué allí el mismo colejial alegre, estudioso, de puño duro, aprovechado i mui querido de sus compañeros i maestros. Su apoderado don Adolfo Silva Vergara le dispensaba mucho cariño.

"El cadete Valenzuela era mui aficionado al dibujo natural i he podido ver algunos cuadros mui acabados que su padre conserva con relijioso cariño. En esos cuadros i en otros de paisajes, se nota la vida, la alegría expansiva del joven dibujante" (1).

IV.

Adicto también por novedad i naturaleza a las aventuras del mar, elijió a su salida de la Escuela Militar esta carrera, i sirvió como guardia marina a bordo de nuestros buques de guerra durante quince meses, después de cuyo aprendizaje fuése a vivir al lado de sus padres.

Mas declarada la guerra volvió el guarda marina Valenzuela a tomar las armas en tierra firme, i como los capitanes Serrano Montaner i Riquelme Lazo, escojió para hacer su escuela i su carrera al rejimiento 3.° de línea, incorporándose en sus filas en abril de 1879.

V.

Cúpole, en consecuencia, emprender las tres campañas en que, por porciones iguales, con los emplazamientos del teatro griego,—la unidad de tiempo, de acción i de lugar, se partió la guerra, a manera de torta de noviazgo inglés, en tres fragmentos,—campaña de Antofagasta,—campaña de Tacna,—campaña de Lima.

---

(1) Don José Toribio Marín, carta al autor, Curicó setiembre de 1884.

Distinguióse en todas ellas el valeroso capitán Valenzuela, i especialmente en la segunda de aquellas jornadas. Era sólo teniente en el memorable asalto de Arica; pero pertenecía a la compañía que comandaba el intrépido capitán Tristán Chacón i de la cual era subteniente el que más tarde ascendió a capitán en el campo de batalla, Alberto Riquelme Lazo. I para que pueda medirse la hondura de los abismos i de las crueldades de la guerra, será suficiente recordar aquí que esos tres jóvenes oficiales, comandantes de una sola compañía (la 4.ª del 2.° batallón), uno en pos de otro, quedaron tirados, con sus sienes ensangrentadas por el plomo enemigo, en los fosos de los campos de batalla.

Con la muerte gloriosa del capitán Chacón a la entrada del fuerte Ciudadela, el 7 de junio de 1880, quedó al mando de su famosa compañía el teniente Valenzuela, i ascendido éste a capitán en la marcha a Lima, peleó en el asalto del Morro Solar, como había peleado en el asalto de Arica con sus dos antiguos compañeros, Serrano i Riquelme, i a su lado pereció.

VI.

La carta de condolencia que con ese motivo escribieran a su aflijido padre sus jefes i los capitanes de compañía que le sobrevivieron, forman digna corona en torno de aquella frente juvenil, destrozada por el hierro; i por esto, como si fuera su más elocuente epitafio, aquí la copiamos:

"Señor Joaquín Valenzuela G.

"*Campamento de San Borja,*
enero 25 de 1881.

"Los que suscriben, jefes i oficiales del rejimiento 3.° de línea, tienen el sentimiento de poner en conocimiento de usted el fallecimiento del capitán don Avelino Valenzuela, ocurrido el

13 del presente en la batalla de Chorrillos. Escusado nos parece manifestar a usted el profundo dolor que su temprana muerte nos ha causado, i sírvale de lenitivo a su justo pesar, lo mismo que a nosotros, saber que ha muerto como valiente, defendiendo la honra i los derechos de su patria.

"Adjuntamos a usted una relación de los objetos de su pertenencia, los cuales quedan a su disposición o de la persona que designe en la comandancia de este rejimiento, como asimismo su cadáver, que queda depositado en una bóveda del Cementerio de Chorrillos.

"Asociándonos de todo corazón al justo dolor que debe ocasionarle la muerte de su querido hijo, tenemos el honor de suscribirnos de usted, sus atentos i S. S.

J. Antonio Gutiérrez.—Gregorio Silva.—F. Castro.—Pedro Novoa.—L. F. Camus.—José I. López.—Leandro Fredes.—J. Bari.—Orestes Vera R.—Elías Arredondo G."

La memoria del glorioso rejimiento 3.° de línea no quedaría cabal si además de la existencia de sus "tres capitanes" no hiciésemos siquiera leve mención de "tres" de sus subtenientes, muertos, entre otros muchos, de su misma o superior graduación, que han pasado sin nuestra culpa al reino del olvido. El número tres del 3.° siquiera ha prevalecido.

Bajo este concepto, nos es grato apuntar, por lo menos, los nombres de aquéllos, acompañados de una sucinta reseña militar de su carrera, que consta del siguiente extracto de sus hojas de servicio, método que en adelante seguiremos al recordar otros cuerpos agrupando a sus muertos bajo su bandera.

Don José Miguel Poblete,—Don Benjamín Poblete i don Justiniano Boza (subtenientes del 3.° de línea).

Don José Miguel Poblete.—Entró a servir de soldado raso en el ejército de línea, incorporándose en el batallón 9.° el 2 de noviembre de 1865, i dos años más tarde (mayo 26 de 1867), pasó en su clase al batallón 3.° de línea, en el cual sirvió hasta su muerte.

En la guerra con España, hizo la campaña a Chiloé, a las órdenes del comandante don Emilio Sotomayor. A las órdenes del teniente coronel don Cornelio Saavedra, hizo la campaña al territorio araucano, de 1867 a 1868. En 1869 hizo una campaña al interior de la Araucanía, a las órdenes del señor jeneral don José Manuel Pinto, habiendo pasado el Cautín a las órdenes del coronel don Timoteo González.

En la campaña contra el Perú i Bolivia, tomó parte en las siguientes funciones de guerra: en el bombardeo de Antofagasta, el 28 de agosto de 1879; en el desembarco de Pisagua, el 2 de noviembre, i el 19 del mismo mes i año en la batalla de San Francisco. Después de las expediciones a Islai i Mollendo, se encontró en la batalla de Tacna el 26 de mayo de 1880, i en el asalto i toma de Arica, a las órdenes del señor coronel don Pedro Lagos, el 7 de junio de aquel año, en el cual fué muerto. Alcanzó a servir con constancia i abnegación 14 años, 7 meses, 5 días.

Era este valiente, al tiempo de sucumbir en la falda del tétrico Morro de Arica, subteniente de su cuerpo, i había sido ascendido poco hacía, como en el campo de batalla, por el jeneral Baquedano después del combate de los Anjeles, i antes del de Tacna, el 21 de abril de 1880.

Soldado oscuro, el resplandor de la pólvora, que tantas veces quemó contra los enemigos de su patria, iluminó un instante su tostado rostro, i así ha dejado modesto pero imperecedero nombre en los fastos militares de su patria.

Don Benjamín Poblete. — Como el anterior, había entrado este oficial al ejército, empuñando el fusil, en clase de sarjento segundo del 3.° de línea, el 14 de mayo de 1879, i al marchar de los campamentos del sueño en los páramos de Tarapacá a la conquista de los páramos de Moquegua, fué ascendido a subteniente, en cuyo grado murió en la batalla de Tacna el 26 de mayo de 1880. "Se ignora su edad i el lugar de su nacimiento"—dice su hoja de servicios,— i ni sábese tampoco si era deudo del bravo Poblete de Arica.

Don Justiniano Boza.—Subteniente del rejimiento 3.° de línea, de 25 años de edad, natural de Valparaíso. El 15 de octubre del 79 entró a aquel cuerpo, de sarjento; en 13 de setiembre del 80 fué oficial i alcanzó a servir 1 año, 3 meses, 13 días.

En las campañas contra el Perú i Bolivia, se encontró en los siguientes hechos de armas: en noviembre de 1879 en el desembarco de Pisagua; el 2 i el 19 en la batalla de San Francisco. Después de expedicionar en Islai i Mollendo, se halló en la batalla de Tacna el 26 de mayo; el 7 de junio, en el asalto de Arica, i el 27 de diciembre en la sorpresa i persecución del Manzano, en la que fueron hechos prisioneros la mayor parte de los oficiales i tropa del escuadrón Rimac. En 1881, se encontró en el reconocimiento de Ate el 9 de enero, i el 13 del mismo, en la batalla de Chorrillos, en la cual fué herido de bala, viniendo a morir en su ciudad natal el 8 de febrero del mismo año.

Los "tres subtenientes" del 3.° de línea habían sido, en consecuencia, dignos de sus "tres capitanes."

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

LOS CUATRO CALDERÓN

JUVENAL, CAPITÁN DE CAZADORES A CABALLO, EMILIO, ARNALDO I ARTURO SUBTENIENTES DEL SANTIAGO

I.

La guerra que acaba de pasar fué una guerra profundamente nacional.

Sacudió al país desde sus más recónditas grietas hasta la cúspide ígnea de sus empinados volcanes, i los pueblos, estos volcanes sin lava i sin humo, levantáronse en la primera mañana para marchar i para morir.

A la verdad, si en los primeros días de las campañas a plazo, hubiera tenido Chile un Pompeyo, la tierra habría brotado de su empedernido seno a millares los combatientes armados, i la guerra habría durado seis meses, como después llevó camino de durar igual número de años.

I como prueba de lo que aquí adelantamos, bastaría sólo citar de memoria nombres de grupos i nombres de familias, nombres de aldeas i nombres de ciudades que enviaron alegres toda su sangre a la guerra hecha a retazos.

II.

Lo hemos dicho en otras ocasiones: cada provincia de Chile ha colocado en los altares de su reconocimiento doméstico esas agrupaciones queridas que enorgullecen los hogares i las memorias.

Atacama tuvo a los tres Martínez, un padre i dos hijos.

Coquimbo a los siete Beytía, todos hermanos.

Santiago, a los jemelos Salinas i a los jemelos Alamos, que a fuerza de ser tantos, denominárons los algunos "Alameda."

Aconcagua envió catorce soldados, hijos i nietos de un tronco común, del comandante Canto, soldado de San Martín.

Colchagua se hizo representar por once Villarreal: los Villarreal Silva, los Villarreal Salvo i los Villarreal Canto.

Una sola madre de Talca, la señora Carmen Letelier, envió a los campos del honor sus tres hijos, i los tres desaparecieron en el torbellino.

Otra madre de Cauquenes, la señora Manuela Mesa de Romero, despachó, cual si hubiera sido no Romero sinó Romana, una cohorte completa de siete combatientes, nacidos todos de su seno.

Con el famoso San Martín de Chillán (cuna de los dos Almarza de Chorrillos) murieron en el morro de Arica su hijo i su sobrino del mismo apellido, soldado el uno, sarjento el otro del 4.° de línea.

I por último, la ciudad de los Anjeles, histórico semillero de soldados, completó con los ape-

llidos de Silva—Arriagada—Garretón una verdadera mitad de jente de pelea formada en hileras de batalla.

III.

De toda esta noble lejión hemos hecho alguna vez cariñoso recuerdo en las columnas de este rejistro de defunciones heroicas.

Pero hoi no vamos más allá del propósito de ofrecer una humilde corona a una tumba escondida que en el curso de las campañas se ha tragado, como los antros de la mitolojía, cinco vidas en cinco años: una víctima, es decir, una ofrenda por año.

IV.

Esa familia, que hemos denominado «los cuatro Calderón», vivía en condición modesta pero dichosa antes de que el hálito caliente de la guerra tiñese de rojo los horizontes lejanos de la patria libre.

El padre común, errante como todos los soldados de Chile i del mundo, habíase ido en la víspera (1878) a habitar a Concepción, como ayudante de aquella comandancia de armas, cuando se hizo sentir en todas nuestras ciudades el redoble de los tambores i los alegres repiques que declaraban abierta con una helada fórmula oficial, leída por un escribano, la era de las batallas.

Tenía a su lado el coronel don Tadeo Calderón, hijo de un antiguo oficial de marina i empleado superior en ese ministerio, siete mancebos, a ejemplo de la madre de Cauquenes, en su hogar: i aquellos siete infantes de Lara eran ocho, contando con el valiente Rafael Vargas, que tomó esposa bajo aquel techo de patriarcas i de soldados.

I de ese grupo, que recuerda el de los siete Macabeos, el padre común envió seis a la guerra, quedándose él, anciano i enfermo, a la puerta de sus lares para verles partir, i más tarde con brazos entreabiertos, esperarlos...

V.

Pero de los que partieron uno en pos de otro en el albor de la niñez, i que por lo mismo no tuvieron sinó sus nombres i sus efijies que legar a la historia, sólo le serían devueltos los huesos de los unos i la lenta agonía de los otros.

VI.

Hemos hecho alusión a sus nombres i vamos, por brevedad, a apuntarlos por edades i por puestos.

Néstor, cirujano del *Blanco*.

Juvenal, capitán de Cazadores a caballo.

Emilio, subteniente del Santiago.

Arnaldo, subteniente del Santiago.

Arturo, subteniente del Santiago.

Los otros dos, Manuel e Ismael, niños a la sazón de 13 i 14 años; quedaron en la escuela i en la alcoba desamparada de su madre fallecida hacía poco.

I bien! todos los demás, con excepción del facultativo de mar, no volvieron o volvieron sólo para morir.

VII.

Emilio, alistado como sarjento del Santiago, recibió, en la carga jeneral de la segunda división en Tacna, una bala que le quitó instantáneamente la vida, atravesándole de parte a parte la garganta.

Arnaldo, que se inscribió en su propia compañía para ir a vengar al caído, cayó, a su turno, en las trincheras de Chorrillos con un fragmento de plomo en el vientre, que en ocho horas de martirio, hízole cadáver en el campo de batalla.

Juvenal, que en esos encuentros mandaba

honrosamente la escolta del jeneral en jefe, perdió dos caballos i su único par de pantalones de tela grana, raídos por once batallas i perforados en esa ocasión por una bala. La roja grana había subido a su pecho en otras tantas cintas, i aun así no escapó a la garra de la muerte, causada por las inclemencias del clima, en las postrimerías de 1883.

Poco después de él vino también a morir el tercer subteniente del Santiago, Arturo, mozo de veinte años, que pocos meses antes había abandonado su quinto año de humanidades para ir a ocupar el puesto de su hermano que el hierro candente de las batallas había dejado vacío en el rejimiento.

VIII.

Desgajadas así todas las ramas, quedaba sólo el añoso tronco, sin abrigo yermo i abatido por el cierzo helado de los ancianos años, cuyos gajes son la pobreza. Sus cuatro niños, mediante sus jenerosas asignaciones, le habían ayudado a vivir, i por esto su alma i su cuerpo habían muerto con ellos.

IX.

El coronel graduado i edecán del Presidente de la República don Tadeo Calderón, a quien debemos el tributo de esta palabra póstuma, había comenzado su carrera de soldado en el batallón que en 1838 debió marchar a la campaña del Perú, i en cuyas filas militó como alférez el brillante i malogrado escritor don Juan Nepomuceno Espejo.

Sirvió después cinco o seis años en el batallón Chacabuco, i en Loncomilla fué capitán.

Un año más tarde, soplándole propicio el aire arremolinado de la guerra civil, ascendía a sarjento mayor, pasaba en esta capacidad al batallón 4.° de línea, i en 1854 era nombrado gobernador del departamento de Rere.

I aquí el carro de la suerte detuvo sus ruedas en el angosto sendero de los ascensos de la paz. Sólo en 1872 recibió sus despachos de teniente coronel efectivo, i habiendo mandado en comisión varios cuerpos provinciales en San Fernando, en Curicó i en Concepción, vino a radicarse en Santiago, donde traidora i no explicada enfermedad le dejó muerto en un carro del servicio público de la ciudad en una frijida noche del mes de julio de 1884.

X.

Díjose entonces por muchos i en aquella triste ocasión, que el desdichado anciano había sucumbido víctima de una afección al corazón, que en sus posteros días tomara creces.

I esa era la verdad; pero lo que había abultado en su pecho el bulbo de la vida no era la savia de la existencia que en el hombre sube i desciende como en el árbol, sinó la acumulación de las lágrimas que dentro de su cavidad habían caído en silencio, al cargar sobre sus hombros, uno en pos de otro, los cuatro ataúdes de sus inmolados hijos.

Don **ENEAS FERNANDEZ**
Capitan del Batallon Talca

Don **CARLOS M. FERNANDEZ**
Subteniente del Batallon Talca

Don **MILCIADES FERNANDEZ**
Subteniente del Buin

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

"De vuelta a ésta, sirvió largo tiempo en este mismo cuerpo, retirándose en seguida a la vida civil.

"Llega la guerra actual, i Milcíades es llamado a incorporarse al Buin.

"En Pisagua pelea con el agua hasta la cintura, asombrando a los mismos buines con su extraordinario arrojo, quedando dueño del campo el primero de todos.

"En camino para la gran batalla de Tacna, se susurra que en las filas de su compañía va un soldado en estado de ebriedad. El celoso oficial vuela a averiguar el hecho; el soldado es descubierto i fuertemente reprendido por su jefe, que se va a ocupar su puesto profundamente contrariado.

"Un momento después una bala de rifle atravesaba el pecho del joven teniente. Una vez vuelto a la razón el victimario de Milcíades, haciendo los mayores elojios de su teniente, expiaba en breve su crimen que él era el primero en condenar."

IV.

En contraposición, el hermano menor de los Fernández Letelier, el llamado Carlos Manuel, al morir de diezinueve años, fué una esperanza tronchada en flor que, al caer al suelo, llenó de luto a su ciudad natal.

Estudiante en el liceo de Talca, no arrojó sus libros como otros, sinó que los llevó consigo en su sobrio equipaje.

Cuando el coronel Urízar Garfias marchóse desde su tranquilo puesto de oficinista en Santiago a organizar el rejimiento Talca, a mediados de 1880, el alumno del liceo, Carlos Manuel Fernández Letelier, había terminado, en efecto, a la edad de dieziocho años sus humanidades, i preparábase para entrar en el bachillerato con la vehemencia de un espíritu que arrancaba sus primeros bríos de una temprana ilustración; i por esto, para mejor conseguirlo, empaquetó sus libros de estudio, a fin de repasar su exámen colectivo en medio de los campamentos.

"En dos años,— dice una relación que tenemos a la vista,— Carlos Fernández había hecho cuatro de estudios a fuerza de enerjía i contracción ejemplares. El distinguido estudiante deseaba hacerse abogado. Pero la patria llama a sus hijos, i Carlos, de dieziocho años apenas, se enrola en el batallón Talca, donde fué siempre un modelo de rectitud i de abnegación.

"El subteniente Fernández llegó a ser, a pesar de sus pocos años, el oficial de mayor confianza de su rejimiento.

"Habiendo tomado parte en la expedición Lynch, se distinguió por su observancia de la disciplina militar.

"En Chorrillos, Carlos fué uno de los más valientes de los hijos de Talca: sus breves pero enérjicas arengas han quedado en la memoria de todos.

"Asaltando una de las trincheras, una bala le atraviesa las piernas i cae vivando a Chile, cuando sus soldados coronaban ya el empinado cerro.

"Poco tiempo después moría en Valparaíso, como él decía, "con la satisfacción de haber cumplido con su deber".

"Trasladado a Talca el cadáver de ese jeneroso defensor de la patria, fué recibido con las manifestaciones del mayor sentimiento público; la muerte de Carlos Fernández fué considerada en su ciudad natal como una pérdida irreparable que no será nunca suficientemente lamentada.

"El joven Carlos, caído gloriosamente en la inmortal jornada de Chorrillos, era una de las más brillantes esperanzas de su pueblo."

V.

Pero aquél de los tres hermanos de Talca i del Talca que despertó más vivas simpatías en su

honrosa vida i causó más honda sensación de dolor con su prematuro fin, no sólo en su ciudad i en su provincia, sinó en el país entero, fué el que llevó el nombre heroico de Eneas, i se hizo en la guerra digno de él, sucumbiendo a la edad de 28 años, que es todavía la alborada de la juventud.

VI.

Nacido en Talca en 1852, educado en su liceo provincial; después empleado público notablemente intelijente, oficial entusiasta del batallón cívico de su ciudad, mostró siempre el más acedradno pundonor, hasta que, lleno de vida i rebosando de patrióticas esperanzas, marchó a la guerra.

Su primer ensayo fué el ascenso del Morro Sölar, empresa de titanes, que impasible presenció otro titán, i allí cayó mortalmente herido en sus propias filas su hermano menor.

Su segunda i decisiva prueba fué la de Miraflores, al frente de cuyas trincheras, i, según el testimonio escrito de los que en ella le vieran, desplegó notorio atrevimiento, animando a su fatigada tropa. Se ha dicho con razón que la batalla de Miraflores fué una victoria de oficiales, por la invencible constancia que éstos desplegaron al frente de sus rejimientos, cansados por tres días de marchas i tres noches de vijilia en medio de las balas; i el capitán Eneas Fernández Letelier descolló por su bravura, entre los mejores, en trance tan apurado.

Enronquecida su garganta a fuerza de animar a los suyos, la batalla iba ya a terminarse, cuando, más afortunado que su hermano el de Locumba, una bala enemiga, recibida a pecho descubierto, le postró en tierra.

VII.

Transportado a las auras de su patria en busca del recobro de la vida que aceleradamente se extinguía, "cruel destino — decía de él el diario EL FERROCARRIL del 15 de febrero de 1881,— hace que los dos hermanos Carlos i Eneas vengan a encontrarse juntos en el hospital de sangre de Valparaíso. El bravo capitán Fernández ve sucumbir allí a su querido hermano Carlos.

"Esta terrible impresión, soportada en su lecho de dolor, agravó el estado de sus heridas, determinando una fuerte inflamación al hígado, que se complicaba más tarde con una incurable pulmonía.

"Como último recurso fué trasportado a Santiago a casa de una de las personas de su familia, en donde ha permanecido los ocho últimos días de su breve pero gloriosa existencia (1).

"Sus postreros instantes, sellados por su increíble enerjía, quedarán por mucho tiempo en la memoria: "Nunca me arrepentiré,— decía,— de haber servido a mi patria, i si puedo levantarme volveré con gusto a rendir por ella la vida."

VIII.

Los restos mortales del héroe talquino fueron trasportados el día 15 de febrero de 1881, un mes cabal desde su inmolación en Miraflores, a la ciudad de su nacimiento, i el pueblo de ésta, congregado espontáneamente i por entero, le recibió en sus brazos, bañando su sarcófago de lágrimas. Al día siguiente, la cita de la ciudad fué en el enlutado templo, que apenas daba cabida a la culta sociedad talquina, profundamente afectada por su pérdida, i a la llorosa muchedumbre, que ama sin saberlo a los héroes.

Después de los oficios relijiosos que en esa ocasión presidió el respetable sacerdote, don

(1) La respetabilísima señora doña Jesús Sepúlveda, viuda del no menos venerable caballero don Estanislao Silva. La señora Sepúlveda vivía entonces en la *Avenida del Ejército Libertador*.

Fernando Blaitt, antiguo cura de Talca i que había sido una especie de capellán honorario de su rejimiento, "fué conducido el cadáver, según una relación dada a luz al día siguiente en un diario de la localidad, al carro fúnebre que estaba colocado frente a la puerta de la capilla.

"La comitiva, que era numerosísima, se puso en marcha en el siguiente orden:

"A la cabeza el carro fúnebre, tirado por soldados del batallón cívico; en seguida abrían calle varios soldados del rejimiento Talca, que acompañaron al capitán Fernández en las batallas de Chorrillos i Miraflores. Se distinguía entre ellos el sarjento primero José Anjel Lagos que, a pesar de estar casi imposibilitado para andar, pues usa muletas, hizo su marcha a pie hasta el mismo Cementerio. Seguían los deudos del ilustre muerto i varios amigos, todos a pie; continuaba el batallón cívico con la banda de música a la cabeza, i cerraba la comitiva una larga fila de coches particulares i públicos, i una compacta muchedumbre de a pie i a caballo.

"Frente a la casa de la señora Trinidad Garcés, se detuvo la comitiva, i varias señoras colocaron en el féretro coronas de siempre-vivas i flores; otro tanto se hizo al enfrentar la casa del señor Galvarino Gallardo.

"Por fin, llegó el cortejo fúnebre al Cementerio. Al bajar el ataúd del carro mortuorio, tomaron los cordones el señor intendente de la provincia, el señor juez del crimen, dos de los hermanos del muerto, don Bernardo Letelier, don Luis Ignacio Silva i don Baldomero Arancibia.

"Antes de depositar el cadáver en la sepultura, que ha de guardar para siempre aquellos queridos restos, tomó la palabra el señor Luis Ignacio Silva. Este caballero pintó a grandes rasgos la vida del joven capitán. Su discurso, tan elocuente como conmovedor, hizo derramar más de una lágrima entre los concurrentes.

"En seguida ocupó la improvisada tribuna el juez del crimen señor Gallardo, i describió también de una manera enérjica i elocuente la vida de Eneas Fernández, como también la de sus otros dos hermanos Milcíades i Carlos Manuel.

"Talca,—dijo,—debe enorgullecerse de tener en su seno a hijos tan entusiastas i valientes como los tres hermanos Fernández, como el arrojado i temerario Anjel Custodio Corales, como el denodado Miguel E. Letelier i el valeroso Alejandro Concha.

"El discurso del señor Gallardo conmovió también profundamente a la concurrencia, con tanta más razón, cuanto que allí se encontraban presentes los deudos i amigos de los otros oficiales talquinos, a quienes nombró i asoció a la memoria de los tres hermanos Fernández, como compañeros de gloria i sacrificio."

IX.

Pero quien puso el sello del verdadero heroísmo a aquel grupo de tres hermanos sacrificados en un solo altar, fué el propio ilustre jefe que los había conducido a la batalla, a la victoria i a la muerte, i que, ¡adverso i singular destino! por aquellos mismos días debía sucumbir un año más tarde, obedeciendo a la dura consigna de su patria en mortíferos climas.

He aquí, en efecto, la tierna, elocuente i noble carta que el coronel i organizador del rejimiento Talca, don José Silvestre Urízar Garfias, escribió a la jenerosa matrona que había dado su mejor sangre a la bandera de su pueblo, la distinguida señora Carmen Letelier, madre de catorce hijos, de los cuales fueron varones sólo cinco:

"*Huacho, marzo 26 de 1881.*

"Señora Carmen Letelier v. de Fernández,
Talca.

"Señora:

"Ofrecer a la patria tres hijos queridos i verlos

en seguida morir, víctimas de su valor, defendiendo una noble causa, es algo que conmueve profundamente el corazón, i sobrecoje de admiración el espíritu.

"Ese sentimiento i esa admiración son por vos, señora, que tuvísteis la noble entereza, el sublime valor de ofrecer, en holocausto a la patria, séres tan queridos, i por vuestros hijos que tan heroicamente supieron corresponder a vuestros grandes i elevados sentimientos.

"Toda una sociedad, todo un pueblo, vuestra nación toda ha admirado el sublime sacrificio de los tres hermanos Fernández.

"Delante de un cuadro tan desgarrador, ¡cómo podré encontrar una palabra de consuelo que mitigue vuestro acerbo dolor! ¡Qué consuelo podré ofreceros yo que todavía me encuentro poseído de la más profunda consternación que tan inmensa desgracia ha producido en mi ánimo!

"Dos de vuestros hijos, señora, pertenecieron al rejimiento Talca, por consiguiente, fueron también mis hijos, i como a tales los he llorado.

"Desde la organización de dicho rejimiento, ambos manifestaron un noble entusiasmo i una voluntad decidida i perseverante de servir a su patria, i con su conducta intachable, hicieron honor al cuerpo en que servían, empeñando la gratitud del pueblo que les confió su representación en la guerra.

"El capitán Eneas i el subteniente Carlos Manuel fueron dos cumplidos oficiales.

"Vos sabéis que el primero para alistarse en mi cuerpo tuvo que abandonar un puesto público que le ofrecía un brillante porvenir, i que el segundo se vió precisado a cortar una carrera que pronto habría terminado, merced a su constante aplicación al estudio i a sus distinguidas aptitudes.

¡La mano implacable del destino, tronchó de raíz esas nobles plantas cuando comenzaban a producir frutos sazonados!

"Inclinémonos ante la cruel adversidad; pero confiemos en que el heroico sacrificio de los hermanos Fernández ha dado una pájina inmortal a nuestro glorioso país i una sublime lección a nuestras jeneraciones futuras.

"En la noble conducta que con vuestro ejemplo habéis trazado a las madres de familia, i en la gloria alcanzada por vuestros inmortales hijos, debéis inspiraros, señora, para buscar el consuelo que necesita vuestro corazón.

"Unid, señora, a la jeneral condolencia que os ha acompañado en vuestro infortunio la de los jefes, oficiales i tropa del rejimiento de mi mando, en especial la de vuestro atento i S. S.

S. Urízar Garfias."

X.

¿Cuándo ¡oh viajero! habéis leído en el mármol en que se esculpe el valor humano en la blanca ara de su triple sacrificio, epitafio más lleno de conmovedora ternura, de serena justicia i de levantada glorificación?

El sepulcro de los tres hermanos Fernández Letelier fué así digno de su vida.

Que la paz de la gloria i las palmas del martirio sean con ellos!

Lit P Cadot & Cie

DON DESIDERIO IGLESIAS
(Subteniente del Buin)

DON JULIO HERNANDEZ
(Teniente del Buin)

DON JOSÉ RAMON RIVERA
(Capitan Ayudante del Buin)

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

los fundadores de Mulchén, desempeñando, en dos ocasiones de ajitación política, las subdelegaciones de San Carlos de Purén i de Curaco, en el corazón de la Araucanía.

Destinado su cuerpo al campamento de Antofagasta, hacía sus últimos aprestos de marcha para la campaña, en el cuartel del Barón en Valparaíso, cuando recibió allí sus despachos de capitán, i en esa graduación marchó a la guerra el 15 de abril de 1879.

IV.

Distinguióse el capitán Rivera desde las primeras operaciones activas, porque en Pisagua perdió diez i seis hombres de su compañía i él mismo quedó maltratado por los guijarros de la áspera ladera al ascenderla.

Después de San Francisco i del desembarco de Pacocha, designólo el jeneral Baquedano, que tenía buen ojo, para marchar con su ya bien probada compañía al valle de Moquegua, sosteniendo la caballería con que aquel jefe, al comenzar allí su gloriosa carrera, se internaba para "hacer algo," porque en aquella coyuntura nadie hacía nada.

La cooperación de aquella compañía aislada del Buin fué mui importante, i de seguro por todos se recordará, que casi no había boletín en que no se encomiara sus servicios en aquella prolija campaña de encrucijadas en los valles.

Su propio jefe, que era hombre de suma modestia, ha dejado un lacónico apunte de sus correrías, que así dice:

"El 11 de marzo salí con cien hombres para Hospicio, i de ahí, el 13, para Moquegua. Llegamos el mismo día al valle, i nos batimos con las avanzadas enemigas. Salimos *victoriosos*. El 14, ataqué i salimos *triunfantes*. El 17, ataqué i *correteamos* al enemigo. El 18, dos veces *correteamos* a las avanzadas. El 19, salimos para Moquegua i *correteamos* ese mismo día a las avanzadas. El 20, llegamos a Moquegua. El 22, batalla de la cuesta de los Anjeles i *derrota* del enemigo."

Cuánto i cuán expresivo laconismo de soldado i de soldado correteador!

V.

Después de haber tomado parte con su cuerpo, i en clase de capitán ayudante, en la campaña de estéril merodeo que, por órdenes supremas i fatalmente desacertadas, llevó al norte el coronel Lynch, el Buin, que se condujo con admirable disciplina i sobriedad, fué incorporado en la brigada Gana, de la segunda división, que mandaba el jeneral Sotomayor, i conducido al fuego por esos dos bizarros jefes, es un hecho militar ya famoso que, en una sola i arrojadísima carga, aquel rejimiento, vehemente por demostrar en presencia de todo el ejército de lo que era capaz, abrió con el atropello de sus pechos las puertas de Lima, cortando en su centro en dos trozos, como si hubiesen sido los quebradizos anillos de una serpiente, los batallones del ejército peruano, triple en número, que defendían las casi inexpugnables posiciones de San Juan.

El tercio de su número dejó el vengador i al fin vengado rejimiento en aquellos horribles médanos; i entre los primeros i el más alto en graduación i en nombre, de los que allí quedaron, contóse el capitán talquino, cuyo modesto recuerdo consagramos.

Al llegar a la cumbre, defendida por varios batallones, que fueron acuchillados hasta el último hombre, una bala le atravesó de parte a parte el pulmón derecho, i tomado en brazos por su fiel asistente, llevóle éste a una zanja del camino de San Juan, donde a la sombra de un pequeño algarrobo hízole el cariñoso soldado su primera i tosca curación.

Pasaba en esos momentos, dirijiéndose a las casas de San Juan, allí vecinas, el coronel Gana, radioso con su triunfo, i divisando a aquel sufrido oficial cubierto de sangre i desnudo de la cintura arriba, acercóse para saludarlo i fortalecerlo.

—"¿Triunfamos, señor?"— fué el saludo de aquel bravo.

I cuando su jefe le respondió afirmativamente, una sonrisa de indecible ventura, destello de una alma heroica en un cuerpo moribundo, iluminó el rostro de aquel soldado, digno de su patria i de su pueblo, de su bandera i de su nación.

Una semana después (enero 23), el intrépido "buin" fallecía en la ambulancia de San Juan, i sus restos eran depositados en el Cementerio de Lima, con los honores de la guerra, el día 26.

Trájolos después a Chile su aflijida esposa, i a fin de rendir culto eterno a su buena memoria, depositólos en la iglesia del Barón de Valparaíso, que había sido su punto de partida para la guerra, para la muerte i más allá... para la gloria.

DON DESIDERIO IGLESIAS

SUBTENIENTE DEL BUIN

I.

ASÍ como el capitán Rivera, de San Juan, fué el más viejo «buin» del Buin, así cúpule el puesto de más reciente data en sus anales de sangre a un niño nacido en Santiago i que, como él, fué hijo de un apreciable industrial. Su nombre era Desiderio i el de su honrado padre don Santos Iglesias.

Comenzada su educación militar en la Academia por influjos del presidente Errázuriz, pasó después de la disolución de aquel establecimiento a diversos colejios particulares hasta recibirse de bachiller en humanidades, i hasta llevar adelantados, a los veinte años de edad, dos de bachillerato en la carrera de la medicina.

II.

Mas, arrebatado, como tantos otros, por la corriente de entusiasmo bélico que, en forma de alud, descendió sobre el país en los primeros meses de 1879, el joven Iglesias obtuvo un puesto de aspirante en el Buin, i hallándose en Antofagasta recibió, con gran regocijo, sus despachos de oficial.

Era un niño de buen talante, regordete, alegre, buen camarada, i, por lo mismo, encontróse tan bien hallado en su cuerpo, como si fuera en hogar adoptivo de familia, i en medio de las armas, como si fuera en campo amigo. «Todos me quieren bien,— decía con ufano candor a su buen padre,— en mi cuerpo, i todos ansiamos por pelear.»

Retardado este deseo durante más de ocho meses, creyó el mozo apresurado que aquél iba a cumplirse conforme a su intuición de verdadero soldado, porque, embarcado en Antofagasta, a bordo del vapor *Copiapó*, decía a su padre, el 26 de octubre del primer año de la guerra, estas palabras de verdadera sensatez militar:

«Me parece que el gran combate lo daremos en Lima, pues creo que vamos allá directamente.»

Ah! i si allí hubiese sido entonces «el gran combate» cuánta sangre i cuántas lágrimas habría ahorrado la morosa patria a sus hijos, cimentando sus glorias i disminuyendo sus perdurables sacrificios de oro i de tiempo con la prisa del acierto!

III.

«Yo, papá, voi mui contento,— agregaba el alentado subteniente a su padre, comunicándole en esa propia carta sus sentimientos íntimos,— i espero que sabré emplear lo mejor que pueda el puesto de mi honor i de mi gloria. Valor! Valor!»

I así fué tristemente cumplido; porque, habiendo recibido el Buin orden de desembarcar el primero en la playa de Pisagua, apenas había puesto el pie en tierra el subteniente Iglesias, una bala le atravesó la garganta, dejándolo instantáneamente muerto.

Correspondió de esta manera a aquel entusiasta niño el honor de ser el primer oficial muerto en la guerra, i hubo de extraño en su, por todos títulos, prematuro fallecimiento, que él mismo predijo su fin, porque, escribiendo a uno de sus hermanos (el abogado don Domingo Iglesias), decíale de su padre, cuyo nombre, apropiado a su apellido, hemos también recordado, estas palabras de verdadero i fatal vaticinio:—"Si ésta llega el día del cumple-años de mi padre (1.° de noviembre), que éste reciba quizá mis últimas felicitaciones."

I, en efecto, al amanecer del día siguiente, el subteniente Iglesias era cadáver.

¡Caso raro! En el mayor número de las notas de adioses que hemos tenido a la vista durante la última guerra, casi siempre los presentimientos de la muerte se han inexorablemente cumplido!

DON JULIO HERNÁNDEZ

TENIENTE DEL BUIN

I.

TIENE la guerra en sus venturas como en sus fatalidades, cierto encadenamiento de hechos i de personas que parece habría de corresponder a un orden fijo i natural.

Así al menos, i respecto del caso de que vamos a ocuparnos, como fué el más joven de los oficiales del rejimiento Buin el primero que sucumbiera en todo el ejército, así el último que falleciera en reñido combate, fué otro fogoso niño de ese mismo rejimiento, que había comenzado su carrera de soldado, i a la edad de diezisiete años era ya teniente.

II.

Fué su nombre Julio Hernández, i en su marcial talante adivinábase sin dificultad una naturaleza señalada para la guerra, pudiéndose decír de él que llevaba en su cartuchera las charreteras de jefe, que si hubiese sobrevivido a su valor, de seguro habríalas cargado sobre sus hombros antes de cumplir su mayor edad.

He aquí, en efecto, el resumen de su hoja de servicios, puesta como ejemplo delante de los que solicitan galones por favor de amigo, o de los que mendigan ascensos (¡i los alcanzan!) por la humillación de los "empeños."

Abril 19 de 1879, soldado del Buin.
Mayo 8 de id., cabo 2.°
Junio 3 de id., cabo 1.°
Agosto 11 de id., sarjento 2.°
Mayo 24 de 1880, sarjento 1,°

Julio Hernández llevó por este lento camino, durante quince meses, su jineta de subalterno, su varilla de cabo, su fornitura de soldado, i, sin embargo, ha muerto a la edad de 19 años en clase de teniente del primer batallón del ejército. A los 20 años habría sido probablemente capitán. Por eso los salvajes montoneros de la quebrada de Matucano, en cuyo suelo fuera derribado, desgajaron una hermosa vida que, cual la flor temprana se abría a la brisa de la vida, una esperanza del ejército, el orgullo de una familia de quince hermanos, de los cuales trece eran varones. ¡El brioso adalid deja al menos quienes lo venguen!

III.

Era julio Hernández coquimbano por su cuna, hijo de Valparaíso por su educación. Había nacido en la Serena el 4 de enero de 1863, siendo sus padres el apreciable abogado don Juan José Hernández, residente hoi en Valparaíso, i la señora Petronila Torres, madre espartana. Su

verdadero nombre de famila era, por consiguiente, Ismael Julio Hernández Torres.

IV.

La naturaleza de aquel niño había sido desde sus más tiernos años profundamente tranquila, feliz i dulcemente concentrada, índole que se encuentra en muchos seres nacidos para ser héroes. ArturoPrat, Rafael Torreblanca i Moisés Arce, mostraron desde pequeños esa misma propensión guardada en el reposo, en el silencio i en una contínua meditación, lento estudio que el hombre hace instintivamente de sí mismo.

"Lo recuerdo bien—dice a este respecto su propio i excelente padre, en carta que nos escribiera en julio de 1884,—fué respetuoso, bien quisto, i con cierta precoz gravedad que lo hacía a nuestros ojos estimable.

"Como no tomaba calle sinó después de catorce años, i sólo al comercio de esta ciudad, hasta las ocho en invierno, i nueve en verano, nos fué grato ver la regularidad singular con que observaba las horas de regreso i consiguiente recojida después de una taza de té.

"Cuando ya estuvo en el liceo, después de estarlo en otros establecimientos primarios, me representó con modesta insistencia, que él no quería ser ni abogado, ni agrimensor porque había tantos; que él comprendía que, habiendo venido él al mundo de los últimos, después de tanta familia anterior, serían insuficientes mis recursos para una larga carrera; que él tenía principios de contabilidad, de gramática, historia i dibujo, i que me rogaba le dedicase a las matemáticas aplicadas a la mecánica, que era todo su deseo, para auxiliar desde temprano al gasto de la familia."

V.

Educado en Valparaíso desde 1872 en el colejio inglés de Mr. Singleton, fué talvez el primero de los gloriosos voluntarios que el aula dió al ejército, porque, declarada la guerra el 6 de abril, el 19 de ese mes ya el niño Hernández, de edad apenas de 16 años, empuñaba un fusil entre los veteranos de cano bigote i tostada frente del viejo Buin. Iba este cuerpo de paso al norte i se llevó consigo aquel tierno recluta.

VI.

Siguiendo su bandera, el voluntario del patriotismo encontróse en siete batallas i cinco campañas durante una guerra que duró cinco años: en Pisagua, en San Francisco, en Tacna, en Arica, en San Juan, en Miraflores, en la expedición Lynch, en la expedición Letelier, en la expedición Gana, i por último en el combate de San Bartolomé, donde perdió la vida a los 19 años 6 meses i 19 días de jenerosa i fugaz existencia.

En el asalto de San Juan el subteniente Hernández fué herido en las dos piernas, i allí dejó establecida su fama de bravo. Su conducta le había adquirido en todas partes la reputación de cumplido caballero.

VII.

A virtud de la indecible porfía de hacer expediciones a la sierra del Perú, operaciones de guerra condenadas por la estratejia, por la experiencia, i más que esto, por la hijiene, el mes de julio de 1882 fué una época aciaga para el ejército de Chile en el Perú, esparcidos sus batallones en las punas i diezmados por el tifus, la viruela i el soroche.— Nada habrían sido a la verdad las guerrillas con sus emboscadas, cual las de Marcaballe en que fué rechazado i casi barrido de sorpresa el valeroso batallón Santia-

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Accedió esta vez el jefe, i Hernández salió con diez soldados a la colina, i desde allí, como él lo había deseado, desalojó en pocos minutos a la chusma. Pero como lo presintiese también su más experto jefe, de los diez soldados que sacó de las filas sólo tres volvieron ilesos, i él mismo cayó atravesado por una bala que le bandeó el cuerpo por el centro, de alto a abajo.

XII.

Uno de sus compañeros de cuerpo que allí se halló, el teniente don Alejandro Tinsly de la compañía estacionada en la Chosica que vino al rescate, corrobora así lo sucedido.—"Los peruanos,—dice éste en carta escrita a la madre de su valeroso amigo desde Lima el 2 de setiembre de 1882,—comenzaban ya a descender de los cerros e irremediablemente habrían perecido todos por estar casi completamente rodeados. En este momento supremo llególes mi compañía de refuerzo desde la Chosica i partimos en dos direcciones, con el objeto de tomar al enemigo por la retaguardia, i ver modo de fusilarlos a todos, justo castigo de estos bandoleros; pero tan pronto como vieron los peruanos que le llegaba refuerzo a la compañía sitiada, i temiendo los encerráramos a ellos, emprendieron precipitadamente la retirada en varias direcciones, tan pronto como nos vieron a cincuenta metros distantes de ellos, como tienen costumbre de hacerlo. Durante este intervalo el desgraciado i jeneroso Julio, se batía a porfía con un número cuatro o cinco veces superior al que él mandaba, soportando el fuego del enemigo por espacio de diez horas, recibiendo tres gloriosas i mortales heridas en este hecho de armas; la primera herida que recibió fué en el carrillo derecho, saliéndole la bala por la boca sin hacerle más daño, la segunda la recibió en circunstancias que él bajaba espada en mano, para unirse al resto de la tropa i poder organizar una resistencia mayor; esta bala entrándole por el bazo, le salió al lado abajo de la ingle derecha, por consiguiente atravesándolo de parte a parte. Esta herida a mi modo de ver, fué la culpable de su muerte, por ser tan delicadas las partes que ofendió, i ésta lo obligó a recostarse en el cerro por serle imposible por lo pronto caminar. La tercera bala la recibió estando echado en el suelo, i ésta le entró por el muslo derecho quedándole la bala adentro, por lo que fué ya completamente imposible moverse. Inmediatamente se le vendaron sus gloriosas heridas i fué traído del sitio de acción por soldados de su misma compañía a la estación, e instalado en ella lo mejor acomodado i cuidado que se pudo en esos lugares. El combate seguía aún una hora más o menos, retirándose los montoneros tan pronto nos acercamos nosotros, no sin dejar antes en el campo más de treinta muertos fuera de los heridos que serían más de cincuenta, teniendo también que lamentar la pérdida de nuestro nunca bien sentido amigo Julio."

XIII.

"Yo lo ví en el tren,—añade el fiel amigo,—e inmediatamente que me vió me estiró la mano i me dijo: "Querido Alejandro, tengo la satisfacción de haber cumplido bien con mi deber i creo que no se dirá de mí que me he portado cobarde... Si muero lo haré mui tranquilo. "Entonces yo le dije que si le llegase a suceder tal desgracia, aunque no lo veía próxima, sin embargo que era la verdad, pero lo hacía por no asustarlo, le escribiría a su mamá inmediatamente, a lo que me contestó que lo hiciera; esto me lo dijo en un tono algo acompasado, probablemente por el estado en que se encontraba a causa de sus dolencias, pero le diré a Ud. francamente que no se quejaba, al contrario, se le veía mui tranquilo.

XIV.

"Averiguadas bien sus últimas palabras i encargos que él hizo en el hospital de esta ciudad, a la madre superiora Sor Elena, que fué la que lo asistió hasta el último instante de su vida, diré a Ud. que fueron las siguientes: dice la madre superiora, que inmediatamente que llegó al hospital, lo primero que solicitó fué el confesarse, lo que llevó a cabo con toda felicidad; al día siguiente le fué suministrado con toda pompa el viático, muriendo pocas horas más tarde con toda tranquilidad, lo que llenó de asombro a todos los que estaban presentes" (1).

XV.

Entretanto, i a fin de que se comprenda en toda su extensión el mérito de la resistencia de los buines, i el servicio insigne que prestó a su patria el porfiado denuedo e indisputable heroísmo del teniente Hernández, es preciso añadir que el día de San Bartolomé túvose en Lima por una irremediable i horrible catástrofe como la de La Concepción que la había precidido apenas dos semanas. "Desde las primeras horas de la mañana del 23, dice en efecto una correspondencia enviada al DIARIO OFICIAL del Callao i publicada al siguiente día, comenzaron a circular los más siniestros rumores respecto de la suerte que habían corrido las compañías del Buin mandadas hace pocos días a custodiar i reforzar algunos puntos del ferrocarril de la Oroya.

"Como se sabe, una de esas compañías, la mandada por el sarjento mayor graduado señor Urrutia, se hallaba estacionada en la Chosica a fin de resguardar ese importante lugar, i la otra, al mando del capitán Donoso, fué mandada de guarnición a San Bartolomé.

"La estación de Chosica dista unos 38 kilómetros de Lima, i desde ese punto a San Bartolomé no hai menos de 22 kilómetros de distancia.

"La primera noticia que recibieron nuestras autoridades llegó por telégrafo como a las seis de la mañana.

"En ella el capitán Donoso, jefe de la compañía estacionada en San Bartolomé, daba aviso de avistarse en ese instante numerosísimas partidas de montoneros que coronaban los cerros vecinos i que desde allí abrían nutrido fuego sobre su tropa.

"Tras algunos otros avisos en que solicitaba el pronto envío de refuerzos i aseguraba que la resistencia de sus cien hombres era porfiada i digna por lo tanto del renombre del aguerrido Buin, como a las ocho o nueve de la mañana se recibió un telegrama, en que anunciaba hallarse rodeado por inmensas masas de montoneros, agregando

---

(1) He aquí lo que a este mismo respecto publicó el DIARIO OFICIAL de Lima algunos días más tarde:

"Seis horas antes de morir, el jeneral Gana se acercó a su lecho, i le dijo:—teniente, deseo servirlo, pídame lo que más le agrade,—Gracias, jeneral, le respondió, lo único que anhelo es una licencia para volver a Chile, luego que me mejore. Cuente con ella, le respondió su jefe, i esto le produjo mucha alegría. El heroico adolescente en la agonía soñaba con la patria porque se había sacrificado, creía ver el bello cielo del país donde nació, i acaso recibir las caricias de una amorosa madre.

Las hermanas de Caridad, que ya en otra ocasión le habían prestado sus inestimables servicios, por su moderación i la dulzura de su carácter, tenían por él una viva estimación.

Si en su lecho de muerte no encontró las paradisiacas miradas de su madre, halló ánjeles que con sus solícitos cuidados hicieron menos duros sus postreros momentos.

Las lágrimas de los suyos no humedecieron sus manos caldeadas por la fiebre; pero las de la caridad, efluvio del cielo, cayeron sobre su cuerpo exámine, espontáneas i abundantes.

La vida de este heroico joven es una revelación del carácter chileno. Allá en la tierra de O'Higgins, de los Carrera, de los Bulnes, de los Prat, de los Serrano, amar la patria, darle la juventud i la existencia, es tan natural, como saludar al amigo, i llorar por los que fueron.

Los bravos del Buin están de duelo; Hernández era su niño mimado; pero el duelo de los valientes, lo es de la nación, i no habrá un solo chileno que no los acompañe en su quebranto. Los redactores del DIARIO OFICIAL les envían, respetuosos, la expresión de su cordial condolencia.

que en esos momentos mandaba veinte hombres a cargo de un oficial con el objeto de practicar un reconocimiento.

"Poco después de recibido este parte se interrumpía la línea telegráfica más allá de la Chosica, sin duda por haberla cortado los montoneros que rodeaban la compañía del capitán Donoso.

XVI.

"Naturalmente, prevenidos como estaban los ánimos para esperar una terrible catástrofe, en vista del último telegrama del capitan Donoso; una profunda angustia principió a apoderarse de todos los corazones chilenos.

"Se temía que los bravos buines del capitán Donoso hubieran sido completamente rodeados por el enemigo, i tomando en cuenta los antecedentes de aquella tropa, tan bien disciplinada como orgullosa de su fama, se creía que ninguno de sus hombres hubiera escapado con vida.

"Cada cual se forjaba en su imajinación cuadros tan tristes como los que recientemente había presentado la defensa de la 4.ª compañía del Chacabuco, en la ciudad de La Concepción.

"No sabemos cómo llegó también la noticia a oídos de los peruanos desde los primeros momentos, i era visible la alegría con que sin mucho recato la comentaban en corrillos i cafés.

"Al observarlos se hubiera dicho que este nuevo asalto de montoneros era una cosa demasiado esperada i conocida ya para ellos, i que su ejecución no hacía más que dar cumplimiento a los planes que de antemano habrían forjado los prohombres que desde la capital dirijen el pandero de la política i de la guerra.

"Poco más tarde llegaban a Lima dos soldados de caballería que venían del mismo lugar de los sucesos, mandados por el jefe del destacamento, para que dieran noticia de aquellos al jeneral en jefe.

"Uno de estos soldados venía herido, pues ambos fueron perseguidos por una verdadera lluvia de balas en cuanto salieron de San Bartolomé con dirección a Lima.

"La cantidad de montoneros era innumerable. Según sus cálculos no bajarían de cuatro mil los que rodeaban a San Bartolomé, coronando los cerros circunvecinos.

"La alarma i la angustia, como era natural, aumentaron en todos los corazones chilenos."

XVII.

Por fortuna i para gloria de Chile, su ejército de tierra, desde el ejemplo de Prat en la mar, tenía resuelto hacer sus Termópilas de cada garganta del Perú.

Los guerrilleros de Cáceres habían venido a San Bartolomé a golpe hecho como el de La Concepción. Pero el Buin, nombre de un puente peruano, había labrado así otro puente histórico en la histórica quebrada de Matucana, protejiendo i salvando a un ejército casi tan numeroso como el que peleó i venció en Yungai; i como para completar el reflejo de aquella imajen en los tiempos que fueron, el itinerario de los combatientes había sido marcado en el espacio de cien leguas, desde Pucará a San Bartolomé, por el sacrificio de cien bizarros chilenos.

Si los montoneros de Cáceres logran aniquilar la compañía del capitán Donoso i consiguen destruir el viaducto de las Verrugas, la división Canto compuesta de 2,500 hombres cae en un abismo.

XVIII.

El mes de julio de 1882 había sido de esa manera fatal para nuestras armas.

I era de notarse que en cada jornada había habido también un "Julio": Julio Garai en Mar-

caballe, Julio Montt en La Concepción, Julio Hernández en San Bartolomé; i todos habían perecido en el mes de julio. La esforzada retirada del coronel Canto ¿se denominará por esto en la historia de los campamentos "la retirada de julio" o la "retirada de los Julios"?

XIX.

Por nuestra parte, aceptamos como símbolo de la gloria juvenil que venimos consagrando, la última denominación.

I a fin de imprimir al lance militar de San Bartolomé significación todavía más luciente, damos aquí acojida al último boletín de la gloria del teniente del Buin, escrito por su propio jefe, que así dice:

Lima, agosto 4 de 1882.

Señor don Juan José Hernández.

Mui señor mío:

Encargado por los oficiales del cuerpo i obedeciendo a mis propios sentimientos, me dirijo a usted para manifestarle el profundo pesar que en todo el batallón ha causado la sensible muerte de su hijo, el teniente don Julio Hernández.

Incorporado a este cuerpo desde el principio de la campaña a impulsos de su entusiasta amor a la patria, él se había captado el cariño i simpatías de sus jefes i de todos sus compañeros de armas por su bello carácter i su honroso comportamiento en todas las acciones de guerra en que se encontró.

Si algo puede mitigar su justo dolor por tan lamentable pérdida, sírvale de lenitivo la consideración de que ha muerto en defensa de la santa causa a que había consagrado su existencia i después de haberse cubierto de gloria en la sangrienta jornada de San Bartolomé.

Sírvase, señor, aceptar el sentido pésame de todo el personal de este cuerpo i disponer de su atento seguro servidor.—Juan León García." (1)

(1) Otro oficial del Buin el subteniente don Amador Elgueda, envió también por esos días su condolencia sobre el héroe de San Bartolomé en estas sentidas palabras:

"Sírvale de lenitivo,—decía a su aflijido padre,—sírvale de lenitivo para su dolor, que Julio solicitó del jefe de las fuerzas el desalojar al enemigo de sus trincheras; i en ese atrevido ataque cayó herido de gravedad; murió como un valiente recordando los nombres sagrados del hogar paterno."

A fin de completar el cuadro de las jenerosas vidas ofrecidas por el rejimiento Buin en aras del patriotismo, i siguiendo el método que hemos adoptado para los casos en que carecemos de datos i de retratos (porque no querríamos que un solo de los sacrificados quedase sin un leve recuerdo); vamos a apuntar las siguientes noticias militares sobre otros oficiales de aquel glorioso cuerpo, todos muertos en el campo de batalla o de sus consecuencias.

El subteniente don Domingo Arteaga Novoa, del Buin, 41 años de edad, natural de Concepción; 7 meses 12 días de servicios; herido en el asalto i toma de Pisagua el 2 de noviembre de 1879, falleció en Valparaíso de sus heridas, el 20 del mismo mes

Sirvió en el rejimiento 4.° de línea 21 días desde el 8 de abril de 1879 hasta el 29 del mismo mes, año en que pasó en igual empleo al rejimiento Buin.

Don Francisco Ramos, subteniente del rejimiento Buin 1.° de línea, de 42 años de edad, natural de Talca. En 6 de abril de 1859 fué soldado del batallón Buin 1.° de línea hasta diciembre de 1877 en que fué licenciado siendo sarjento 1.°.

En 2 de abril de 1879 entró de sarjento 2.° en el mismo cuerpo en donde permaneció hasta su fallecimiento.

En la guerra con España se encontró en el bloqueo de Valparaíso i el 31 de marzo de 1866 se halló en el bombardeo de esa plaza. Desde 1871 a 1872 permaneció en el territorio araucano a las órdenes de los señores jenerales don José Manuel Pinto i don Basilio Urrutia.

Hizo la campaña contra el Perú i Bolivia i se halló en las siguientes acciones de guerra: en 1879, en el bombardeo de Antofagasta el 28 de agosto de 1880; el 2 de noviembre en el desembarco i toma de Pisagua; i el 19 del mismo mes en la batalla de San Francisco. En 1880 se halló en la batalla de Tacna el 26 de mayo; i en el asalto i toma de Arica el 7 de junio. El 13 de enero de 1881 se halló en la batalla de Chorrillos en la cual fué muerto. Marchó a Dibujo en 27 de noviembre de 1879 en protección de las fuerzas que se batían en Tarapacá; en mayo de 1880 marchó a Pachía en

persecución de los dispersos de Tacna, i en setiembre del mismo año marchó al norte del Perú en la expedición Lynch.

Sus servicios alcanzaron a durar 20 años, 5 meses, 15 días.

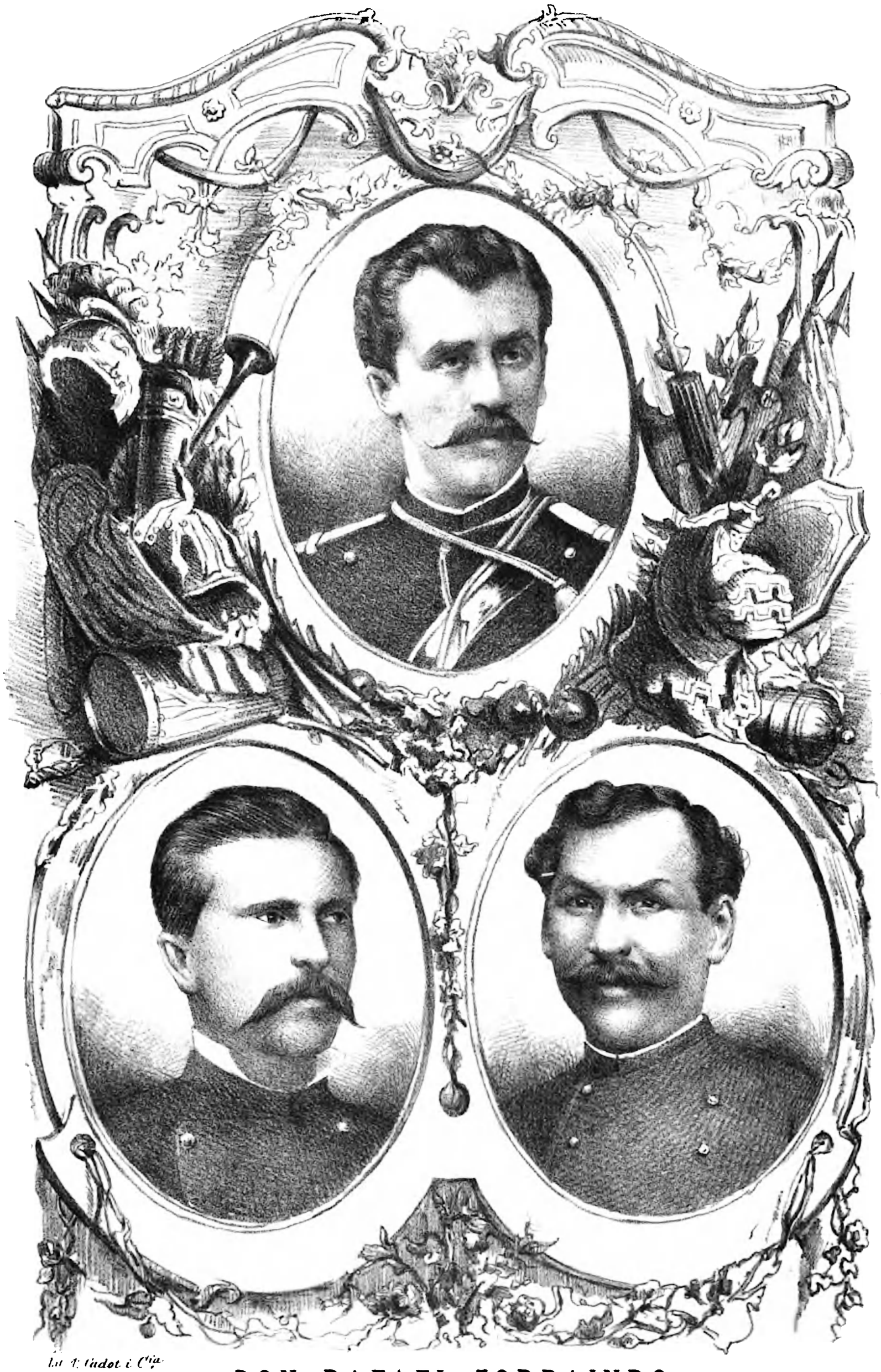
Don Daniel Venegas, subteniente del rejimiento Buin 1.° de línea; de 29 años de edad; natural de Chillán. En 1.° de octubre de 1870 entró de soldado al batallón 8.° de línea i fué licenciado por disolución del cuerpo, el 20 de noviembre de 1871 siendo cabo 1.°; en 21 de diciembre de ese año entró de soldado al batallón 2.° de línea, i el 4 de enero de 1877 fué licenciado por cumplido siendo sarjento 2.°; en su empleo volvió al Buin el 22 de enero de ese año i permaneció en él hasta su muerte.

Hizo la campaña a la Imperial en 1871 a las órdenes del teniente coronel don Orozimbo Barbosa.

Desde abril de 1879 hizo la campaña contra el Perú i Bolivia i se encontró en los siguientes hechos de armas: el 28 de agosto en el combate de Antofagasta; el 2 de noviembre en el desembarco de Pisagua; el 19 del mismo mes en la batalla de San Francisco, todos en el año de 1879; el 26 de mayo en la batalla de Tacna i el 7 de junio en la toma de Arica en el año 1880 i el 13 de enero de 1881 en la batalla de Chorrillos, en la cual fué muerto. Sirvió 10 años, 4 meses, 2 días.

Los subtenientes don Domingo Menares i don Tristán Calderón.—Uno i otro eran oriundos de Santiago i habían ascendido desde la clase de soldados. El primero murió en Arica después de la expedición Lynch i el segundo en Chorrillos.

En la melancólica revista de los muertos del Buin aparece también el nombre del subteniente don *Santiago Castillo;* pero se nos ha asegurado que este es un error i que nunca hubo en el Buin un oficial de ese nombre.



Lit. T. Tudot i. Cía.

DON RAFAEL ZORRAINDO

(2.° Jefe del Rejimiento Atacama)

Don J. V. BLANCO

(Subteniente del Rejimiento Atacama)

Don R. R. VALLEJOS

(Capitan del Rejimiento Atacama)

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

en 1876 a Lima, i hallábase en esa ciudad incorporado al ejército peruano en calidad de instructor cuando sobrevino la guerra.

A título de su anterior esmero i en su condición de repatriado, ofrecióselo el mando de la 3.ª compañía del primer batallón Atacama que se organizó desde la primera alarma en Copiapó, pero alcanzó a servir sólo unos pocos meses en sus filas. Una bomba que cayó sobre sus hombros en las alturas de San Francisco redújolo a átomos el 19 de noviembre de 1879.

IV.

El subteniente don Vicente Blanco, perteneció a la compañía del capitán Vallejos i corrió su suerte en San Francisco. Era mozo humilde, hijo de un conocido menestral de Copiapó, fusilado por odios políticos en la revolución de 1851. Su muerte, más afortunada que la de su padre, abrióle camino a mejor memoria como la de aquél habíale rodeado de la afectuosa compasión que lega siempre el cadalso injusto a la orfandad desvalida.

V.

El subteniente Andrés Wilson, hijo de extranjero i de mujer copiapina, fué uno de los primeros en tomar las armas en 1879. Perteneció a la 4.ª compañía del Atacama i en San Francisco murió al lado de Vallejos i de Blanco. Fué sobre la tosca cruz de la tumba provisional de aquellos tres valientes, cavada con una bayoneta en los ásperos calichales de Tarapacá, donde su ilustre compañero, Rafael Torreblanca, poeta i héroe, escribió al siguiente día del combate esta estrofa, bellísimo epitafio en sepulcro de soldados:

"Cayeron entre el humo del combate,
Víctimas del deber i del honor;
Denonados i heroicos compañeros
Valientes de Atacama, adios, adios!"

VI.

El teniente don Nicanor Gómez Torres, era también copiapino como Vallejos, como Blanco i como Wilson; i siendo estudiante de medicina con carrera adelantada enrolóse en el Atacama sólo para servir i merecer un caloroso elojio de su paisano, el malogrado escritor atacameño don Rómulo Mandiola. Herido en un brazo delante de las líneas del morro Solar, falleció pocos días más tarde con el grado de teniente.

VII.

El subteniente don José María 2.º Zelaya. Perteneció este joven oficial al segundo batallón del rejimiento Atacama organizado por el coronel don José María 2.º Soto en 1880. Fué hijo de una familia oriunda de San Felipe pero radicada en Santiago donde él naciera el 18 de octubre de 1855. El nombre de su padre, residente aún en Copiapó, es el propio suyo; i el su madre, doña Isabel Herrera.

Trasladado, siendo mui niño a Copiapó (1867), educóse allí en una escuela pública i en su liceo hasta que en 1880 hízose voluntario de la guerra. Rehusados por preferencias sus servicios en el primer batallón marchó en el segundo a Tacna i a Lima, a cuyas puertas cayó entre los primeros en el día de Chorrillos.

Al asaltar, antes del alba, la posición fortificada de Santa Teresa, al pie del morro Solar, una bala le fracturó un brazo, herida que el trasporte *Itata* hizo de necesidad mortal.

El subteniente Zelaya, murió en efecto a bordo de aquel buque una semana después de la batalla (enero 22) al pasar frente a Caldera, es decir, a las puertas entreabiertas de su hogar, i oprtunamente fué inhumado por orden del Gobierno en el cementerio de Valparaíso donde hoi yace.

El municipio de Copiapó quiso también honrar su memoria i dirijió a su padre la siguiente epístola de duelo:

"*Copiapó, febrero 19 de 1881.*

"La Municipalidad de Copiapó ha acordado enviar a usted una nota de pésame por la muerte de su hijo. Este, sin duda, deja un lugar vacío en su hogar i en su corazón de padre; pero ha pasado a ocupar otro más visible aún en los anales de nuestra provincia.

"Nadie podrá recorrer las pájinas que el rejimiento Atacama ha inmortalizado, sin encontrar i bendecir su nombre.

"Yo me asocio personalmente al acuerdo de la corporación en el respeto que se debe a un noble defensor de Chile.

GUILLERMO MATTA."

Al señor José M. Zelaya."

IX.

De los subtenientes del Atacama don David Patiño i don Cesáreo Huerta muertos en las batallas de Lima, conocemos sólo los nombres, i del aspirante don Florencio Ugalde, inmolado en el grupo de San Francisco, estas estrofas extraídas de un recuerdo que a su memoria consagró en Santiago el 28 de febrero de 1880 su viuda doña Rosa Zelina González, las cuales así dicen:

.....

"Al rudo combate marchaste sereno,
Soldado chileno, dispuesto a luchar;
En pos de laureles de noble victoria
O tumba de gloria en cambio a buscar.

"Valiente en Pisagua, en combate reñido,
Supiste aguerrido, luchar i vencer;
Del mártir sublime después en Dolores
Los lauros i flores ceñiste a la sien.

"I mientras yo evoco tu dulce memoria,
Dichoso en la GLORIA morando tú estás;
¡No olvides al ánjel que unido a mi suerte
Impía la muerte dejó en la orfandad!

"¡I en tanto que mi alma angustiada te admira
Pulsando mi lira lamento mi mal...
¡No olvides la esposa que jime i que llora
I triste devora miseria i pesar!!..."

REJIMIENTO COQUIMBO

El Capitan
Don MARCELINO IRIBARREN

El Teniente
Don ABEL RISO PATRON

El Subteniente
Don CLODOMIRO VARELA

El Capitan
Don RAFAEL VAREJA

El Subteniente
Don JOSÉ R. SALINAS

El Subteniente
Don JUAN DANIEL 2.° MASCAREÑO

DON RAFAEL VARELA

CAPITÁN DEL REJIMIENTO COQUIMBO

I.

ENVUELTOS en el mismo rojo pañal; cobijados por la bandera azul i blanca de su estrellado cielo; jemelos en la cuna i en el suelo; hermanos en la batalla i en la gloria; mecidos en las auras de un clima uniforme, sin huracanes ni lluvias, comienzo i fin del desierto en el desierto; endurecidos en el mismo trabajo de la solitaria montaña; forjados en el mismo metal para derramar por do quiera amplia riqueza; nacidos para escalar alturas, a manera de los titanes, los dos gloriosos rejimientos formados en una sola lejión por los sufridos mineros de Atacama i de Coquimbo, llevando por único distintivo aparte sus nombres, marcharon juntos a la inmortalidad que hoi los acoje i los proclama.

Inmortalidad de aplausos para los que sobreviven.

Inmortalidad de nobles recuerdos para los que fueron i pasaron...

Aquellos dos rejimientos, beduinos indómitos del Sahara chileno, nacieron del aliento, de sus pueblos, cálido como el *simoun* de la Arabia, es decir, de la enerjía de sus provincias, colmenas de trabajo, baluartes antiguos del patriotismo que allí guarda las fronteras.

II.

Ambos marcharon, por esto, embarcados en el mismo bajel a la misma campaña (octubre 17 de 1879).

Los dos pelearon en las mismas batallas, desde San Francisco a Tacna, desde Chorrillos a Miraflores.

Uno i otro recibieron por bautizo i casi por mofa militar dos nombres humildes, debidos a sus pobres trajes improvisados para la guerra.

A «los Atacamas» pusiéronles los malignos i los veteranos, al verles desembarcar desairados en Antofagasta, «los padrecitos» por su largo capote oscuro, a manera de sotana, que cubría sus raídos pantalones de reclutas, sobras de los cuarteles cívicos de la empobrecida provincia.

A «los Coquimbos», por sarcasmo les llamaron los *Inocentes*, porque, como los asilados del Hospicio, salieron a campaña con traje de mezclilla azul, por la prisa i la penuria.

III.

I después, rotas las filas al toque del clarín i de la caja, uno i otro, cargando juntos cuesta abajo en el cerro de la Encañada, cambiaron la mofa en admiración i el apodo en renombre.

Todos sus jefes fueron atravesados por el plomo.

El coronel Martínez i Rafael Zorraíndo en el Atacama i en el mismo horrendo día: Miraflores.

El coronel Gorostiaga, el coronel Soto, el coronel Pinto Agüero, el heroico Luis Larraín Alcalde, todos jefes del Coquimbo, cayeron también al pie de la trinchera en aquel día.

Todos sus capitanes fueron derribados, nó con la espada al cinto sinó levantada en la actitud del que manda matar i morir matando él mismo; los unos para levantarse de su sangre a la vida, los otros para subir silenciosos a sus pedestales, todos encaminados a imperecedera fama.

Rafel Torreblanca, Moisés Arce, Melitón Martínez, Ramón R. Vallejos, Puelma, Alvarez, Gregorio Ramírez, Remijio Barrientos, Elías Marconi, una verdadera lejión atacameña, lejión de capitanes; Rafael Varela, Marcelino Iribarren, Juan Marcial Paez, Federico Cavada, Benjamín Lastarria, Francisco Aristía, todos capitanes, lejión verdadera de héroes coquimbanos.

IV.

Una sola diverjencia digna de nota ocurrió entre ellos: la de su hora en el asalto.

El Atacama, como si hubiera querido corresponder a su posición topográfica en la carta de la república, tuvo siempre la vanguardia.

En Tacna fueron los tiradores de Torreblanca, dispersados en guerrilla, los que primero rompieron el fuego.

El Coquimbo, como en Maipo, por el contrario, fué el último en llevar su postrero i decisivo ataque a las alturas, barriendo como un alud de fuego el ejército aliado hasta las calles de Tacna, hecho señalado que mereció los votos entusiastas de una sección del Congreso.

Sobre la pesada arena del Campo de la Alianza, el Atacama, batiéndose a pecho descubierto durante medio día, dejó doce de sus oficiales de fila, contando con los dos Martínez, hijos de su jefe; el Coquimbo, cargando en la última hora, vió caer de sus caballos su comandante i sus ayudantes, diez de sus oficiales i 148 soldados sobre 480. Los atacameños sacrificados ese día a temerario denuedo fueron 296.

V.

Igual proporción en la hora respectiva al pie i en la cúspide del morro Solar.

El Atacama atacó antes del amanecer i dejó 360 de sus bravos en las ásperas laderas.

El Coquimbo, acudiendo por el lado del mar, coronó la cima al terminar la jornada.

I todavía en la última titánica batalla librada, no por traición sinó por mutua sorpresa, en Miraflores, que desde aquel día debiera llamarse Miracadáveres, uno i otro cuerpo de la lejión del norte, entraron juntos, como para sellar la postrera fraternidad de la muerte, mezclando en una fosa común i en proporciones análogas, la sangre hirviente i jenerosa de los combatientes de su zona. El Atacama perdió 183 de sus mineros. El Coquimbo 158 (1).

---

(1) No es tarea común ni grata la de contar los muertos, mucho más cuando ya se les ha dado sepultura. Pero a fin de que la posteridad se dé cuenta cabal de las matanzas de la guerra, se nos permitirá consignar aquí las bajas que tuvo la división Lynch, a que pertenecían los rejimientos Atacama i Coquimbo, en una sola batalla, en Chorrillos:

Atacama	360
Coquimbo	94
Talca	300
4.° de línea	310
Chacabuco	340
Melipilla	29

Total OCHENTA I OCHO OFICIALES i 1,873 soldados. Total jeneral ¡1,961!

Esto no se comenta ni se aplaude. Entristece el alma pero la engrandece.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

rela no era encojido ni tímido sinó simplemente modesto. En oposición a la taciturnidad casi conjenial de los hombres del norte, que cantan sólo al ruído que en la solitaria circa despierta el pesado combo, Rafael Varela era un mozo alegre, ocurrente, i, por su trato, altamente atrayente. Son a este propósito muchas las aventuras i díceres que de él se recuerdan entre sus camaradas de la Serena, tales como la de haber contestado en un solo día siete cartas de amor con una gráfica circular i la de ser provocado a un duelo con motivo de haber entrado a un despacho desprovisto i ofrecerse a su dueño gratuitamente de cajero... En otra ocasión hizo en las faenas de Lambert, en el río de Coquimbo, una ruinosa negociación de burros i de aparejos, que fué para su inventiva inagotable trama de jocosa charla. En la confianza del trato íntimo, i diferenciándose en esto del espartano laconismo de su homónimo atacameño, tenía la singular costumbre de no llamar los hombres, las cosas, i aun los apellidos i las ciudades sinó en plural, i así decía de su patria «los Coquimbos» i a Lima apellidábala sólo «las Limas.»

XI.

Incorporado desde que llegara al campamento, i en razón de su estatura, a la compañía de granaderos del Coquimbo que mandaba uno de los más hermosos i más bravos granaderos de Chile, Luis Larraín Alcalde, marchó hombro con hombro con este Adonis de la guerra en la carga de más de una legua que el Coquimbo dió en los arenales de Tacna hasta romper el centro enemigo, i hai memoria fiel de que cuando su heroico capitán hizo armar bayonetas a su tropa en la cumbre del Campo de la Alianza a cien metros de un batallón boliviano, repitió Varela el grito con timbre tan sonoro que lo escucharon todas las mitades que venían a retaguardia.

Nadie tuvo por esto a extrañeza que, promovido el capitán Larraín a sarjento mayor, casi como en el campo de batalla, habiéndose enfermado el teniente de la compañía, el subteniente Varela entrase de hecho a mandar los granaderos del Coquimbo.

XII.

Menos sorpresa, naturalmente, causó cuando le vieron marchar a Lima mandando en propiedad una compañía: la 1.ª del primer batallón del famoso rejimiento.

Era, por desgracia, el capitán Varela de delicada salud, trabajada por el clima, i como Torreblanca, en la víspera de Tacna, cayó en «los Lurines» (así decía él) postrado de recia terciana que le obligó a cuidarse todo el tiempo en una cama. Pero no pudiendo resignarse, según su peculiar elocución, a volver a «los Chiles» sin haber peleado ántes en «los Chorrillos», hízose montar, en la tarde de la partida, sobre un mal rocín, i así marchó hasta el pie del Morro Solar, donde dejando en la arena su flaca montura, trasformóse otra vez en soldado brioso i hercúleo desde que sonó el primer disparo de las ametralladoras que por el lado del océano cerraban el paso al Coquimbo i al Melipilla. Rafael Varela se curaba por el método homeopático de Rafael Torreblanca cuando este escribía desde el campamento de las Yaras: «Voi a curarme del susto de los Anjeles con el susto de Tacna».

XIII.

I en efecto, el capitán Varela salvó ileso en el asalto de «los Chorrillos» (que así en realidad se llama «San Pedro de los Chorrillos») (1), pero

(1) En justificación de este nombre histórico, copiamos la siguiente acta de un libro de pergaminos de la Cofradía

fué sólo para morir al frente de Lima i en medio de sus bravos compañeros.

XIV.

De todos es conocido el magnífico despliegue en orden de batalla que al llegar sobre las diezmadas líneas de la tercera división (Lagos) hizo el Coquimbo, alineándose como en una parada en los momentos en que caían derribados por el granizo del plomo los dos jefes del bizarro rejimiento, Pinto Agüero i Larraín Alcalde, uno i otro dignos de su puesto en tales horas.

I casi al mismo tiempo, vióse al capitán Varela que, gritando á su compañía «Adelante! adelante!!» cayó del caballo atravesado de parte a parte por un proyectil enemigo. Su muerte fué instantánea, como la del capitán Torreblanca en la loma de Tacna; i si bien no alcanzó ni la fama ni la talla del último, que en cinco meses peleó en cinco batallas, señalándose en cada una sin rival; puede decirse, por lo menos, que Rafael Varela fué el «Rafael Torreblanca» del Coquimbo, i uno i otro las más altas nombradías militares entre los jóvenes capitanes de la «Lejión del Norte».

---

de las Ánimas de aquel pueblo, que por el estilo parece, a la verdad, cosa de ánimas. Su versión textual dice así:

«En el *oriundo y visible* pueblo de *Sn. Pedro de los Chorrillos*, reduccion de esta capital de los *Reyes de Lima* en 18 de Agosto de 1817.

Estando y haviendose *coadlluvado* toda mi ilustre y *resplandeciente* comunidad a si canones como modernos, en esta Sala Rl. Capitular, *condecorable* respetable Honorífica como la han de uso y costumbre; en donde se practican y publican todas las *Elecciones votantes* de dicho pueblo. Tratando confiriendo adgullendo unicamente del *Bien infinito del Bien supremo*, y pr. conclusion de su Magestad qe. Dios gue., bien y utilidad de dicho pueblo. A presencia de los SS. Presidentes Capitulares y sindicos procuradores del enunciado y mencionado pueblo, y demas ayuntamiento que compone el mencionado cuerpo de este muy ilustre y resplandeciente cavildo. En lo principal Dn Juan Bauptista Balandra y Dn Pedro Cabañas Alcaldes Ordinarios del citado pueblo. Aqe. se tratase y confiriese a cerca de la materia la mas necesaria y mui conveniente y es la importante eleccion de los entrantes mayordomos de la cofradia de las Benditas Animas del Purgatorio. Fundada en esta Sta. Iglesia Apostólica Romana del referido pueblo. Y haviéndose practicado dicha votacion *en el ipso facto*, fueron proclamados pr. mayordomos a voz y voto a la persona de don Anastasio Chepote del primer voto: de segundo voto a Dn. Calletano Calsada, fecha en *Sn. Pedro de los Chorrillos* en el mencionado dia y año de que doy fé.

Ante mí—MANUEL GUAPAYA (Esc'r.no)

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

campo de batalla, conforme a la ordenanza, i ya iba rendido el tercio de ese número.

Pero el pendón marcha todavía enhiesto hacia la altura.

Recójele de sobre el cadáver del segundo sarjento, después del oficial, el cabo Daniel Díaz, i cuando éste cae muerto, álzale de la arena el segundo cabo cuyo nombre se ha perdido.

I la bandera continúa su marcha triunfal hacia la cumbre.

Ha caído el subteniente abanderado.

Han caído los dos sarjentos custodios que van a su lado.

Han caído dos de los cuatro cabos que lo protejen a retaguardia.

Pero los últimos dos, mantiénense todavía ilesos; i éstos, protejiéndose el uno al otro, llegan hasta la vista de Tacna, i allí en señal de reto, baten al aire el pendón victorioso, roto en jirones.

IV.

Peleó también en Tacna, con brillante empuje, un mancebo llamado Abel Almarza, que dos años después iba a morir en el Ecuador combatiendo contra Veintimilla con el grado de sarjento mayor. Aquel temerario oficial era de los Almarza de Rancagua i de los Almarza de Llai-Llai, porque su padre fué don Gregorio Almarza, subdelegado de aquel distrito i administrador de los fundos que allí posee la familia Edwards, hombre de largos sesenta años que púsose un kepi en la rugosa frente, ciñose ancha túnica de soldado, arrojando el poncho por encima de las cercas, i en ese talante marchó en el Aconcagua, en busca de su hijo, para morir de cansancio i de fatiga en Antofagasta. Ni el padre ni el hijo jamás volvieron.

V.

Pero entre los más esforzados combatientes de Tacna de que esta digresión siniestra, sendero de desecho en el camino de la muerte, nos ha apartado por un instante, nótase todavía un oficial coquimbano que tenía el mismo apellido del bravo capitán Rafael Varela pero que no era talvez sinó su inmediato pariente lugareño.

VI.

El segundo Varela de Coquimbo i del Coquimbo, ayudante del comandante Gorostiaga en la batalla, había nacido entre los risueños viñedos de Elqui, al pie de sus conos apagados, especie de Vesuvios sin fuego, entre cuyas grietas crecen afamadas las vides que destilan el *lácrima cristi* chileno.

Vió la luz el teniente Varela tres años después del capitán su deudo (1858), i tenía una índole moral en todo diversa del andariego i travieso carácter del último. Era un mozo serio i casi melancólico. Su padre don Marcos Varela le había enviado en 1864 al liceo serenense, i su madre la señora Arismenia Rojas le obtuvo algo más tarde un puesto en la Academia militar en Santiago.

Mantúvose así el joven coquimbano durante tres años en aquel establecimiento hasta que éste fué disuelto en 1876.

VII.

Hubo con este motivo de volverse a sus nativos lares. I allí, en fastidiosa inercia, acariciado sólo por aquellos ensueños que en la pobreza son engaños, vió aparecer la guerra i se alistó en el batallón Coquimbo con el mismo grado de subteniente que tenía en la Guardia Nacional de la Serena.

En esa condición peleó en San Francisco, i su conducta hízole digno de un ascenso. «Ya soi teniente—escribía a su madre, desde las Yaras en

la víspera de Tacna—i espero volver a la Serena *hecho todo un hombre.*»—I algo más tarde en carta de confidencias a un amigo, traicionando sus falaces devaneos de dicha, decíale:—«Espero que le digas a N. (su desposada) que mi último suspiro será por ella. Mi anillo de compromiso lo tiene A. i está encargado de entregarlo o de mandarlo si muero.

¡Adios, hasta después de la campaña o para siempre!»

VIII.

Llegada la hora de la prueba, el teniente Varela mostróse digno de aquella que poseía su fe simbolizada en una sortija de oro i acreedor a sus tiernos halagos. Pero la fortuna fuéle infiel i no correspondió en tal ocasión a su jeneroso ardimiento. Enfermo de tercianas, como su compatriota el capitán de Miraflores, abandonó su lecho en la víspera de la batalla i entró al fuego acompañando al valeroso coronel Gorostiaga en calidad de ayudante, junto con el bizarro capitán serenense don Federico Cavada. Marchaba aquel grupo a la cabeza del batallón que iba a decidir la batalla, cuando a medio camino el nutrido plomo de las alturas que descendía a raudales, derribó sus caballos. Continuaron desmontados los tres dignos coquimbanos (porque el coronel Gorostiaga también lo es), i apenas habían avanzado unos pocos pasos, los tres volvían a ser heridos i el teniente Varela para no levantarse más.

IX.

Decimos mal. Porque el afecto de sus compatriotas recobró un año más tarde sus restos queridos exhumándolos del cementerio de Tacna junto con los del teniente Varas, i conducidos los dos féretros a la Serena, tributáronseles en su pintoresco cementerio que domina al pueblo, la campiña i el océano, los honores que las ciudades agradecidas acostumbran rendir a los que por su honra perecieron.

X.

Pronunciáronse sobre los dos ataúdes sentidos discursos, ecos calorosos de noble juventud cuyo llanto viértese en cánticos, cual el que sobre aquellos dos mancebos dijera un entusiasta poeta de aquel suelo.

.....

«Hoi, de estos héroes guardará la fosa
Los restos, mudos, la materia inerte;
I más arriba de la helada losa,
Guarda el recuerdo, la gloriosa muerte.

Porque sus nombres los dirá la historia
I el fiel chileno, grabará en su pecho
De Varela, gloriosa la memoria
Del bravo Varas, inmortal el hecho.

.....

Dadle a los héroes, apacible el sueño,
Dadle el consuelo a la mujer que llora,
Vos, ¡oh Señor...! de los mortales dueño,
Del desgraciado que piedad te implora (1).

---

(1) El joven Roberto Alfonso en EL COQUIMBO del 19 de julio de 1880.

El cuerpo de oficiales del batallón Coquimbo envió también una carta de condolencia a la madre de Varela, i el jeneroso pueblo serenense, más jeneroso i más práctico que los poetas i los soldados, le regaló la pequeña casa que la desdichada señora hoi habita, viviendo de la pequeña renta, ofrenda póstuma de la nación i de su hijo. La carta de condolencia en que se hace mención del anillo que simbolizaba sus esperanzas al volver, está concebida en los términos siguientes:

BATALLÓN NÚM. 1 DE COQUIMBO.

«*Campamento de Pocollay, junio 17 de 1880.*

«Señora:

«Los jefes i oficiales del batallón núm. 1 de Coquimbo, cumpliendo el más triste de los deberes, envían a usted la expresión más sincera de sentimiento por la muerte en el campo de batalla, el 26 del mes próximo pasado, de su hijo

el teniente señor Clodomiro Varela. El rindió su vida defendiendo la justa causa de la patria, murió como valiente, como mueren los hijos de la entusiasta provincia de Coquimbo; enalteciendo más aún sus méritos, la circunstancia de acompañarnos en la batalla convaleciente de una enfermedad de la que había sido atacado en el último campamento.

"Sus restos descansan en el cementerio de Tacna i el que suscribe, como el cuerpo de oficiales del batallón, esperamos el momento oportuno para volver a Coquimbo estos despojos que ya pertenecen a la provincia como a la familia.

"El capitán don Francisco Aristía está comisionado para poner en manos de usted la espada del estimado compañero, como también una argolla que llevaba en su mano.

"¡Que estas prendas, señora, sean un recuerdo para usted del valor i de la lealtad de su hijo, a quien todos hemos sentido de corazón i hemos hecho justicia a sus méritos!

"Dios guarde a Ud.

"MARCIAL PINTO AGUERO.

"A la señora madre del señor Clodomiro Varela, doña Arismenia Rojas."

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

reliquias veteranas que ha guardado Concepción, foco brillante de altiva libertad i cuna preciosa de nuestra independencia.

"Por eso el día más feliz de Abel Riso Patrón fué aquel en que, nombrado alférez de caballería en 1872, creyó principiar a los 19 años la anhelada carrera de las armas.

Como oficial de guardias cívicas no faltó nunca a las academias i ejercicios de su batallón. Era entusiasta i sumamente desprendido, de tal manera que jamás volvía de su cuartel con dinero en el bolsillo, todo lo distribuía entre sus soldados. I así era en todo, constituyendo la jenerosidad su cualidad sobresaliente: podría faltarle pare él, pero no para los demás, i nunca negó al pobre lo que le pidiera. Esto le daba mucha popularidad, que él no buscaba i de la cual ni se apercibía.

Las evoluciones del comercio no le impidieron aceptar ventajosas ofertas que lo obligaron a hacerse en primer término negociante (corredor de plaza) i en seguida campesino en una estancia penquista".

IV.

En medio de esta monotonía i de esta rutina del campo i la ciudad, saliéronle al encuentro los gritos i los batallones de la guerra, i sin vacilar alistóse en ella trasladándose a Santiago, donde con fecha 5 de julio de 1879, confióle el gobierno el título de teniente del batallón núm. 1 de Coquimbo.

V.

En esa condición marchose al norte; i ocurrió la particularidad de que, al emprender su viaje de campaña, salían casi juntos con él del hogar de su común abuelo, el ilustre patriota don José Gregorio Argomedo, núm. 65 de la calle de Santo Domingo, tres soldados que hoi de seguro no serán olvidados: el comandante Santa Cruz, el teniente Argomedo i el teniente Riso Patrón.

I ninguno de esos tres volvió a ver la luz de la patria, tan aleve es en sí misma la guerra.

VI.

Herido, en efecto, en la cima de San Francisco, el teniente Riso Patrón regresaba a Santiago i hubo de detenerse en Valparaíso para recibir una amputación a la que no sobrevivió, falleciendo en esa ciudad el 11 de diciembre de 1879.

Desde el camino había anunciado a sus padres su fatal destino con estas palabras de lacónico i casi alegre heroísmo que en aquel tiempo pasó de mano en mano en los boletines telegráficos de la victoria,—"¡Viva Chile!—Voi herido—No importa. Hemos triunfado!"

Fué por esto de aquel mancebo de alma levantadísima i de gallarda i juvenil figura, de quien dijera el deudo i el poeta:

"En aras de la patria idolatrada
Corrió a ofrecer su jenerosa vida,
I, digno de su estirpe i de su espada,
Miró al morir su aspiración cumplida!
Cuando venga la madre desolada
Por el hijo a llorar entristecida,
El llanto que derrame a su memoria
Hará crecer las flores de su gloria!... (1).

(1) J. A. Soffia—*A la memoria de Abel Riso Patrón*, Santiago, enero 12 de 1880.

LOS ÚLTIMOS MUERTOS DEL COQUIMBO

LOS CAPITANES PAEZ E IRIBARREN, I LOS SUBTENIENTES MASCAREÑO I SALINAS

I.

ESPUÉS de Tacna el batallón núm. 1 de Coquimbo fué ascendido a rejimiento, como el Atacama, i como la mayor parte de los cuerpos del ejército i de la guardia nacional movilizada, medida un tanto tardía pero eficacísima, prenda i anticipo seguro de victoria.

Bastó dar el nombre de su provincia a cada agrupación armada para que los hombres brotaran como los quiscos en las rejiones del norte i como los robles en las del sur, prontos i armados todos cual si fueran los soldados de Pompeyo marchando a paso redoblado hacia Lima, a fin de poner término a la mortífera guerra que comenzaba a pesar sobre el país como el carro de Jagernaught de la India bárbara.

De esa sola resolución que rompía vulgares rutinas surjieron los 25,000 soldados que se batieron en las puertas de Lima i el día 17 de enero de 1881 (día memorable), la tomaron.

II.

Formaban todavía en las filas de los dos batallones que el comandante don José María 2.° Soto condujo a las alturas de Chorrillos, muchos de los primitivos oficiales del Coquimbo de San Francisco i de Tacna, mientras eran otros de más moderna data. I por ésto, de los unos i de los otros vamos a trazar lijeros perfiles sobre la tierra en que cayeron.

DON JUAN MARCIAL PAEZ

CAPITÁN

Sábese de este oficial tan valeroso como inquieto, que había nacido en Santiago allá por los años de Loncomilla; que en 1865, a virtud de las vicisitudes un tanto ficticias de la guerra con España, había entrado en clase de sarjento al batallón 10.° de línea el 30 de noviembre de 1865; que en 1867 había sido ascendido a subteniente agregado al 3.° de línea, i que después de varias fluctuaciones en su carrera, había pasado a la República Arjentina en busca de aventuras que no mejoraron su voluble suerte.

Al ruido de la guerra, regresó a la patria, nido de dulces embelesos aun para los más ariscos corazones, e incorporado como capitán al rejimiento Coquimbo, cúpole la fortuna de morir por su patria legando su nombre a una ilustre victoria.

Su fin tuvo lugar al asaltar el morro Solar el 13 de enero de 1881, siendo su muerte instantánea i casi voraz como toda su existencia de soldado.

DON MARCELINO IRIBARREN

CAPITÁN

I.

Tranquilo agricultor del departamento de Elqui, hogar de los Iribarren del norte, el capitán que llevó su nombre i lo hizo ilustre, vivió en la modestia de mediocre profesión hasta que estalló la guerra.

Por esos días era subteniente del batallón cívico de la Serena con despacho de 14 de setiembre de 1877; de suerte que salió a campaña ascendido a teniente i en la víspera de Tacna fué promovido a capitán.

Más constante que muchos de sus compañeros llegó en esa graduación a Chorrillos i después a Miraflores donde como bueno, es decir, como coquimbano, sucumbió batiéndose.

Era hombre joven, bien formado, tranquilo hasta parecer rehacio a las cosas corrientes del mundo, por cuyo motivo solían sus compañeros de armas denomimarlo "el huaso Iribarren."

Pero la verdad era que había hecho buenos estudios médicos en Santiago i aun había logrado sin esfuerzo ser artista. "Cuando su padre don Marcelino Iribarren,—decíanos un amigo común a quien sobre el particular interrogamos, —trájolo a Santiago por la primera vez para que siguiera la carrera de médico, como dicho señor tenía parentesco con mi esposa, creyó conveniente dejarlo recomendado en casa, en donde estuvo más o menos tres años. En este tiempo tuve ocasión de conocerlo mui de cerca i noté en él mucha aplicación para sus estudios, una conducta irreprochable como también mucha afición a la música por lo que se puso a aprender la flauta, lo que consiguió regularmente en mui poco tiempo" (1).

II.

Ocurrió en la muerte del capitán Iribarren, que era rudo, valiente i supersticioso como muchos otros que no temen a las balas pero que temen las ánimas, una particularidad de vaticinio que entristeció a sus compañeros de armas cuando viéronlo cumplido. I fué aquel la convicción anticipada de que escaparía ileso de Chorrillos, pero que, sobreviniendo otra batalla, en esta moriría bandeado en el vientre por enemiga bala.

I tal cual él lo predijo, así llevólo a cabo el misterioso augurio.

DON JUAN DANIEL MASCAREÑO

SUBTENIENTE

I.

De más escasa graduación que los capitanes del Coquimbo que acabamos de nombrar, fué el subalterno cuyo nombre hemos puesto en la orla de esta agrupación de valientes para alzarlo desde injusta oscuridad al puesto enaltecido que es derecho i pedestal de todos los que por su patria sacrifican vida juvenil embellecida de esperanzas.

El subteniente Juan Daniel Mascareño no era

---

(1) Carta de don Exequiel Vargas, Santiago, julio 10 de 1881.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON JOSÉ RAFAEL SALINAS

SUBTENIENTE DEL COQUIMBO

I.

Fáltanos todavía un nombre, es decir, una heroicidad poco conocida que fijar entre los ensangrentados laureles del rejimiento Coquimbo.

Ese nombre fué el de José Rafael Salinas, rejidor del municipio de Combarbalá.

Esa heroicidad fué su muerte, episodio sublime de Miraflores.

Fué aquel alentado mozo ancho de corazón, hijo de un minero de Combarbalá llamado don Antonio Salinas, si bien él vino al mundo en Illapel el 18 de marzo de 1849.

Cuando tuvo músculo suficiente para levantar del suelo un *combo* de chancar metales, envióle su padre a la escuela de artes i oficios de Santiago, i allí adquirió ciertas nociones de mecánica que lo ayudaron a ganar algo más tarde medios de subsistencia para sí i los suyos. En la provincia de Coquimbo, como en Caracoles, hízose injeniero práctico de minas, i después, con su crédito cívico, edil de Combarbalá.

II.

Hallábase radicado en ese pueblo durante el segundo año de la guerra, cuando los enganchadores de carne de cañón llegaron a sus agrios campos en demanda de su oficio i solicitaron su ayuda, mediante su conocido entusiasmo por las glorias nacionales.

Aceptó el joven Salinas oferta tan grata a su naturaleza i marchó a la guerra sólo tres meses antes de sus dos finales batallas; i en la última ejecutó a la vista de todo el ejército i en especial de su rejimiento, hazañas tales que sobrecojieron aun a los que venían marchando desde Pisagua por el camino de todos los humanos heroísmos.

III.

Logró, en efecto, el subteniente Salinas en lo más recio del combate de Miraflores i a su conclusión hacia nuestra derecha, matar por su propia mano un jefe peruano, i encaramándose sobre su caballo cautivo lanzóse al medio de la vorájine del combate a la fortaleza foseada i rodeada de minas i polvorazos llamada por unos de la Calera i por otros de la Merced.

Era su propósito evidente tomar por asalto aquel último reducto del enemigo, i empuñando una carabina, quitada también por su mano al enemigo, condujo hasta tres veces un puñado de bravos coquimbanos hasta el foso.

Pero de allí rechazábanles el plomo i la dinamita como si fuesen una coraza impenetrable, hasta que una bala arrebató íntegra la oreja derecha al bravo que los conducía.

Empapóse entonces su rostro i sus barbas en cuajos de polvo i de sangre, i paseando, con voz enronquecida de un grupo en otro grupo, apellidaba todavía a los suyos al último esfuerzo, que era la victoria, cuando recibió en el pecho dos proyectiles que le tendieron por tierra sin lograr apagar del todo sus gritos heroicos

El subteniente Rafael Salinas, acaso sin saberlo, era de la escuela de Rafael Torreblanca i de Rafael Varela, tres nombres que ni Atacama, ni Coquimbo, ni Chile sabrán olvidar.

EL ACONCAGUA

EL CAPITÁN AHUMADA, LOS DOS CALDERA, CRISTÓBAL GONZÁLEZ, MIGUEL EMILIO LETELIER I EL TENIENTE DON GREGORIO ALMARZA

I.

LOS hijos del histórico río que dió su nombre a Chile i a la fértil comarca llamada por el conquistador don Pedro de Valdivia "provincia de Canconicagua," tierra, en cosas de guerra, poderosa, han figurado siempre entre los más impetuosos guerreros de Chile. Asegura a este propósito el jesuita Ovalle, que el oro, que en aquel suelo abunda, se infiltra en los habitadores del valle por la planta de sus pies desnudos, i de aquí viene que aquéllos sean jente granada, lista, jenerosa, rica en todo jénero de virtudes cívicas i con mayor particularidad en las del valor. Su capital ha sido declarada sin duda por ésto i por sus altos hechos militares "tres veces heroica". Una de sus ciudades (Santa Rosa) ha dado dieziocho jefes i oficiales a la pasada guerra en la sola familia de los Canto i los del Canto.

II.

Los descendientes de aquellas tribus homérica que el poeta cantó, han correspondido en consecuencia a su nombre, i bastará para dejarlo demostrado recordar que en las dos últimas batallas de Lima en que tomó parte el rejimiento Aconcagua, dejó trescientos diez de los suyos tendidos en el campo. De éstos, trece eran oficiales, i doscientos noventa i siete soldados.

III.

Por desgracia, de aquel jeneroso sacrificio colectivo, no nos ha quedado otro testimonio que el de las cifras ya apuntadas i unos pocos nombres, como el del capitán don Abraham Ahumada que falleció el 14 de febrero de 1881 a bordo de un trasporte, a consecuencia de gloriosas heridas recibidas en Miraflores; como el de los hermanos o deudos don Francisco i don Benigno Caldera, capitán el primero i teniente el segundo, muerto también en Miraflores, campo donde el esforzado rejimiento mandado por el veterano coronel don Rafael Díaz Muñoz, sostuvo, junto con el Naval, lo más duro de la batalla en la extrema derecha de la tercera división chilena. Doscientos setenta i cuatro aconcagüinos formaron allí con sus cuerpos ensangrentados por el plomo el paso de las Termópilas, contra las masas persas que defendían a Lima.

IV.

Quedó también en el campo de los nuestros el teniente don Cristóbal González, oficial del 2.°

de línea desde el 27 de noviembre de 1879 (el día de Tarapacá). I todavía, poco más tarde vino a morir en un hospital de Arica el denodado mozo talquino don Miguel Emilio Letelier, quien, como el teniente González, había ido a incorporarse al Aconcagua para pelear entre jente que no sabe ni ha sabido nunca volver caras.

V.

Fué también cosa digna de especial i señalada anotación la de que bajo las banderas del más abundoso i más hospitalario valle de Chile combatieran numerosos jóvenes de extranjera prosapia que allí perdieron la vida o derramaron su sangre por la adoptiva patria de sus mayores o de ellos mismos. I como su memoria pertenece a otra pájina, o más bien a otra losa de este libro de epitafios, nos contentaremos con apuntarlos aquí en la larga lista de las defunciones heroicas: el capitán don Augusto Nordenflicht, nieto de un ilustre sabio de Sajonia, el teniente don Federico Hervage (hijo de francés), el subteniente don Florindo Bysivinger, procedente de una familia alemana radicada de antiguo en Talca, i por último el sarjento don Juan Klempets, cuyo apellido traiciona su orijen teutónico. Entre los auxiliares enrolados en el Aconcagua i que bajo su bandera sucumbieron, figura también un Teodoro Colle, cabo de la 2.ª compañía del primer batallón i un soldado llamado Pedro Bichet de la 4.ª compañía de ese mismo batallón.—Los hijos de la Alemania, de la Inglaterra i de la Francia, no desdeñaron empuñar el fusil para sostener una causa que les era grata porque era la devolución de cariñosa hospitalidad.

VI.

Militó también en el Aconcagua un anciano, que aunque no fué oriundo de sus lindes ni perdió la vida por el plomo enemigo, hízose digno por su patriotismo de un recuerdo póstumo i de los honores militares que su cuerpo tributó en Antofagasta a su sarcófago.

Fué ese personaje el subdelegado de Llaillai i administrador de la hacienda que en esa comarca posee la opulenta familia Edwards, pueblo i fundo, predio valiosísimo, i allí vivía antes de la guerra considerado por dueños e inquilinos i querido por todo el vecindario. En 1872 había planteado con su solo esfuerzo un bien acondicionado lazareto contra el flajelo que en aquel año azotó con indecible crudeza nuestras clases proletarias.

VII.

Era el nombre de aquel buen caballero don Gregorio Almarza, "patriarca del valle," hombre de sesenta años, corpulento, de nariz corva, fisonomía acentuada i ardiente, tipo militar disfrazado con traje de campesino. Cualquiera le habría tomado en la estación de Llaillai por un viejo guerrillero antes que por el tipo de manso benefactor.

I sin embargo, el subdelegado de Llaillai era una i otra cosa a la vez: era un valiente i era un filántropo.

VIII.

Su hijo mayor, niño mimado, animoso i entusiasta, que en las elecciones de 1876 había sido perseguido hasta en los montes por las jaurías de Quillota, sueltas esa vez en ese departamento i azuzadas a porfía en toda la República desde la Moneda, tomó servicio como voluntario en el primer cuerpo que salió a campaña (la artillería de marina); i como soldado raso marchó al norte, donde alcanzó por su arrojo temerario el galón de subteniente, i después de la ocupación de Lima las charreteras de sarjento mayor, peleando en las tropas del caudillo Eloi Alfaro en el

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

"Concluida la ceremonia relijiosa, que dicho sea, se hizo con toda la solemnidad posible, el ataúd se sacó fuera de la iglesia i se colocó en uno de los pequeños carros de los bomberos, que se había adornado con este objeto. En seguida emprendió la marcha, camino del cementerio, escoltado por la ya mencionada fuerza del Aconcagua i la banda de música del mismo cuerpo.

En el panteón, el cadáver fué colocado en una caja de zinc, i ésta dentro de la de madera."

XIII.

Faltó, sin embargo, a la tumba del anciano un complemento, i fué éste un epitafio.

Quisiera mano amiga esculpirlo en su ya olvidada fosa en tosca piedra i decir en ella al viajero, repitiendo las palabras del patriota i del guerrero:—"Chile es un gran país porque van a pelear i a morir por él los padres juntos con los hijos!" (1).

---

(1) A petición del autor, en su calidad de presidente de la Sociedad Protectora de Santiago, agrupación de jenerosos ciudadanos que tantas lágrimas enjugó durante la guerra, la digna familia Edwards, hizo a la viuda del teniente Almarza, su antiguo administrador, doña Salomé Salze, una donación de 1,000 pesos que le fué entregada en Santiago, pocos días después del fallecimiento de su marido. Por la nobleza de este acto silencioso lo recordamos aquí.

Don **MANUEL A. GUERRERO**
Teniente de Navales

Don **CARLOS LOPEZ**
Teniente Abanderado de Navales

Don **RAMON LARA**
Subteniente de Navales

Don **PEDRO DUEÑAS**
Capitan de Navales

Don **RICARDO GUTIERREZ**
Capitan del Batallon Quillota

Don **PRAGMACIO VIAL**
Capitan del Batallon Quillota

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

te por todos los médanos i todas las montañas del Perú, al mando de otro valiente, que hoi, cuando se ciñe en los días de parada su uniforme de gala, no tiene casi un solo espacio en su pecho que no sea una medalla, recuerdos de otras tantas batallas ganadas en 46 años, es decir, de otras tantas victorias, desde Yungai a Miraflores.

Pero a fin de valorizar con mayor acierto la magnanimidad del pueblo que envió a los combates aquellos continjentes sucesivos, repartidos en seis batallones i en doble número de naves, nos será lícito individualizar las ofrendas de cada uno en el altar común, contando, siquiera en conjunto, sus heroicos muertos anónimos, i consagrando leve pero reparador recuerdo a los que les enseñaron a morir muriendo con ellos.

DON PEDRO DUEÑAS

CAPITÁN

I.

Cabe en consecuencia de lo que llevamos dicho el primer puesto de esta reseña, a que las líneas anteriores han servido solo de explicativa introducción, al valiente capitán del batallón Naval que en Tacna i en Miraflores se mostró dos veces digno de su nombre.

Por su projenie paterna el capitán Dueñas era descendiente directo de los Carrera. Por la línea de su madre, la señora Amelia Latuz, era nieto de un soldado de la independencia, el comandante de caballería Latuz. Su propio apellido, Sánchez de Dueñas, provenía de un capitán de la marina española, su bisabuelo don Joaquín Sánchez Dueñas, que se radicó en Chile en los postreros años del pasado siglo, teniendo por asiento dos haciendas jemelas que hoi apenas caben en dos departamentos colindantes: San Pedro de Quillota i Limache en el de su nombre.

Los primeros Dueñas chilenos, dueños i dueñas de esas dos heredades, fueron dos, varón i hembra; i de la jeneración del primero vinieron al mundo doce hijos, a quienes cupo doce hijuelas de San Pedro, i en pos de aquellos vinieron cien renuevos que acusan la fertilidad del valle ameno. San Francisco de Limache, aunque santo, es también deudo de esos Dueñas; los Cerdas Dueñas.

II.

Uno de aquellos vástagos de San Pedro fué el ya nombrado capitán Pedro Dueñas Latuz, nacido en Valparaíso el 2 de agosto de 1853 i educado en el seminario de Santiago hasta la edad de 22 años (1874).

Echando a un lado las tijeras de la tonsura, desertó en aquella edad del claustro relijioso, i vuelto el seminarista rebelde a su ciudad nativa, hízose en ella empleado de Banco i Naval, dos cosas que son casi una sola en Valparaíso.

III.

Disfrutaba el subteniente Dueñas de esta ventajosa posición anfibia, cuando, junto con la promulgación del bando de guerra hecho en Valparaíso por los Navales el 6 de abril de 1879, hubieron los últimos de partir a sostenerla.

El subteniente Dueñas, ascendido el 29 de abril de aquel año a su próximo grado superior, no logró la satisfacción de acompañar de pronto a sus camaradas, porque en uno de los ejercicios doctrinales de su cuerpo, verificado en la planicie de Playa Ancha, "su caballo,—cuenta ésto un deudo suyo en apuntes íntimos que tenemos a la vista,—que era de pura raza inglesa, tascó el freno i emprendió vertijinosa carrera. Pedro, considerándose en inminente peligro, pudo dejarse

caer sufriendo fuerte golpe i contusiones que le postraron por dos meses en cama. No pudo por ésto ver alejarse a sus compañeros sin sentir honda pena, pero tan presto como mejoró, a su propia costa tomó el vapor de la carrera i se fué a reunir con ellos en Antofagasta.

IV.

"El coronel Urriola, que siempre le tuvo decidido cariño, le guardó su puesto; quería tenerlo a su lado porque sabía que en cualquier momento, por supremo que fuese, cumpliría su deber.

"No se equivocaba. El día de la batalla de Tacna, los Navales formaban parte de la división Amengual. Atacada ésta por todo el grueso de la izquierda enemiga, trabóse desigual combate que hizo retroceder a los nuestros. En los instantes de mayor peligro, el coronel Urriola tenía que hacer cumplir una orden, i la dá a su ayudante para que la trasmita. Éste, que tenía que atravesar por entre los fuegos de ambos combatientes, parte a galope. A pocos pasos su caballo cae muerto por varias balas; pero él prosigue a pie hasta que pudo tomar otro caballo que escapaba asustado por el fragor del combate. Cumplió su deber i su mensaje.

V.

"Después de este glorioso hecho de armas consiguió venir a ver a su familia. Una parte residía entonces en Quillota, i fué allí, en el seno de dulces intimidades, donde el joven soldado reveló sus tristes presentimientos de que moriría si volvía a combatir. Los lugares que le vieron nacer, la sombra de los árboles que cobijaron su niñez, servíanle para comparar las afanosas marchas del desierto bajo un cielo abrasador, sin sombra, sin agua, sin esperanza....

"Pudo quedarse en Chile, pues que se obtuvo el permiso necesario, i sus deudos, sus hermanos se lo pidieron con vivísimas instancias; ninguna súplica empero bastó. Temía que sus compañeros lo llamaran *desertor*, i sin vacilar marchó a la batalla i a la tumba."

VI.

El intrépido ayudante de campo del coronel Urriola había sido ascendido a capitán en los primeros días de 1880, i en esta capacidad i al mando de la compañía de cazadores del batallón Naval marchó a las batallas de Lima, en la última de las cuales debía cubrirse de gloria i morir conforme a su tenaz augurio.

Ocupado tranquilamente en una sabrosa faena de cocina en el momento en que estalló el fuego de Miraflores, el capitán Dueñas corrió a su puesto, i en la azarosa crisis, en que acosado su batallón por fuegos converjentes que comenzaron a hacerle perder terreno, "el capitán de cazadores de los Navales—prosigue diciendo la relación doméstica pero verídica que antes hemos citado—reúne una treintena de los suyos en una pequeña loma desde cuya cima ve acercarse las columnas enemigas i grita a aquel puñado de héroes: *Muchachos, aquí es preciso vencer o morir.*

"Bajo aquel cercano i nutrido fuego, piden los cazadores a su capitán que abandone aquella posición abierta i casi rodeada; pero aquél ha divisado los refuerzos que avanzan por su retaguardia i se empeña más i más en sostener su puesto. Entretanto sus soldados caen unos tras otros, i por último toca su turno al capitán: una bala le atraviesa el cuerpo cerca del abdomen.

VII.

"Cuando los otros cuerpos de la reserva,—continúa la relación,—hubieron llegado, pudie-

ron enviarle en una camilla al hospital de sangre, i embarcado al día siguiente a bordo del vapor *Itata*, llegó, vivo aún, a Valparaíso.

"Le vimos sereno i hasta se puede decir afable en el hospital militar; no se hacía ilusiones de su herida, la consideraba mortal, pero nunca su semblante ni sus palabras profirieron una queja.

"Cuando se acercaba su postrer momento, sus deudos rodeaban su lecho i con solícita ternura le alentaban. Al ver sus lágrimas, él les dijo casi sonriente:

—"No hai por qué aflijirse; esta misión es preciso cumplirla...."

"A poco rato un estado convulsivo precede al estertor de una agonía. Esta fué dulce i tranquila, porque nada dejaba atrás que fuera un remordimiento. Espiró el 31 de enero de 1881."

VIII.

Hasta aquí la relación de los suyos, tan íntima como sincera.

Pero esas voces de la justicia serán corroboradas todavía por el testimonio del jefe que fué testigo del señalado denuedo del único capitán de Navales que murió en la guerra, i quien, hablando de su mérito en un informe oficial destinado al Congreso Nacional, exprésase (setiembre de 1884) en estos términos:

"La batalla de Miraflores, que tantos sacrificios impuso al batallón Naval, que allí perdió más de la tercera parte de su efectivo, arrebató al país un buen ciudadano, a la sociedad un cumplido caballero i al ejército un bizarro oficial.

"El capitán Dueñas, herido de gravedad, fué enviado a Valparaíso desde el puerto del Callao, i aunque muriendo con horribles dolores, se preocupó de la caja del cuerpo, documentos que tenía a su cargo como capitán depositario, i de la asistencia i cuidado de los oficiales i tropa del Naval que venían heridos" (1).

DON RAMÓN LARA

SUBTENIENTE

I.

Dijimos antes que al comenzar la batalla de Miraflores i al iniciarse el retroceso de su ala izquierda, había caído entre los primeros don Ramón Lara, hijo de un soldado de Yungai que tuvo su propio nombre, i como hasta esa hora en que comenzó su fama aquel niño no había pasado todavía, puede decirse así, los dinteles de la vida, vamos a reproducir en seguida lo poco que sabemos de ella por la relación de una buena señora, ínclita patriota, que le vió nacer i morir casi a un tiempo (2):

"Nació Ramón 2.° Lara en Mendoza el 4 de marzo de 1861, en cuyo pueblo, a las dos semanas de nacido, escapó milagrosamente la vida en el espantoso terremoto de aquel mes. En abril del mismo año fué traído a Chile con su familia que allí se hallaba desterrada, viviendo su padre de industria humilde pero varonil.

---

(1) Informe del coronel don Francisco Javier Fierro en setiembre de 1884. En ese mismo documento el último jefe agrega también los siguientes dignos conceptos sobre aquel meritorio i malogrado joven:

"El capitán don Pedro A. Dueñas, de la 6.ª compañía del expresado cuerpo, observó siempre una conducta intachable i digna; i en el batallón fué uno de los oficiales más entusiastas por la profesión de las armas, llegando a ser de los primeros en la instrucción militar: constante en el servicio, valiente i abnegado hasta el sacrificio al frente del enemigo."

(2) Nuestra antigua amiga, la apreciable señora Carmen Lara, tía del joven naval, en carta de San Felipe, octubre 8 de 1884.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

noble aspiración de desplegar el pabellón victorioso sobre los muros de la ciudad limeña.

"Mas el adverso destino negóse al cumplimiento de esta aspiración, i el subteniente López debía sucumbir entre los primeros en Miraflores, abrazado a su estandarte, el que costara no poco arrancarlo de sus manos."

DON MANUEL A. GUERRERO

TENIENTE

Hé aquí todavía unas pocas noticias de esta última víctima de la entereza de los jóvenes oficiales del Naval en el sangriento campo de Miraflores.

El teniente Guerrero no era porteño.

Había nacido en 1860 en Guacargüe, lugarejo agrícola del departamento de Caupolicán, siendo sus padres don Mariano Antonio Guerrero i doña María Aravena, honrados agricultores colchagüinos.

Educado en el liceo de San Fernando, cuando sobrevino la guerra, dejó las rústicas faenas en que había reemplazado a su padre ya muerto, i el 17 de febrero de 1880 partió feliz a la campaña de Tacna en el grado de subteniente que algún padrino de la capital obtuvo para él.

Su comportamiento en la batalla del Campo de la Alianza le hizo ascender a teniente, i ocupando este puesto en las filas fué uno de los primeros en pagar el tributo de su sangre cayendo derribado de espaldas al pie de su compañía i ajitando con mano convulsa su espada, como en ademán de blandirla contra los agresores que avanzaban.

El día de Miraflores, el teniente Guerrero, del batallón Naval, había cumplido apenas veinte años.

I ahora llega por orden de edad, el turno del rejimiento Valparaíso, que será seguido del Miraflores, esta resurrección del Naval. (1)

DON J. A. SILVA DOMÍNGUEZ

SUBTENIENTE DEL REJIMIENTO VALPARAÍSO

I.

Cuando al grito de *¡A Lima! ¡A Lima!* despertó Chile en la medianía de setiembre, mes de resurrecciones, del segundo año de la guerra, i salieron a sus puertas el campesino i el menestral, el ciudadano i el ilota, i comenzaron todos a pedir a voces armas i señalamiento de banderas, porque al fin el tímido gobierno de la época había encontrado la palabra del enigma, la provincia de Valparaíso improvisó en una hora el más bizarro rejimiento de ciudadanos armados que marchó, alta la frente, latiendo de regocijo el corazón, a los combates. Sus soldados, a ejemplo de sus dos jefes Marchant i La Rosa, parecían por sus tallas escojidas, hombres de la montaña, al paso que sus oficiales brillaban por su lozana i alegre juventud, como si formaran todos una sola familia de guerreros antiguos adiestrados a las lides en los juegos olímpicos de su nación.

II.

Sucedió por ésto que cuando en los días de las

(1) En cuanto al batallón Valparaíso, que presidió al rejimiento de este nombre i se formó del cuerpo de policía de aquella ciudad, perdió en San Francisco al capitán don Alvaro Gavino Serei i en Tacna tuvo, al lado del Naval, 97 bajas i entre éstas la del bravo capitán Ricardo Olguín (muerto) i las de los tenientes Felipe S. Artigas, Miguel Sanhuesa i José María García, i subteniente Amadeo Ferreira, heridos.

fiestas patrias de 1880 trajeron aquel rejimiento a la capital paro lucirlo, maravilláronse los santiaguinos de su arrogante apostura i de aquel milagro del patriotismo que hacía exclamar a los escritores públicos de ese tiempo, como a Chateaubriand de su patria:—*¡Chile es un soldado!*

Recordamos todavía que cuando ocurrió el rejimiento porteño, antes de marcharse a Lima, a la revista militar del 19 de setiembre, cuya parada mandó el entonces coronel don José Francisco Gana, al desfilar aquel hercúleo cuerpo a retaguardia de la línea de batalla para tomar su colocación en la elipse del Parque-Cousiño, divisábase tras de los kepis de los rejimientos ya inmóviles i alineados como una muralla, una ondulante banda roja que a manera de un río de kepis de vivos encendidos, iba pasando por encima de todas las cabezas i las dominaba: tan arrogante era el porte de aquellos hombres, tan elevadas sus estaturas de titanes.

III.

Hubo también de peculiar en la organización i en la carrera del rejimiento Valparaíso la celeridad excepcional de su llamada i de su marcha, de su victoria i de su disolución. No hizo sinó una campaña, i regresó a sus hogares trayendo sus banderas cubiertas de laureles i de cinerarias. De modo que pudo decirse sin metáfora, como de los soldados de César en las Galias, que los soldados de Valparaíso fueron al Perú sólo a ver, a vencer i a morir.

IV.

El rejimiento Valparaíso, honrado desde el primer momento con un puesto de honor, cual es el de la reserva de las batallas campales, i colocado entre los dos rejimientos más aguerridos del ejército de línea—Zapadores i 3.°—entró al fuego en la hora crítica de Chorrillos, i lo barrió todo delante de sus fornidos pasos, asemejándose sus hileras a esos huracanes que parecen ir dando vuelcos a la tierra i haciéndola jirar entre las nubes en un sentido opuesto a su acostumbrado camino en la celeste esfera.

Cuando se disipó el humo i el torbellino de la primera carga del Valparaíso al pie del Morro Solar, se contaron sus bajas i resultaron 87 soldados i tres oficiales.

V.

Dos días más tarde volvió a cargar en la llanura en la hora solemne en que para salvar a los Navales era preciso perecer todos juntos los hijos de Valparaíso o ganar de un solo empuje la batalla. Contáronse otra vez sus claros i se echó de ver que hacían falta 114 individuos de tropa i 20 oficiales. A la cabeza de éstos, e irradiando todavía su frente ensangrentada efluvios de resplandeciente gloria, encontróse a su propio adalid derribado de su caballo de batalla en el momento en que los ánjeles de la victoria iban recojiendo del suelo a sus elejidos i llevándolos coronados en sus brazos al empíreo.

VI.

Junto con el comandante Marchant, ascendido por el Congreso a coronel después de muerto, cayeron para no levantarse como él sinó en la memoria de las jeneraciones agradecidas, Juan Guillermo Astorga, Carlos Díaz Gana, Norberto Pérez, todos hijos de Valparaíso, así como Jullian, Baignol i otros jenerosos mestizos de sangre gala i de sangre chilena.

VII.

Perdió también en aquellas nobles filas vida

recién comenzada, otro niño de Valparaíso, que como Baignol había seguido a Marchant en el paso de este jefe del Aconcagua al rejimiento que se inmortalizó a las puertas de Lima, derribándolas. Llamábase Juan Antonio Silva Domínguez, intrépido subteniente que al sentirse mortalmente herido dijo a su capitán (el bravo Enrique Pérez) esta sola frase antigua por su laconismo: *¡Capitán, véngueme!*

Ocurrió esta escena de valentísimos infantes en Chorrillos, i horas más tarde el subteniente Silva, hijo de un antiguo tesorero de Valparaíso, era ampliamente vengado por la compañía del capitán Pérez, que hizo implacables destrozos entre las líneas de resistencia en Miraflores.

VIII.

Fué aquel entusiasta adolescente hijo de Valparaíso i del tesorero municipal de esa ciudad don José Antonio Silva Montt, natural de Petorca. Su madre fué la señora Mónica Domínguez, quien diéralo a luz el 31 de agosto de 1862

Retozaba todavía por consiguiente en los patios del colejio cuando a la edad de 17 años se dirijió a San Felipe, en marzo de 1880, con el objeto de incorporarse en calidad de subteniente al segundo batallón Acancagua que en aquella ciudad organizaba el comandante Marchant. Tomóle éste en afección, i cuando le dieron el mando del rejimiento Valparaíso, al marchar de Pisagua a Lima, llevólo consigo, dándole así pruebas de rara estimación.

IX.

El subteniente Silva Domínguez fué el primer oficial del Valparaíso que recibió en Chorrillos el bautizo de la sangre, i conducido a su pueblo natal falleció de sus heridas en el hospital de sangre allí establecido, el 18 de febrero de 1881.

"Nada han podido—decía anunciando su fallecimiento *El Mercurio* de Valparaíso, al día siguiente;—nada han podido contra la fatalidad ni los solícitos i tiernos cuidados de la familia, ni los recursos de la ciencia, ni la asidua contracción de los médicos, celosamente empeñados en arrebatar a la muerte una nueva víctima.

"No pudo permanecer sordo al llamamiento de la patria. Cerró sus libros de estudiante, abandonó las aulas del liceo i fué de los primeros en presentarse a disputar un puesto en el nuevo continjente de soldados que reclamaba la defensa de nuestra honra. Sordo a los halagos i ruegos de la familia, superior aún a sus lágrimas, nada fué capaz de hacerlo abandonar su noble propósito.

"Subteniente del nuevo batallón, su contracción i su carácter entero le captaron la estimación i respeto de sus jefes. Por ésto el comandante Marchant al ser promovido al mando del rejimiento Valparaíso le llevó a su lado haciéndole ingresar en él con el grado de subteniente.

"En este puesto asistió a la sangrienta batalla de Chorrillos, en que justificó la distinción con que su jefe le había honrado.

"Fué el primero de su rejimiento que pagó su tributo de sangre, gloriosa primicia de la vida rendida en aras de la patria."

X.

En cuanto a sus jenerosos compañeros de procedencia extranjera que allí perecieron Baignol, Jullián, Wargny i otros de su estirpe, sus nombres i sus recuerdos figurarán en más apropiado lugar de esta relación, es decir, más adelante.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

queña trajedia la cruel hecatombe del año i mes precedentes; Daniel Rubio quedó en el río Huape, Daniel Briones i el corneta Ernesto Osorio en el Pampas, i por último Cárlos A. Salvatici, hijo de un antiguo oficial de la marina de la república i soldado de la 6.ª compañía, sucumbió en Ayacucho mismo, derribado, o más propiamente de pie, por las balas de sus propios camaradas, a virtud de un acto de insubordinación que la ordenanza castiga en campaña con la muerte.

Otro tanto aconteció en Chorrillos al soldado Manuel Sagredo, de la misma compañía, quien confesó en el patíbulo haber intentado vengar a su compañero de fila, matando a los que le mataron.

Por último, un cabo 1.º del Miraflores se suicidó en su propió cuartel, porque el tedio i la desesperación es para el soldado chileno que espera i no pelea, una liga metálica más pesada que la del plomo, que no aguarda pero que asesina.

IV.

A este propósito será cosa digna de conmemorarse, como ejemplo para lo venidero, que habiendo salido todos aquellos hombres voluntariamente de su patria, no hubo una sola compañía que no trajera desertada la tercera parte a lo menos de su dotación. La 1.ª compañía del Miraflores dejó 43 hombres, la 3.ª dejó 48, la 6.ª, que fué la más compacta i la menos perdidosa, dejó 31.

V.

En cuanto a los oficiales del maltratado batallón, que por ironía parecía llevar su florido nombre (puesto que no anduvo nunca sinó entre espinas), ocurrió casi una renovación total en todas las compañías, i si no a bala, ni a cañón, ni a sable, ni a fuego, como ellos de seguro habríanlo anhelado, perecieron tantos de aquellos bravos como su impertérrito jefe había visto caer en derredor suyo en Tacna i en Miraflores de sus antiguos subalternos.

Los valerosos capitanes Guillermo Döll i José M. Zorraíndo, vinieron agonizantes a apurar las heces de clima emponzoñado en 1883, el primero a Valparaíso (marzo 2), i el segundo a Santiago en setiembre de aquel mismo año. El bizarro teniente Alejandro Mascayano, voluntario de San Felipe, sucumbió de camino del regreso en Arica el 26 de junio de 1882. julio Lorca i Alberto Gacitúa en Valparaíso; por último, Arturo Calderón en Lima, Abel Maluenda en el Callao; i todavía, a fin de marcar mejor el itinerario de la muerte aciaga i sin gloria, desde el mar contajioso a la mortífera i helada *puna*, el subteniente S. Gallardo espiró en el Cerro de Pasco el 28 de julio de 1882.

¿Se necesitarían por ventura más datos que esos nombres para comprobar el perenne martirio de un cuerpo de voluntarios que había tomado por tercera vez las armas para combatir con hombres, mas no con los efluvios traidores e invisibles de los campamentos i de los hospitales?

VI.

Otra contribución del patriotismo porteño, que no brilla con el resplandor siniestro de las armas pero que se ostenta nítida en sus antiguos blasones, fué el servicio de sus bomberos armados para custodiar en fríjido invierno la ciudad civil, trocados más tarde en afectuosos hermanos de la caridad para conducir en sus hombros las camillas de gloriosos moribundos. Nobilísima jente de las corazas rojas i de los yelmos que reflejan los penachos de todas las naciones, ¡cuánto os debe como gratitud la nación chilena!

VII.

Entretanto i a fin de personificar mejor el tipo de aquellos sufridos soldados en sus oficiales, diremos que el capitán Doll era hijo de uno de los fundadores de la emigración alemana de el sur de Chile, i que establecido después en Valparaíso con sus apreciables hermanos, en el comercio, hallábase en carrera de prosperidad cuando surjió la guerra en que debía morir. En cuanto al capitán Zorraíndo, hijo de Concepción, bastará recordar que fué hermano del bizarro segundo jefe del Atacama muerto en Miraflores, Rafael Zorraíndo, tipo de gran soldado.

Llegado es el momento de formar, a estilo más de sepultureros que de glorificadores, la cuenta definitiva en estas tablas numéricas i metódicas de la sangre vertida en extranjera tierra por un pueblo tan olvidadizo de sus pruebas como pródigo de su vida; i es esto lo que sencillamente vamos a poner por obra mediante el arbitrio de los números; agregando ahora, para formar el total jeneral de la provincia, la sangre del heroico Quillota, que en media hora, como si hubiera sido árbol de sus deliciosos huertos, cuajado de frutos i sacudido por recio aquilón, perdió en Miraflores casi un cuarto de su jente (145 sobre 600), llegando a las filas en el postrer momento, como el Vargas en Ayacucho, "a paso de vencedores."

El batallón Naval perdió en Tacna, Chorrillos i Miraflores, tropa i oficiales en conjunto (1).....	442
El batallón Valparaíso en Tacna..... .	117
El rejimiento Valparaíso en Chorrillos i Miraflores.....	226
El batallón Quillota en Humay i Miraflores	149
El batallón Miraflores en las campañas de la sierra (1882-84).....	140
Total.....	1,074

VIII.

La cuenta queda así hecha i pasada a la posteridad; de suerte que cuando llegue (que no ha de tardar) la hora de la póstuma justicia para los invencibles, i cuando a las tablas de la sangre de los pueblos verdaderamente heroicos en la constancia i en el patriotismo se sustituyan los arcos perennes i las columnas rostrales que la antigüedad erijía a los hijos del mar, sacrificados sobre sus olas, la mano del artifice, al esculpir la leyenda de la gloria del pueblo porteño, no habrá de necesitar sinó confiar a su buril esta lacónica inscripción:

"VALPARAÍSO DIÓ A SU PATRIA
EN LA GUERRA DE LOS CINCO AÑOS
SEIS MIL COMBATIENTES
I LA SANGRE DE MIL HÉROES"

(1) Esta cifra se descompone de la manera siguiente:—Bajas en Tacna 121.—En Chorrillos 12.—En Miraflores 309.—Total: 442.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

EL BATALLÓN CHACABUCO

EN TARAPACÁ

EL MAYOR DON POLIDORO VALDIVIESO, LOS CAPITANES DON VÍCTOR LUCO, DON MARTÍN FRIAS I LOS TENIENTES DON PEDRO URRIOLA ELÉSPURU I DON JORJE CUEVAS

TUVO el Chacabuco, el rejimiento más jenuinamente santiaguino, junto con el Esmeralda, porque entre ambos llevároнse consigo a extrañas tierras todas las galas de la juventud i la espuma de todos los entusiasmos de la apática capital chilena, tuvo, decíamos, cuatro grandes jornadas en su itinerario del Mapocho al Rimac, de las cuales dos, Tarapacá i Chorrillos, fueron terribles.

En Tacna el Chacabuco, que entró al fuego sólo en la última hora, experimentó a la verdad, sólo 40 bajas i un oficial contuso (el subteniente Víctor Luco, herido otra vez en Chorrillos), i en Miraflores apenas hiciéronle los rifles peruanos 7 muertos i 44 heridos, siendo el total de las dos batallas 93 bajas, entrando entre las de la última batalla la del bravo Enrique Prenafeta, cuya vida ya contamos.

Pero en Tarapacá dejó el novel batallón 91 individuos de tropa tirados en el campo, i en Chorrillos 267 soldados i casi todos sus oficiales hasta el número de 21, desde su coronel a subteniente, incluyendo casi la totalidad de sus capitanes. El Chacabuco, que llegó a ser un rejimiento de cerca de mil plazas (en Chorrillos formó 909), perdió en la campaña 500 de sus hombres i de éstos al menos 40 fueron oficiales.

Prosiguiendo ahora nosotros la comenzada tarea, de ir en pos del ejército, recoriendo sus sangrientas etapas para dar en la historia honrosa sepultura a sus muertos, vamos a llenar esa misión, batalla por batalla, i de lijera como la consecución completa de nuestro propósito lo requiere.

DON POLIDORO VALDIVIESO

SARJENTO MAYOR

I.

Cuando por el mes de febrero de 1859 ocurrió el doloroso asalto i captura de San Felipe de Aconcagua puesto en armas por su pueblo, atrincherado contra el gobierno, hallóse entre la jente de guerra con cierta admiración de un bravo que allí había estrenado su valor, saltando

espada en mano sobre una fuerte trinchera, i adueñándose con un puñado de secuaces de una parte considerable de la ciudad.

Ese arrojado asaltante, desconocido hasta entonces, era el subteniente del Buin don Polidoro Valdivieso, descendiente de estirpe cuzqueña porque su abuelo había sido un coronel español que en aquella ciudad casóse en 1804 con una señora Miranda i Gamarra, uno de cuyos retoños pasó a Chile en el ejército de San Martín, en 1822.

Fué este último el teniente coronel don Agustín Valdivieso, i de su enlace chileno en la familia militar de los Sotos, nacieron sus dos hijos Samuel i Polidoro, arrogantes soldados.

Hubo entre ambos, sin embargo, una jeneración de por medio, porque el primero vino al mundo en 1823 i el último sólo en 1836 en la ciudad de Chillán.

II.

Educado el menor de los Valdivieso Soto Aguilar en el Instituto de Santiago i en la Academia Militar salió de ésta para entrar al Buin en 1838 en calidad de subteniente.

Recorriendo lentamente el escalafón, porque sólo tenía mediana consagración a la vida disciplinaria de cuartel, era capitán nueve años más tarde (1867), i once años después, al comenzar la última guerra, había ascendido apenas a capitán ayudante.

Nombrado en esta coyuntura mayor en comisión del batallón Chacabuco el 14 de junio de 1879, marchó a Antofagasta i a Tarapacá, donde terminó su carrera como la había comenzado, esto es, por un acto señalado de bravura. En los momentos en que para alentar su jadeante i rodeada tropa cojía el fusil de un soldado muerto i disparaba sobre un jefe enemigo a quien derribó de su caballo (el coronel don Manuel Suárez) la retribución de la muerte le llegó casi instantáneamente en una bala enemiga que le atravesó de parte a parte el corazón.

III.

Enterróle allí mismo su propio hermano en sepultura de soldado, cuando dos días después de la hecatombe llegó aquél a recojer los muertos; i allí, debajo de rústica piedra aguardan sus restos tardía pero necesaria repatriación. Las cenizas de los bravos que mueren por su patria son simiente que renace cuando las nativas auras la cubren con sus ósculos, i por ésto los huesos de todos los chilenos esparcidos en la tierra que fué extranjera, deberían tener fosa aparte i venerada.

IV.

Hizóse por algunos, durante su vida militar, al mayor Valdivieso, el cargo de gastar excesiva dureza con sus soldados, no obstante de ser todos voluntarios, bisoños i por lo mismo dignos de induljencia.

Pudo talvez haber error en su severidad, tratándose de un cuerpo movilizado, pero siendo, como era, un oficial de probada bravura nunca fué posible que a más de ser ríjido fuera cruel. "Te envío,—decía, como para desmentir aquella acusación a una tierna niña ofrenda de sus amores,—te envío estos cuatro pesos para que te compres unas lindas botitas... Pero no te olvides de tu viejo papá, i pídele a Dios i a la Vírjen que me conserven la vida para protejerte. Acuérdate que estoi peleando por la patria i por su honor."

Esto escribía el bizarro soldado el 10 de noviembre de 1870 desde Pisagua. Dos semanas más tarde yacía muerto en solitaria loma el que había peleado "por la patria i por su honor."

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

II.

Por lo mismo que eran inseparables en la feliz como en la adversa suerte, fueron los dos tenientes del Chacabuco los más queridos entre sus jóvenes compañeros. Las virtudes que se reparten en dos almas alcanzan mayor irradiación en su extenso brillo, a la manera de la tea del faro que hiere diversos apartados discos. I por ésto la memoria de los dos jemelos de Tarapacá humedece todavía muchos párpados entre los suyos i entre los extraños.

III.

Aquellos dos niños procedían, por otra parte, de arrogantes soldados, cuyos nombres antiguos había recojido la historia o el poema, i fué cosa cierta que aquéllos no desmintieron la pasada fama en su rápida carrera.

En el caso de Jorje Cuevas es un hecho perfectamente comprobado que el denuedo ha podido contarse por jeneraciones, de varón a varón i sin un solo salto desde don Juan de Cuevas, caballero extremeño, compañero i compatriota de don Pedro de Valdivia, hasta el joven soldado de Tarapacá.

Juan de Cuevas peleó en efecto en Guamanga contra Gonzalo Pizarro. Su hijo, don Luis de Cuevas, peleó en las vegas de Colmo i de Quintero contra Hawkins, pirata inglés. «Don Luis de Cuevas,—dice un manuscrito de la época,—embistió con el capitán de los dichos ingleses que saltaron en tierra i lo mató.» I por ésto el poeta dijo de él en canto de batalla:

«El capitán Gaspar de la Barrera,
Don Gonzalo, el *de Cuevas* i Molina,
Descubre cada cual en la marina,
Derribando cabezas enemigas
Cual diestro segador cortando espigas.»

(Alvarez de Toledo.—Purén Indómito)

IV.

La diferencia de los tiempos había querido ahora solamente que la segur de la muerte de que habla el castellano, hiciese su implacable labor sobre las mas enhiestas cabezas del ejército salido de los lindes de Chile para defenderlo, i este fué el dolor que hizo más simpáticos sus nombres, más grata su memoria.

V.

En cuanto al teniente Urriola derribado casi en los brazos de su fiel amigo para ser en seguida atrozmente mutilado por horda de salvajes, que no de soldados, guardaba también en su pecho nobles tradiciones militares que en los hombres de guerra son estímulo i blasón. Sus dos abuelos habían sido caudillos en las armas i como tales habían muerto bajo de ellas.—«Señor —decíanos a este respecto un soldado del Chacabuco de la compañía de los dos amigos i retratándolos a su manera en el campo de batalla en que les vió morir,—señor, ¿cómo no había de salir *bueno* mi teniente Urriola? Toda la noche nos iba animando con que temprano descansaríamos i beberíamos agua en abundancia i hasta comeríamos brevas peladas en las higueras del valle, i por la mañana, al comenzar la pelea, nos gritó: —«¡Muchachos, quítense las caramañolas porque el reflejo del sol en la lata va a servir de puntería al enemigo!»—Cayó *un niño* a su lado,—añadía el soldado en el lenguaje de los soldados,—i mi teniente tomó en el acto el fusil i el morral para vengarlo. Era lo mismo que había hecho con el primer herido mi mayor don Polidoro Valdivieso. I fué eso lo que hizo también mi teniente Cuevas cuando lo mataron.»

Ah! ¿i cómo no había de ser bueno el teniente Urriola? exclamamos nosotros, junto con el soldado herido de 1879, cuando sus dos abuelos

habían perecido en el campo de batalla, el uno en las calles de Santiago, (el coronel don Pedro Urriola el 20 de abril de 1851) el otro (el jeneral don Juan Bautista Eléspuru) en Yungai. el 20 de enero de 1839. ¿Cómo no había de salir "bueno," si en aquel mancebo que había dejado estudios, sueldos, amores i una madre de quien era orgullo, el arte de pelear i de morir era una herencia, casi un mandato de familia?

Su propio padre fué a sepultarle, i aquí hácese preciso no olvidar que este último, niño como él, militó bajo su antecesor en la campaña que precedió a la presente hace ya cuarenta i seis años.

Fué por ésto que al depositar los mutilados restos de aquel valeroso niño en el cementerio de Santiago algunos meses más tarde, alguien que quiso saludar su entrada a la inmortalidad, llamóle "hijo i nieto de soldados." (1)

---

(1) Sobre la cruel inmolacion del teniente Urriola he aquí lo que escribía al autor de sus recuerdos.

"*Campamento de Dolores, enero 22 de 1880.*

"Señor don B. Vicuña Mackenna,
Santiago.

"Querido Benjamín:

"No he tenido suficiente calma de espíritu para contestar tu carta en la que me prodigas tan delicado como honroso homenaje al cruel sacrificio de mi infortunado Pedro.

"Cada día que pasa siento más hondo pesar por su pérdida i la manera cruel como sucumbió. Por el certificado que te envié habrás juzgado qué jénero de muerte i qué prolongado martirio sufriría ese pobre niño. Al ver sus despedazados despojos hubiera creído ser los restos de alguien muerto en lucha con fieras i no con hombres.—Tuyo, etc.

M. Urriola.

VI.

Cumplieron así su misión, llevados en alas de cruento e inmerecido sacrificio aquellos dos nobilísimos muchachos, i desde ese día quedó otra vez probado que si la fama antigua de los hechos de nuestros mayores es pedestal para las jeneraciones que heredan sus nombres, la cúspide resplandeciente de la fama sólo brilla con eterno resplandor cuando se destaca en ella esta leyenda inmortal de todas las grandes acciones —EL DEBER!

CERTIFICADO

"El que suscribe, cirujano en jefe del ejército de operaciones en el norte, certifico que ha examinado profesionalmente el cadáver del teniente del batallón Chacabuco, señor Pedro Urriola que se encontró en el campo de batalla de Tarapacá, hallando en él las lesiones siguientes:

"1.ª Dos heridas hechas con armas de fuego en que las balas habían atravesado desde la rejión anterior a la posterior del muslo en su parte media. Estas dos lesiones estaban lijeramente vendadas;

"2.ª Una herida de bala en la rejión pectoral derecha en su parte superior;

"3.ª Una herida de bayoneta en la órbita izquierda que se prolongaba hasta el cerebro. El resto de la cabeza estaba cubierto de grandes contusiones. Tanto éstas como las dos últimas heridas eran necesariamente mortales.

"Yo creo que las heridas de las piernas sólo fueron hechas durante el combate, i fundo mi creencia en el hecho de haberlas encontrado vendadas. Esas heridas debieron impedirle todo movimiento. Las restantes han sido hechas después de haber caído.

"Tarapacá, noviembre 29 de 1879.

J. Domingo Gutiérrez."

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

EL REJIMIENTO CHACABUCO

EN CHORRILLOS

EL TENIENTE CORONEL DON BELISARIO ZAÑARTU, LOS CAPITANES SOTA DÁVILA I OVALLE, LOS SUBTENIENTES MONTT, JIMÉNEZ, ELGUEDA I FERRER

PROSIGUIENDO ahora el acordado plan de agrupar como en una fosa común, los nombres de los que bajo una sola bandera sucumbieron, procedimiento que acelera el libro a la par que reparte mejor la justicia entre los muertos, vamos a ceder el puesto del honor a los nobles combatientes del glorioso rejimiento que perdió en cinco batallas campales no menos de cuarenta de sus oficiales; i esta vez comenzaremos su reseña con el nombre de uno de sus ilustres jefes.

DON BELISARIO ZAÑARTU,

TENIENTE CORONEL.

I.

Así como el primero en sucumbir, en los agrestes médanos que coronan i entristecen la solitaria quebrada de Tarapacá, fué el valeroso 2.° jefe del batallón Chacabuco, en la carnicera batalla del 27 de noviembre de 1879, así cumplióse el destino de su segundo jefe en la porfiada i recíproca matanza que se llamó el asalto del morro Solar en 1881. El teniente coronel don Belisario Zañartu, antiguo zapador, cayó en aquella áspera falda escoltado por seis de sus capitanes i cerca de trescientos de sus soldados que él mismo con raro tesón había formado en los campamentos.

II.

Fué el comandante Zañartu un oficial adornado de notables dotes militares, al punto de que el famoso estadista peruano don Manuel Pardo, adivinándolo con su ojo de águila cuando en 1878 le tratara, siendo simple capitán de zapadores en los bosques araucanos, díjonos de él poco antes de morir ambos, que aquel subalterno estaba llamado a ser uno de los jefes más sobresalientes del ejército de Chile (1).

Nacido en la ciudad de Concepción en 1848; educado en un liceo; trasladado a Chillán por

(1) Pardo nos manifestó esta opinión a su vuelta del sur en 1878.

sus padres que pertenecían a las más antiguas familias de Penco (los Zañartu, los Arrau i los Daroch); enrolado a la edad de 17 años en el aguerrido batallón cívico de aquel pueblo; ascendido al 7.° de línea pocos meses más tarde con motivo del bloqueo de las naves españolas de Pinzón; capitán del batallón Zapadores (que fué la trasformación del antiguo 7.°), en 1879 marchó a la guerra a la cabeza de su compañía, i en menos de un mes recibió dos veces el bautismo de la sangre, que es a la vida del soldado lo que el sacramento de la confirmación al cristiano que ha sido ya unjido por el óleo del fuego. Al desembarcar en Pisagua, una bala le surcó lijeramente el cuello, i en las alturas de Tarapacá la pechera de su casaca quedó literalmente destrozada por las balas.

III.

Promovido poco más tarde i en la víspera de Tacna a segundo jefe del Chacabuco con título de sarjento mayor, condújose con su habitual bizarría en aquel hecho de armas; i cuando, a su vez, el batallón santiaguino fué ascendido a rejimiento, enviáronsele los despachos de teniente coronel. Era por ésto, con excepción de Silva Renard, segundo jefe del Talca, el más joven de los brillantes jefes de cuerpo en la campaña.

IV.

Mas aquellos rápidos honores, que él nunca ambicionó, se atropellaron a su paso sólo para poner en más vivo i doloroso relieve su prematuro fin.

Herido en un muslo en el ascenso del morro Solar, no consintió en retirarse, no obstante hallarse atacado de una cruel disentería que le obligó a dejar la cama sólo para ir al combate. I adelantando su marcha hacia la cumbre como si persiguiese el *Excelsior* del bardo bostonense, otra bala vino a ponerle final atajo atravesándole el estómago.

En medio de los horribles dolores que esta clase de heridas causa, el magnánimo soldado de Pisagua i de Tarapacá, de Tacna i de Chorrillos, no perdió su presencia de espíritu, i espiró en la lúgubre noche de aquel lúgubre día sonriendo en su agonía al deber que había sido su maestro i es hoi su glorificación.—"Jamás tuvo ambición a los ascensos,—dice de él alguien que conociera todas las intimidades de su alma,—i sólo le guió el cumplimiento de su deber sirviendo desinteresadamente a su patria." (1)

DON RAMÓN SOTA DÁVILA I DON CAMILO OVALLE

TENIENTES

I.

Poco há decíamos que en su ascenso hacia la cumbre de la batalla, que es la cima de la gloria para los que sucumben, el segundo comandante del Chacabuco había sido escoltado por seis de sus capitanes, verdadera pléyade de bravos que en seguida vamos a nombrar si más no sea para consagrar en lo venidero sus nombres ya esclarecidos en el tiempo luctuoso que pasó.

Aquella lejión del Chacabuco que recuerda los "seis capitanes del 2.° de línea" fueron Otto von Moltke, Ramón Sota Dávila, Camilo Ovalle, Benjamín Sílva, Arturo Salcedo i Francisco Javier Lira, de los cuales sólo los dos últimos

---

(1) Su hermano don Horacio Zañartu, carta al autor Santiago 1883.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

volvieron a levantarse a la vida del charco de su sangre.

Vamos por tanto a pasar lista sólo a los muertos, con excepción de aquellos que en otras pájinas de este libro fúnebre de sacrificios han sido ya recordados.

II.

Ramón Sota Dávila era en Chorrillos un capitán de 21 años. Nacido de padres, que todavía no se han alejado del todo de los días de la juventud (don Natalio Sota i doña Clara Dávila), después de haber recibido mediana educación militar en la Academia de Santiago, entró al Chacabuco, cuando este cuerpo era sólo una brigada lugareña, en clase de subteniente el 14 de mayo de 1879, i herido en Tarapacá ganó allí su próximo ascenso. Alcanzó en seguida su tercer galón en la marcha desde Tacna (a cuya batalla, apenas recobrado, asistió) hacia Chorrillos. Hiriéronlo mortalmente en esta segunda etapa como a su segundo jefe, atravesándole el estómago, de cuyas consecuencias murió en el hospital de sangre de la Academia de Cabos el 15 de enero de 1881 en los momentos en que tronaba el cañón de Miraflores, digna salva anticipada sobre las tumbas heroicas.

III.

Menos dura fortuna que el capitán Sota Dávila tuvo su compañero en grado i en campañas, el capitán don Camilo Ovalle i Barros, porque siquiera este último adolescente alcanzó a morir en los brazos de amorosa madre, que desde el lecho pestilente de un trasporte le arrebató al llegar.

Fué el capitán Ovalle el más hermoso niño de aquellas lejiones que asombraron por su denuedo a la América española, i al contemplar en las filas su rostro limpio aún del tenue bozo precursor de la juventud, no se habría creído que era un capitán formado en tres campañas i que durante dos años rehusó tenazmente volver ni por un solo día al dulce regazo del hogar. Subteniente del Chacabuco desde el primer dia de la guerra (mayo de 1879), teniente después de Tarapacá, donde batióse con incomparable bravura ajena a sus años (diciembre 17 de 1879), capitán en la víspera de las batallas de Lima (octubre 14 de 1880), una herida de bala que en los primeros días se juzgó leve, agravada por una intempestiva navegación en busca del aliento de la madre i de las auras de la patria, que son dos fuerzas de vida, causóle al fin la muerte, como a la mayor parte de sus compañeros de regreso, en los primeros días de febrero de 1881.

MONTT, JIMÉNEZ, ELGUEDA

I FERRER

SUBTENIENTES

I.

Entre los oficiales de menor graduación del rejimiento Chacabuco, cuyos nombres han quedado inscritos en el rol de la muerte por acción de guerra, figuraba el norte americano Sullivan, la reseña de cuya honorable existencia queda hecha en pájina aparte, i los subtenientes Onofre Montt, Filomeno Jiménez i Eliodoro Elgueda, del último de los cuales sólo sabemos que había ido a la campaña en calidad de practicante de medicina; i por su meritoria conducta ascendió no sólo a subteniente de su cuerpo sinó a ayudante de su bravo jefe que en el campo de batalla necesitó de sus servicios i lo recomendó altamente en su parte oficial.

El subteniente don Onofre Montt (que no es el de La Concepción) falleció en Lima el 8 de febrero de 1881, i conducidos sus restos a Chile, hiciéronsele los honores que el país i la lei le debían en su carrera i en su fin.

II.

Fueron también oficiales del Chacabuco, según se sabe, los cuatro de La Concepción, siendo de notar que el jefe de aquel cuerpo antiguo había sido ayudante del coronel de su cuerpo en Chorrillos, resultando herido a su lado. I así como el denodado niño Prenafeta cayó más tarde en Miraflores desde la cima de una trinchera, así olvidado pero digno de larga memoria pereció al pie de los baluartes de Chorrillos el subteniente Jiménez.

Preciso es señalar también, antes de cerrar esta pájina i las listas finales del rejimiento Chacabuco durante las campañas a que concurrió, el nombre del vijésimo muerto de su cuerpo de oficiales, el subteniente Ferrer, natural del Tomé, que defendiendo su puesto en la quebrada de la Oroya en 1883 perdió gallardamente la vida a fin de salvar la de sus compañeros comprometidos en aquella guerra fatal de montañas i de montoneros.

I fué así como el Chacabuco (hoi 6.° de línea) que aun después de seis años de batallas no regresa todavía a sus patrios lares, dejó bien puesto el pabellon de la capital de la república, cuya guarnición de paz mereciera hoi cubrir como honor i como descanso, a la par con los más lucidos i los más veteranos rejimientos del invicto ejército de la república.

III.

Por lo demás, para los efectos de la estadística de la glorificación i sólo con el fin de agrupar en una sola fosa los cadáveres heroicos, condensamos aquí el rejistro de las pérdidas de los oficiales del Chacabuco durante la guerra en la forma siguiente:

Dos segundos jefes, uno de ellos muerto en Tarapacá, el otro en Chorrillos.

Seis capitanes, de éstos uno en Tarapacá, cuatro en Chorrillos i uno en La Concepción.

Tres tenientes, dos en Tarapacá i uno en Chorrillos.

Ocho subtenientes, tres en Chorrillos, uno en Miraflores, tres en La Concepción i uno en la Oroya.

Total de oficiales muertos diezinueve i mayor número de heridos.

En cuanto a las bajas de la tropa pueden agruparse asi:

Tarapacá	91
Tacna	40
Chorrillos	267
Miraflores	51
La Concepción i otros encuentros	100
Total de oficiales	40
Total de tropa	549
	589

¿I no es este número (seiscientos sobre mil) argumento de sobrada fuerza para probar que los hijos de Santiago han sabido corresponder suficientemente como todos los hijos de Chile al llamamiento de la patria en peligro, al sacrificio en las horas supremas de la prueba, a su renombre en todas partes?

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

dida fué la más sensible i más tiernamente llorada en el campamento i la familia, estos dos hogares del soldado.

IV.

Hijo de un antiguo funcionario i actual honorable senador de la república i de una dulce i discreta madre (la distinguida señora Rafaela Vergara) que le amaba entrañablemente, rompió voluntariamente Aníbal Guerrero todos aquellos lazos de ventura i entregóse a los azares de la guerra con levantado corazón. De niño alegre i casi mimado bajo su techo, trocóse en hombre guerrero; i en compañía de su hermano Enrique que elijió la caballería i de su hermano Adolfo que ocupó con acierto puestos civiles, siguieron los tres en grupo a las campañas a su tío materno el coronel i más tarde ministro de la guerra don J. F. Vergara.

Distinguiéronse todos en sus puestos como voluntarios i como patriotas; pero era preciso que alguno contribuyese con su sangre al común sacrificio. I para que esta sentencia quedase fielmente cumplida, el dedo del destino designó al acaso al que llevaba en su nombre dos apellidos de guerra, i he aquí en efecto como uno de sus camararadas, el bizarro capitán don Rafael Ovalle, otro voluntario santiaguino del Esmeralda, cuenta su noble fin en la batalla:

"Avanzaba Aníbal a la cabeza de su tropa, —dice el último,—i encontrándose a cuarenta metros de distancia de las trincheras enemigas, recibió un balazo en el brazo izquierdo, que parece no le tocó el hueso, pues siguió adelante animando i entusiasmando a su tropa. Habría caminado unos veinte metros cuando recibió un balazo en la cabeza, que le rompió el cráneo sin penetrar la bala i cayó de espaldas desatentado. Inmediatamente se paró, i estuvo vendándose la herida ayudado por el teniente Echeverría, quien quería, lo mismo que otros oficiales, que Aníbal se separase del campo; pero él insistió en seguir, porque decía que se encontraba en estado de continuar batiéndose. Apenas había avanzado unos diez metros más, cuando dos balazos que lo hirieron, uno en el estómago i el otro en el pecho, al costado derecho, le quitaron la vida casi instantáneamente."

V.

Así cumplió su destino aquel joven patricio rendido a su patria como la juventud de Roma en las llanuras de Cannas contra Aníbal. I aquí hácese forzoso reconocer que hubo en su holocausto algo de extraordinario i meritorio en grado heroico, porque él marchó a las lomas de la Alianza profundamente persuadido de que iba a morir, i no obstante ésto no retrocedió un ápice de su puesto en la línea de batalla.

Todo lo contrario.

En la noche precedente, cuando el ejército se hallaba acampado frente al campo enemigo en honda quebrada, de alegre i retozón que de ordinario era, tornóse su habitual bullicio en tenaz melancolía, i buscando a uno de sus amigos (el subteniente don Gonzalo Fabres) hízole confidencial entrega de su reloj como el último legado que hacía a sus padres, asegurándole que en el inminente encuentro de las armas iba a morir, como murió. Rasgos de esta índole han pertenecido siempre en la historia de la presente guerra i de todas las guerras a los verdaderos héroes o a los que han nacido para serlo.

VI.

"Era,—dice de él, uno de sus amigos de colejio, recordando la nobleza de su alma i su fugaz carrera (el joven escritor don Francisco Pardo Duval), al tenerse en Santiago la primera noti-

cia de su muerte,—era todo un hombre con una alma de niño i de héroe. Impresionable ante el desvalido i ante la miseria, formóse caritativo i bueno.

"Esta es la flor que el vendabal de la guerra con su soplo cruel ha arrancado al jardín de la juventud de Chile.

"Más de una lágrima hemos visto correr por amigos párpados al recibir la infausta nueva. ¡Que ellas sean las perlas que formen la corona que orne su frente!

"¡Que se mitigue un tanto el acerbo dolor que ha venido a herir el alma de su respetable familia! ¡Que el recuerdo de ser tan apreciable sirva de ejemplo a los que en vida admiraron sus virtudes!

"I en fin, que la manera honrosa con que rindió su existencia en jermen aún, sea un lenitivo para su familia cubierta de luto; que la patria i la historia no le echen en olvido."

I como noble amistad lo solicitaba, así ha quedado cumplido.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

cional, quien, en el propio día en que se declaraba la guerra (4 de abril de 1879) cumplía 17 años. Sus respetables padres, que hoi residen en Bulnes del Ñuble, fueron don Manuel Valdés i doña Dolores Velasco Cotapos, de cuya unión nació aquel niño el 4 de abril de 1862, es decir, ayer.

"Cuando se declaró la guerra que me lo arrebató—dice de él su propio padre en carta íntima,—era mui niño todavía pero de un corazón mui grande; su entusiasmo no tuvo límites i quiso contribuir a toda costa a defender su patria, ofreciéndole su vida, sin ser capaces de desanimarlo ni las lágrimas de su madre a quien idolatraba ni los ruegos de sus hermanos."

IV.

Enrolado en efecto en el cuerpo que organizó entre la jente suelta de la capital su tío don Félix Valdés con el atrayente nombre del primer toqui araucano de la conquista i del poema épico, marchó a campaña el subteniente Valdés a nes de 1879, en el batallón Caupolicán, i aunque su cuerpo no tomó parte en las batallas de ese año, en todas partes por su inquebrantable bizarría, por su sumisión severa al deber, por su habitual donaire de camarada señalóse entre sus compañeros. El subteniente Valdés Velasco era del tipo i de la escuela de aquellos denodados niños que como Luis Cruz el de La Concepción, Juan Jullián el de Chorrillos, Camilo Ovalle del Chacabuco i Enrique Ewer del 2.° de línea, enseñaban a los hombres, siendo ellos niños, a ser hombres con su ejemplo.

V.

En más de una ocasión hemos oído ponderar en efecto a sus camaradas i particularmente al valiente capitán don Belisario Troncoso, ayudante del Caupolicán i que ayudó de cerca a Darnignac a conducirlo al fuego, la incomparable bravura con que el capitán Valdés, que desde Arica mandaba en comisión la compañía de cazadores de su cuerpo, desplegó su tropa en el campo de Miraflores hacia la orilla del mar, saludando al preludio de la batalla con estrepitosos vivas. I desde ese momento, avanzando siempre, sostenido algo más tarde por la 4.ª compañía, llevó su tropa el esforzado niño hasta el pie del fuerte Alfonso Ugarte, donde una bala de ametralladora lo dejó muerto en el sitio.

Antes que él, había caído entre los granaderos su capitán don Manuel Astorga Pereira; en la 1.ª compañía el valiente Natal Eduardo Vega, cuya vida ya contamos; el intrépido capitán Vicente Palacios de la 2.ª; Juan de Dios Prieto Correa, capitán de la 3.ª; en la 4ª el subteniente Ramón Aguirre; en los cazadores, además de Valdés, el subteniente Roberto Castro, i por último en la plana mayor el teniente don Roberto Pradel, que tuvo poco más tarde trájico fin, así como el sarjento de la 2.ª Rómulo Sotomayor, mozo bravo pero rigoroso, herido casi de muerte en las filas i que pereció algunos años después a manos de sus soldados, siendo teniente en el fuerte Freire.

La marcha del Caupolicán por la árida planicie que separa las aldeas marítimas de Barranco i Miraflores, fué de ésta manera un reguero de sangre jenerosa, así como en Chorrillos el bisoño cuerpo había perdido sólo cuatro soldados heridos i uno muerto.

VI.

En aquella pródiga repartición de la sangre, tocó naturalmente la parte mas dura a la compañía guerrillera que mandaba el capitán Valdés; i he aquí en efecto cómo uno de sus compañeros, el pundonoroso capitán don Enrique Bernales cuenta lo que aquel adolescente de 18 años hizo

por su patria en la segunda batalla campal en que la suerte asignóle un puesto de vanguardia. "En la batalla de Chorrillos, — dice el oficial mencionado, en carta al autor fechada en Temuco el 1.° de setiembre de 1884—con su compañía formó A. Valdés parte de las guerrillas mandadas por el mayor Castillo, del Santiago. En Miraflores, como guerrillero, fué el primero que desplegó su compañía al frente i cerca del mar. La corta distancia del enemigo i las numerosas bajas que le hacían obligó al comandante a mandar la 4.ª compañía en su refuerzo; i desde ese momento asaltaron a la bayoneta las trincheras. En el asalto de la tercera trinchera fué donde el teniente Valdés murió instantáneamente: un balazo le destrozó la cabeza i en este asalto ambas compañías perdieron la mitad de su tropa. Los restos de Valdés fueron recojidos i enviados a su familia que se encontraba en Talca.

"En cuanto a su comportamiento en las batallas fué siempre el de un oficial que sabe cumplir como bueno sus deberes de soldado, de patriota i de caballero: fué valiente i pundonoroso. Esta es la opinión jeneral de sus compañeros de armas, por quienes su muerte fué sinceramente lamentada. Su carácter en todas circunstancias era siempre igual, alegre, risueño, decidor en las horas de descanso i severo i entusiasta en las horas del trabajo i del peligro.

"En una palabra, Alfredo Valdés fué niño i fué soldado, i sin dejar todavía de ser niño, murió empuñando con mano vigorosa la espada por que había trocado sus libros de estudiante."

¡Cuántos hechos señalados, cuánta jenerosa consagración, cuánta inmarcesible gloria ha debido Chile a su juventud en armas! ¡I cuánto i cuán durable será el influjo de su ejemplo en las jeneraciones que en pos de aquélla habrán de venir, habrán de pelear i habrán de vencer!

VII.

Entretanto, los oficiales sobrevivientes del Caupolicán resumieron aquella jenerosa existencia como en un luto de familia, i enviaron a la del joven muerto una misiva oficial dirijida por el comandante del cuerpo don José María del Canto a su padre, desde el Callao el 11 de marzo de 1881, i en la cual leemos estos hermosísimos conceptos aplicados a un niño que había sido un maestro en el deber, porque habíalo consagrado con su sangre.

"El 8 de octubre de 1880,— así decía aquella carta del campamento,—ascendió Alfredo Valdés a teniente de la compañía de cazadores que mandaba accidentalmente i que debía mandar como capitán si el plomo homicida no hubiera tronchado su existencia; pues le tenía propuesto para este empleo, en atención a su brillante comportamiento en la batalla de Chorrillos i a los méritos que tenía adquiridos por su constancia en el servicio e intachable conducta. En Miraflores fué uno de los primeros, que al mando de sus cazadores avanzó sobre el enemigo, i al tomar al asalto la primera trinchera cayó herido de muerte por una bala que le atravesó el cráneo: le ví partir sereno i pelear después como soldado chileno."

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

III.

Fué esa criatura que parecía traer todavía fresca en los labios la leche de su nodriza, el subteniente don José María Claro, hijo de don José Antonio Claro i de doña Beatriz Ramos, vecinos de Concepción i hermano el primero del actual senador por Biobio don Ricardo Claro.

Era el subteniente Claro un hermoso, pero endeble adolescente, de ojos profundamente azules, de carnadura tenue todavía; i metido como por ironía dentro de su túnica de soldado, sobrábale ésta por todas sus costuras, de tal manera que sólo su jeneroso patriotismo defendíale de burlona sonrisa entre sus camaradas.

Fué soldado el subteniente Claro apenas once meses de su vida que contó casi sólo ese número de años, i he aquí como en el escalafón de sus ascensos está su carrera de patriota noblemente anotada.

Febrero 2 de 1880, soldado raso en el batallón Concepción.

Julio 8, cabo 2.°

Julio 11, cabo 1.°

Setiembre 1.°, sarjento 2.°

Noviembre 30, sarjento 1.°

Diciembre 23, subteniente.

De suerte que, nombrado oficial en la víspera del combate en que debía perecer, no tuvo materialmente tiempo el impúber penquisto para cambiar su burdo traje de soldado, i envuelto en sus pliegues como en ancha i desahogada mortaja, peleó i le enterraron antes de haber vivido quince primaveras.

¿Cuándo hubo en el ejército de Chile ni en ejército alguno, más tierno ni más sublime heroísmo?

DON JOSÉ MARÍA VILLARREAL SILVA

SUBTENIENTE DEL COLCHAGUA

I.

HECÍAMOS poco há en una de las pájinas precedentes de este libro, que cada cuerpo militar de los que hicieron las últimas campañas, había tenido un tipo especial de denuedo, cuyo guerrero brillo se reflejaba en el grupo común con el vivo resplandor de la bandera entre las filas en el orden de parada; i adelantando ahora esta idea, vamos todavía a apuntar algunos nombres que si bien más modestos que los recordados, no son por ésto menos meritorios.

II.

En el lugar oportuno al hacer memoria de los brillantes servicios del capitán Vivar i en pájina aparte de los del capitán Reytes, ambos del Colchagua, hicimos debida recordación de la intrepidez de muchos otros oficiales de este rejimiento, que al fin quedó mandado en el campo de batalla por un simple capitán, el intrépido soldado mestizo don Adolfo Krugg, hijo de alemán avecindado en San Fernando.

Perdió también en el Perú la vida un valentísimo muchacho llamado M. A. Palacios, escapado por el amor de las aventuras a su hogar del Ñuble, como también los subtenientes Pedro Nolasco Contreras, Jenaro Molina i M. J. Carrasco, que merecieron especiales elojios de sus jefes, i el subteniente don José María Villarreal Silva, esforzado mozo santiaguino que había comenzado su carrera junto con la guerra, entrando de soldado al Buin, cuando este cuerpo se embarcaba en Valparaíso para Antofagasta, en abril de 1879.

Hijo del apreciable caballero don Casto Villarreal i de doña Magdalena Silva, educóse aquel enérjico i turbulento mancebo en el seminario de Santiago i de allí pasó, como de un salto, a ser "buin," i en seguida, por ascenso, antes de las batallas de Lima, a subteniente del Colchagua, en cuyo puesto cayó herido mortalmente por una granada que le destrozó el cuerpo.

Era aquel muchacho de naturaleza tan recia en lo moral como en lo físico, verdadero tipo de un árabe del Sahara, que conducido a Valparaíso en el *Amazonas* bajo el afectuoso cuidado del comandante Orella (que también había de morir!) sobrevivió a sus crueles heridas hasta el 8 de marzo de 1881, en que falleció a la edad de 22 años, habiendo recibido de su antiguo maestro el obispo de Martyrópolis las postreras satisfacciones de la relijión, esto es, la eucaristía i la extrema-unción, estas dos alas de las almas creyentes que aspiran a subir al cielo.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

II.

Desesperando al fin de obtener un puesto cualquiera en el ejército regular o movilizado, fuése a Arica cuando la escuadra desplegaba sus velas en dirección a Lima, i por compasión nombrólo el jeneral en jefe guía del ejército en campaña con el sueldo de subteniente, (60 $).

En esa ambigua condición marchó el misterioso anciano a las batallas que rindieron a Lima, i no se supo jamás de él sinó que había muerto atravesado su pecho por dos balas en Chorrillos.

Pero así siquiera el doble proscrito de su patria murió vengado dos veces de los que lo habían cobardemente ultrajado en las prisiones de Iquique i de los que en la Moneda habían rechazado cien veces el jeneroso ofrecimiento de su sangre.

I así como de aquel noble pero humilde voluntario, cábenos ahora hacer memoria de otros olvidados, dignos siquiera de la inscripción de sus nombres en estas tablas póstumas que el orín del tiempo habría de ir borrando día a día.

FEDERICO VALDIVIESO HUICI

SUBTENIENTE DEL MELIPILLA

DERECIERON también en los campos de batalla acreedores a su patria en honrosa memoria, algunos oficiales movilizados, cuya nónima por parca i por desnuda apuntamos aquí sólo con sus nombres.

Federico Valdivieso Huici, jeneroso espíritu, soldado de 20 años, voluntario del Melipilla, herido mortalmente en las filas de su cuerpo al ascender el morro Solar por la ribera del mar, nació en el estío de 1858 en la chacra de Chuchunco que arrendaba su padre. Allí bautizóle una noble matrona chilena que lloró su anticipado fin: la señora Mercedes Cañas de Arrieta.

Encaminóse resuelto a las batallas, i después de haber sostenido en sus brazos a su moribundo amigo Alberto Pérez Gandarillas, espiró a su turno pocas horas más tarde en el trasporte *Veintiuno de Mayo* que lo recojió moribundo de la arena. El infortunado niño habíase incorporado en el Melipilla sólo una semana antes de morir, pues su despacho de subteniente de ese cuerpo tiene fecha 7 de enero de 1881.

O

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Don ALBERTO PEREZ GANDARILLAS
(Capitan del Rto Melipilla)

Don FEDERICO VALDIVIESO HUICI
(Teniente del Rto Melipilla)

Don CRISTOBAL GONZALEZ
(Teniente del Rto Aconcagua)

Don ENRIQUE BAEZA
(Comandante del Rto Victoria)

Don ALFREDO VALDES VELASCO
(Teniente del Rto Caupolican)

Don JOSÉ M. VILLARREAL
(Subteniente del Rto Colchagua)

EL CAPITAN REYTE
(Del 4.° de Línea i del Colchagua)

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Habríamos de escribir, por consiguiente, un grueso libro si hubiéramos de desenterrar todas aquellas jenerosas víctimas tanto de la resignación propia como del error ajeno i tenaz.

I a la verdad que si para ello tuviéramos los datos requeridos, de seguro que lo comprenderíamos, porque siempre hemos encontrado mayor merecimiento en morir voluntariamente envuelto en asqueroso flajelo, que en medio del fascinador estruendo de las armas que siquiera matan a los que matan.

Mas como ya en otras pájinas hemos contado la vida del coronel Urízar, de Muñoz Bezanilla, del comandante Urrutia, de los sarjentos mayores Villagrán i Lathan, del capitán Barrios i otras lastimeras víctimas de la *ocupación*, nos será lícito ahora recordar sólo aquellos, de cuyos papeles hemos alcanzado a hacer discreto uso por préstamo o cesión de última hora.

---

innumerables otros que sucumbieron en los hospitales de Lima i del Callao, sin incluir varios cirujanos, enfermos i hasta el contador Cristi.

Por otras enfermedades, especialmente el tifus i la fiebre, el Aconcagua perdió en los primeros veinte meses de la ocupación tres oficiales, Luque, Palacios i Nolasco; el Curicó tres, Pérez Montt (teniente), Guzmán i Marín; el Rengo dos, Orrego i Pulido; el Coquimbo a Carrasco Alday; el Rancagua dos, Ricardo Wormald i Emilio Augier; el San Fernando tres, los capitanes Jermán Yávar i Flavio Luna i el subteniente Luis Antonio Sotomayor; el Anjeles dos, Calderón i Moreno; el Rengo dos, el capitán Pedro Pablo Alvarez i el subteniente I. M. Orrego, i así los demás cuerpos, siendo el más digno de nota el comandante Castillo, del Santiago, muerto en el Callao, de fiebre amarilla.

No están tampoco excluidos en esta larga nómina de las defunciones, que corresponden por lo menos a tres mil clases i soldados i a otros tantos inválidos, los comandantes Ignacio L. Gana, Federico Bunster i Félix Valdés, los mayores Terán, del Santiago; Miguel Rivera del 4.° de línea i Exequiel Soto Aguilar (del Victoria) el capitán Ovalle del Melipilla; i muchos subalternos que vinieron a morir a Chile de resultas de "enfermedades contraídas en la campaña", según la frase casi esteriotipada de la comandancia jeneral de Santiago al disponer los honores militares correspondientes.

Esa fué la ocupación, que sin necesidad alguna política ni militar mantuvo el gobierno de Chile durante tres años.

II.

No alcanzó a llegar el batallón Victoria, organizado a las puertas de Santiago, suelo propicio, a las puertas de Lima, porque en Chorrillos tuvo sólo un muerto, cuatro heridos, un contuso i un disperso; i en Miraflores hizo más desairada figura porque perdió un herido, el capitán Roselot, un contuso i un desaparecido, es decir, apenas un rasguño en la epidermis.

Pero después de las victorias, los servicios que, como cuerpo moral disciplinado i fiel, prestó el Victoria fueron considerables i aún demostró, cuando la ocasión le fué favorable, que sabía conducirse con la misma bizarría que los cuerpos aguerridos i de más renombre del ejército de línea.

III.

Evidencióse este último, en efecto, en el ataque que su jefe i organizador el coronel don Enrique Baeza, llevó a los montoneros del valle de Cañete en junio de 1881, empresa peculiar que fué la primera acometida militar de la ocupación, i que por lo mismo merece ser rápidamente contada i sometida a imparcial criterio.

IV.

Es el valle de Cañete, situado cuarenta leguas al sur de Lima, uno de los más feraces del Perú i por lo mismo talvez, con excepción de Chiclayo, es el más mortífero i ponzoñoso de todos. Como tierra de azúcar es comarca de negros, es decir, de malvados, i como en el último cuarto de siglo el chino ha reemplazado en las labores al bozal, un bozal amarillo por un bozal oscuro, resultaba de ello una infernal mescolanza de seres i de pasiones. El Asia i el Africa habían vaciado allí en la misma cuba sus más punjentes venenos.

Añadíase a esto, que siendo tribu de zánganos

la de los negros cimarrones, i tribu de ilotas la de los asiáticos contratados en los injenios por períodos que equivalen a la vida i por pactos existentes que son sinónimos de la esclavitud permanente, una tercera raza de ávidos jenoveses habíase infiltrado allí, como un codicioso virus, para explotar la ociosidad rapaz de los unos i los vicios incurables de los otros. La famosa hacienda de Montalván, que había sido el don de la munificencia del Perú para con el jeneral chileno don Bernardo O'Higgins, hallábase por el camino del regalo i de las prodigalidades en manos de dos ligurianos del apellido del Pino, de quienes sólo podemos decir, porque hemos visto sus cartas, que no sabían escribir.

Los peruanos, que eran los menos en número, contaban también por poco en influencias, por cuanto considerábaseles como simples tenedores del suelo, cultivadores a crédito de la caña, casi todos habilitados por casas extranjeras de Lima, que extraían a la última sus más exquisitos jugos.

V.

Ahora bien, para mejor pescar en aquel revuelto río que suele tomar, desde Lunahuaná, desde el pie de los Andes cercanos al mar vecino, rápidas creces i turbiones, los mercaderes italianos del valle azuzaron a los negros contra los chinos, i si hemos de dar fe a los datos recojidos por el coronel Baeza durante su expedición pacificadora, en un solo día los feroces africanos mataron en los injenios 1,080 asiáticos. Cerca de 3,000 de éstos habíanse refujiado en consecuencia en el injenio de la Quebrada, de la casa inglesa de Swayne i C.ª, i convirtiendo los tubos de las cañerías en fusiles i en cañones, defendiéronse cerca de un mes como dentro de una fortaleza.

VI.

Desgraciadísimo era aquel lance, pero no tenía atinjencia sinó a los peruanos i a los extranjeros que se habían enriquecido antes con los productos de aquel valle próvido en vejetales, terrible en hombres.

Pero el jeneral Lynch, sometiéndose a órdenes positivas impartidas de lejos i encaminadas a poner en orden aquella triple rebelión, a fin de mejor conseguirlo dispuso que el cauto coronel Baeza se trasladara al desolado valle con una división compuesta de su batallón, con 476 plazas, dos cañones de montaña con 63 soldados i un escuadrón de caballería (120 jinetes) que mandaban tres valientes, el mayor Parra i los capitanes Gonzalo Lara i Belisario Amor.

VII.

Partió por mar del Callao en el trasporte *Amazonas* aquella división de 700 plazas el 16 de junio de 1881, esto es, cinco meses cabales después de la ocupación de Lima. El 17 desembarcó en Cerro Azul, puerto único del valle; el 18 el mayor Parra fusiló 13 montoneros, i el 19 el coronel Baeza, comandando dignamente sus fuerzas en persona, libró combate formal a todas las montoneras del valle reunidas i atrincheradas en las casas de Montalván, que por su situación i estructura forman uno de los suburbios del pueblo de Cañete, capital de la provincia.

Costó tres horas de porfiada brega para desalojar a los negros alzados de aquellos parapetos, al cabo de cuyo tiempo 57 de los más osados quedaron en las calles, en las trincheras i en las azoteas habiendo costado aquel triunfo 16 bajas al Victoria. La caballería, bajo Parra, cumplió noblemente su deber.

VIII.

Hízose el jeneral en jefe inmediatamente cargo del mérito de aquella acción que para el co-

mandante del Victoria era una reparación jenerosamente buscada, i escribióle desde Lima la siguiente carta que es interesante como elojio personal i como una de las recordaciones más características de la *guerra de ocupación*, la peor de las guerras, a que nos habíamos visto arrastrados:

Lima, junio 20 de 1881.

Señor comandante don Enrique Baeza,
Cañete.

Reciba, mi estimado comandante, mis más ardientes i sinceras felicitaciones por su afortunada e importante operación al tomar posesión del valle de Cañete.

No debe ceder en la enerjía que ha desplegado, sinó al contrario hacer fusilar a todos los que sorprenda con armas en la mano, porque así logrará tranquilizar completamente toda esa comarca.

He dado cuenta por telégrafo al gobierno de la ocupación llevada a cabo por usted con tanto éxito; i he creído de mi deber recomendar la conducta de usted: lo que repetiré al pasar un parte más circunstanciado, extendiendo mis recomendaciones al mayor Parra, a quien cumplimentará usted en mi nombre, i a toda su tropa.

Queda, pues, ahora todo ese valle confiado a la vijilancia i buenas medidas de usted i de Parra, a quienes recomiendo especialmente firmeza para reprimir los montoneros.

Por este mismo vapor escribo a Canto, dándole cuenta de lo que usted ha hecho; i como el coronel Canto será el jefe del territorio que comprende los valles de Pisco, Ica, Tambo de Mora, Cerro Azul, Cañete, etc., etc., en caso que él le imparta alguna orden o le haga indicación, será acatada por usted, pues mi idea es *unificar esa ocupación* tan pronto como sea posible, dejando a la caballería que recorra a más distancia de los puntos en que se estacione convenientemente la fuerza de infantería.

Reiterándole mis felicitaciones, le saluda su afectísimo amigo

P. Lynch.

Convendría que usted hiciera hacer un reconocimiento sobre el cajón de Lunahuaná, tomando toda clase de precauciones e informándose de la manera cómo debe hacer ese reconocimiento del señor Mac Gregor. Una vez en ese cajón, usted puede imponer un cupo de veinte mil pesos plata a sus vecinos i tomar animales para la mantención de su tropa. Dejo ésto a la prudencia de usted i de Parra.

No olvide la pieza que había cerrada en Montalván e imponga a ella un cupo de 8 o 10 mil libras esterlinas.

Si no pagan, usted puede apoderarse de ella i aprovechar para el Estado cuanto ella tiene.

P. Lynch (1).

---

(1) Otro alto jefe del ejército que conocía personalmente las cualidades morales del coronel Baeza, le dirijió también la siguiente justa i calorosa felicitación.

Santiago, junio 23 de 1881.

Señor don Enrique C. Baeza,
Lima.

Estimado comandante i amigo:

Con gusto he leído el parte del contra almirante Lynch; por el que da cuenta del resultado de la expedición a Cañete. La recomendación especial que hace de usted no la extraño, pues habiendo tenido ocasión de conocer sus cualidades como hombre i militar en la presente campaña, siempre creí que, presentándose ocasión, dejaría usted bien puesto el pabellón.

Nunca olvidaré la desgracia que tuvo usted de enfermarse antes de Chorrillos i Miraflores, enfermedad que por su gravedad pudo haberle sido funesta. La resistencia que usted me opuso para retirarse a medicinarse i dejar el mando de su cuerpo, dejó en mí una alta idea de su honorabilidad i entusiasmo militar.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme de usted su afectísimo amigo i S. S.

M. 2.° Maturana.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Don JOSÉ ANTONIO RIOSECO

(Teniente del R.to Concepcion)

Don JOSÉ MARIA CLARO

(Subteniente del R.to Concepcion)

Don JOSÉ ANTONIO CASTELLON

(Capitan del R.to Concepcion)

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON JOSÉ ANTONIO RÍOSECO

TENIENTE DE ARTILLERÍA

La primera víctima de las pestilencias del Perú, si nuestra memoria no nos falla, fué (febrero de 1882) en la ciudad de Trujillo el brillante capitán de artillería don Jenaro Freire. Pero no sería la última víctima de la ocupación en esa arma, porque en mayo del año subsiguiente falleció del mismo mal en Ica, el teniente don José Antonio Ríoseco, discípulo en la guerra de su paisano i deudo, el mayor Montoya, muerto también por el clima.

El teniente Ríoseco era nieto de un oficial del rei, i nació en los Anjeles por el año de 1860, por manera que, al sucumbir gloriosamente en una ingrata i pestilente guarnición, había vivido apenas 23 años.

I esta fué toda su vida sucintamente contada por el fraternal afecto que ha sobrevivido a su prematura tumba i vela sobre ella (1).

---

(1) En una de las pájinas anteriores de este libro hemos formado una memoria más o menos incompleta de cerca de 80 oficiales que sucumbieron durante los primeros dos años de la ocupación (1881—82), tanto en el ejército como en la guardia nacional movilizada. De los más notorios de entre éstos hemos dado por acaso leve noticia, saliendo un tanto de nuestro itinerario que abraza sólo las etapas de la guerra, es decir, sus batallas i los que en ellas sucumbieron con las armas en la mano.

Esperando que más adelante habrá de hacerse justicia a todos por alguien o por nosotros mismos, si alcanzamos semejante meritoria tarea, creemos por hoi haber hecho lo que las circunstancias permitan sobre sus crueles dolores i sus jenerosas memorias.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON HILARIO BOUQUET

TENIENTE CORONEL, SEGUNDO JEFE DE LOS CAZADORES DEL DESIERTO

I.

UNA de las más jenerosas tradiciones que recojerá la patria historia de los campos de batalla en que, ceñido su pecho de diamantina coraza, peleó la nación chilena durante cinco años por su buen derecho, es la nobilísima adhesión que súbditos de las demás naciones del orbe o de sus hijos, prestaron a su causa con la espada i el cañón.

Tributar toda su sangre al suelo en que el hombre viera la primera luz es, desde los días del poeta latino, un dulce deber; i ese deber lo han cumplido todos los chilenos. Pero cuando es ajena la vida que se ofrece en el ara de los sacrificios, tórnase ese deber en magnanimidad i su recuerdo en pechos jenerosos en imperecedera gratitud.

I fué esto tan digno de especial memoria durante la última i prolongada contienda de la república con sus dos antiguas rivales i más próximas vecinas por el mar, que no ha habido, puede decirse así, una sola de sus naves, uno solo de sus rejimientos o de sus escuadrones que al desplegar sus banderas en el océano o en la montaña, no haya divisado en talante de guerra i de defensa al pie del asta a alguno de aquellos esforzados voluntarios extranjeros, o hijos de extranjeros.

II.

Nadie habrá a la verdad olvidado que a bordo de la *Esmeralda*, entre muchos otros nombres de diversas razas, hubo en el día de Iquique, primero en la cuenta de nuestras hazañas navales, un Wilson que se señaló por su heroísmo. I bien, otro Wilson caía bajo el pendón del Atacama en la ladera de San Francisco, esta primer batalla campal entre las veinte batallas de la guerra.

La analojía era reveladora; i en efecto, británicos, españoles, numerosos hijos de la antigua i belicosa Galia, italianos, rusos, slavos, ejipcios, polacos, teutones, bajo sus diversas denominaciones jeográficas, malteses, austriacos, griegos, escandinavos, puede decirse que no faltó ningún voto ni ninguna espada en aquella delegación de todos los pueblos en medio de nuestro pueblo. Hubo entre aquéllos un jeneroso meztizo, Federico Harrington, que vino desde la tierra de los zulúes a combatir en nuestras filas, tan pronto como oyera en los desiertos de Africa (Cabo de Buena Esperanza) el apagado rumor de los clarines de la llamada de su patria a las armas, trasportados sus ecos por las brisas del océano.

III.

No habría aquí ciertamente espacio ni oportunidad para recordar los servicios de los auxiliares que Chile encontró en la mar, porque desde los tiempos de Cochrane i de Guise, de Wooster i de Wilkinson, de Foster i de Cobett, de Grenfell i de Spry, de Simpson i de Bynon, i de muchos de sus modernos capitanes de alto bordo (como los Lynch i los Williams, los Viel, i después, entre subalternos, los Señoret, los Chaigneau, los Nef, los Jardel, Beaugancy, hijo de un soldado de Cerro Grande, los Mc Pherson, los Castelton, los Hudson, los Reynolds, los Marazzi, los Bannen, los Condell, los Simpson hijos, los Rogers, los Pozzi i cien otros) llevan todavía por nacionalidad o trasmisión nombres extranjeros.

Sobre este particular será suficiente pasar revista al rol de nuestras tripulaciones i hacer oportuno recuerdo de que tan solo en una ocasión i dentro del glorioso casco de la *Esmeralda* pereció más de uno de los descendientes de los que con Temístocles salvaron la Grecia i el occidente de Europa en Salamina.

Los dos contramaestres de la nave inmortal, i que con ella se hundieron, Constantino Micabi i Eduardo Cornelius, eran griegos; así como era maltés el marino 1.° Esteban Despots, italiano el de igual clase Bartolomeo Bosso, i francés el capitán de altos Jorje Joujoud. Al lado del jeneroso primer maquinista don Juan Hyatt, halláronse también en aquel memórable día los marineros Andrés Brown i Carlos Moor, los tres ingleses i los tres sacrificados a la causa de la república, porque aquí no hacemos memoria sinó de los muertos.

¿Quién ha olvidado tampoco el nombre de aquel jeneroso ejipcio, el injeniero don Juan Mary, que a bordo del *Abtao*, no teniendo qué hacer en su departamento porque la máquina estaba inmóvil, subió a batirse a la cubierta del indefenso barco, i allí quedó hecho átomos por una bomba del *Huáscar* en el combate del 28 de agosto de 1879?

I no es dado tampoco a la justicia echar en esta parte en olvido a aquel marino voluntario que, como el benemérito capitán Stewart, se arrojó al agua en mar embravecida para salvar un despacho urjente; ni a aquel capitán Hart, que lleva en su pecho la merecida medalla de los salvadores, porque en todas partes rescataba de las embravecidas olas la vida de nuestros temerarios soldados.

IV.

Esa alianza marítima con los hijos de otras naciones, era, sin embargo, un hecho corriente i casi natural, porque el océano no tiene fronteras, de suerte que cabalgando en sus revueltas olas i en alas de sus borrascas, los hombres dejan de ser miembros de una nacionalidad determinada i estrecha para ser sólo unidades de la ancha humanidad que puebla el orbe que ya le viene estrecho.

El Perú, a su manera, tuvo por esto a bordo de sus naves de combate innumerables africanos, asiáticos i aun infelices i asalariados canacas de la Oceanía, porque el mar desde Jerjes no tiene amos. ¿Pero acaso, con una o dos excepciones, pasaron aquéllos de ser tristes mercenarios, recojidos por acaso de las playas?

V.

Pero lo que fué peculiarísimo i característico de nuestra manera de ser como pueblo con relación a otros pueblos, consistió en el hecho de que no tomó bandera un solo cuerpo de nuestro ejército de tierra que no contara en sus filas alguno de aquellos intrépidos auxiliares.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

X.

En el rol del Buin leemos el nombre del oficial Belisario Anthas i el de tres Bysivinger. En el 2.° de línea el de Enrique Ewer, muerto en Miraflores, i el del soldado Guillermo White; en el 3.° el de Francisco Mayer, "el héroe del Oroya," i el del subteniente Wolliter, cuyo apellido inglés recuerda a los sacrificados del *Escorpión* en 1809. En el 4.° a Jorje Boonen, gallardo oficial, hijo de honorable caballero i funcionario belga; en el de Zapadores a Federico Weber, muerto heroicamente en la entrada que su cuerpo hizo a Chorrillos; en el Chacabuco al ínclito Moltke; al oficial italiano Esteban 2.° Caverloti, herido en Miraflores; a Federico Sullivan hijo de Nueva York; en el Colchagua al capitán Krugg, que en la última batalla mandó en jefe su rejimiento, i al sarjento Honorio Marcout; en el Talca a Francisco Wormald; en el Aconcagua a Augusto Nordenflycht, a Federico Herbage, a Florindo Bysivinger, al sarjento Klempleth, al cabo Teodoro Colle, al soldado Pedro Bichet, mencionando sólo a los muertos: en el Caupolicán a Dardignac, "bravo entre los bravos;" en el Lautaro al capitán Santiago Bevan i al escocés Mc-Kann (llamado Mecan); en el Victoria a Elías Roselot i al capitán Pedro Fredericks, cuyo nombre suena con eco escadinavo; en el Valdivia a Horacio Nordenflycht; en los Cazadares del Desierto a su propio jefe, el comandante Hilario Bouquet, simple aventurero, pero soldado de intrépido denuedo; al sarjento alsaciano Kremer, que tomó el primero el reducto de Tacna en la extremidad derecha del campo de la Alianza, i hasta en el cuerpo de bagajes al francés Vigneaux i al alemán Heslketh, muerto en la campaña.

XI.

La lista es larga, i hai que agregar todavía a ella los nombres de Gustavo Leohardy, Ernesto Bischoffshausen, Alfonso Klickmann, oficiales del ejército de línea, fallecidos durante la campaña, sin haber tenido la fortuna de caer segados por la segur del plomo sinó por el hálito pestilente de las epidemias. Siguen en pos el sarjento Alfonso Siemsen, hijo de alemán, i Arturo Finch, hijo de inglés, oriundos ambos de Valparaíso; el subteniente Penjean, de padre corso, i el subteniente Tinsley, cuyo apellido suena a polaco. ¿I a cuántos, empero, habremos olvidado?

XII.

Sería en justicia acreedor a un estudio completo, ejecutado por nuestras oficinas militares, ya que Estado Mayor propiamente no tenemos, (si bien debiera existir en permanencia, exactamente como en la vida de los seres existe la cabeza sobre el cuerpo) el análisis de la cooperación voluntaria, libre, casi no remunerada ofrenda de sangre i de valor que los hijos de los diversos lotes en que se halla hoi repartido el universo, trajeron al continjente de nuestras armas señaladas por tantas victorias; pero como semejante tarea, tan honrosa como delicada, requeriría de seguro un mediano libro, habremos de contentarnos con hacer aquí lijera mención de aquellos que todavía no han sido recordados comenzando por un jefe francés que sirvió al país con más entusiasmo que fortuna.

XIII.

Fué aquél el comandante Bouquet, el extranjero de más alta graduación en nuestro ejército de tierra, pero que no por ésto fué su más alta figura. Soldado, simpático, lijero, de bellísimo talante físico, frájil en el moral, tipo de esos aventureros que llevan erguida la cabeza a fin de pasearla más ufanamente por los vientos que

la llenan, sabíase de él únicamente que era hijo de un oficial jeneral del ejército francés i que uno de sus hermanos tuvo un asiento de diputado hasta hace poco en la asamblea de Francia. Mozo aturdido i calavera, pero brillante, había venido a las tierras magallánicas en pos de las fantásticas promesas de Pertuiset, el supuesto explorador de la Tierra del Fuego, i después de atravesar aventuras más procelosas que aquellos mares, quedóse en Santiago, esperando los días de calma que en la alborada i aun en la madurez de la vida sobrevienen después de las tormentas.

XIV.

En esta situación ocurriósele, talvez por espíritu de heredad i por analojía de talla, que había sido en Francia comandante de un rejimiento de dragones movilizados en la guerra franco-prusiana; i con esta iniciativa, después de varias vicisitudes, el gobierno le confió el mando en segundo del batallón Cazadores del Desierto, que llegó jadeante a Tacna a terciar bizarramente en la batalla al mando de su primer jefe, el bizarro Jorje Wood, todavía un mestizo de inglés i de chilena,—del coronel don Carlos Wood, más inglés que Liverpool, i de la señora Arellano, hija de San Fernando.

Apresurémonos a decir que en aquella batalla el comandante Bouquet revalidó sus títulos militares, batiéndose como un verdadero francés i quedando atravesado por una bala en el campo de batalla.

XV.

Recobrado de prisa en Santiago, marchó el comandante Bouquet a las campañanas de Lima en el estado mayor i constantemente hizo el servicio de descubierta, para lo cual su viveza, su ductilidad i su valor le hacían apto. Después de Miraflores dirijióse a la sierra en la expedición Letelier, i a su regreso, desacreditado, enfermo, procesado i lleno de desdichas vino a morir en un hospital en Valparaíso. Trasladado como de limosna a Santiago, gracias a los esfuerzos misericordiosos de su amigo i protector don Adolfo Ibáñez, tributáronsele los honores de ordenanza al borde de su fosa, i allí su memoria aguarda todavía el lento fallo de un proceso que, por desgracia, se ha hecho más que una causa militar, una polémica de autoridades.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Sus compañeros de armas encontráronlo, en efecto, espirante a pocos pasos de su jefe, junto al *talús* de los rieles, que habían sido convertidos por las ametralladoras peruanas en un verdadero cauce de plomo candente.

Fué aquélla la verdadera vía de la muerte, i por ésto el paso i repaso que de aquel sendero fatal hizo en varias ocasiones, i siempre incólume, el denodado comandante Demófilo Fuenzalida para mejor empuñar los dos batallones de su rejimiento (el Santiago), hízose su hazaña comparable i comparada por algunos al "salto de Alvarado" en la *noche triste* de Méjico. Como el *Tionahuh* de Anahuac, el valiente jefe había quedado ileso....

IV.

Trasportado el ayudante Baignol a Lima en hombros de su tropa, fué instalado en el hospital de Guadalupe, i allí falleció antes de cumplir su mayor edad, en la medianía de febrero de 1881.

"De carácter afable,—dice de aquel malogrado mozo alguien que de cerca le conociera en el aula i en el hogar, en el libro i en las armas,—aunque un poco retraído, el joven Baignol tenía convicciones firmes i marchaba siempre resuelto al cumplimiento de su deber, i cuando creyó llegado el momento prefirió empuñar la espada a manejar el bisturí. Su mayor penuria en la campaña fué cuando, en la vida de guarnición, veía que otros podían encontrarse cerca del enemigo cuando él estaba aún en la reserva.

"El joven Baignol tenía por ideal la conclusión de sus estudios profesionales i, después de algunos años de ejercicio en la escuelas médicas de Europa, regresar a Santiago como especialista de las enfermedades pulmonares.

"Era un poeta filósofo, a la vez que un buen polemista. En sus escritos era elegante i tenía gran facilidad para expresar sus pensamientos. Tratándolo mui de cerca i durante algunos años, pude formarme juicio de que el estudiante Baignol no estaba lejos de llegar a ser un hombre distinguido, no tan sólo en el ejercicio de su profesión sinó quizás aun para la sociedad" (1).

Los restos del malogrado ayudante del coronel Marchant fueron trasladados a Santiago, i hoi honrosamente descansan en la sepultura de sus honorables deudos de afinidad, los señores Castro.

(1) Carta al autor del hermano político de A. Baignol, don J. Clemente Castro; Santiago, setiembre 4 de 1884.

DON JUAN JULLIÁN

SUBTENIENTE DEL REJIMIENTO VALPARAÍSO

I.

AQUÍ nó una vida sinó una esperanza de vida. Imajínese el lector que habrá de leer estas breves memorias en remota posteridad, imajínese una criatura de quince años, fresca, rosada, rubia la copiosa cabellera, alba la tez como la mañana antes del sol, los tersos labios semejantes a los de cándida virjen i retozando todavía en las maternas faldas, (esos segundos i más dulces pañales de la vida) que comienza a sentir conciencia i afecciones. Ese niño, hermoso como un ensueño de la primera maternidad, había nacido en Valparaíso el 30 de enero de 1864, i ¡dato terrible! al espirar en esa misma ciudad *en ese mismo* día de 1881, envuelto en el regazo de la madre, mojado de lágrimas, habrían sus guardianes creído divisar sus labios húmedos todavía del manantial de sus senos: ¡tan corto había sido el límite del tiempo que separó su tumba de su cuna!

Juan Jullián, que así se llamaba aquel querido niño, cumplió 17 años el mismo día en que el destino lo separó de amantísimos padres que todavía le lloran.

II.

Fué el autor de sus acelerados días uno de esos titanes del trabajo, para quienes la vida ha sido sólo la incesante brega de la intelijencia con la suerte, don Carlos Jullián, antiguo i rico armador de Valparaíso, decano honorable hoi día del comercio francés en estas costas.

Su madre fué la señora Lucrecia Chessi, una de las mujeres más encantadoras de su época i en cuyo rostro los surcos del dolor no han borrado todavía los matices de la primera flor de la hermosura.

III.

Cuando estalló la guerra, Juan, predilecto de la madre en el hogar i en la tumba, tenía apenas 15 años, i a escondidas de quien así le amaba marchóse en aquella edad en que la conciencia es todavía un destello, pero el corazón un poder, a sentar plaza de soldado en el rejimiento Valparaíso cuando se alistaba en San Felipe para marchar a Lima. Mas por lo galano de su rostro infantil i para no darle el contínuo afán del fusil, hiciéronlo sarjento segundo. En esta condición vino con su cuerpo a la revista que en setiembre de 1880 pasó la capital a los más gallardos seis mil soldados de su novel ejército; i es fama que al verlo en las filas un cruel profeta exclamó en la acera: "A ese niñito lo van a matar con municiones..."

IV.

Era el sarjento Jullián tan extremadamente tierno por la expresión de sus sentimientos más que por la de sus años, que al embarcarse en Arica para Lima en la fragata *Norfolk*, no acertaba a decir a su amorosa madre, en la única carta que le escribiera (diciembre 11 de 1880), sinó estos conceptos de tímida i afectuosa fe: "Si Dios i María Santísima lo quieren, amada mamá, la volveré a ver mui luego. Pero si su voluntad me fuere contraria, confórmese con la muerte a que me ha destinado Dios." I más adelante, repasando en su infantil memoria sus juegos, sus hermanos, sus sobrenombres, decíala todavía: "Adios, mamá adorada; no se olvide de su hijo que se acordará de usted en el campo de batalla. Ruegue siempre por mí, i pídale a la Santísima Virjen por mí i despídame de toda la familia."

Venían en pos los cariñosos apodos de la infancia, i todavía, después de designar a cada uno de sus pequeños hermanos con las denominaciones poéticas del hogar que se columbra por la última vez, ponía el adolescente a su epístola de adioses esta varonil posdata que revela al héroe i que se cumplió como si hubiera sido un siniestro mandato: "Si soi herido, haré que me lleven a Chile *para morir en mi casa*."

El niño volvíase así hombre i el hombre trocábase en adalid guerrero en presencia de la batalla cuyos laureles cubrirían más tarde su liviano i virjinal ataúd.

V.

Todo verificóse en seguida como él lo había previsto i casi profetizado.

Ascendido a alférez en la víspera de la batalla, porque en todas partes era preciso ir esperando la edad a aquella criatura escapada del seno de su madre, una bala atroz bandeóle la pierna derecha en el campo de Chorrillos al comenzar los fuegos. Llevado en brazos de un soldado a la ambulancia i de allí al fatal trasporte *Itata* i a Chile, como lo tenía pedido, llegó casi moribundo, ¡ai! como tantos otros mártires de aquel horrible bajel, a la puerta de su hogar; ¡i he aquí la manera dolorosísima como ocurrió aquel lance, según su propio padre, que ha necesitado apartar las lágrimas de sus párpados para describirnos en el seno de la antigua amistad aquel lúgubre cuadro:

"Hallábase su madre,—nos escribía nuestro amigo desde su retiro en el valle de la Ligua (establecimiento de Cabildo),—hallábase Lucrecia en la ventana de nuestra casa en la calle de la Victoria el triste día en que llegó a Valparaíso el *Itata* (el 27 de enero) viendo pasar los heridos, i preguntó a un joven que venía con ellos, i que creo era Cardemil, si Juan, nuestro hijo, venía en aquel trasporte, i le contesta: "Sí: viene como yo." (Venía herido i flaco como un cadáver).

"Entonces divisa otra camilla i se encuentra con Carlos Escobar, quien les dice que Juan no venía en el *Itata* i que se había portado mui valiente en el combate de Chorrillos. Vuélvese Lucrecia a casa; siempre con la vista fija en las camillas que pasaban, ve una llevada por cuatro bomberos de la 3.ª compañía a cuyo lado estaba mi hijo Luis acompañando a su hermano, i tanta fué la emoción del pobre Juan que al ver a su madre se escondió la cara con su kepi"...

¡Qué cuadro i qué enseñanza para los que inventan las guerras, para los que las adoran, para los que por egoísmo las usufructúan!

"Cuando supe,—añade el infeliz padre,—que había vuelto herido mi Juan fui a Valparaíso, ¡i contar lo que ha sufrido este mártir i lo que hemos sufrido nosotros no me es posible, i al escribir esta carta, semejante recuerdo me hace verter lágrimas..."

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

LOS CUATRO SUBTENIENTES

DEL REJIMIENTO 2.° DE LÍNEA

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Era el capitán Garfias Fierro un oficial valentísimo, de trato afable i lijero, querido de sus compañeros i en todo un buen oficial, tipo alegre del soldado chileno.

Herido de muerte en el estómago en el fondo de horrible quebrada, ataúd improvisado i estrecho de mil cadáveres, sentóse al pie de un verde molle, i allí aguardó tranquilamente la muerte que le dieron los inhumanos soldados que en la primera hora de la jornada se juzgaron victoriosos.

DON MANUEL A. BAEZA

CAPITÁN

Completó el número de los siete capitanes muertos del 2.° de línea, que fué el mismo de las pléyades, un valiente mozo que había sido soldado desde 1869, es decir, desde la edad de 19 años, porque cuando le mataron en las sierras del Perú hallábase en todo el vigor de su juventud (1).

El capitán del 2.° de línea don Manuel Antonio Baeza era natural de Talca i había comenzado su carrera desde el fusil i la varilla, sentando plaza de soldado distinguido en el Buin en marzo de 1869.

Cinco años de consagración i de conducta costóle su primer galón (1874), después de haber servido tres años de cabo i dos de sarjento.

Con esta ruda pero eficaz preparación marchó a la guerra; i ésta, llevándole en sus alas de fuego más aprisa que la tarda academia del cuartel, púsole en sus hombros las charreteras de capitán después de Tacna, cuando iba ya camino de Lima, es decir, en octubre de 1880.

(1) Los siete capitanes muertos del 2.° fueron éstos: en Tarapacá, Silva, Garretón i Garfias Fierro. En Tacna, Francisco Olivos. En Chorrillos, Inostroza i Reyes Campos. En Pucará, Baeza.

Con esa graduación pasó al 2.° de línea, i salió incólume de las tres batallas de enero de 1881 para ir a morir en una seria escaramuza de la sierra, haciendo ostenta allí, como en todas partes, de brillantísimo i fogoso valor.

Marchaba el capitán Baeza al lado del coronel Canto, su jefe, i él mismo empuñaba la corneta de su compañía tocando avance, cuando una bala le atravesó las sienes i le dejó muerto en el sitio.

El último capitán del 2.°, como sus seis predecesores, murió digno de ellos i en la flor de la vida, como ellos. Había cumplido apenas 34 años; pero el dolor de su bizarro jefe, que antes de embalsamar su cadáver con esencias, hiciéralo a la vista del ejército con sus lágrimas, i el respeto con que fueron conducidos a Lima sus despojos, fué una prueba más de que en aquel bizarro mozo no había sólo un bravo, sinó un hombre de corazón i un adalidad de guerra.

LOS NUEVE SUBTENIENTES DEL 2.° DE LÍNEA

No es menos honrosa la lista de los subalternos del "rejimiento-mártir" que perecieron en torno a su bandera.

I entre éstos cedemos de derecho el primer puesto al que en el campo de batalla sostúvola hasta rendir la vida.

DON TELÉSFORO BARAHONA

SUBTENIENTE ABANDERADO

Hijo de un antiguo comisario de la policía urbana de Santiago i hermano del brillante jefe de su apellido en la caballería, el abanderado Barahona sucumbió en Tarapacá a la edad de 23 años, i había entrado a ese cuerpo llevado sólo

de patriótico entusiasmo al comenzar la guerra, en clase de sarjento.

DON TELÉSFORO GAJARDO

SUBTENIENTE

Fué el nombre de otro subteniente del 2.°, antiguo cadete (desde 1874) i que en juveniles días supo cumplir su deber, como Telésforo Barahona, pereciendo con él en el fondo de la grieta maldita que se tragó en un día tantas nobles vidas. Gajardo había nacido en Santiago en 1860 i era hijo de un honrado comerciante de su mismo nombre que vive todavía avecindado en Rengo. Fué su madre la señora Carmen Silva, i tuvo en la marina un hermano llamado Froilán, uno de los milagrosos escapados del naufrajio de la *Covadonga* en Chancay.

DON BELISARIO LÓPEZ-NÚÑEZ

SUBTENIENTE

Otro de los subtenientes del 2.° muertos en Tarapacá, pertenecía a la noble clase de aquellos adolescentes que doblaron sus libros de preceptores de la niñez en la escuela, para ir a enseñarle en campo diferente la cartilla de la gloria. Como Villar-Eyzaguirre, que ascendió a capitán en el Concepción; como Ramón Terán, que murió de sarjento mayor; como Víctor Luco i Elgueda, dos bravos del Chacabuco; como Custodio Corales del Talca, i como once niños que salieron del *Asilo de San José* de Santiago, para empuñar el fusil, que apenas podían cargar en sus hombros, el subteniente López marchó a la guerra después de haber pasado honrosamente por el preceptorado en las escuelas *Blas Cuevas* i *Domingo Sarmiento* de Valparaíso. Él había sido alumno de la escuela *Andrés Bello* en Santiago, su ciudad natal, i en el primer aniversario de su muerte, que fué heroica, sus compañeros de aula colocaron su retrato en la sala de honor de los estudios donde continuará siendo un ejemplo a muchas tiernas jeneraciones. El subteniente López Núñez era un niño regordete, de diminuta estatura, («el mampatito») de cara plácida i humilde pero de pecho levantado i alma jenerosa. Poco antes de estallar la guerra había sido preceptor de la escuela del Mostazal, en el departamento de Rancagua.

DON JOSÉ TOBÍAS MORALES

SUBTENIENTE

Sucumbió también en Tarapacá un joven de 25 años, hijo de un honrado labrador de Talsa, preceptor también de escuela, si nuestra memoria no falla, como los ya nombrados. Llamábase José Tobías Morales, i había sido cadete i soldado del Buin.

DON FRANCISCO 2.° MORENO

SUBTENIENTE

Peleó igualmente en Tarapacá, al lado de su bravo capitán i hoi teniente coronel don Abel Garretón, un mozo de Valparaíso llamado Francisco 2.° Moreno, mui querido ente la juventud de aquel pueblo, i que saltó por encima del mostrador de caoba del Banco Valparaíso, donde se hallaba ventajosamente empleado, para ir a combatir. Los que como el capitán Garretón le vieron caer i morir declararon que había en aquel muchacho todo lo que el soldado necesita para convertirse en héroe.

DON RODOLFO DIÓJENES RAMÍREZ I DON JOSÉ ESTEBAN RODRÍGUEZ

SUBTENIENTES

Tuvo todavía el 2.° de línea un subteniente muerto en Tacna, Rodolfo Diójenes Ramírez, sobrino del glorioso jefe que había rendido la vida en Tarapacá, i otro en Chorrillos, el subteniente José Estéban Rodríguez, natural de Valparaíso i hombre ya maduro de 38 años. Había entrado este último al 2.° de línea de sarjento el 22 de julio de 1880 i murió a causa de sus heridas en el hospital de San Juan el 21 de enero de 1881.

DON ARTEMÓN 2.° CIFUENTES

SUBTENIENTE

Junto al último cayó también en los desfiladeros del morro Solar un animoso niño, hijo de San Felipe, donde había nacido el 20 de abril de 1855. Llamábase Artemón 2.° Cifuentes, sobrino del distinguido hombre político don Abdón Cifuentes, e hijo del administrador de correos de San Felipe, de su mismo nombre.

Cuando estalló la guerra Artemón 2.° Cifuentes era bachiller en humanidades, i todo parecía sonreírle en holgada carrera, cuando el entusiasmo abrasó su pecho i se alistó en el ejército de línea para ir a morir como un valiente. Sobrevivió, en efecto, a su herida sólo las breves horas que necesitó para acentuar su patriotismo, declarando que moría feliz porque moría por su patria.

DON RICARDO BASCUÑÁN VALDOVINOS

SUBTENIENTE

La lista de nobles i juveniles defunciones del 2.° de línea es larga, porque aun cuando llevamos en cuenta no menos de ocho subtenientes entre sus jenerosos muertos quedan todavía por hacer memoria del más juvenil de todos, de Ricardo Bascuñán Valdovinos, nieto político del jeneral don José Santiago Aldunate, i educado hasta su disolución ocurrida el 2 de noviembre de 1876 en el establecimiento militar que aquél con tanto honor rijiera.

Ricardo Bascuñán Valdovinos, hijo de don Felipe Bascuñán i de doña Enriqueta Valdovinos, señora de Rancagua, había nacido en Mendoza en 1859; i cuando falleció en la guerra a la edad de 20 años, a consecuencia de las heridas que recibió en Tarapacá, era el sostén de su madre viuda i de no menos de once hermanos desvalidos.

Albergaba aquel niño en su alma nobilísimos sentimientos, i a su ternura filial hacía jenerosa compañía un puro, desinteresado, entusiasta amor a la patria, De ello, de esa alianza del hogar i la bandera, dejó él mismo una muestra conmovedora, escribiendo en la víspera de su muerte desde el hospital de la Serena, donde lentamente agonizaba, la siguiente carta, digna de figurar por su espíritu entre los más gloriosos documentos de la pasada guerra:

Señor don Manuel Valdovinos.

Hospital de la Serena, diciembre 23 de 1879.

Apreciado tío:

"Aunque hace algún tiempo que no le escribo por varias causas que no es éste el momento de explicar, lo hago ahora, i con el mayor sacrificio, por el estado de gravedad en que me hallo, por las heridas que recibí en la última batalla de Tarapacá.

"La buena estrella me había favorecido hasta aquí, en la toma de Calama, en el asalto de Pi-

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Don DOMINGO LAIZ
Don MANUEL O. PRIETO
Don BLAS ARMAZA
Don CASIMIRO YBAÑEZ
Don MIGUEL AGUIRRE
Don CARLOS ELIBERTO BON
Don VICTOR ALMARZA
REGIMIENTO
4.º
DE LINEA

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Entre los muertos del rejimiento 3.° de línea en la batalla de Miraflores; en cuyo hecho de armas el plomo mostróse comparativamente clemente con aquel valeroso rejimiento, aparece también un joven oficial, cuya breve carrera de soldado está compendiada en los términos siguientes, extractados de su hoja de servicios:—

«Don *José Nicolás Opazo*, subteniente del rejimiento 3.° de línea; de 21 años de edad; natural de Talca. Fué aspirante a subteniente agregado a este cuerpo el 1.° de junio de 1879, i subteniente del mismo el 24 de diciembre de aquel año.

«Se encontró en el bombardeo de Antofagasta el 28 de agosto de 1879; en el mes de noviembre del mismo año en el desembarco de Pisagua; el 2 i el 19 en la batalla de San Francisco. En 1880 se halló en la batalla de Tacna el 26 de mayo; en el asalto de Arica el 7 de junio, i en la sorpresa del «Manzano» el 27 de diciembre, en la cual fueron hechos prisioneros la mayor parte de los oficiales i tropa del escuadrón peruano *Rímac*. En 1881 en el reconocimiento i hecho de armas de «Ate» el 9 de enero; en la batalla de Chorrillos el 13 del mismo mes i el 15 en la batalla de Miraflores en la cual fué muerto.»

EL 4.° DE LÍNEA

EN LAS BATALLAS DE TACNA, ARICA I LIMA

ABRÁ sin duda parado mientes el lector de estos recuerdos, en un hecho curioso de estadística militar que aparece visible en los fastos de nuestra última guerra; a saber, la comparativa inmunidad de los tenientes que pelean en las filas, pues rara vez hemos necesitado inscribir sus nombres en las nóminas de la muerte. Perecieron, en efecto, en número crecido los capitanes, fué mucha mayor la cifra de los subtenientes muertos i heridos; pero habría parecido que las balas daban un salto de misericordia en el grado intermedio, ¡tanta ha sido la buenaventura de los que en esa graduación han combatido!

Observóse este mismo fenómeno en el rejimiento 4.° de línea, donde para un glorioso capitán (Casimiro Ibáñez) hubo en Chorrillos no menos de doce subtenientes muertos.

DON DOMINGO REYTES

CAPITÁN

El capitán Reytes, cuya memoria hoi evocamos, era oficial del 4.° de línea, pero en Chorrillos peleó en el Colchagua, i así en filas ajenas sucumbió peleando.

Era el capitán Reytes natural de los Ánjeles i había vivido 33 años cuando gloriosamente perdió juvenil i honrosa vida.

Soldado del 4.°, como Lagos i San Martín, crióse en su cuartel como niño de tropa durante 18 años, porque en 1863 era soldado en sus filas, diez años más tarde subteniente i por último capitán el día de la marcha al Perú en 1879.

Herido en San Francisco en un muslo, hubo de regresar a Santiago, donde los cuidados de su esposa, la señora Aurora Humeres, le restablecieron de prisa para devolverle a sus deberes de soldado.

Hallábase en consecuencia en Iquique el capitán Reytes en calidad de instructor (porque era ríjido disciplinario) del batallón cívico de ese puerto, cuando pasó a la vista del puerto el ejército que iba a Lima; i con este motivo, siendo capitán de un cuerpo de línea, pidió jenerosamente igual puesto en el movilizado Colchagua, sin más objeto que el de batirse por la suerte i el renombre de su patria. "No es esta ciudad para soldados,"—escribía desde Iquique a un amigo suyo con fecha 30 de julio de 1880.—I a la verdad que la vida de guarnición en un puerto de fardos i de fósiles no estaba hecha para las almas entusiastas i juveniles.

El capitán Reytes del 4.° de línea i del Colchagua habría podido talvez, con método i astucia, adquirir gruesa fortuna en las pampas del salitre, pero prefirió morir como voluntario en los arenales de Lima, legando así a su nombre algo que, a diferencia del oro, sigue al hombre i al soldado más allá de su sepulcro: la ínclita fama.

Corresponde ahora a nuestra misión tocar la lista de llamada a los doce subtenientes del 4.° de línea de Arica, Chorrillos i Miraflores, para ir apuntando si más no sea su lacónica filiación encomendada a la buena memoria de la posteridad.

DON MIGUEL AGUIRRE PERRY

Fué este interesante joven, adelantado estudiante de medicina de la universidad de Santiago, hijo de la Serena, descendiente por línea de varón a varón de don Francisco de Aguirre, fundador de aquella ciudad i nieto de doña Micaela Campos i Canto, dueña i fundadora del pueblo de Ovalle, antes que la nación hiciéralo suyo, dándole nombre, hace ya más de medio siglo, en honor del presidente don José Tomás de Ovalle. Sus padres fueron don Pedro Aguirre i doña Antonia Perry i Campos.

Nacido en la Serena el 11 de setiembre de 1853; educado en su seminario i después en la universidad de Santiago desde 1876, el jóven Aguirre Perry hacía sus ultimos cursos de medicina, cuando un impulso irresistible le arrastró a la guerra como a tantos otros de sus jenerosos condiscípulos.

Tenía a la sazón el joven Aguirre 26 años i desde la primera prueba de las armas mostró que había nacido más para éstas que para las recetas i su farmacopea, siendo, sin sospecharlo talvez él mismo, un bravo de primera línea.

Batióse, en efecto, el subteniente Aguirre en Pisagua protejiendo con su compañía el desembarco de los asaltantes, i en esta posición tuvo trece bajas. Herido después lijeramente en San Francisco tornó a combatir en el Campo de la Alianza i dos semanas más tarde en Arica, donde en la noche de la víspera rifó alegremente su vida en un cigarro. I así al día siguiente alegremente también perdióla en la boca de los cañones del Morro.

Nombrado ayudante del valeroso San Martín para aquella jornada que no admitía poltrones, cayó junto con él, i a su lado le enterraron en el cementerio protestante de Arica.

Allí fué a buscarlo dos meses más tarde su buen padre, i en sus brazos devolviólo en medio de tiernas ovaciones populares a su cuna, que fué la Serena, i a su tumba cavada en el cementerio de Ovalle, residencia de los suyos.

BLAS I VICTOR ALMARZA

I.

Fueron los dos hermanos Blas i Víctor Almarza dos tiernos mancebos que nacieron a orillas del Ñuble para ir a morir en las del Rimac, combatiendo por el honor de su suelo; i de ellos, en el corto intervalo de sus días, entre el regazo cariñoso de su madre i la bala aleve que les mató en campo de carnicería, no han quedado sinó estas tres cosas, más durables que la frájil existencia: sus nombres, su juventud i su ascendencia.

II.

Eran, en efecto, los dos hermanos Almarza

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

hecho arrodillarse delante de aquel altar del denuedo infortunado, pero que conforta i enseña a los que en pos desfilan.

Algunos han dicho, sin embargo, i casi como un reproche, que el coronel Amunátegui llevó a aquellos dos niños a la muerte.

¡Error!

¡Donde los llevó fué a la inmortalidad!

DON MANUEL OSVALDO PRIETO

El cuarto subteniente del 4.° de línea que desfila hoi a nuestro frente en el orden de batalla fué, como los Almarza, un hermoso niño de corta edad, natural de Melipilla, hijo de honrado industrial, i que se formaba a sí mismo con esfuerzo de hombre, cuando a los 19 años de su edad, la segur de las batallas segó en flor su existencia. Llamábase Manuel Osvaldo Prieto i había comenzado su educación en su escaso pueblo. «En la superior sección de silabario de la escuela de esta ciudad,—decía uno de sus condiscípulos en un periódico de aquella localidad, al tener noticia de su muerte ocurrida en Santiago el 2 de febrero de 1881,—contábase entre sus alumnos al todavía inocente niño Prieto. Su fisonomía interesante, su carácter afable i bondadoso, su aplicación al estudio i cierto tinte de formalidad en los actos de íntima relación con sus camaradas, demostraban que aquel niño poseía ya el temple de hombre de juicio i que estaba llamado a no permanecer envuelto en la vulgaridad común de los seres.

«En efecto, en el trascurso de poco tiempo se dió a conocer como uno de los mejores alumnos de la clase. Pasó en seguida a estudiar humanidades al colejio de Araya i al Instituto Nacional, i a la edad de 15 años ya era bachiller.

«Después de cursar el primer año de medicina, abandonó esta ciencia para dedicarse al estudio de las leyes.»

Nombrado aspirante del 4.° de línea al comenzar la guerra i ascendido a subteniente en la campaña de Tacna, este digno joven alcanzó siquiera la fortuna de morir bajo el techo de sus padres, después de haber cumplido honrosamente su deber en todas las batallas en que su cuerpo ilustró su nombre con hazañas de imperecedero lustre.

El subteniente Prieto fué como soldado, lo que había sido como estudiante, un tipo de pundonor en el deber.

DON MIGUEL BRAVO

He aquí el nombre de otro de aquellos bravos *cuartinos* que como los *terceranos* del 3.° han creado por su arrojo temerario, verdaderas leyendas entre las tropas de Chile.

Hijo de Talca, donde su abuelo don Manuel Bravo había sido subdelegado en tiempo de la independencia, i su padre don Agustín Bravo, jefe del estanco, mostró el joven Miguel Bravo, que era de suyo enérjico, afición innata a la carrera de las armas; de suerte que apenas brillaron las bayonetas en las plazas, alistóse de sarjento en el batallón Esmeralda, que el coronel Amengual disciplinaba en Santiago.

Antes, el sarjento Bravo que, a la sazón tenía apenas 21 años, había ayudado a su padre en la administración del Casino del Portal, de que fuera propietario, u ocupádose de otros pequeños negocios de comercio al alcance más de su actividad que de su caudal.

Ascendido a subteniente, peleó con donodada bravura en la batalla del Campo de la Alianza; pero agraviado por una injusticia de ascenso, pidió su pase al 4.° de línea, i bajo su bandera

volvió a pelear con señalado denuedo en Chorrillos, donde aquel rejimiento de vanguardia perdió 14 oficiales i 310 soldados.

Derribado en una loma, ordenó a su asistente, (como el capitán Ibáñez que en su vecindad era inmolado) continuase peleando, i forzando a dos chinos a acercárseles haciéndoles la puntería les obligó a poner dos rifles en cruz, i cojiendo otro en la mano, a manera de brida o látigo de intimidación, les ordenó lo llevaran a la ambulancia, haciéndoles alternativamente el punto para obligarlos a marchar por entre un aguacero de balas.

Devuelto a su patria i mostrando hasta su último suspiro indomables bríos, el subteniente Bravo falleció en Santiago, como verdadero bravo, el 24 de febrero de 1881, dedicándole sus amigos tiernos recuerdos en la prensa (1).

DON CARLOS FILIBERTO BON

Cuando en lo más serio del asalto del Morro Solar en la madrugada del 13 de enero de 1881, la bandera del 4.° rejimiento de línea (que marchaba a la vanguardia) iba amortajando uno en pos de otro los cadáveres de sus valientes conductores, llamó su bizarro comandante don Luis Solo Saldívar a un joven subteniente que a su lado estaba i le ordenó levantase del polvo el sagrado trapo.

Hízolo sin vacilar el mancebo, i apenas había dado unos cuantos pasos, un tiro de metralla arrollólo en el suelo como a sus predecesores.

Llamábase aquel valeroso pero infortunado oficial Carlos Filiberto Bon, probablemente hijo de extranjero i natural de Valparaíso, a cuyos hospitales de sangre vino a morir antes de cumplir 19 años, i esto es todo lo que se ha logrado descubrir de su corta existencia. Hai en la guerra juventudes que se asemejan a la luz de la pólvora: un lampo.... i nada más.

Carlos Bon había entrado al 4.° en calidad de cabo el 11 de julio de 1879.

DON PEDRO WENCESLAO GANA

Haciendo la cuenta de los subtenientes del 4.° de línea, cuya carrera rápida i corta como el disparo del rifle hemos recordado, su número llega a seis, i todavía para completar el lúgubre escalafón habremos de apuntar igual cifra en la forma de acelerado estracto que para tales casos es fuerza elejir.

La historia de las víctimas humanas es casi siempre una simple nómina, como la cuenta de las romanas de plataforma de los mataderos es su peso.

Fué el primero en el orden de aquéllos por su edad, contada en el sentido inverso de los años, don Pedro Wenceslao Gana, niño natural de Santiago, subteniente del 4.° de línea desde el 30 de julio de 1880 i muerto antes de cumplir 18 años. Permaneció en campaña contra el Perú i Bolivia desde el 11 de setiembre de 1880 i después se encontró en la batalla de Chorrillos el 13 de enero de 1881 i en ella fué muerto.

DON ÁNJEL CUSTODIO CORALES

Fué el subteniente don Ánjel Custodio Corales de 23 años de edad, natural de Talca. Entró al 4.° como sarjento 1.° el 11 de abril de 1879, i en enero del 80 fué oficial.

En las campañas del norte se encontró en las

(1) Don Federico 2.° Chacón en el diario *Los Tiempos* del 27 de febrero de 1881.

siguientes acciones de guerra: en los bombardeos que el monitor *Huáscar* hizo a Antofagasta el 26 de mayo i el 28 de agosto de 1879; i en el mes de noviembre de ese año en el desembarco de Pisagua; el 2 i el 19 en la batalla de San Francisco; en la batalla de Tacna el 26 de mayo de 1880 i en el asalto i toma de Arica el 7 de junio de ese año. Después de expedicionar de Pisco a Ica, se encontró en la batalla de Chorrillos el 13 de enero de 1881 en la cual fué muerto instantáneamente de un balazo en el pecho: sirvió 1 año 9 meses, 2 días.

DON JOSÉ ANTONIO ROHA

Fué el tercero en la compajinación de esta segunda lista de defunciones heroicas el joven don José Antonio Roha, de 24 años de edad, natural de Valparaíso. Entró a este cuerpo de sarjento 2.° el 11 de julio de 1879; fué oficial el 30 de julio de 1880; i alcanzó a servir en él 1 año, 6 meses 27 días.

Encontróse en todos los hechos de armas de la guerra hasta que fué herido mortalmente en la batalla de Chorrillos. I en consecuencia de esta herida, que al principio se juzgó leve por no haber comprometido sinó su pierna derecha, murió en Iquique el 8 de febrero de 1881.

DON CELEDONIO MORENO

Sirvió este oficial en el 4.° de línea más de 9 años, i era natural de San Rafael en la provincia de Concepción. Cuando falleció de una herida de bala recibida en Chorrillos, contaba apenas 28 años.

El 8 de setiembre de 1871 entró de soldado al batallón de Artillería de Marina, del cual fué licenciado como sarjento 2.° el 13 de setiembre de 1878. El 12 de diciembre del mismo año entró de soldado al batallón 4.° de línea i en 1.° de abril del 80 fué oficial.

En el año 1879 se encontró en las siguientes acciones de guerra: el 28 de agosto en el bombardeo de Antofagasta; el 2 de noviembre en el desembarco de Pisagua; i el 19 del mismo en la batalla de Dolores, marchando hasta Dibujo el 27 del referido mes en protección de las fuerzas que se batían en Tarapacá. En 1880 encontróse en la batalla de Tacna el 26 de mayo; i después de perseguir al enemigo hasta Pachía, a las órdenes del señor coronel don Pedro Lagos, se encontró en el asalto i toma de Arica el 7 de junio. En 1881 después de expedicionar a Ica se halló en la batalla de Chorrillos, en la que fué herido en ambas piernas, de lo cual murió en Valparaíso el 13 de febrero de ese año.

Los cuatro subtenientes ya nombrados pertenecían al rol de las sepulturas de Chorrillos; los dos siguientes al de Miraflores.

DON SAMUEL VICENTE DÍAZ

Era un mancebo de 21 años i natural de Santiago. Entró de soldado al 4.° de línea el 24 de febrero de 1879 i fué oficial del mismo el 8 de noviembre de 1880; habiendo alcanzado a servir un año, 10 meses, 21 días.

Una bala le quitó la vida en Miraflores, sucumbiendo cuatro horas después de haberla recibido.

DON JOSÉ ANTONIO MONTT

Fué este veterano el último de los doce subtenientes que forman el apostolado de la muerte

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON LUIS WARGNY

ABANDERADO DEL REJIMIENTO VALPARAÍSO

I.

CLASIFICÁBAMOS poco há el noble cuanto numeroso continjente de los auxiliares de Chile en su última guerra en diversas secciones, por nacionalidades. Pero repartida en las filas chilenas aquella masa de sangre líquida i ardiente, sus grupos no se hacían hostiles entre sí, fraternizando todos en un común anhelo.

Franceses i alemanes, olvidados de sus antiguos rencores, no tenían ya el Rhin de por medio. Galos i sajones no recordaban ya a Hastings ni siquiera a Waterloo.

En Chorrillos el heroico Moltke peleaba en un rejimiento comandado por un sobrino de un capitán de la vieja guardia de Napoleón el grande (el jeneral Viel), i en la batería del prusiano von Keller, al lado del bizarro Reinaldo Boltz, batíase con denodado valor Víctor Aquiles Bianchi, en cuya estructura física i moral reflejábase como en un solo rayo de fuego el cielo de la Italia i el pálido de la Escandinavia.

Parecían haber revivido otra vez para Chile los gloriosos días de los Beauchef i de los Tupper, de los Gutiker i de los Bell, de los Arengreen i de los Sowersvy, de los O'Brien i de Giroux, paje este último del rei José; de los dos hermanos Brieys, hijos del almirante de Abukir; del bravo Gola i del más bravo Brandzen, hijo de Italia el uno, de la cautiva Alsacia el otro.

II.

Fué el más joven i no por esto el menos interesante de aquellas familias, o, como es más propio decir, de aquellos almácigos de varoniles existencias, que constituirían una especie de resurrección de la vieja edad homérica de la república, un niño de orijen flamenco cuyo punto de partida en la existencia se toca casi con el de su fin prematuro i glorioso.

En consecuencia, como una preferencia debida a los albores del denuedo, vamos sencillamente a contarla.

Después del niño sublime que se llamó Juan Jullián, hubo otro niño heroico en cuyo pecho la llama de la vida extinguióse junto con nacer, al pie del altar del patriotismo. Hijo de padres distinguidos, de esposos felices, acariciado en su regazo, en su intelijencia i en su alma por una madre llena de capacidad i de ternura, cuidadosamente educado, retenido como en una red de flores en los sotos de un valle ameno que era su habitual morada, Luis Wargny todo lo abandona en cierto día i se dirije de por sí, como Alfredo Baignol, como Enrique Ewer, como el za-

pador Federico Weber i como tantos otros, a pelear i a morir, no por paga, sinó por el más desinteresado de todos los amores, el de la patria, que nunca otorga nada como reciprocidad i lo pide todo, inclusa la vida, por magnánimo deber.

III.

Luis Wargny era de estirpe flamenca i (sin contar a Jorje Boonen) fué el único belga que en Chile tomó las armas en su pro i por su causa. Su padre, don Luis de Wargny, apreciabilísimo caballero que ha sido en el país durante treinta años jerente de varias importantes casas de comercio i hoi prosigue su carrera de trabajo en la rejión minera de Taltal, había nacido de acomodada familia en Amberes en 1826, i de allí pasó al Brasil i a Valparaíso a los treinta años (1856). Quiso la voluble fortuna del que viaja ofrecerle en esta última ciudad un don de felicidad que no es común en el reparto de la vida en extraña i apartada tierra: el de una esposa chilena que reunía todas las cualidades que embellecen a la mujer i se reflejan más tarde, cual si fuera sobre la nítida luna de un espejo, en venturoso hogar.

Aludimos a la señora Josefa Núñez, hija de Santiago, establecida en Valparaíso desde la más tierna edad núbil i aclimatada después en Limache, pueblo de auras, de flores i de mieses, donde, según ella misma dice, "a causa de la bondad del clima i de la amenidad del campo ha permanecido hasta el día."

IV.

De aquel matrimonio de un flamenco i de una chilena, conjunción de dos razas que en épocas remotas probaron juntas su amor a la libertad contra una usurpación común, nació Luis Wargny en Valparaíso el 29 de octubre de 1860, i se educó con notorias muestras de provecho intelectual en el colejio de los padres franceses i en el seminario de aquella ciudad que tiene playas i quebradas pero no tiene cimarras...

Era Luis Wargny en esa edad un niño despierto, dilijente, a la vez que entusiasta, i con frecuencia arrebataba los diplomas de sus clases a sus camaradas de pura estirpe chilena, fenómeno notable que asimismo se observa en las distribuciones de premios i coronas de todos los colejios de la república en los cuales los apellidos mixtos son casi siempre síntomas de precoces intelijencias.

V.

A la edad de 16 años Luis Wargny había concluido su carrera comercial teórica i entraba a ejercitarla en una casa inglesa de su ciudad natal, en banco más duro que el del aula, sin dejar por esto de residir al lado de su afectuosa madre en su cortijo de Limache, regado por cristalino río.

Todo esto, no obstante, aquel niño no había nacido con el prosaico espíritu de los números agrupados a manera de tablas pitagóricas en su activo cerebro. Adicto, por el contrario, a la lectura de los libros de la antigüedad, prefería por la distancia de mil leguas la milicia a la aritmética; al cálculo, la gloria.

VI.

Bajo estos tempranos i casi arrogantes impulsos del alma que precede a la vida i la precede desde la infancia, enrólose en la brigada cívica de Limache i en seguida, cuando se declaró la guerra i su jefe de parada, que lo era en aquella época el brillante oficial don Ramón Carvallo Orrego, organizó allí dos compañías del rejimiento Lautaro, costó a su cariñosa madre esfuerzos supremos, esfuerzos de madre, para retenerlo a su lado.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON AUGUSTO NORDENFLYCHT

CAPITÁN AYUDANTE DEL REJIMIENTO ACONCAGUA

I.

UÉ Augusto Nordenflycht el oficial de mayor graduación i de mayor edad en el ejército expedicionario del Perú entre los nobles voluntarios que encarnaron el innato espíritu de las estirpes jermánicas i afianzaron con su espada o su yatagán la alianza ya antigua de los dos pueblos, junto con el heroico Otto von Moltke.

Era nieto el primero de aquel barón de Nordenflycht, sabio i metalurjista que el rei de España sacó, a fines del último siglo, de las minas i de las universidades de Sajonia para propagar en esta parte de América los progresos de la ciencia.

Casado aquel personaje en Lima con una chilena (la señora María Juana Cortés), naciéronle dos hijos: Pedro, que fué fusilado por los españoles en el Alto Perú, i Dionisio, que vivió i murió en Chile como hacendado de la Palma i Purutún en el valle de Quillota.

Fué hijo de este último Augusto Nordenflycht, mozo a las veces inquieto pero bravo como pocos. Nacido durante la guerra de la restauración del Perú (1838), tomó las armas en otro período de luchas, cuando el coronel Escala organizó en 1858 el inacabable rejimiento Buin, en cuyo cuerpo entró como subteniente. Retirado poco después, volvió al servicio con motivo de la guerra con España en calidad de artillero, i de nuevo abandonó su carrera en 1867.

II.

Hallábase radicado en Quillota, tierra de sus mayores, cultivando humildemente el campo, cuando surjió la última de las cuatro guerras que marcaron su existencia; i por la cuarta vez alistóse en el ejército, primero como capitán del Lautaro en mayo de 1879 i después como capitán ayudante del rejimiento Aconcagua.

Su ambición había sido, sin embargo, mandar un escuadrón de caballería, compuesto de hombres valerosos escojidos por él mismo, porque sentíase capaz de acometer esas empresas rápidas i de aventuras que suelen poner a un hombre oscuro en alto relieve en un solo día.

El hado que le había perseguido, como a todos los suyos, le fué contrario, i en la primera batalla campal en que su cuerpo dió de lleno, perdió gloriosamente, rodeado de luz, oscura vida.

Supo, en efecto, el capitán Nordenflycht algo que no es común aprender: supo morir; porque

precipitándose sobre los parapetos de Miraflores con un puñado de valentísimos aconcagüinos, de aquellos que él mismo había deseado elejir para un día de singular acción, convertidos los hombres en jinetes i los jinetes en centauros, cayó sobre el caballete de un alto muro, atravesado el pecho de banda a banda por una bala, i de allí, en aquella actitud heroica de provocación i de victoria, le condujeron sus soldados al cementerio del olvido.

III.

Augusto Nordenflycht tenía en el día de Miraflores 42 años, i si hubiera sobrevivido a su atrevida hazaña, habría de derecho, por antigüedad i por premio, recibido en el cuartel jeneral de Lima sus despachos de jefe en el ejército que en todas partes venció peleando a pecho descubierto contra el abrigo de los médanos i la resistencia de los fosos i de los baluartes.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

caído en lance parecido el capitán Luco Lynch, sobrino del jeneral en jefe, i éste último había mandado en consecuencia a su rescate una compañía de carabineros al mando del capitán Stephan, apoyado por 30 fusileros del Victoria.

Sabedores los indios de aquel peligro, pidieron de rodillas a Carrasco no matase a su prisionero; pero el salvaje caudillejo, desafiando una represalia terrible, entróse desaforado a la iglesia i, descerrajando su revólver en el pecho del cautivo, lo mató cobardemente, huyendo en seguida para pagar su vil asesinato al filo de los sables del cargoso i sableador Stephan.

IV.

El capitán Luco Lynch obtuvo su libertad por el amedrentamiento del castigo, pues el pueblo de Yaután fué entregado a las llamas i consumido hasta sus cimientos en condignas represalias. Lo único que escapó del cruel estrago fueron las puertas de la iglesia; i ésto porque sus tableros sirvieron para fabricar de lijero el tosco pero bendito ataúd del pundonoroso cuanto desdichado teniente Boltz que, llevado en hombros de los soldados de Valparaíso al mando de los capitanes del Miraflores Barahona i Givovich, descansa hasta hoi bajo rústica cruz en el cementerio de Casma. Menos feliz que Otto von Moltke, no ha llegado todavía para el noble alemán la hora de la repatriación i del apoteosis.

Pero de seguro habrá de llegar algún día, i para esto, al menos, escríbense i compajínanse estos recuerdos.

DON FLORINDO BYSIVINGER

SUBTENIENTE DEL ACONCAGUA

DE los tres hermanos Bysivinger que de Talca, su ciudad nativa, marcharon a la guerra con el entusiasmo que ella despertó en toda la juventud chilena, sólo uno, que hoi es capitán, regresó a los patrios lares.

De los otros, el más joven, que era sarjento, pereció en la celada de Cuevas en que una compañía del Buin batióse durante un día con fuerzas diez veces superiores i a la postre de taimada resistencia, púsolas en fuga.

El tercer hermano, Florindo Bysivinger, había entrado también, con el grado de sarjento, al Aconcagua en diciembre de 1879, i ascendido a subteniente un año más tarde (octubre 16 de 1880), fué a morir en Miraflores al lado de Augusto Nordenflycht i en medio de las bayonetas de una provincia que, desde don Pedro de Valdivia al jeneral don Ramón Freire, nunca supo dar vuelta la espalda sinó el rostro i el cuchillo al enemigo.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

LOS ANGLO-SAJONES

EN EL EJÉRCITO DE CHILE

EL CAPITÁN DON RICARDO WALKER MARTÍNEZ, EL TENIENTE DON SANTIAGO ROBERTO BLEAKELEY I LOS SUBTENIENTES GILLMAN, WORMALD, P. MC.-KANN I E. EWER.

DON RICARDO WALKER MARTÍNEZ

I.

L grupo británico, aliado a Chile por las armas, que tuvo su cabeza en la empuñadura de la espada de Roberto Souper, el Bayardo de nuestras guerras, bravo entre los bravos, incluyendo sus dos hijos, i cuya última figura nos ha sido recientemente revelada por un mensaje del gobierno en la persona del injeniero don Guillermo Perley, fusilado al servicio de Chile por los peruanos en sus sierras, alcanzó muchos lucidos representantes en la juventud mixta de Chile, especialmente en el arma de caballería.

Hemos ya recordado entre los infantes a los Délano, a los Heaton, a los Henry, i entre los jinetes a Cox, a Carson, a Luco Lynch, a Carlos Souper, i hoi toca su turno a Ricardo Walker Martínez, que sin pertenecer a cuerpo determinado, fué uno de los más incansables jinetes de las tres campañas del Perú, en calidad de ayudante de campo i oficial de Estado Mayor.

II.

Había nacido este enérjico i brillante soldado en Vallenar por el año 1845, siendo su padre el industrial i opulento caballero inglés don Roberto Walker, natural de Whitely, en el norte de Inglaterra. Su madre fué la bella señora doña Custodia Martínez, rival en gracia i en donaire de dos hermanas, que se hicieron a la par esposas de otros Walker. Como las tres gracias de la antigüedad, las tres señoritas Martínez, del Huasco, orlaron la ruda frente de Albión con guirnaldas de flores cojidas en su ameno río.

Vinieron antes los dos hermanos Walker (don Juan i don Alejandro) de Birmingham a Chile, i no teniendo nada de común con el último llegado, excepto el apellido, hiciéronse los tres, hermanos políticos, por el procedimiento del primero i segundo batallón del rejimiento Atacama, en el cuál los soldados llamáronse entre sí "cuñados", porque el segundo llevó después de Tacna sus mujeres al primero que sólo tenía glorias.

El vínculo de unión de los tres había sido la excepcional belleza criolla de aquellas tres niñas, hijas de uno de los más ricos descubridores del mineral de Agua Amarga, don José Martínez; i de aquellas alianzas, de la Fuerza con la Gracia, vino que los Walker Martínez formaran una familia intrépida, interesante i varonil.

III.

Ricardo Walker correspondió, como el que más, a aquellos atributos, i apenas salido del colejio, en la época del auje de su padre, que había improvisado el oasis de Las Salinas en las arenas entonces solitarias de la Viña de la Mar, mostró inquieta vida aventurera. Minero con su padre en Vallenar, empleado de banco en Valparaíso, especulador a la ventura en Lima, viajero en Estados Unidos en la época de la guerra con España, cateador en Caracoles, la última guerra con el Perú i con Bolivia encontrólo de dependiente de comercio en Salta, i al oír el primer rumor de la pelea, de un salto hallóse en Chile. Los soldados ingleses, o hijos de ingleses, son como sus bulldogs: saltan, pero no sueltan.

IV.

Nombrado ayudante de Estado Mayor con el grado de subteniente, su bravura, realzada en él por su porte arrogante i un carácter irritable, al que no era ajena dolencia de familia que había tronchado muchas jóvenes vidas, conquistó Ricardo Walker sus ascensos, campaña tras campaña, en una batalla después de otra batalla, hasta que con el grado de capitán, impartiendo las órdenes de su inmediato jefe, mestizo de británico como él, cayó de su caballo en el campo de Miraflores, atravesado el pecho, asiento del mal que había de consumirle, por una bala de ametralladora.

V.

Algunos días más tarde extinguióse en Lima el animoso capitán al lado de Roberto Souper, otro ayudante del coronel Lynch derribado en las gargantas de Chorrillos de su favorito caballo "Juan José"; i así, casi juntos, desaparecieron de la tierra empapada de sangre enemiga aquellos dos espíritus que ni un solo instante desmintieron la indomable enerjía física i moral de su raza i de su liga.

DON SANTIAGO ROBERTO BLEAKELEY

De los militares de roja sangre sajona que formaron parte de la lejión extranjera que personalmente o por estirpes representaron durante la guerra la alianza de la hospitalidad i de la gloria bajo una sola i querida bandera, un afán perseverante i antiguo, no siempre coronado de éxito, ha consentido en agrupar apenas nombres, fechas i sacrificios. Vamos, en consecuencia, a recordar el nombre de esos servidores de la república i a inscribirlos sobre sus prematuros sepulcros.

El teniente del batallón Naval, don Santiago, Roberto Bleakeley, herido mortalmente en Miraflores el 15 de enero i muerto en el hospital de Guadalupe el 9 de febrero de 1881, fué hijo del cirujano de la armada nacional, don Roberto Bleakeley, natural de Irlanda, i de la señora Anjela Dunne.

Había nacido en Valparaíso el 30 de abril de 1855, i al terminar su noble carrera ofrecida a su patria, había vivido apenas 26 años.

DON JUAN GILLMAN

El subteniente don Juan Gillman, que rindió también la vida bajo la bandera de los Navales en la batalla de Tacna, era mucho más joven que su recientemente nombrado camarada. Nacido en el mismo año que Jullián, que Ewer i

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

ción de los muertos el hijo de un escocés, el subteniente del Lautaro don Pedro Mc Kann, nacido en 1855 en la hacienda de San Pedro de Quillota, que por esto diéronle el nombre de pila que llevó. Su padre, llamado Miguel Mc. Kann, era carpintero de profesión i cuando hubo enseñado su oficio a su hijo, marchóse con sus herramientas al otro mundo, sin que sepamos decir, por velar un misterio de alcoba, si fué al antiguo o al eterno.

Comenzó el subteniente Mc. Kann su breve carrera en la milicia, como soldado de la brigada cívica de Limache, i cuando en los primeros meses de la guerra, aquella tropa pasó a formar voluntariamente parte del Lautaro, incorporóse Mc. Kann con su jineta en la 3.ª compañía, que a la sazón mandaba el capitán don Juan B. Cortés, a quien debemos estos rasgos.

Ascendido en la última campaña a subteniente, fué herido al escalar una altura coronada de fuegos que en las batallas del 13 de enero señaló al Lautaro su valiente jefe el coronel Barbosa, i vino a morir en el hospital de sangre improvisado en los salones i anchas galerías del liceo de Valparaíso, en uno de cuyos corredores le viéramos en más de una ocasión febril i enérjico, disputando al aire exterior las últimas ráfagas de vivificante oxíjeno que su agonía demandaba. El día de su fallecimiento fué el 7 de marzo de 1881.

DON ENRIQUE EWER

I.

Sin hacer mención de los capitanes Stewart, Castelton i Hart, ya nombrados; de un reporter del HERALD de Nueva York, que se constituyó en guía i oficial chileno en la última campaña; ni del injeniero danés Olger Birkedale, que arriesgando su vida habíase hecho espía en Lima; ni del teniente Auckland de la *Triumph*, que llenó noblemente su imparcial papel de historiógrafo militar, junto con el teniente De León, por parte de los franceses, militó también en las filas del ejército de Chile acampado delante de los baluartes exteriores de Lima, un joven de orijen anglo-sajón, hijo de americano del norte que aún existe, i el cual, aunque niño todavía de ternísima edad, supo comprender una misión sublime i cumplirla.

II.

I a la verdad, así como en el alma de Juan Jullián hízolo todo su infantil, rico, sublime entusiasmo de niño, así en la conciencia de otro adolescente venido al mundo junto con él (1864), produjo el sentimiento i la acción del heroísmo una virtud no menos alta: la virtud rara del deber. Nacido de padres pobres en Coronel, el adolescente Isidoro Enrique Ewer el 22 de abril de 1864, a la edad de diez años vino a Valparaíso en busca de la vida propia i de la modesta subsistencia de los suyos, i allí labráronle caminos dos protectores.

Fué el primero de aquéllos el virtuoso «padre Marciano» escudo i guía de la juventud cristiana de Valparaíso, que le dió libros i consejos.

III.

Pasó en seguida al taller de un industrial que se había formado ardua carrera por sí mismo. Fué éste su segundo i eficaz protector don Juan Crisóstomo Vera.

Tenía aquel aprendiz de todo trabajo apenas diez años cuando comenzó su ruda prueba, pero condújose con tanto esfuerzo en el réjimen de aseo de la ciudad a su labor encomendado, que aquél le nombró su primer empleado, casi su jerente, cuando apenas tenía catorce años.

En esta condición, que a su edad equivalía a un principado, i disfrutando un sueldo que le permitía auxiliar a sus padres (llamábanse éstos Jorje Ewer e Isidora Moya) sobrevino la guerra; i convencido profundamente de que la juventud chilena se debía en masa a la patria, una mañana del mes de abril de 1879 abandonó su puesto, su renta, el acariciado hogar de padres agradecidos, i enrolóse de simple voluntario en el 2.° de línea. Marchóse en seguida bajo su bandera a tomar parte en todas las batallas que cubrieron de gloria i de cenizas aquel terrible, glorioso i aniquilado rejimiento, hasta que en la última de aquéllas (Miraflores) lo mataron.

IV.

El subteniente Ewer había ido así ganando, en las filas como en el taller, en cada combate como en cada campaña, un humilde ascenso, desde soldado a oficial, hasta alcanzar la más alta aspiración de la carrera del valiente: la de morir por su patria a los diezisiete años de edad, después de haber hecho por ella dos gloriosas campañas i asistido a siete sangrientas batallas que, con una sola excepción, fueron otras tantas i honrosas victorias.

DON FEDERICO SULLIVAN

I.

No quedó agotada en la sangre de Enrique Ewer la pródiga ofrenda que la más fuerte i la más rica raza del norte, dominadora del mundo moderno en ambos lados del Océano Atlántico, ha ofrecido a Chile desde la primera era de su libertad. Es un hecho digno de ser señalado, que, en el primer encuentro de guerra de la independencia, un anglo-sajón, el norte-americano Enrique Ross, recibió once heridas batiéndose por los chilenos en Yerbas Buenas (1813) i que en la última batalla de aquella gran edad, en Pudeto (1826) cubrióse de gloria otro sajón, el noble coronel De Vic Tupper, hijo de Jersey.

Ahora bien: aquel intrépido espíritu de pasados tiempos volvió a renacer en los presentes, i a los meritorios nombres que llevamos apuntados debemos agregar ahora el de un buen soldado i jentil caballero, natural de Nueva York, que sacrificó alegremente su vida por la causa de Chile.

II.

Llamábase este jeneroso voluntario Federico Sullivan, i cuando comenzó la guerra en abril de 1879, ejercía tranquilamente la profesión de minero en el departamento de Illapel. Arrebatóle a sus faenas el entusiasmo que despertó en toda la república la expedición a Lima, i en consecuencia incorporóse en el ejército de operaciones en calidad de subteniente del rejimiento Chacabuco, que mandaba el prestijioso Domingo Toro Herrera. Promovido a teniente en Lurín el 4 de enero de 1881, batióse en Chorrillos con el denuedo que allí lucieron todos sus juveniles compañeros de rejimiento, desde Otto von Molke, que era ya un capitán veterano, hasta Camilo Ovalle, que era un capitán bisoño por su edad, ilustre por su pundonor.

Trajéronle en consecuencia a Santiago, junto con el último, a bordo del *Itata*, que no fué barco sinó sepulcro, i al fallecer sereno, el 10 de febrero de 1881, declaró que moría feliz porque moría por Chile.

DON FRANCISCO YUSEFF

I.

Hemos dicho en más de una ocasión en el curso de estos recuerdos póstumos, que el con-

tinjente de la lejión extranjera que, no congregada bajo una sola bandera como cuerpo mercenario, sinó repartida bajo todas las banderas libres de los rejimientos que Chile envió a la guerra, ayudáronnos en la consecución de tantas i señaladas victorias, procedía de los variados oríjenes de la Europa moderna i aun de más lejanos continentes.

I en la significación evidentemente árabe del nombre que precede a esta última memoria de tantos desinteresados servidores, el lector habrá comprendido toda la verdad i toda la extensión de aquella evolución de razas, que el metal de las batallas fundió en una sola.

II.

El bravo subteniente del rejimiento Concepción don Francisco Yuseff, que perdió la vida combatiendo con señalado valor, fué hijo, en efecto, de un honrado i entusiasta palermitano, nacido al pie del Etna, desde cuyo ígneo cono domínanse los mares i las tierras que pueblan todavía las tribus de los Mahometos, que en siglos ya lejanos fueron señores del mediodía de la Europa occidental. Su padre, don Antonio Yuseff, excelente vecino i acreditado industrial de Concepción hoi día, había nacido así en Sicilia con un apellido morisco, al cual el trabajo de la paz i la gloria de las armas han dado de consuno en Chile bien merecida i antigua carta de ciudadanía.

III.

En ciertas razas de hombres, i especialmente en las ardientes del mediodía, acentúanse las trasmisiones de carácter de tal manera que muchas veces la existencia de los hijos no es sinó un reflejo de la de sus projenitores. I al menos en el presente caso la evidencia de esa derivación aparece de relieve.

IV.

Don Antonio Yuseff, nacido en Palermo en 1833, a la edad de trece años había tomado ya las armas contra el rei Bomba, opresor de las Dos Sicilias, en 1846; a los dieziocho había emigrado a Filadelfia, i a los diezinueve era uno de aquellos atrevidos argonautas que, dando la vuelta del cabo de Hornos, se encaminaban en inacabables bandas hácia el Pacífico del Norte en demanda de fabulosas riquezas i de aventuras más fabulosas todavía.

El incendio casual i aciago del vapor *City of Pittsburgo*, ocurrido en la rada de Valparaíso el 17 de mayo de 1852, i de cuyo siniestro escapó Yuseff, que era uno de sus tripulantes, en razón de su destreza en la natación, fué causa de su avecindamiento en Chile i en seguida en Chiloé, donde temprano el isleño de Sicilia encontró, para formar hogar en el pacífico archipiélago, una isleña de Ancud, la señora Mercedes Martínez.

V.

De esa unión marítima de dos isleños nació el soldado del Concepción cuyos perfiles trazamos, i fiel a heredadas tradiciones, hízose desde su primera niñez hombre de mar i corredor del mundo como su andariego padre.

Hé aquí, en efecto, como el último refiere aquella iniciativa de una carrera que era sólo la reproducción de la suya propia.

«Los primeros años de mi hijo—dice aquél—trascurrieron como los de todos los niños que se crían en la rejión austral de Chile. Sin grandes cuidados de parte de la familia, acostumbrado desde chico a combatir los elementos, a gozar del espectáculo del casi siempre embravecido mar, jugando con sus olas, sin temerlas, por no tener conciencia del peligro; su naturaleza por eso fué siempre la de un verdadero chilote,

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

do, pues iba a combatir por los derechos, por la honra i por la gloria de su patria.

»Amo i he amado siempre a Chile, al que considero mi segunda patria; i así como yo concurrí con mi persona a su defensa en época aciaga,—el año 66 formé parte como capitán de un batallón cívico en Ancud,—no habría tenido el menor inconveniente para que mi hijo hiciera lo mismo, i con más razón, pues él defendía su verdadera patria, la patria que lo vió nacer.«

IX.

Después de todo esto no le quedaba al hijo del capitán Yuseff, que en Huito se había batido contra los españoles en 1866, sinó una sola cosa: batirse con los peruanos de 1879, i así púsolo por obra con extraordinaria bravura, cayendo en el campo de la refriega con nueve de sus compañeros i ciento diez de sus soldados.

X.

Por una de esas casualidades del destino que forman la poesía de los accidentes de la vida moderna, de suyo monótona más que la antigua, cupo, según de todos es sabido, al valeroso rejimiento penquista, que en Miraflores hacía su brillante estreno, cerrar por el lado del mar la extrema izquierda de la línea de cal i canto que allí formó, como en Bull-Rum la brigada Stonewall, la división Lagos; i de esta manera tocó todavía en suerte al valiente i vengador isleño, al cerrar por la última vez sus párpados, oyendo el clamoreo de ínclita victoria, lanzar una última i sublime mirada a aquel océano que había sido su cuna i el itinerario de los suyos a través del mundo.

Hemos puesto término a esta reseña de valientes auxiliares que la muerte hizo chilenos, i si bien será grave dolor para nosotros haber olvidado alguno, no obstante nuestro más vivo i perseverante afán, sus nombres quedan al menos salvados de roedor olvido. I así algún día las jeneraciones reconocidas podrán devolverles su sangre i su martirio en altísima pirámide de granito, en cuya cúspide ha de leerse esculpida en letras de oro esta palabra: *Gratitud!* i en la base ancha pradera de cinerarias, símbolo del dolor que nunca se extingue, como el granito, porque no es el frájil dolor de los vivos, sinó el eterno dolor de las tumbas.

LOS ZAPADORES EN LA

LOS CUATRO SUBTENIENTES DE TARAPA
AMADEO MENDOZA, FRANCISCO ÁLVAREZ, RICARDO JORDÁN I FROILÁN GU
SUBTENIENTES SALINAS, EN TACNA; EL CAPITÁN VILLARROEL I
EN CHORRILLOS: EL TENIENTE DON ISMAEL CON

EL rejimiento de Zapadores fué durante todo el curso de la guerra, digno de su nombre i de su destino. En todas partes mantuviéronse sus tres brigadas, arma al brazo, en su puesto de vanguardia, en el desembarco de Pisagua i en Tarapacá, en Tacna i en Chorrillos, en Miraflores, en los horribles cementerios del norte del Perú por fin; i en todas partes también fué dejando en el campo a algunos de sus más meritorios jefes i oficiales. En Pisagua, al pundonoroso comandante Villarroel (su segundo jefe) herido antes de desembarcar; en Tacna a su propio caudillo el bravo Santa Cruz; en Chorrillos al capitán Villarroel; en Miraflores al intrépido comandante Zilleruelo, i sobre las podredumbres de Chiclayo, por último, al comandante Urrutia i a diez de sus nobles compañeros, víctimas de heroica i callada sumisión al deber.

Tócanos hoi, por consiguiente, recordar en esta pájina los nombres de aquellos jenerosos servidores de la república cuyo recuerdo no haya sido consagrado todavía.

Les seguiremos en el propio orden de sus nombres que es
i de su muerte.

En la batall
empeñó una b
por el comand
mandadas resp
por los bravos
i Belisario Zaña
daron muertos
nientes cuyos n
frase: MENDOZA

El subtenien
de la Florida i
rrera de las arm
bajo la direcció
de esa arma i
Salvo. Señalóse
Pisagua, donde
juvenil arrojo i
semanas más t
pacá a la tempr

El subtenient
ral de Arauco,
truendo de las
era un mozo en

edad de 14 años entró a servir en el antiguo 7.° de línea con motivo de la guerra con España. Sus padres, que aún viven llamánse Justo Alvarez i Carmen Riveros, i a solicitud de ellos hubieron sus jefes de rebajar, durante su primer aprendizaje, el peso reglamentario de su fusil para no agobiar sus bríos ni su corta, endeble edad.

Convertido el 7.° en Zapadores bajo el ministerio Prats (1878), siguió el joven Alvarez a su cuerpo i en todas partes mostróse valeroso, arrogante i patriota. Desde el campamento de Antofagasta escribía con frecuencia a su madre anunciándole el próximo asalto de Lima a mediados de 1879; i cuando esta tardía operación de guerra comenzó por el asalto de Pisagua, el subteniente Alvarez, seguido de ocho soldados, tuvo la gloria de tomar una bandera boliviana en la empinada cima. Días después una bala le mató en la cima de Tarapacá, perforándole la sien derecha.

Del subteniente Ricardo Jordán sólo se sabe que fué un mozo alegre, valiente, de jenio un tanto altivo, por cuya causa no pudo avenirse a servir en los Granaderos a caballo en que le colocó su padre don Manuel Jordán. Era Ricardo natural de Santiago i de la misma guerrera familia que en la independencia ilustraron en tierra i en el mar los dos hermanos Manuel i Servando Jordán. Cayó entre los primeros en la batalla que acabamos de nombrar, i no lejos del sitio en que combatía el subteniente Froilán Guerrero, muerto también en aquel aciago día.

El subteniente Guerrero era hijo de Santiago (1843) i después de haber pasado su niñez en Guacarhue, educóse desde la edad de diez años en el liceo de San Fernando, de cuyo establecimiento era profesor i bibliotecario cuando comenzó la guerra. Mozo de carácter resuelto i enérjico, había desempeñado también el cargo de subdelegado ambulante de las turbulentas peonadas del ferrocarril del sur, cuando se construyó la sección de esa vía entre San Fernando i Curicó, puesto difícil que desempeñó con notable acierto i actividad.

Era el subteniente Guerrero, que había sido también profesor de primeras letras en San Fernando, un mozo mui estimado en esa ciudad, i cuando ocurrió su noble muerte, el municipio de la localidad interpretó el sentimiento público en la siguiente comunicación dirijida a su padre:

"San Fernando, diciembre 12 de 1879.—Dolorosamente ha conmovido al pueblo de San Fernando la noticia de haber perecido en Tarapacá, luchando como bravo, el digno hijo de Ud., don Froilán Guerrero.

"La municipalidad del departamento ha creído de su deber hacerse un eco del pesar público, i en sesión de antenoche encargó al infrascrito que trasmitiese a Ud. las expresiones de su pesar por la pérdida que ha sufrido, tanto Ud. como la ciudad toda, en la cual don Froilán Guerrero contaba con un amigo en cada uno de sus vecinos.

"Sírvase Ud. aceptar juntamente con los sentimientos de la corporación, los de condolencia personal de su A. i S. S.

José María Valderrama Lira".

EL CAPITÁN MOLINA

I LOS SUBTENIENTES SALINAS EN TACNA

El capitán don Rafael Rudesindo Molina, muerto instantáneamente por un balazo recibido en la frente al acometer, a la cabeza de su compañía, el fuerte boliviano que cerraba la extrema derecha de la línea enemiga en el campo de la Alianza el 26 de mayo de 1880, había nacido en la aldea de Maipo el 1.° de noviembre de 1853 i era hijo de don Diego Molina i de doña Rita Molina, ambos fundadores del lugar.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Salvo:—"Hombre (palabras textuales), tengo la firme convicción de que me van a matar; (i se ponía la mano en el corazón). Yo no sé lo que me pasa; tengo algo que no me sé explicar."

"En este momento mandan que vaya la compañía donde él estaba a reforzar el ala derecha; iban al trote. Apenas llegó se tiró al suelo de rendido i cansado. Uno de los oficiales le pregunta qué es lo que siente, que si lo han herido. —Nó, hombre—responde—es que me muero de sed i cansancio.... Por fin se levanta i grita a los soldados. No haría diez minutos que peleaba cuando se toca el pecho i se mira la mano que la tenía ensangrentada i exclamó:—"¡Ai! me mataron!" I cayó de espaldas.

Así murió, en el ala izquierda de la batalla campal de la Alianza, el primero de los Salinas, i habría parecido natural que después de aquel recuerdo i del espectáculo de todos los horrores que desde su desembarco en Arica había rodeado a su sucesor en las filas, mozo ya de 24 años, que se había ejercitado en el comercio al lado de su padre, se desanimase el último, después de haber hecho su camino de mar a cordillera a través de un verdadero itinerario de cadáveres.

"¡Qué terrible espectáculo!— exclamaba, en efecto, trasmitiendo a su hogar sus impresiones al pisar la arena de Arica anegada de sangre todavía.—¡Qué terrible espectáculo presenta a la vista solamente el contemplar esas fortalezas i ver las manchas de sangre, pedazos de manos, cuerpos a medio enterrar, fusiles, botas, ropa, camas, cráneos, cañones, uno que otro partido, donde los peruanos les aplicaron dinamita. Los cuerpos de los peruanos que quedan atravesados en los peñascos, donde los soldados del 3.° i el 4.° los hacían botar al mar, están todos comidos de pájaros i en un estado de putrefacción insoportable".

Desde que diera el último abrazo i el último adiós a los suyos el subteniente Salinas, que se había ceñido una espada sólo para vengar condignamente a su "inolvidable Victorino", no pudo apartar un momento de sí ni de su imajinación el augurio de que encontraría en el azar de las batallas su propia aciaga suerte. El sombrío reflejo del cadáver que había desenterrado en el cementerio de Tacna seguía ahora sus pasos como una sombra, pero no le causaba ni pavor ni desaliento. Su lema, como el de todos los chilenos en esas horas largas de espera, era "¡Adelante! ¡Adelante!"

"Me parece, queridísimo padre,—escribía al suyo en la víspera de la partida hacia Lima, que era el poste miliario más encumbrado de aquella marcha incesante hacia nuevos horizontes,—me parece que voi a correr la misma suerte de mi hermano Victorino 2.°; pero ¿qué le hemos de hacer? A eso hemos venido, a defender nuestro tricolor mancillado por dos repúblicas; *a vencer o morir* como buenos. Estoi *resuelto a morir* i ver modo de hacer un papel que enorgullezca a mi familia.

"Espero, pues, mi querido padre, me dé su santa bendición para morir sin remordimientos i con la conciencia tranquila."

La noble epístola impregnada de fe i de santo amor a la patria de que extractamos estas palabras, en que la tinta del campamento se ha secado, más nó así el perfume del corazón, tiene la fecha de Calientes, 16 de noviembre de 1880; i recibida una semana más tarde la bendición paterna pedida al hogar con anticipación, el joven soldado i creyente volvía a decirle desde Pocollai, i ya en marcha, estas frases que revelan juntas al héroe i al peregrino:

"No tengo palabras para expresarle la emoción tan grande que tuve al recibir la carta que me dirijió, i ver la ternura suya para conmigo, recibiendo su santa bendición; he derramado lágrimas de placer por su carta tan cariñosa."

Desde ese instante, casi solemne de los sagra-

dos adioses de los campamentos, que se mudan para trocarse en campos de sangrienta brega, el silencio se ha hecho en la tienda del joven zapador. Percíbese sólo el húmedo ruido de las quillas que salpican con su frote la tersa sábana del mar dormido en sus calmas veraniegas, verdaderas siestas del océano, que se reposa de las turbulencias de la estación del hielo.

Pero cuando otra vez las cornetas vuelven a tocar *¡atención i marcha!* i se alzan las últimas telas que han dado abrigo al sueño que precede a la batalla, el animoso zapador da expansión a su entusiasmo, i en una tira de papel escrita apresuradamente con lápiz i sobre la arena de la *Tablada* de Lurín, trasmite a su distante hogar sus impresiones en estas palabras, que eran el grito unánime de todo un ejército que marchaba de noche por el desierto, precedidas sus columnas por los arcánjeles del heroísmo llevando desnudas sus espadas de fuego:

"Vamos ya en marcha sobre Lima. Salimos hoi a las cuatro de la mañana. ¡Qué de alegría i gozo en todo el ejército! ¡Qué de hurras i vivas a Chile! ¡Jamás se había visto tanta alegría i contento!...."

Seis horas después el valiente vengador caía como su hermano atravesado por una bala disparada desde las almenas de Lima en Miraflores, i cuatro días después (19 de febrero de 1881), iba a morir en los hospitales de sangre de Chorrillos para su patria, para su padre i para su inmolado hermano que así en dos batallas quedó vengado.

EL CAPITÁN SALVO

I EL SUBTENIENTE CARRILLO EN CHORRILLOS

Pocas entre las familias de Santiago han ofrecido más numeroso i escojido continjente de voluntarios a la pasada guerra que los Villarreal, descendientes del antiguo i probo majistrado de la independencia don José María Villarreal. Entre once de sus descendientes que tomaron simultáneamente las armas, tres, en efecto, llevabán su propio nombre: el teniente de marina don José María Villarreal Canto, herido en el desembarco de Pisagua; don José María Villarreal Silva, actual capitán del Buin; i don José María Villarreal Salvo, capitán de Zapadores, muerto gloriosamente en Chorrillos. El distinguido comandante de artillería don Eulojio Villarreal, pertenece a este mismo grupo de buenos servidores del país.

El capitán de Zapadores, de cuyo nombre acabamos de hacer memoria, había entrado, como el capitán Molina, a la Academia militar en 1869; pero obligado por su mala salud a retirarse de ese establecimiento para seguir la carrera del comercio, siempre incierta i siempre mediocre en Chile, volvió desengañado al ejército, entrando en 1876 en clase de subteniente al 7.° de línea.

Hizo, en consecuencia, todas las campañas del Perú en aquel cuerpo, hasta que una bala lo mató instantáneamente en el ascenso de Chorrillos, atravesándole las sienes en el momento en que, parapetado con su compañía tras un derruido muro, observaba las maniobras de la batalla i los movimientos del enemigo.

Pereció también en el sangriento asalto de San Juan, combatiendo en las filas del Buin, i en clase de subteniente, un antiguo zapador llamado SANTIAGO CARRILLO, natural de Chillán, soldado de la guerra civil de 1859, como San Martín, como Castillo i otros jefes hoi de notorio nombre, i que había servido en el 4.° de línea i después en el 7.° de línea ("Zapadores") desde el 18 de enero de 1858. I esto es todo lo que se sabe de su carrera.

DON ISMAEL CONCHA OSORIO

TENIENTE

Bajo la implacable segur de muerte póstuma i horrible, al lado de su jefe, el comandante de Zapadores don José Umitel Urrutia, precedido por ocho o diez de sus compañeros i de centenares de soldados, rindió la vida, adquiriendo el jermen de incurable mal en el valle de Lambayeque el brillante zapador a cuya memoria pertenece por separado esta breve pájina.

El subteniente Concha había nacido en la Serena el 22 de agosto de 1862, por manera que al fallecer en 1884 en el campamento de Chorrillos había cumplido apenas 21 años, siendo en edad tan tierna, por sus prendas morales bién probadas, una esperanza para el ejército.

Incorporado al principio de la guerra en el batallón Coquimbo, a cuyo cuerpo fué destinado después de servir algunos meses de cadete, recibió honrosa herida en la batalla de Chorrillos, ponderando su jefe, el coronel don Arístides Martínez, su noble actitud en un informe que tenemos a la vista, i en el cual dice de él que su conducta en las batallas de Lima "fué distinguida en todos conceptos, tanto por su serenidad i valor cuanto por su subordinación i disciplina."

Destinado después de la captura de aquella ciudad a guarnecer con su cuerpo los pestilentes valles del departamento de la Libertad, pagó el obligado tributo del chileno al emponzoñado clima de aquellos lugares, en condiciones que son dignas de especial memoria, según una carta-diario de resucitado que él escribiera a su buen padre don José María Concha, después de la resurrección, i que por los accidentes especiales que recuerda, es digna de ser extractada en interés de otros en la forma siguiente:

"Abril 22 de 1882.—Pasé este día bien, pero a las doce de la noche desperté con horribles dolores en todo el cuerpo. Mi asistente me dió una frotación de ron i me mejoré.

"Abril 23.—Pasé el día sin novedad, pero sin ganas de comer.

"Abril 24.—A las diez de la mañana, estando sentado i tranquilo, me sobrevino un vómito negro de sabor nauseabundo i de olor putrefacto.

"A la noche fué llamado de Lambayeque el doctor Moreno, natural del Ecuador. En el acto me deshaució, porque el vómito había precedido a la fiebre i en este caso nadie escapa ni en Guayaquil. Se desalojó mi pieza de todo lo que contenía, operación que me anunció mi fin, porque yo había presenciado igual medida respecto de mis ocho compañeros ya enterrados.

"A las 11 de la noche tenía 136 pulsaciones i me administraron para purgante enérjicas medicinas indíjenas llamadas *jalorondí* i *chologoyo*.

"Abril 25.—Sigo empeorándome. La fiebre me devora.

"A las 7 de la noche comienza el delirio, a las 9 la agonía.

"Abril 26.—Contra lo que todos esperaban, a las dos de la mañana desperté. Vino el doctor i me hizo dar caldo i un huevo batido en agua.

"En el intertanto habían mandado buscar mi ataúd a Lambayeque i lo tenían del lado de afuera de mi pieza".

¡Detalle íntimo pero horrible! el joven zapador, que era sumamente pobre, porque había dejado los dos tercios de su sueldo a su buena madre, cuenta a su padre en la carta de que hacemos este extracto que el cajón de muerto le había costado 50 pesos; pero una vez temporalmente recobrado pudo venderlo por 40 pesos a un compañero que a su turno lo necesitó de veras.

El negocio por lo visto no había sido malo. El teniente Concha había pagado sólo diez pesos de prima por su resurrección!....

Ahora continuemos.

"Abril 27.—Se desarrollan hemorrajias infe-

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Don JOSÉ DOMINGO ...ERAN
Don ANTONIO SILVA del CANTO
Don CARLOS SEVERIN
Don MATIAS SILVA ARRIAGADA
Don DOMINGO CASTILLO
Don ERNESTO GUILLERMO HENRY
Don LUIS A. GONZALEZ
Don AMADOR PINTO
Don JOSÉ A. JARAMILLO
REJIMIENTO..
SANTIAGO
Rojas

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

I, sin embargo, bajo aquel aspecto casero hasta el abatimiento i en esas labores menudas del hogar, dura lei del soldado en la pobreza, el capitán Silva Arriagada era digno de su acreditada estirpe, i escondía bajo el telar, como el bordador Esponda, un alma de valiente, una resolución de héroe.

En el recuerdo que en pájina anterior hemos consagrado a la memoria del comandante guerrillero del Santiago don Domingo Castillo, contamos cómo se había batido el capitán Silva Arriagada, ascendido a mayor sólo para la batalla de Tacna el 25 de febrero de 1880. A caballo, delante de las filas, peleó constantemente, nó en el puesto de los jefes, que es la retaguardia, sinó en las guerrillas, como simple voluntario; i así su muerte fué tres veces heroica, por el sitio en que cayera, por el número de proyectiles que recibió en su cuerpo i porque siendo jefe se batió como soldado.

"En esto se hacía notar—dice hablando de la valiente i tenaz acometida de las guerrillas de la segunda división, un capitán que le vió caer i espirar,—en esto se hacía notar *el héroe* mayor Silva Arriagada; recorría sus soldados, dándoles valor i haciéndolos entrar en orden de batalla para que pelearan con más acierto; pero como el bravo mayor andaba a caballo i recorría con tanta frecuencia las alas del rejimiento, i esto la última vez lo hizo *por vanguardia* de nuestra línea para que con su heroico ejemplo lo siguiesen. En esto le pegaron dos balazos, siendo uno mortal, el del pecho. Por esta causa ya no se pudo sostener a caballo i comenzó a tambalear, i en seguida se ladeó al costado izquierdo, quedando enredado del pie derecho en la estribera.

"Cuando esto sucedía, el capitán Castillo marchaba a unos veinte metros de él i en el acto hizo volver al cabo Fuenzalida, uno de sus ordenanzas, i a su corneta, para que lo desenredasen i si estaba vivo lo pusieran fuera de combate; i como lo llamara que volviese, por hacerle señas con la mano, quizás para dejar algún encargo o darle el último adios, lo hizo a la brevedad posible; pero al tiempo que lo bajaban le dieron otro balazo en un brazo i en el momento de llegar le alcanzó a dar la mano i un apretón, i mirando al cielo, daba vuelta la vista.

"Creyéndolo cadáver, lo hice soltar,—dice Castillo—dejándole uno de los cabos para que le prodigara algún recurso en caso de que hubiera sido una fatiga por la sangre que perdía; así sucedió porque un rato más volvió en sí, i el teniente de la compañía, don Santiago Inojosa, que venía más atrás, lo hizo conducir a una ambulancia, donde murió al otro día".

II.

Pagaron al inmolado capitán noble tributo sus compañeros de armas, porque no contentos con erogar una suma de 3,500 pesos, que fué el pan del campamento, entregados a la infeliz viuda, el digno jefe del cuerpo envióle la siguiente misiva de duelo que enalteció el mérito del que había caído en sangrienta lucha i de quienes tan noblemente le recordaban:

"*Tacna, junio 7 de 1880.*

"Señora Rosalía Alvarez, v. de Silva Arriagada,
Santiago.

"Señora de mi respeto i consideración:

"Tengo el sentimiento i cumplo con el penoso deber de participar a usted el fallecimiento de su digno esposo, el sarjento mayor don Matías Silva Arriagada, acaecido el 26 de mayo último, en la batalla que nuestro ejército empeñó ese día, en las alturas de esta ciudad, con el perú-boliviano.

"Comprendo, señora, toda la intensidad de vuestro dolor, i creedme que de corazón me aso-

cio a él; pues si usted ha perdido a un esposo querido, yo i toda la oficialidad del rejimiento que tengo el honor de mandar, hemos visto desaparecer de nuestro lado al compañero i al oficial pundonoroso i delicado.

»¡Ah, señora! irreparable es la pérdida que acabáis de experimentar, pero, por si os puede servir de lenitivo, sabed que vuestro esposo ha caído después de cumplir con su deber hasta el heroísmo i, por consiguiente, la patria agradecida, no lo dudo, esculpirá su nombre en la pájina más brillante de su historia.

»Con sentimientos de alta consideración, tengo el honor de saludaros a nombre de toda la oficialidad de mi rejimiento, i ofrecerme como vuestro atento S. S.

(Firmado)

FRANCISCO BARCELÓ.»

III.

Sin contar al capitán guerrillero del Santiago don MARCELINO DINATOR, que herido en un pie en la batalla, sucumbió en los hospitales de Tacna el 19 de junio, i de quién no hemos tenido la fortuna de encontrar datos suficientes para trazar siquiera el perfil de su existencia, perecieron en la sangrienta porfía de aquella ruda batalla, los subtenientes Pinto, Severín, Gómez de la Torre, Benítez i Ernesto Henry, este último simple aspirante en el rejimiento.

Debemos, por consiguiente, un buen recuerdo a cada uno de estos bravos.

IV.

El subteniente don AMADOR PINTO, nacido en el pueblo de Valdivia (subdelegación 12.ª del antiguo departamento de Rancagua) había servido

como soldado d
estallar la guer
su ánimo guerr
aldea para enr
dres, don Ignac
via, no le verí
que fuera uno d
por el plomo a
se libró, con el
cruenta batalla
liente,—dice de
una carta de d
cuantos le viero

El subtenient
edad de 24 año
habrá necesitad
llante epitafio q
jefe que le vió
le vió morir.

Fué víctima t
denuedo juvenil
de la Alianza ur
i el más hermos
el subteniente d
de 18 años.

Enlazábanse
bo mil romántic
época i del gobi
de Chile, don A
co expulsador de
todos los días la
tiaguinas al pie
en la nave de la
sidente Gonzaga
de su noble raza
i de ese brote pr
joven Severín, i
padre fué un r

don Pedro Severín, que en 1851 vino a Valparaíso en un buque de su propiedad llamado *La Presidenta*.

Alquilado, en efecto, aquel barco, para depósito de reos de Estado en aquella época tumultuosa, el capitán danés enamoróse de la hija de uno de sus cautivos, la señorita Carmen Espina Ramos, joven de rara belleza, i pasando así, por el encanto, de custodio a prisionero, fundó en Valparaíso honorable familia.

El joven Carlos era el menor de sus hermanos, i recientemente había formado compañía con el que le precedía, el joven comerciante don Federico Severín, cuando la guerra hizo sentir en juveniles pechos sus irresistibles alardeos. Desde ese momento el subteniente del Santiago no fué dueño de sí mismo. Saltó por encima de su escritorio, i acordándose que había recibido algunas lecciones en la Academia Militar de Santiago, enrolóse en el primer cuerpo de línea que se organizó para la campaña, diciendo que no quería pelear «como recluta.»

El 19 de mayo de 1878 embarcóse, en consecuencia, en el *Rimac*, bañado su rostro casi infantil por las lágrimas de su madre, i al estrechar a su hermano i compañero por la última vez en sus brazos, díjole:—«Volveré vencedor o me traerán muerto.»

Cumplióse más allá de su profético heroísmo el augurio del entusiasta voluntario, porque logró vencer... Pero... trajéronle muerto... Una bala atravesóle la frente, húmeda todavía con los ósculos de los suyos, i el hermano que había vivido con él como dos almas en una sola existencia, fué al cementerio de Tacna a cumplir tiernamente la última parte de sus votos. Don Federico Severín trajo del cementerio tres cadáveres del Santiago: el del mayor Silva Arriagada, el del capitán Dinator i el de su hermano. La atroz guerra en que vivimos durante cinco años creó esta nueva profesión del amor i del deber: la de los acarreadores de gloriosos muertos sin pase de solemnidad...

VI.

Ignórase el lugar del nacimiento de los oficiales del Santiago Manuel Benítez M. i Nicanor Gómez Torres, ambos muertos a consecuencia de la batalla de Tacna, si bien tenemos indicios de que el último era hijo de Atacama.

Pero sábese que el primero había entrado de sarjento al Santiago el 1.° de abril de 1879 i tenía 35 años cuando perdió la vida. Gómez Torres había tomado servicio en ese cuerpo el mismo día, i cuando falleció a la edad de 25 años había recibido ya la graduación de teniente.

VII.

El último en el escalafón del Santiago al hacer su terrible estreno en Tacna, pero no el postrero en ánimo entre los jóvenes oficiales que sacrificaron su vida en las arenas del desierto que rodea la ciudad de Tacna i la proteje, fué el aspirante don Ernesto Guillermo Henry, hijo de francés i de chilena (la señora Isidora de la Fuente) nacido en Concepción el 18 de agosto de 1856.

Desde su primera edad dió muestras el niño Henry de su afición a las cosas de la guerra entregándose con placer a todos los fuertes ejercicios que preparan desde la cuna al soldado, la equitación, la pesca, la jimnasia, el arte hípico i especialmente la caza, en cuyo varonil entretenimiento no tuvo en su juventud rivales.

Aparecida la guerra, en efecto, como si fuese una cacería en gran escala, i pudiendo haber optado por un puesto de oficial, prefirió Henry ser soldado, es decir, simple tirador, i en esta condición incorporóse en el Santiago apenas organizaron este cuerpo en la capital.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

VIII.

Los combatientes del rejimiento Santiago fueron pródigos de su sangre en la toma de Tacna porque allí pelearon en la vanguardia, avanzando paso a paso sobre un enemigo numeroso i protejido.

No tuvo lugar semejante carnicero desenlace en el campo de Chorrillos porque la división Lagos a que aquel cuerpo pertenecía i a la cual servía de nervio, no se empeñó en el fuego sinó a última hora al tomar el pueblo i en el ataque del Salto del Fraile, que es una prolongación o restinga marítima del famoso morro que proteje aquella población por el lado del Pacífico.

Mas, algunas horas después tocóle al rejimiento del Mapocho el cuidado i la gloria de servir de baluarte a las armas chilenas, sosteniendo con los demás cuerpos de la 3.ª división (Lagos) toda la rudeza del súbito fuego durante la primera hora de la acción. I después, saliendo de sus líneas de combate como si fuera un torrente de sangre (porque sus soldados vestían pantalones rojos i túnicas con vivos de grana), fué barriendo de peruanos la vasta planicie.

—¿Quiénes son esos terribles *colorados?*— preguntaba el dictador Piérola al notar azorado su incontenible avance.

—¡Es el Santiago! le contestaron sus ayudantes.

Pero al mismo tiempo, cuando el jeneral Baquedano, ya victorioso, avanzaba con su estado mayor hacia el frente de la deshecha línea de los peruanos, iba encontrando por la abierta pampa los montones de cadáveres rojos. Era otra vez el Santiago, que yacía en los senderos del heroísmo!

Al día siguiente recojierónse, en efecto, del campo 266 hombres i 18 oficiales, i entre éstos quedaron muertos en el sitio o no se recobraron sinó para morir en rápida agonía el capitán Silva del Canto i los subtenientes Ernesto Sepúlveda, José A. Jaramillo, Adolfo Lagos, Luis Alberto González i muchos otros a quienes infiel memoria no ha servido de amparo.

IX.

Era el capitán don ANTONIO SILVA DEL CANTO un apuesto oficial de 30 años, natural de Santiago, donde había ejercitado diversos oficios i menesteres de trabajo, especialmente en los tribunales, antes de comenzar la guerra. Pero iniciada ésta apenas, tomó servicio en el Santiago como alférez para morir en el acto de la carga victoriosa de Miraflores al saltar, a la cabeza de su compañía, una muralla que le separaba del enemigo. La bala que le mató venía apuntada a sus sienes, i así murió como verdadero soldado sin jemidos i sin agonía.

X.

El subteniente don JOSÉ ANTONIO JARAMILLO era natural de Rancagua, hijo de un buen vecino de esa ciudad llamado don Silvestre Jaramillo i de doña Juana Cuevas, de los "Cuevas de Rancagua". Su propia esposa llamábase doña Carlota Mesa.

Incorporado cuando niño (porque murió apenas de 28 años) como simple soldado en el Buin, retiróse en 1874 en clase de sarjento para volver a entrar con esta graduación al 4.° de línea en 1877. Ascendido, por último, con motivo de la guerra, a subteniente del Santiago, fué en este puesto derribado en medio de las mitades chilenas en las pampas de Miraflores el 15 de enero de 1881. Conducido al hospital militar del Callao sucumbió allí dos semanas más tarde, el 2 de febrero siguiente.

XI.

El subteniente don ERNESTO SEPÚLVEDA era chillanejo, tenía el día de su muerte en Miraflores 21 años, i había servido en el ejército sólo 4 meses i 23 días. Herido mortalmente en esa batalla i trasportado a Valparaíso, falleció en el hospital de esta ciudad, al lado de los dos Almarza, que habían sido dos gloriosos niños, chillanejos como él.

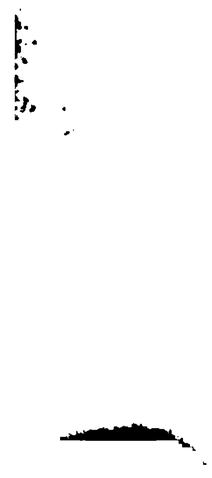
XII.

El subteniente don ADOLFO LAGOS era también oriundo de Chillán i deudo del bravo coronel que había organizado el cuerpo santiagueño. Más joven aún que sus compañeros ya nombrados, una bala, traspasándole la frente en Miraflores, lo dejó instantáneamente sin vida cuando no había cumplido todavía 20 años.

XIII.

Hemos seguido en estos recuerdos del más

famoso de lo
rra la capital
edades de su
arte de ello, p
TO GONZÁLEZ,
espirar en Sa
1.° de febrero
recibidas en u
en esa fecha
pleado del co
zález Fuenza
escritorio del
logró el jove
2.° en el Sant
teniente en f
contró en no
para caer en
JOSÉ MANUEI
i RAMÓN ER
ha quedado n
su nombre i s



Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

era adolescente como Garai, porque el día de su heroico sacrificio, dirijido a salvar su tropa i a un compañero, había cumplido 31 años.

Nacido en Linares, habíase criado como en tierra de robustos soldados, sentando plaza en el 4.° de línea, en cuyo cuerpo sirvió 15 años, ascendiendo a cabo i a sarjento. En setiembre de 1880 entró como subteniente al rejimiento Santiago, i en diciembre de 1881 era ascendido a teniente, habiendo merecido por su conducta en Tacna mención especial en el parte de la batalla.

El teniente Retamal salió contuso en Miraflores; hizo después la malhadada campaña del comandante Letelier en 1881, la del coronel Lynch, cuando éste se internó infructuosamente por Canta, i por último la que al mando del coronel Canto se internó en el valle de Jauja en abril de 1882 i terminó en julio de ese año por una cruel retirada que envalentonó al enemigo, hasta Huamachuco, causando así daños irreparables a la ocupación chilena i a su funesta duración.

DON PEDRO NAVARRO ROJAS

TENIENTE DEL SANTIAGO

I.

Tuvo también el rejimiento Santiago, a más de los dieziseis oficiales cuyos nombres quedan inscritos para eterna memoria en estas pájinas, una víctima singular, sacrificada antes de las batallas en que la sed hizo los crueles oficios del plomo asesino; i fué éste el teniente don Pedro Navarro Rojas, muerto positivamente de sed en la marcha de Pacocha al valle de Moquegua en marzo de 1880, cuando después de haberse *ensalitrado* (esta era la expresión de los campamentos) el ejército vencedor de Pisagua i San Francisco en los calichales de Tarapacá, dirijiéronse sus batallones con paso de plomo a la ciudad de Tacna a través de otro desierto.

Lance tan doloroso es el que nos cabe hoi referir, si bien invirtiendo un tanto la lójica de las fechas, respecto del exterminado rejimiento Santiago, cuyos muertos contados por nosotros en estas pájinas, desde jefe a subteniente, ascienden a no menos de veinte, sin contar «los ignorados.»

II.

En la oscura vida de los cuarteles i de las guarniciones, la existencia del teniente del rejimiento Santiago don Pedro Navarro Rojas, muerto en la vecindad del campamento del Hospicio, no es, a la verdad, sinó pasajera sombra que se pierde entre las sombras. Hijo de aquel capitán español que cayó atravesado de balas en la boca de la calle de las Recojidas (hoi de Miraflores) al comunicar una orden del coronel García en la mañana del 20 de abril de 1851, fué, hace hoi veinte años, durante unos cuantos meses, alférez de Cazadores a caballo.

Pero desde temprano buscó pobre i afanosa vida de expedientes. Poseía el ex-alférez el arte de la caligrafía con una perfección maravillosa, i en estos postreros años fué dependiente de la botica homeopática del excelente doctor García, i en seguida secretario-escribiente del jeneral Cañas, el simpático ministro del Salvador, que fué nuestro huésped en 1876-77. Esto es todo lo que se sabe de la vida civil i militar del muerto por la sed...

III.

Pero si su vida exterior fué oscura i laboriosa, aventurera i pobre, su muerte vióse rodeada de penas i de presentimientos que revistieron su trájico fin de un doloroso interés.

Desde el día en que se embarcó en el *Rimac* (buque de mal augurio) el 18 de mayo de 1879, presintió su fin, i así anunciólo a su joven esposa desde a bordo: «*La muerte no más diviso*, rodeada de pesadumbre.»

I este presentimiento le persigue como un espectro en todas partes. «Ansío,—volvía a escribir el día de su desembarco en Antofagasta el 23 de mayo de 1879,—ansío de deseos de entrar en batalla para de una vez resolver el problema de mi vida: o soi feliz a tu lado o *muerto*...»

IV.

El Santiago es el primer rejimiento que sale a campaña en los tempranos días de setiembre, desembarca en Tocopilla i marcha a San Miguel de Quillagua; i apenas instalado bajo la lona, sintiendo su corazón asido por las garras del fantasma que lo espía, el oficial chileno vuelve a escribir a su esposa, en los primeros días de octubre i desde la orilla del Loa:

«Aquí todos ardientemente deseamos ver cara a cara al enemigo i dar el ataque de una vez; *gloria o muerte*, porque rendirse como se vieron obligados los compañeros de armas que venían en el *Rimac*, esto no sucederá.»

Había virtud en aquella alma sombría, pero no había felicidad porque no había esperanza.... Era un condenado a muerte que aguardaba resignado su hora i la elección de su suplicio.

V.

En febrero de 1880 le había nacido su primer hijo, i el soldado, perseguido por el hado, vuelve a escribir a fines de ese mes i desde Ilo esto que sigue:

«Con fecha 16 de febrero el gobierno aprobó mi nombramiento de teniente; esto *en nada me ha impresionado*, como el saber que tengo un hijito, fruto primero de mi matrimonio. ¡Ah! queridísima esposa, Dios la guarde a usted para que cuide a nuestro Carlitos, si por desgracia *muero yo* en el campo enemigo».

En otra carta decía (Ilo, marzo 2 de 1880) i a propósito de su malhadada vida:

«Marchamos nada más que con lo encapillado i el capote».

VI.

Había llegado, entretanto, la hora de marchar para el rejimiento. El Santiago sale de Pacocha incorporado a la segunda división el 12 de marzo. Un tanto indispuesto, sigue el teniente Navarro; su rejimiento se adelanta al día siguiente por el tren; alcánzalo en Salinas i recorre su huella fatigado i a pie. La sed, el cansancio, la reververación del sol, terrible en el desierto, lo agobian poco a poco; pide agua, i no la hai; su cuerpo, que ha sido antes robusto, i su rostro, que ha sido varonil, se demacran; cae a la orilla del sendero, sin sombra i sin amparo, i allí muere en medio de espasmos secos, de crueles convulsiones.

Horrible es la muerte del que perece ahogado, pero cien veces más desesperante debe ser la agonía del que sucumbe con su cuerpo calcinado como la arcilla en el horno de reverbero, sin que un soplo de brisa ni una gota de rocío calmen el fuego devorador. Un hombre muerto de sed es un ladrillo de carne humana, cocido a fuego lento. I, ¡cosa extraña! él mismo parecía haber presentido que el agua o su privación le matarían. «Yo sufro aquí del hígado *por el agua*,—había escrito a su hogar desde Antofagasta el 6 de junio;—i todavía, como aprendiz del doctor García, habíase hecho a la ventura *médico de las agüitas*. Al menos en días de penuria, ejercitara el infeliz aquella profesión en Copiapó...

Entretanto, los que vienen atrás abren un ho-

yo, envuelven al muerto en su capote, le echan una delgada capa de guijarro i, ¡adiós!

VII.

Pero encuéntrase todavía una pena más negra en esta guerra, que queremos recordar a los que para todo quieren "¡guerra....!" Mientras el soldado moría de sed en el desierto, su joven compañera se moría de hambre en Santiago. En su tiempo visitamos por deber el hogar de la viuda, i ¡oh Dios! todo su ajuar era un grueso paquete de boletos de prendas, que con mano trémula iba la desdichada recorriendo sobre los desnudos ladrillos....

He aquí su inventario, copiado de los orijinales impresos:

"Un vestido de lana plomo, usado i manchado. Ha recibido 1 peso 50 centavos i pagará dos pesos, a razón de cinco por ciento al mes, en esta forma: uno por ciento por interés del dinero (esto es el pudor de la usura) i el resto (esto es el salteo de la usura) *por comisión, pago de patente*, etc., etc.

"Una *enagua usada*, 50 centavos: pagará 70 centavos.

"Una alfombra de iglesia, 1 peso 40 centavos: pagará dos pesos, i en este boleto dice así: "uno por ciento del dinero i cuatro por ciento de *bodegaje*". ¡El bodegaje de una alfombra de iglesia!

Todavía otro boleto entre cien más: "Una camisa blanca para señora, 60 centavos: pagará 80 centavos...."

En cuanto a su hijo, ¡oh! ¿cómo habría sido dable a su hambre conservarlo? Habíalo enviado, recién nacido, al campo, donde la leche de las hembras, huasa o vaca, se da gratis.... ¿Sabían, por ventura, las jóvenes madres de Santiago que en esta gran ciudad es un lujo de la miseria amamantar sus propios hijos?

VIII.

He aquí todavía un detalle más horrible que todo esto, i que, como el anterior, pedimos permiso para consignar en estas pájinas finales, como melancólica demostración de lo que es la vida del soldado, visto nó en traje de parada, sinó en las angustiosas interioridades de su existencia:

El día en que llegó oficialmente la noticia de que el teniente Navarro había muerto de sed en el desierto, suspendieron a su viuda, hecha recientemente madre, la mesada de 20 pesos que le tenía asignada el muerto....

¿Entonces la tesorería de Chile es más cruel que las ajencias?

—¿I de qué vive usted, señora? preguntamos con profunda lástima a la joven viuda, al verla en tamaño desamparo. I su respuesta, helada como el hambre, i ronca como la sed, fué ésta:

—Vendiendo, señor, estos boletos en el barrio....

La infeliz mujer del soldado muerto de sed vivía bebiendo sus propias lágrimas....

Siquiera hubiéralas vertido en los calcinados labios de su esposo moribundo....

Pero para ella todo había concluido, i quedaba cumplida la profecía que en días más felices i de alegre devaneo había escrito sobre una tarjeta de amor i de esperanza, con su hermosa letra el calígrafo-soldado:

Souffle le vent, souffle le vent
Il emporte la feuille et le serment...

Después... el cierzo de la desnudez, que mata como el hambre de los senos enjutos, arrebató también su único hijo, i la esposa olvidadiza contrajo nuevos vínculos, quedando así cumplida la triste profecía del soldado, porque el viento llevóse la "hoja", que era el hijo, i el "juramento" que era la fidelidad.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

LOS SOLDADOS DE LA MONTAÑA

EL SARJENTO MAYOR DON NICOLÁS JIMÉNEZ VARGAS, EL CAPITÁN JARPA I LOS SUBTENIENTES REYES BASSO, RODRÍGUEZ, SEPÚLVEDA I ARRATIA, DEL CHILLÁN

I.

TODOS los oficiales del fornido rejimiento Chillán, almácigo de crecidos robles de enhiesta talla i pechos de pellín, que los jefes de aquel robusto cuerpo entresacaron de su histórica «Montaña», cuajada de jente recia, de árboles corpulentos i de bravos voluntarios que se sacrificaron por su patria i por su suelo desde Tacna a Lima, término de su jornada, fueron, como San Martín, montañeses: nobilísimo elojio i definición gráfica de una provincia de valientes. I el más notorio entre ellos fué su propio 2.° jefe el sarjento mayor don NICOLÁS JIMÉNEZ VARGAS, que fué el primero en caer bajo el plomo enemigo al comenzar el ataque de San Juan el memorable 13 de enero de 1881.

Hijo de un pueblo de aquella comarca en la cual hasta los árboles parecen soldados, el mayor don Nicolás Jiménez Vargas, sobrino del comandante Vargas-Carampangue i hermano del capitán Manuel Antonio Jiménez Vargas, mozo de probado valor desde cadete, militó durante más de 20 años en el Buin i tomó parte en las intermitentes guerras civiles de esa época (1859), así como en las de la Araucanía, esta guerra civil en permanencia. Fué también por ese tiempo uno de los fundadores de Mulchén, en cuyas vegas, famosas desde la inmolación del último defensor del rei en 1824, estuvo destacado con su compañía, de noviembre de 1861 a mayo de 1862.

Ascendido a capitán en su antiguo cuerpo al comenzar la guerra (29 de marzo de 1879), batióse en Pisagua i asistió a las batallas de Tacna i Arica.

Hizo en seguida la malhadada campaña de intermedios con el coronel Lynch; i habiendo muerto su tío el comandante Jiménez Vargas, al emprender la campaña sobre Lima, ofrecióselе el puesto de 2.° jefe del rejimiento Chillán, que aquél mandara i a cuya cabeza pereció al comenzar la batalla, por efecto de una bala perdida que le cayó en el pecho, desde las alturas de la derecha, a cuyo pie su cuerpo avanzaba.

Pertenecía el mayor Jiménez a la escuela de esos soldados valerosos pero poco afortunados que de contínuo encuéntranse en las filas del ejército; i hasta para morir mostróse airado con él el destino, porque el plomo apagó su existencia, nó por el soplo de fuego del combate cuerpo a cuerpo, sinó en una escaramuza preliminar que le hizo víctima nó de su notoria bravura sinó de una triste casualidad.

II.

Perecieron también en la batalla de Tacna dos jóvenes chillanejos, uno de los cuales era capitán cajero de su rejimiento, mozo acomodado que hizo testamento en la víspera del combate i proveyó a la traslación de sus restos al suelo en que naciera. Llamábase José Manuel Jarpa; era un joven lleno de pundonor i de fe, que marchó al cumplimiento de su deber con el presentimiento de su sacrificio, que así por el esfuerzo de la voluntad trocóse en heroísmo.

Habíase incorporado al Chillán en noviembre de 1879, i al morir en la loma de Tacna, o más propiamente en los hospitales de sangre de ese pueblo, su edad, por su aspecto físico no podía exceder de 30 años.

III.

Junto al capitán Jarpa cayó en las filas del Chillán, conducido por el comandante Jiménez Vargas, el joven subteniente Abraham Reyes Basso, hijo de aquellas comarcas, el cual, siendo de familia holgada como su hermano Abel, entró de soldado raso a la compañía del capitán Zúñiga (4.ª del Chillán) en noviembre de 1879.

Ganando sus ascensos de tropa uno en pos de otro, era subteniente cuando en tierna edad le mataron. Su hermano Abel alcanzó también a hacerse notorio en el ejército por su singular semejanza con el ilustre capitán Arturo Prat.

IV.

No pagó demasiado caro el rejimiento Chillán su participación en las tres grandes batallas de Lima, porque en la carga de San Juan formaba la retaguardia de la brigada Gana (división Sotomayor) i en Miraflores estuvo en la reserva: pero tres jóvenes chillanejos quedaron todavía en el campo del honor como testimonio de la abnegación inagotable de los seis mil combatientes que sus nativas montañas produjeron.

Llamábanse aquellos los subtenientes José Manuel Arratia, Francisco Antonio Rodríguez i Juan B. Sepúlveda, este último, un niño de dieziseis años, hijo del buen ciudadano don Nicolás Sepúlveda, que custodiaba una verdadera tribu compuesta de quince o dieziocho hijos de las riberas del Maipón, tierra i río de patriarcas.

Semejante prolífica reproducción es, por lo demás, de estilo en las llanuras que baña el fertilizante Ñuble i sus cien afluentes montañosos, i por esto mientras todas las familias del poblado i la montaña forman verdaderas agrupaciones bíblicas, como la de Abraham, las tribus conviértense por sí solas en ejércitos innumerables como los de Faraón.

La montaña de Chillán, después de los arrabales de Santiago, ha sido el más abundante criadero de carne de cañón, destinado a las fauces insaciables de la guerra.

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

DON CARLOS DÍAZ GANA

SUBTENIENTE DEL REJIMIENTO VALPARAÍSO

I.

REPRESENTA la imajen franca, abierta, altamente simpática que contiene una de las últimas láminas de este libro, al malogrado joven que vivió apenas 20 años con el nombre de Carlos Díaz Gana i dejó imperecederas memorias en medio de la jeneración a que perteneció. Hijo de Valparaíso, descendiente de patricios de la independencia, hermano del bizarro mayor del rejimiento Lautaro don Ignacio Díaz Gana i del opulento minero que fué descubridor de Caracoles, el joven Díaz Gana educóse en el colejio Linacre i en el liceo de Valparaíso i partió feliz a la guerra. «Durante todo el tiempo trascurrido desde febrero de 1879 hasta noviembre de 1880, fecha de su partida a estas inhospitalarias playas,—escribía desde el Callao en febrero de 1881 uno de sus condiscípulos que más lo amó i que debía seguirle pronto a la tumba, apagándose en su pecho vívida esperanza (Alberto Toro Carrera),—el adolescente Carlos Díaz Gana se mostraba con sus amigos avergonzado de sí mismo. No podía convencerse de que cuando tanto compañero luchaba aquí contra las inclemencias de extraño clima, contra todas las penalidades de ruda campaña, él pudiera pasearse tranquilo por las calles de Valparaíso.

«I en los largos años que fué nuestro amigo, jamás lo vimos más contento i más feliz que cuando pudo decirnos en el cuartel del rejimiento Valparaíso:

—«Al fin he cumplido mi deseo de tanto tiempo. Ya soi soldado i partiré en tantos días más al norte».

«Ha servido,—exclamaba en distinta comunicación publicada en EL HERALDO de Santiago, otro de sus amigos de aula, el intelijente joven Guillermo 2.° Linacre que ha guardado culto a su memoria,—ha servido una causa más grande, la causa de la patria, i ha sucumbido noblemente al pie de enemiga trinchera en los momentos en que los suyos conquistaban para Chile inmortal gloria.

«Pero su nombre no se borrará.

«Coronado de laureles vivirá entre los que fueron sus amigos, i si un día la patria requiere nuevamente el brazo vigoroso de sus hijos en defensa de sus derechos, su nombre nos servirá de insignia en el campo del honor.

«Recordaremos siempre su vida pura, su muerte espléndida, i ese recuerdo será la corona de siemprevivas que depositaremos sobre su tumba, sobre la tumba de un niño, que cayó como atleta formidable en la sangrienta arena, para enseñan-

za de que la pujanza del corazón, que no reconoce edades, que vive lo que el hombre, vale más, mil veces más, que la pujanza del brazo, efímera, perecedera i casi siempre innoble!»

II.

Carlos Díaz Gana i Morales había nacido en Valparaíso el 27 de junio de 1861 i sus exequias se celebraron con la pompa de un íntimo dolor el 26 de marzo de 1882, faltando todavía en aquella apresurada cuenta algunos días para completar la alborada de la vida, pudiendo decirse de él lo que una madre de Cundinamarca dijo en su melancólico idioma nativo de un hijo arrebatado temprano a su amor:

«*En la mitad del día se le oscureció el sol*».

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

REJIMIENTO DE ARTILLERIA
Don ROBERTO WOOD
Don BENJAMIN MONTOYA
Don DELFIN CARVALLO
Don ROBERTO ALDUNATE
Don LUIS LEON CABALLERO

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

daba una batería i tuvo, con motivo de la tisis que le devoraba, una palabra heroica en ese hecho de armas. Aludiendo a los cortos días que la naturaleza le tenía a esas horas visiblemente reservados, exclamó alegremente delante de su tropa:—«¡Buen chasco se llevan los peruanos si me matan!...» i continuó batiéndose.

El «chasco» habría consistido en este caso en anticiparse algunas horas a la disolución de su propia naturaleza.

«La batería de campaña del capitán Villarreal i la de montaña del capitán Wood,—dice el coronel Velázquez en su parte oficial de la batalla de San Francisco (que para el ejército de Chile fué sólo un duelo de artillería i una carga a la bayoneta del batallón Atacama),—situado a la derecha de nuestra línea, impidieron la aproximación del enemigo al portezuelo que conduce a las aguadas de Dolores, sin duda alguna objetivo de aquél por ese costado».

Más adelante agrega:

«Me parece un deber de justicia prevenir a U. S. que el estado de salud del capitán Wood en los momentos del combate era alarmante. Sólo su entereza de espíritu, su valor i su dignidad de militar, le mantuvieron en su puesto, marchándose al día siguiente a Santiago, desahuciado de los médicos i con el permiso correspondiente».

IV.

Sobrepúsose todavía el ánimo entero del joven capitán a las exijencias de su lenta pero inevitable extinción i volvió a hallarse presente en Tacna, casi un año más tarde.

«Después de esta batalla—dice una relación póstuma de su vida, publicada al día siguiente de su fallecimiento, verificado en Santiago el 6 de julio de 1880,—fué comisionado el mayor Wood (ascendido a este grado el 2 de febrero de ese año), para recojer el cuantioso parque abandonado por el enemigo i disperso en una grande extensión.

«Ocho días consecutivos estuvo Wood acampado en el sitio mismo de sus trabajos, es decir, en el campo de batalla, en el cual se respiraban aún los miasmas mortíferos de centenares de cadáveres insepultos. A caballo o a pie recorría durante el día aquel campo de desolación i de muerte, i cobijado bajo una pobre tienda de campaña pasaba la noche, aguardando la llegada del alba para renovar su tarea. En una de esas últimas noches fué despertado para atender al llamado de un joven oficial herido que acababan de traer i pedía auxilio. Al instante Wood se levantó, tal como se hallaba, de su lecho, lo cedió i durante toda la noche se dedicó al cuidado de su inesperado huésped».

V.

No correspondieron a esos rasgos de una alma profundamente jenenerosa los que cubriéndose el rostro con las manos heladas de la ingratitud enviaron su cadáver al cementerio sin más tributos que los simples honores de su rango. «Nosotros al menos,—decía uno de sus compañeros de armas en un diario de la época, (El Nuevo Ferrocarril del 21 de julio de 1880),—nosotros que hacía pocos meses habíamos estrechando la mano de Roberto Wood en la misma falda de San Francisco; que habíamos sido testigos de su comportamiento en esa ocasión... nosotros que le vimos tendido i casi sin poder alimentar sus deshechos pulmones, en la noche, algunas horas después del combate; nosotros, en fin, que habíamos seguido la relación de su conducta en el resto de la campaña, hasta que, hecho un verdadero cadáver, vino a exhalar el postrer aliento en los brazos de su buena i querida madre, nos retiramos del cementerio con el alma ennegrecida por aquel acto de abandono póstumo.»

VI.

En cuanto al teniente Luis León Caballero, muerto, como el capitán Flores, por una bala en la frente en Miraflores, sábese sólo que había nacido en Santiago el 25 de julio de 1859 i que después de haber recibido mediana educación en diversos colejios particulares i en el escritorio del comerciante don Victorino Salinas, marchó a la guerra en compañía de sus hermanos Carlos i Julio que sirvieron en la infantería.

VII.

Respecto del alférez del mismo rejimiento (1.º de artillería), don Rafael Gaete, hemos hallado noticias de que era natural de Talca; que había tomado servicio en su arma en calidad de cabo en 1878 i que fué ascendido a oficial el 28 de agosto de 1880, para morir con señalado denuedo en el campo de batalla.

VIII.

Es talvez de oportunidad hacer mención aquí siquiera del nombre de un oficial que perteneció a la Artillería de Marina i aparece como muerto en acción de guerra, sin mencionarse ni su carrera ni siquiera el combate en que pereciera. Llamábase el subteniente don José 2.º Aravena.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Don C. MOLINA
2.º Jefe de la «Magallanes»

Don VICTORINO CONTRERAS
Guardia Marina del «Cochrane»

Don **M. J. ORELLA**
Capitan de fragata

Don PEDRO R. VIDELA
Cirujano de la «Covadonga»

EL ASPIRANTE YSAZA
del «Cochrane»

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

III.

Fué tan esforzada la conducta del teniente Orella en el combate de Punta Gruesa, en que su buque hábilmente manejado hizo encallar la *Independencia*, fragata acorazada i baluarte del Perú, que su reputación de bravo quedó consagrada como un alto heroísmo. Valióle aquel hecho memorable, por su fortuna i por su audacia, el ascenso efectivo de capitán de corbeta, así como Prat, si hubiera sobrevivido, tenía de sobra merecido el título de almirante.

IV.

Prestó en seguida el capitán Orella notorios servicios en la guerra, algunos de éstos insignes, como la subida de los cañones de campaña que con aparejos de mar verificó en la ladera arenosa de Ite en la víspera de la batalla de Tacna. Viósele trabajar allí personalmente, asido a las rudas cuerdas como un titán, i es fama que en cierta noche el ministro de la Guerra Sotomayor, al verlo caer al suelo, postradas sus últimas fuerzas, colocóle por sus propios brazos en su improvisado lecho i allí veló su sueño.

V.

Nombrado más tarde (1880) comandante de la corbeta *O'Higgins*, acompañó en esta condición la expedición Lynch al norte del Perú, i trajo después, en el *Amazonas*, los heridos de Chorrillos i Miraflores. Una semana antes el *Itata* había conducido simplemente a los mártires...

Nombrado comandante en propiedad de aquel trasporte, dispuso el gobierno que condujese a su bordo a Panamá, por evitar imajinarios peligros de captura, al ministro recientemente acreditado ante el gobierno de Estados Unidos don Marcial Martínez (febrero 9 de 1881); i a su regreso de aquella comisión fatal, el jermen horrible de una fiebre tropical apoderóse de su fuerte estructura i en pocas horas estranguló su garganta, falleciendo en la rada de Guayaquil el 15 de marzo de 1881, cuando aún no había cumplido 30 años. La causa de su muerte fué el vómito negro, fiebre de Panamá i de Guayaquil en el Pacífico, como lo es de la Habana i Vera-Cruz en el Atlántico.

VI.

Después de los capitanes Prat, Thomson i Orella i de los subalternos Rodríguez i Contreras, hízose acreedor a un puesto distinguido entre los escasos oficiales de mar que nos costó la guerra el teniente don Tomás 2.° Pérez, hijo de Valparaíso i de un laborioso industrial de su propio nombre.

Cadete en la Escuela Naval de su pueblo nativo desde 1868; guardia-marina en 1874; teniente 2.° al comenzar la guerra, hallábase el oficial Pérez con Orella a bordo de la *Covadonga* en el día de *Angamos* i con Thomson en el *Huáscar* el día en que aquél, combatiendo temerariamente dentro de la rada de Arica con sus fuertes de tierra, sucumbiera (febrero 27 de 1880).

I en ambas ocasiones el teniente Pérez fué digno de esos dos jefes. Al lado del último resultó herido i perdió la mitad de la jente que servía su cañón.

VII.

Hizo, en seguida, a bordo del *Blanco Encalada*, buque almirante, la fatigosa campaña del bloqueo del Callao durante el año de 1880 hasta que por un extraño accidente, hallándose a bordo del *Angamos*, sobre cuyo puente acababa de montarse un cañón de largo alcance, zafóse esta pieza formidable de su cureña, matándolo instan-

táneamente, junto a su montaje, el 26 de diciembre de 1880, esto es, en la víspera de la rendición de Lima i del Callao. «La fatalidad,—dice un oficial que presenció su trájico, inglorioso fin a bordo del trasporte armado,—había llevado a mi buen amigo a bordo de ese buque para ver de cerca el bombardeo que el *Angamos*, desde días há, dirijía al puerto.

«El capitán Moraga manejaba la puntería, i, como de costumbre, sus tiros hacían terrible efecto dentro de la dársena, poniendo en serio peligro la vida de la corbeta *Unión*.

«El enemigo comprendiéndo lo crítico de la situación que le creaba este bombardeo a mansalva, quiso distraer la atención del *Angamos* sacando a remolque al monitor *Atahualpa*. El capitán Moraga tuvo que irse inmediatamente a su buque a consecuencia de esta salida, así es que Pérez lo reemplazó. Esta vez hubo de dispararle al monitor i de hacerlo con carga máxima, así es que la pieza tuvo que sufrir un gran esfuerzo; el tiro partió, bañó al *Manco* i todavía le quedó fuerza a la pólvora para que el cañón se separara de la pieza que contiene a los muñones i se fuera al agua por la culata.

«Esto no fué lo que le ocasionó la muerte a Pérez, sinó el desprendimiento de algunos trozos de hierro de los accesorios del montaje que lo hirieron horriblemente en el estómago, pecho, corazón i, por último, el haber azotado la cabeza contra uno de los costados del buque, golpe que le partió el cráneo, haciéndole lanzar un grito doloroso que le llevó las manos al corazón. Así, murió este entusiasta i buen oficial, este excelente amigo, este recomendable padre de familia.»

VIII.

La trájica muerte del teniente Pérez fué sinceramente llorada por sus compañeros de armas como habíalo sido la del aspirante IZAZA i la del guardia-marina CONTRERAS en Pisagua; la del teniente don ZENOBIO MOLINA, segundo jefe de la *Magallanes* en Chipana, fallecido en Talca, su ciudad natal, a causa de las penurias del Océano así como el pundonoroso aspirante Goycolea que al lado de Thomson pereció en Arica; por manera que cuando en principios de julio de 1881 fueron trasladados sus restos al cementerio de Valparaíso, agolpóse la ciudad al paso de su enlutado sarcófago, i un poeta que en ocasiones solemnes ha sabido entonar su voz hasta el himno (1), dijo de su pérdida i de su memoria, al depositar aquéllos en la fosa, las siguientes sentidas palabras de dolor:

«¡Cuántas esperanzas frustradas! ¡Cuántas ilusiones perdidas en aquel hogar alumbrado ayer con los colores de una aurora de amor i hoi sumido en la amarga oscuridad del dolor sin esperanza!

«El valeroso teniente Pérez fué como llevado por la mano del destino al altar de la muerte. Fuera de su propia nave ocupaba un puesto ajeno, cuando una inesperada fatalidad lo hizo pasar de súbito de la vida a la muerte, llenando de consternación a la heroica armada de la república.

«Cayó como bueno en el puesto del honor; cayó disparando el cañón que aterrorizaba a los enemigos de Chile, i Chile agradecido inscribirá su nombre en el libro de oro de sus mártires.»

IX.

Obra de justicia sería encontrar todavía espacio suficiente en esta colección de memorias póstumas para recordar la del jeneroso cirujano don PEDRO REGALADO VIDELA, natural de Coquimbo, e inmolado a bordo de la *Covadonga* en el combate de Iquique por una bala de cañón

(1) Don Eduardo de la Barra.

que desangró en pocas horas su robusto cuerpo, no así su alma heroica; i otro tanto habríamos de hacer respecto del guardia-marina don JUAN FIERRO BEYTÍA, sacrificado en la celada peruana del *Loa* ocurrida en la rada del Callao en la tarde del 3 de julio de 1880.

Pero el primero no pertenecía sinó accidentalmente a la marina, i el último era un niño que comenzaba apenas su carrera, como Contreras, como Izaza i como Goycolea. El guardia-marina Fierro Beytía, hijo de un veterano de la independencia, don Francisco Fierro Calvo, había entrado a la Escuela Naval en 1874 i encontrádose durante las campañas marítimas de la república, como el teniente Pérez, en la captura del *Huáscar* i de la *Pilcomayo* (1).

---

(1) Un sentimiento de justa conmiseración póstuma, de que se dará fácilmente cuenta el lector, nos ha hecho silenciar aquí intencionalmente los nombres de los capitanes Peña i Terrari que perdieron sus respectivos buques por engaño falaz de los peruanos, el primero (el trasporte *Loa)* en la rada del Callao el 3 de julio de 1880, i el último (la gloriosa i no rescatada *Covadonga*) pocos días más tarde, 13 de setiembre, en la rada de Chancai.

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

treparon sobre sus cañones i allí se hicieron matar. Pereció también allí un cabo del Atacama, mozo instruido i de condición superior en todo a su humilde puesto, hijo de un bravo que vive desde hace más de treinta años en la fama guerrera de su provincia (desde el sitio de la Serena en 1851), el sarjento-comandante José Silvestre Galleguillos, cuyo nombre i cuya bravura su primojénito había heredado. El cabo 1.° de la 1.ª compañía del Atacama José Silvestre Galleguillos, cayó en efecto, en la carga a la bayoneta de San Francisco, i con la estoica resignación de su puesto humilde había escrito a su esposa (doña Dolores Vergara, desde el campamento de Dolores el 9 de noviembre de 1879) estas palabras que podrían tomarse como el eco de todos los heroísmos anónimos i desinteresados.—«Bien puede ser que algo se mencione a tu viejo que se ha mostrado como el finado su padre... aunque a un pobre siempre se le repica con campanas de palo...»

IV.

En la retirada de Tarapacá que siguió al triunfo de San Francisco, ocurrió también con los cañones que mandaba el joven don José Manuel Ortúzar, subteniente en aquella sazón, hoi sarjento mayor de su arma, un lance de heroico despecho que es una revelación del indómito patriotismo araucano del chileno.

El sarjento Martínez, viejo veterano que tenía a sus órdenes aquellas piezas, al verlas irremisiblemente perdidas, echóse de bruces entre sus ruedas i por más que su joven capitán le exhortó para que se salvara, prefirió morir, como los jóvenes artilleros de Salvo, antes que dejar un solo pedazo de bronce en manos del ufanoso enemigo.

V.

En pájina anterior de este libro hicimos memoria de la indómita bravura con que la escolta del estandarte del Coquimbo defendiólo en la final arremetida que este cuerpo, digno de su renombre de Maipo, hizo a las líneas de la Alianza en Tacna, i ahora habremos de agrupar aquí los nombres de los que perdieron el estandarte del 2.° de línea en la quebrada de Tarapacá, formándole antes un pedestal de carne roja con sus mutilados cuerpos.

Cuando el hercúleo porta-estandarte Barahona soltó de sus brazos paralizados por la muerte el trapo santo, recojiólo el sarjento 1.° Justo Urrutia, i muerto éste, cojieron sucesivamente el asta acribillada, los sarjentos segundos Francisco Aravena i Timoteo Mesa que a su turno i a su tiempo rindieron las jenerosas vidas.

Entraron en seguida a sostener la insignia, por su orden de batalla en la custodia del estandarte, los cabos primeros José Domingo Pérez i Bernardino Gutiérrez, este último asistente del bravo Vivar; i entonces, cuando en torno del pabellón no quedaba ningún sobreviviente, desplomóse éste sobre el grupo de héroes, cubriéndolos a todos como si sus pliegues hubieran sido su fúnebre mortaja.

VI.

Por lo demás, fué en el desigual combate de Tarapacá tan esforzado el brío acostumbrado de las *clases* de la tropa de línea, que el capitán Necochea perdió todos sus sarjentos i siete cabos: el sarjento Felipe Machuca, natural de la Serena, el sarjento Abraham Sepúlveda, del Maule; el sarjento José Sántos Vivanco, de San Carlos del Ñuble, i el sarjento José del Carmen Aróstegui, hijo de Concepción, que recibió dos balazos sin acabar de morir como su arrogante capitán que sacó catorce heridas i aún hállase vivo (1885). En realidad salvó apenas de aquella denodada compañía un solo sarjento, aquel mu-

chacho Manuel Necochea, hijo del capitán que la mandaba, niño de 16 años que se hizo célebre por su fuga de Camiña i ha muerto hace poco en clase de teniente.

VII.

En otra ocasión hemos contado que el mayor Ricardo Serrano fué encontrado cerca del cementerio de Chorrillos sostenido su cadáver en los brazos de un sarjento que aún muerto parecía protejerlo con su pecho. Llamábase este bravo Simón González i era el sarjento 1.° de la cuarta compañía que mandaba en aquella mañana el hermano del abordador. No lejos de aquel grupo yacía también, junto al cadáver del capitán Riquelme Lazo, el del sarjento 1.° Santiago Berselle, de su compañía.

VIII.

Pero donde obtuvo mayor prestijio la clase de sub-oficiales que en las guerras modernas, sin exceptuar las de Chile, ha alcanzado mucha más alta significación militar i moral, fué entre los juveniles sarjentos del rejimiento Atacama, individuos instruidos, honorables, que habían tomado las armas por convicción i que en el reposo de las batallas, en el ocio de los campamentos hacíanse diaristas como los de otros cuerpos, se improvisaban dramaturgos, acróbatas, májicos, poetas, cual el soldado payador del 2.° que cantó la *redota* de Tarápacá:

"Los cholos en Tarapacá
Nos sumieron el bonete"...

IX.

Los sarjentos del antiguo ejército de Chile, a la verdad, los sarjentos del ejército de Rancagua i de Chacabuco, de Maipo i de Yungai, eran, por lo jeneral, hombres rudos que habían ganado sus jinetas a bayonetazos contra el godo o el peruano. Algunos sabían leer, pero los más sabían sólo matar, como los *grognards* del ejército del primer imperio. Su tipo más acabado fué aquel intrépido *sarjento Montero*, a quien hizo matar Rosas (cuando había subido en sus tropas a coronel) porque le tenía miedo, i a quién inmortalizó la pluma de Vallejos contando su aventura heroica de la vega de Talcahuano i su más heroico fin en Buenos Aires.

X.

Pero, como regla de guerra, los cabos i los sarjentos de nuestro actual ejército no pertenecen a esa tropa ni a esa escuela. Son en su mayor número mozos entusiastas, valientes, patriotas, a veces un poco diablos, de esos que dicen que han *cortado sus estudios*, cuando en realidad es el estudio el que los ha cortado a ellos; pero todos, más o menos, nobles i jenerosos mancebos, que aman a su patria ante todas las cosas i mueren alegremente por su gloria. En las batallas del Perú cayeron en las filas más de 600 oficiales de subteniente a coronel. Pero tan sólo en las dos grandes jornadas finales de la guerra sucumbieron 286 sarjentos, de los cuales 139 fueron derribados por el plomo en Chorrillos i el resto en Miraflores.

XI.

En la primera de aquellas batallas quedaron en el campo don Honorato Órdenes, Juan 2.° Cooper, Rodolfo Prieto, José A. Tricó, Juan N. Peña, Roberto A. Gallo, Roberto Venegas, Aurelio Vallejo, Bernardo Castro, Félix M. Olavarrieta, todos sarjentos del Atacama, que tuvo en aquel terrible encuentro 346 bajas, siendo que una sola compañía (la 3.ª del 2.° batallón) perdió sesenta plazas entre ochenta.

La cosecha de la muerte fué un tanto más escasa en Miraflores, pero sucumbieron allí los sarjentos Clemente Ovalle, 1.° de la 1.ª compañía del primer batallón, José Antonio González de la 4.ª del mismo i Teodoro Almeida 1.° de la 1.ª del 2.°, resultando heridos el sarjento 1.° de la 3.ª Eustaquio Saavedra i José L. Guiñazú 1.° de la 4.ª Catorce en todos, como los "Catorce de Purén", que, según Ercilla, fueron dos más que los Doce de la Fama.

XII.

En cuanto a la posición social de aquellos mozos levantados, muchos de los cuales alcanzaron a mostrarse sublimes por su constancia i su desinterés, bastará recordar que uno de los sarjentos del Atacama llamado Luis García, muerto en Tacna, testó ante escribano antes de salir de su pueblo natal de Copiapó, distribuyendo una fortuna, que para un soldado equivalía a millones, porque fué valorizada en quince mil pesos realengos i saneados.

XIII.

Llamóse, entretanto, pintorescamente la segunda de las batallas de Lima que acabamos de recordar "la batalla de los *futres*", i esto con sobrada justicia, porque en ella derramaron jenerosa sangre 34 capitanes, 29 tenientes i 68 subtenientes, todos mozos de 20 a 30 años, hasta el número de 121. Pero asimismo habría podido llamarse aquella gran jornada histórica la batalla de los cabos i de los sarjentos, porque de los últimos fueron sacrificados 127 i de los primeros 117: 244 clases en todo.

XIV.

No ha llegado todavía "el turno del soldado", porque no ha hecho su aparición aún la minuciosa verdad de la leyenda. Pero en el intervalo que hai de la historia a la última, bien cabe el lijero recuerdo que hoi consagramos al cuerpo de mayor fama entre los movilizados del ejército, i por esto hemos inscrito por separado este lema especial de "los sarjentos del Atacama."

XV.

Era, en efecto, el mes de setiembre de 1880, mes de ocio, de aprestos de paz i torpezas mil, contra las cuales la mano de la justicia no encontrará marca suficientemente quemante que castigue a los culpables, por la sangre i la vergüenza que costaron.

El ejército vencedor en Tacna, tascando el freno por marchar a Lima, se podría en sus campamentos del valle i de la ciudad, mientras los hombres de la Moneda maquinaban i pactaban en la *Lackawanna*... Recordamos todavía que en ese tiempo era común decir que el presidente Pinto *consentía ya*, como cosa de inmenso favor i de condescendencia suprema, que se *hablase* en su presencia *de ir a Lima*. ¡Ira de Dios! ¿I por tan mínimo capricho i poltronería insensata de un solo hombre, veinte mil soldados i dos millones de ciudadanos aguardaban pacientemente que se señalase a aquéllos hora tardía para ir a morir?

XVI.

Mas, por fortuna, el espíritu nuevo e innovador que había invadido los campamentos entre sus jóvenes oficiales i sus más jóvenes *clases*, no daba lugar a que el ocio roedor de las guarniciones agobiase el alma entusiasta i profundamente patriótica de aquellas muchedumbres armadas. Los oficiales habían improvisado un diario en Tacna *(El Hueco)*, i el escaso tiempo que les dejaba libre la instrucción cuotidiana

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

pero ¡oh, error! El santiaguino saludaba a una mata de membrillo.

"¡Diablos de santiaguinos!"

XIX.

En cuanto a la poesía, sin ser del todo orijinal, solía ser bien elejida como las dos estrofas que copiamos en seguida del núm. 3 de *El Atacameño*, i que, aunque atribuidas a un subteniente del Chillán, hace pensar involuntariamente en el ardiente numen de Gustavo Becquer.

PIENSO EN TÍ.

"Tú lo has dicho, mi bien, nunca se olvida
Cuando se sabe amar;
Dura el sincero amor más que la vida,
Más que la vida, más.

Así nuestra pasión eternamente,
Invariable estará;
Se extinguirá la luz, el mar, la fuente,
Pero ella no, jamás!"

XX.

Para dar vida a su periódico, que solía circular de mano en mano hasta en número de veinte ejemplares, constituyéronse los sarjentos del Atacama en sociedad de redactores, bajo la presidencia del sarjento Rodolfo Prieto, (que quedó más tarde en el campo de Miraflores) dándose por tesorero al sarjentò Caupolicán Vera, antiguo profesor de la *Escuela Sarmiento* en Valparaíso; i por secretarios al cabo Ascanio Prado i al sarjento José Antonio Tricó, los dos últimos almas del directorio i del periódico que pagaron después con su vida su jeneroso ardor. Prado, mozo de 19 años, hijo de Copiapó i el escritor Román Fritis, es el autor del notable juguete sobre la vida de campamento que antes hemos copiado. Tricó había nacido en 1859 al fragor de los combates que en su provincia i en la de Coquimbo libró Pedro León Gallo, que desde entonces hízose su ídolo. Niño i estudiante del liceo de su pueblo, había fundado sociedades literarias ante sus condiscípulos i por amor a una joven de su pueblo habíase hecho poeta. Al emprender la campaña trabajaba con fruto una mina en Caracoles.

Entre los miembros del directorio de *El Atacameño* figuraban también el sarjento Anatolio Mandiola, hermano del célebre escritor político Romulo Mandiola, el cabo Lindor Arenas, hijo de minero, Juan de Dios Quirós, soldado de Chiloé i Alejandro 2.° Carrosini, hijo de un minero de nacionalidad italiana establecido en Copiapó. Era este último el hombre-imprenta de la alegre compañía, porque teniendo una bonita letra, él solo escribía a tres columnas las cuatro pájinas en folio de *El Atacameño*, i las copiaba quince o veinte veces.

XXI.

Mediante esta organización fraternal lograron aquellos nobles varones, ninguno de los cuales había llegado a la mayor edad legal, vivir en contínuo i sano retozo del espíritu, i aún dar fiestas lucidas en su campamento. El 18 de setiembre, los sarjentos del Atacama, entre muchas i variadas funciones patrióticas, representaron con jeneral aplauso la linda comedia "Flor de un día", siendo el protagonista el sarjento Prieto i la dama una señorita Ipinza que acompañaba a su marido, sarjento de la banda del Atacama.

El sarjento Prieto, según se recordará, era presidente del directorio de *El Atacameño*, i a él cúpole caer el primero en la cumbre de Chorrillos. La solidaridad de los que en su diario de ocasión gritaban todas las semanas: ¡A Lima! había impreso así carácter en el ejército de Chile,

como el juramento de Asdrúbal. Sólo en la Moneda no exhalábase nunca este grito (1).

XXII.

Ascanio Prado, herido mortalmente en la batalla de Chorrillos, vino a morir al mismo valle en que tres meses antes ensayaba su numen de poeta, después de arrimar el fusil a la muralla del reposo.

Partió este heroico mozo, ensayador científico como Torreblanca, de simple soldado, abandonando lucrativa ocupación i acompañado de dos hermanos. El menor de éstos, un niño de 16 años, llamado Antonio Julio, era estudiante, i desde Pisagua a Tacna ascendió a cabo en la compañía de Torreblanca, 2.ª en el número i la primera en las hazañas. I cuando su capitán rodó en la fatal pendiente, el tierno adolescente cayó a su lado i su cuerpo fué hecho pedazos con cobarde i vengativa saña.

Recordando este hecho carnicero, el hermano sarjento i principal redactor de *El Atacameño* había dicho en su periódico el 6 de setiembre, con valiente desenfado:

"... el cuerpo de mi hermano
En la candente arena yo veo extremecer:
Clamando está venganza i pronto de mi mano
En Lima corrompida, en Lima la tendréis!
¡A Lima! ¡a Lima!.....
....."

XXIII.

En cuanto a los dos sarjentos que por sus señalados hechos aparecen en la pasada guerra como verdaderos tipos en su clase, el sarjento Aldea i el sarjento-capitán Rebolledo, la vida del último ha sido ya escrita, i si no figura, en el presente fúnebre repertorio, es porque no pertenece a la sacrosanta familia de los muertos, en cuyo exclusivo honor corre este libro de tiernas memorias.

Respecto del sarjento don Juan de Dios Aldea, sábese sólo que era natural de Chillán, que ejerció en su vida verdaderamente anónima los más humildes destinos, incluso el de cocinero, i que al abordar al *Huáscar* siguiendo al capitán Serrano i al morir como él probó que en el alma del chileno, aun bajo la burda túnica del soldado u oculta bajo el rudo poncho del telar, indíjena, suele latir el heroísmo sublime de los héroes de la antiguedad.

---

(1) De El Atacameño circularon sólo cuatro números en el mes de setiembre de 1880. Sus autores tuvieron la bondad de remitirnos el primer número lujosamente escrito i con una hermosa dedicatoria. Los tres últimos nos fueron directamente remitidos desde Chañarcillo por el apreciable joven minero don P. P. Figueroa i el valiente cabo Arenas que los había conservado como reliquias.

La nota remisoria de los sarjentos redactores decía textualmente como sigue; i como muchos de los bravos que la firmaron murieron por su patria, nosotros la conservamos también como reliquia. I dice así:

"Batallón Atacama Núm. 1.

"*Campamento de Pocollay, agosto 18 de 1880.*

"Señor B. Vicuña Mackenna.

"Estimado señor:

"Nos es grato dirijirnos a usted anunciándole que con esta fecha incluimos a usted el primer número de El Atacameño que los que suscriben han principiado a redactar.

"Como usted es i ha sido un asiduo cooperador de todo lo que significa progreso, es por esto que nos dirijimos a usted.

"En El Atacameño verá que somos por nuestros escritos jóvenes que recién tomamos una arma contra la ignorancia, guiándonos sólo el propósito de servir a los intereses de nuestro batallón, donde quiera que estemos.

"Con muestras de nuestra más alta consideración, nos es grato saludar a usted, atentos i S. S.—Rodolfo Prieto, sarjento 2.º—Eustaquio Saavedra, sarjento 1.º—Caupolicán Vera, sarjento 2.º—N. G. Miranda, sarjento 2.º—Arturo Ahumada, sarjento 2.º—José Antonio Tricó V., sarjento 2.º—Julio Peña, sarjento 2.º—Lindor Arenas Fraga, cabo 1.º—A. Prado, cabo 1.º".

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

tienda en Huaura, cuando, siguiéndole como sigue el perro al amo, llegó al Perú en 1820 (1).

IV.

El atributo más grande i más potente del ejército de Chile eternamente vencedor durante la última guerra ha sido, en consecuencia, su colectividad, es decir, el pueblo hecho soldado, el pueblo dócil, entusiasta, abnegado, que nada pide, que todo lo dá, i para cuyo rudo pecho i para cuya alma estoica no hai sinó un programa, una divisa, una ambición única i culminante contenida en esta sola frase:—*¡Viva Chile!*

El soldado chileno no sabe más que eso, no quiere saber más que lo que ese emblema de la patria ausente significa; no medita, no escudriña, no discute, no vacila; i por esto cuando divisa en el llano o en el mástil la blanca estrella flotando en el azulado lienzo del oriflama bendito, hincha su pecho con todo el aire que cabe en su ancho tórax, empuña con sólidos tendones el rifle o la cuchilla de abordaje, i dando ancha salida a la ajitación que sacude todas sus fibras, grita *¡Viva Chile!;* i esparciendo por doquiera la muerte, trepa a la cúspide para vencer o para morir. Lo último es igual para él a la vida, si al exhalar su postrer aliento en la ladera o sobre el resbaladizo puente de la asaltada nave, le es dable escuchar los gritos de victoria:—*¡Viva Chile!*

V.

Tarea poco menos que imposible sería acopiar los rasgos de heroísmo individual o colectivo que los soldados, los batallones, los rejimientos, las brigadas mismas de arrieros, ¿qué decimos? las agrupaciones femeninas asociadas a la guerra, ora con el manto majestuoso de la matrona romana, ora con el albo delantal de la virjen, ora con el traje pintoresco de las cantineras de batallón, se han acumulado en las fenecidas campañas i muchos de los cuales aparecen esparcidos en este libro de guerra.

A la verdad, desde las dos oscuras pero sublimes muchachas Leonor González i Juana N... cantineras del 2.° que por no abandonar a su jefe herido en el caserío de San Lorenzo de Tarapacá prefirieron en siniestro día ser quemadas vivas, hasta la fiel María Quiteria Ramírez, hermosa niña, que fué prisionera pero no sultana del campo peruano, i a la cruel pero vengadora Irene Morales, cuyo desposado había perecido fusilado en Antofagasta por balas bolivianas en la víspera de la guerra; i desde el capataz de mulas Juan Guajardo i al arriero Alejo Elguín, que excediendo a su deber cayeron entre las grietas del morro Solar, repartiendo municiones a la tropa en ocasiones desalentada por la penuria del fuego, puede decirse que el deber del patriotismo fué en todos los peligros cumplido con inquebrantable magnanimidad por los representantes del pueblo en sus condiciones más humildes.

VI.

¡Ah! ¡cuántos soldados hubo como aquel Vicente Zelada, del Atacama, que apenas recobrado de sus heridas de San Francisco en el hospital

---

(1) Los señores Sarmiento i Frías, que visitaron a San Martín en sus últimos años en París (1846-50), han dado testimonio de esta predilección del viejo jeneral i de la alegría con que recordaba a Justo Estai. Es curioso saber que el cadáver de este hombre atlético i valeroso, que pasaba a cordillera cerrada en sus hombros la carga completa de una mula, fué reconocido en 1838, dieziocho años después de su muerte, por algunos chilenos en el cementerio de Huaura, donde el salitre i el clima momifican los seres orgánicos. "¿Quién es éste,—dice uno de los expedicionarios de la campaña de Bulnes, que escribió en Huaraz un rasgo biográfico del guía de la cordillera,—quién es éste que se distingue entre todos por sus formas atléticas, su frente levantada i aún por larga i renegrida cabellera que todavía puebla su cráneo? ¡Es Justo Estai!"—(*Boletín del Ejército Unido, Restaurador del Perú.*—Huaraz, diciembre 13 de 1838.)

de Copiapó, volvió voluntariamente a las filas para morir como bueno en la cuesta de los Ánjeles; o como aquel Juan Portilla del mismo batallón, muchacho natural de Cutún, en la provincia de Coquimbo, carretonero en Carrizal, al romper la guerra, que habiendo recibido en la ladera de San Francisco cuatro heridas mortales, recobrado a la vida por un milagro de robustez, volvió a encontrarse en Tacna sin un ojo, sin un solo diente, con la mano derecha destrozada i el cuerpo perforado en su medianía por una bala que le bandeó de parte a parte! ¡Esos hombres eran cíclopes i por esto se contentaban con un ojo!

VII.

Escapan, sin duda, a toda cuenta aquellos mutilados de una batalla que han reaparecido combatiendo en otra batalla, como el Galvarino del poéma épico, i no debería exceptuarse de su larga pero casi del todo desconocida nómina el nombre del primer soldado que cayó en las asaltadas filas de Miraflores, el soldado del Concepción Amador Jara, de la compañía del capitán Ferro, ni el de aquel José Riquelme, valentísimo curicano que solicitado por su capitán para enarbolar la bandera chilena en el Salto del Fraile, a fin de hacer cesar el fuego de los nuestros en la llanura, cayó víctima de una abnegación digna de los que en las Termópilas griegas combatieron. Ni sería tampoco digno del afán de reparaciones que persigue la historia no mencionar siquiera la exclamación de aquel soldado del Coquimbo que trepando la loma de Tacna pronunció al desplomarse muerto en medio de las filas, estas palabras gráficas dignas de la leyenda de Waterloo:—*¡Adelante, rotos del Coquimbo!* (1).

(1) "¿Quién no recuerda las sublimes palabras de ese soldado del Coquimbo, que al caer atravesado el pecho sobre la trinchera, tuvo fuerzas para levantar la cabeza i gritar:

—"¡Adelante, rotos del Coquimbo!"... i espiró?

"En medio de la pelea, óyese tan bella expresión, sin que nadie hiciera alto en ella; pero, después, vuelta la calma al espíritu, se quiso saber el nombre de tan heroico soldado. ¡Inútil afán! confundido con sus compañeros de gloria, llevóse a la tumba el secreto de su heroísmo.

"¿Quién fué? preguntaban los oficiales al término de la jornada. ¡Quién fué! respondían los interrogados, ¡fué un soldado!

"¡Ah! si más tarde la provincia de Coquimbo erije algún modesto monumento en honor de sus hijos fallecidos en el campo de batalla, ojalá no olvide las inimitables palabras del soldado moribundo que invitaba a sus compañeros a la muerte i a la gloria: ¡ADELANTE, ROTOS DEL COQUIMBO!"

(EL COQUIMBO, diario de la Serena, del 29 de marzo de 1882.)

El rasgo del soldado del Curicó José Riquelme ha sido contado por el FERROCARRIL DEL SUR del 14 de enero de 1882.

VIII.

Largo, pero gratísimo trabajo sería el que modesto pero perseverante patriotismo impondría al cronista de la pasada guerra: el acopio de todas las comprobaciones del heroísmo individual del soldado en los combates, de sus injeniosas invenciones i de sus felices dichos en el campamento, fuera en el volatín, fuera en el drama, fuera entre los muñecos de sus títeres, por ellos mismos fabricados, pruebas todas injenuas i decidoras del inagotable buen humor del roto chileno hecho peregrino o combatiente por su patria.

IX.

Pero más larga sería la pájina que habría de contar sus íntimos dolores, sus crueles sufrimientos físicos, su lenta, resignada agonía en los hospitales de sangre, su resignado cansancio en las marchas a través de la puna de la sierra, en medio de las arenas candentes del páramo, su abandono, en fin, del lejano hogar visitado por la desnudez i por el hambre i que ellos no volverían ni a ver ni a redimir.

X.

Fué reveladora i casi típica a este respecto la historia de los dos hermanos José Dolores i Sabino González, contada por su propia madre, la cual va a sernos lícito reproducir a la postre de este libro de tristes memorias como la expresión más fiel de los dolores que la cruenta guerra depositó en los corazones, i que durante las campañas de la última, se anidaron en silencio en mil hogares sin padres, sin hijos i sin pan.

Es una historia casi doméstica pero profundamente sincera, que por lo mismo vamos a contar sin suprimir nada en sus tristes detalles del hogar propio i ajeno, leyenda dolorosa del alma, del campamento i del altar.

XI.

... Era una tarde del mes de abril de 1880, cuando nuestro sufrido ejército, después de haber recorrido con fauces enjutas el desierto de Tarapacá, internábase abrumado otra vez por la sed en los desiertos de Moquegua, camino de Tacna i de sangrienta batalla, cuando sentí en mi apartada mansión de la avenida del oriente en el camino de Cintura de la capital, el áspero rodar de un coche de posta. Por lo inusitado del caso i de la hora, pues los campanarios vecinos habían tocado ya las oraciones, salí yo mismo a la puerta i abrí.

Era la de la novedad una mujer anciana, que llegaba con sus humildes trastos, un delgado i mugriento colchón envuelto en cilindro como lo acostumbran los pobres que no gastan el lujo del árabigo almofrej, un pequeño baúl de madera de álamo, que por su peso parecía vacío, un atado, i entre otras menudencias del menaje del pililo i de la mujer del pililo, un hermoso niño de siete años, descalzo, sin sombrero i con la cara i el pecho descubiertos a la intemperie.

Esa mujer era el tipo de la madre del *pililo*, es decir, del soldado raso de Chile que nunca será más que soldado.

El niño habría sido el mejor modelo del hijo del pililo para el lápiz de Michón o el pincel de Lemoine.

El equipaje era jenuinamente el tren del pililo; hilachas, hilas, *hecho la hila* i de aquí *lalila* i en seguida el *pililo*.

El cochero, a su turno, era el pililo mismo, disfrazado de auriga.

El cuadro estaba completo.

XII.

No pude menos de compadecerme de aquel triste atavío de la miseria; pero por la importunidad de la hora díjele con cierto desabrimiento a la recién llegada:

—¿Qué se le ofrecía, señora?

—Vengo, señor, de Antofagasta, a alojarme a la *casa de la Protectora*,—me contestó con voz humilde,—i me han dicho que es aquí....

Confieso que una ráfaga de pesado mal humor pasó por mi alma. Era ya de noche. Mis amigos i mis niños esperaban, la sopa estaba servida; i el egoísmo, este aliado inseparable del hambre, egoísmo a su vez del ser orgánico que todo lo reclama imperiosamente a sus horas, interpúsose entre mi compasión i la viajera, entre su hambre i la mía.

—Señora,—repliquéle en tono un tanto destemplado.—Mi casa no es posada, i apenas guardo entre sus cuatro tablas a mis hijos. Vaya a alojarse a la Moneda.....

XIII.

Echóse a llorar la pobre anciana, i entre sus sollozos me pareció oírle que decía con irreprimible angustia:—"....Después que me mataron mis dos hijos....."

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Ni esa fecha, ni esa memoria, ni esas «reliquias» estaban en mis apuntes; pero, como la «muerte de Portales», el «veinte de abril», la «pelea de Loncomilla», el «incendio de la Compañía» i la «pelea de Tarapacá», tales anales pertenecían al fúnebre almanaque del pueblo, que cuenta los años por sus dolores, como el guarda-bosque la edad de los árboles por los anillos concéntricos de su corteza lacerada, dejéla proseguir, aceptando que las «reliquias» habrían sido contemporáneas más o menos con el «ánima de la artillería» (1852).

XVII.

—Yo me llamo María Valenzuela,—continuó diciendo la viajera de Antofagasta,—i mi marido se llama Rafael Quesada González, i así debe estar en mi partida de casamiento, porque soi mujer lejítima, casada i velada por la Iglesia. Estuve dos años sirviendo en casa de don Domingo Godoi, en la calle de la Compañía, i allí conocí a muchos caballeros que ahora me harán bien, a don Bernardo Solar, a don Manuel Bulnes, a don Bartolo Cañas, a don Gabriel Vicuña...

—Señora,—le interrumpí con lástima.—Todos esos bienhechores han muerto.

Pero la infeliz no pareció inmutarse...

Para el pobre, los vivos, en materia de dones i gratitud, son la misma cosa que los difuntos. Piden limosna a sus hijos, i así el recuerdo sírveles de pan durante dos o tres jeneraciones. ¿Quién podría negar una moneda o una levita vieja al *pobre de su padre?*

XVIII.

—«Así será, señor,—prosiguió diciendo la madre de Antofagasta.—Pero a los dos años de casada, mi marido me llevó a Valparaíso porque encontró trabajo en los almacenes fiscales que estaban en construcción, i allí me nació mi primer hijo, que está ahora en la ambulancia de Calama i se llama José Manuel. Vivimos en Valparaíso siete años, pero vino la revolución de don *León Gallo* (i hacía bien la anciana en llamar sólo con esos dos nombres de batalla a aquel noble ser, campeón i adalid, león i gallo), mi marido perdió su trabajo con la guerra, i como tenía un hermano en Copiapó, me fuí para «Abajo», *dos vapores* después de la pelea de La Sirena.

Es ese otro nombre pintoresca i merecidamente trocado. Por lo demás, las jentes de nuestras costas que hacen de todas las beldades sirenas, cuentan las fechas del mar por *vapores* como los araucanos las de sus tratos i sus guerras por las lunas. En 1869, *tres vapores* eran una luna, es decir, un mes.

XIX.

—En Copiapó nació mi segundo hijo, José Dolores, i el tercero, Sabino, i no me queda más que éste i el de Calama, que hace catorce años que no lo veo... i los otros son los de Tarapacá...—ensayó decir la anciana.

I aquí la infeliz prorrumpió en amargo llanto sin ser dueña de proseguir. Díle tregua i consuelos. Le ofrecí una pensión de la Protectora i el pago que debe el Gobierno por la lei de recompensas a los que mueren en batalla. Pero todo era inútil. Habíase roto la venda de la herida i manaba toda su sangre sobre el corazón i del corazón sobre los labios. El fondo del alma, del cual saca la angustia humana sus palabras i sus sollozos comprimidos, estaba agotado en aquel pecho rudo i sensible, i sólo quedábale intacto, pero inagotable, como los pozos salobres del desierto, el fondo de las lágrimas.

La pobre mujer no dejó de llorar un momento hasta que, una o dos horas más tarde enviéla

a los refujios del Perpetuo Socorro con una esquela especial de recomendación para la ecónoma de aquella institución de los últimos consuelos, la señorita Lucrecia Calvo, una niña santa que en aquel tiempo recorría todos los días los sucios barrios del Matadero llenos de pantanos en las calles i en los corazones; pero que no llevaba corneta blanca en la cabeza, porque esa era la túnica de su alma. I en ella reconócenla todavía los que lloran i los que se arrepienten...

XX.

Por mi parte, no he tenido nunca miedo a los muertos ni he sido cobarde para el dolor. Pero en el patio de asfalto de la Protectora, donde cada día sentábanse en 1879, entre la matanza de Tarapacá i la matanza de Tacna, trescientas, cuatrocientas, quinientas (hubo día de seiscientas) mujeres exhaustas, casi desnudas las más, con luto prestado las otras, con niños enfermos de hambre, pendientes al escuálido seno, con papeles mugrientos de empeño en las casas de prendas, pidiendo unas su rescate, otras la herencia del hijo, del padre, otras la sangre o la mortaja del esposo muerto en el hospital o en el desierto, me he maravillado de las mil formas que tiene el dolor humano en el rostro, en la palabra, en el acento en la mirada de sus víctimas.

Una mujer joven todavía, alta, morena, no mal parecida, enjuta, de mirada fija i serena, comenzó a visitar con alguna frecuencia las oficinas de la Protectora, una semana después de la acerva pero no exajerada nueva de Tarapacá, matanza de buitres, hecha a palos, sobre cadáveres i sobre rendidos por indios de la sierra adiestrados en ese ejercicio. Esa mujer había perdido en esa matanza a su marido, sarjento del Chacabuco, i a su hijo, soldado del 2.° Rara vez hablaba, llegaba sin saludar, sentábase muda, miraba con la fijeza del martirio, mostraba sus papeles, que eran una carta de Domingo Toro Herrera, recibía su socorro o noticias de su tramitación; i, como había llegado, se volvía lentamente, como la estatua del silencio, vestida con la túnica i el manto negro de la negra desesperación.

En aquella desdichada, cuyo nombre era Dorotea Riveros, viuda, sin hijos, sin hogar, sin esperanza, el dolor había revestido en ella las formas tétricas i ríjidas de la mudez, como en la madre de Antofagasta el dolor era la temblorosa elocuencia del llanto. ¡Ah! vosotros los felices, los satisfechos, los triunfadores cuotidianos que libáis en la copa egoísta de la victoria sólo la primera espuma que brota del fondo de jenerosa copa, al ruido de las músicas que pregonan las batallas, vosotros no alcanzáis a divisar sus heces ni a sentir en los labios su amargo dejo de horror. ¡Ah! ¡Si todos los días, siquiera una vez por semana, pudierais ver lo que es la guerra dentro de los corazones, os asombraríais de saber cuán horrible cosa es la guerra!

XXI.

Al fin, la desolada madre mitigó su aflicción, i continuó su relato sin dejar de llorar.

—Señor,—nos dijo,—mi hijo José Dolores era todo mi alivio. Lo bautizó el señor cura Julio, i salió bueno. Lo puse en la escuela de los artesanos de Copiapó, que es la mejor del pueblo, i aprendió hasta llevar libros. Cuando vino esta guerra de ahora, llevaba los libros de don Pablo Varas, i ganaba mucho dinero, porque además que él se trataba mui bien, me daba todos los meses quince, veinte i hasta más pesos. Cuando me encontraba sudando en la batea me decía:—*¡Madre, no lave!*... I a escondidas pagaba el pobrecito su lavado aparte... I el llanto caía sobre el regazo de harapos de la madre como el agua cayera en la rústica batea.

XXII.

—Pero como el niño, señor, había aprendido el manejo de las armas en la escuela de los artesanos i nuestro cura Julio nos pidió nuestros hijos prestados para la patria en una plática a todas las madres de Copiapó, yo le dije:—*Anda, pero yo voi contigo.* I con él i con mi marido, con Sabino i este niño nos fuimos a Antofagasta en la primera jente que fué vestida de paisano para la guerra.

Llegamos allá. Mandaron a mi hijo a engrosar el 2.° de línea a Caracoles, i luego volvió de Calama hecho un soldado, en la compañía del capitán don José Antonio *Carretón* (Garretón.)

Cuando lo ví tan parado, mi corazón se aflijió i le dije:—Hijito, ¿quieres que te saque de paisano? I él me dijo:—"Nó, madre. Es preciso pelear por la patria, i lo que acabemos con los cholos, hemos de dar guerra a la Arjentina, i hasta usted madre ha de pelear".

¡Pobre muchacho! Era atacameño, había olido la pólvora en Calama, había bebido agua del Loa i se había hecho héroe i conquistador...

Pero dejemos continuar su fúnebre relato a la madre del atacameño.

XXIII.

—En Antofagasta pasamos muchos meses esperando i *dándonos vuelta* como pobres. El capitán Carretón era mui bueno i mi hijo me socorría con su rancho. Además, el capitán Carretón le había tomado cariño a Sabino, niño mui travieso, i lo llamaba el *ñato* i le hacía apuntar al blanco. Un día vino el niño con una chaucha que le había dado el capitán porque le apuntó al blanco en la *guata*... (así, vino el pobrecito diciendo) i saltaba de gusto porque no sabía que lo estaban enseñando a morir: no tenía más que trece años i era poco mayor de porte que éste, i la madre casi orgullosa de su angustia señalaba a su chicuelo i único compañero en su peregrinación.

XXIV.

El ejército chileno había partido entretanto de Antofagasta, rumbo de Pisagua, a fines de octubre de 1879. José Dolores González marchó en su cuerpo i su pequeño hermano Sabino, agregóse a escondidas al Atacama, como atacameño, i con el mismo título que el perro fiel que sigue al rejimiento. No era soldado ni podía ser soldado, pero, ¿quién podía estorbarle ir de *perro* de su cuerpo?

Antes de alejarse el soldado de Calama, dejó asegurada la subsistencia de su madre, reservándole la mitad de su sueldo, conforme a la siguiente boleta:

"El que suscribe certifica que el soldado de la 3.ª del 2.° del rejimiento 2.° de línea, José Dolores González, ha dejado una mesada de cinco pesos a su madre María Valenzuela.

"Antofagasta, octubre 27 de 1879.

J. A. 2.° GARRETÓN."

XXV.

Esto sucedía el 25 de octubre de 1879. Un mes después, el 27 de noviembre, los dos hermanos perecían, el uno abrazado del otro, i todavía, en esta extraña sucesión de fechas lúgubres, el 27 de diciembre el soldado distinguido del 2.° de línea, J. Valverde, dirijióle la siguiente carta, propia de un valiente, pero que llevaría eterno luto a un desamparado hogar:

"*Santa Catalina, diciembre 27 de 1879.*

"Señora María Valenzuela,

Antofagasta.

"Mui señora mía:

"Recibí oportunamente su conmovedora car-

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

facción la honrosa carta del coronel Muñoz, la anciana de Antofagasta sacó de debajo de su raído manto i con cierta ufanía otro envoltorio en forma de raído escapulario. Contenía éste una carta del valeroso manco, hoi muerto i casi olvidado porque tuvo más lástimas que arrogancia en la guerra.

XXVIII.

Esa carta, escrita por un jeneral en jefe en campaña a la madre de un pobre soldado muerto en lóbrega celada, decía así textualmente:

"*Pisagua, 12 de febrero de 1880.*

"Señora doña María Valenzuela de González.

Antofagasta.

"Mui señora mía:

"Incluyo a usted, en contestación a su estimada de fecha 25 del próximo pasado, la carta que me ha dirijido el coronel Muñoz, jefe del rejimiento 2.° de línea, apropósito de los datos que le he pedido con motivo de satisfacer sus deseos.

"Con tales antecedentes usted puede presentarse al gobierno, si lo juzga conveniente.

"Deseando vivamente sean satisfechas sus aspiraciones, soi de usted A. S. S.

ERASMO ESCALA".

XXIX.

Una palabra más agregaremos a este jeneroso testimonio de una alma bien templada en el deber i la virtud, alma de Bayardo.—Las aspiraciones de la pobre madre, que el jeneral en jefe del ejército del norte deseaba tan vivamente ver cumplidas, fueron satisfechas, i probablemente a la hora i en el año que escribimos (marzo de 1885) la madre de los dos jemelos de Tarapacá, si no los ha seguido, los recuerda i los llora en pobre pero no desamparado hogar.

XXX.

Tal es, tal fué la última guerra de Chile vista dentro de los hogares, estudiada en la profunda intimidad de los corazones, i para los que en medio del deslumbrador bullicio de las armas i en el alegre alardeo de las victorias no la hayan conocido bajo la áspera túnica del soldado ni el regazo de tosco sayal de sus madres, quede aquí contada.

XXXI.

Otras escenas i otras peripecias de la vida de los soldados de Chile contadas, nó por sus aflijidas madres, sino por ellos mismos, cuando después de muertos han resucitado en el campo de batalla...

Aconteció esto positivamente en Tacna al bravo soldado del Coquimbo, Caupolicán Iglesias, ascendido después de Miraflores a teniente, i quien, habiendo sentado plaza de soldado raso junto con un mancebo que en aquella batalla inmortalizó su nombre muriendo con escepcional bravura, así cuenta en términos llanos del campamento, a la orilla del fogón, sus cuitas de soldado en la loma del Campo de la Alianza en cuyo páramo quedó moribundo.

XXXII.

"Iba a decidirse la batalla a nuestro favor,—dice el intrépido serenense, en una relación inédita que honra a otros como la precedente i a la cual nosotros no despojamos de sus peculiares jiros ni aún de su llana ortografía,—cuando el Coquimbo, en cuyas filas habiamos sentado plaza el mismo dia con Daniel Mascareño, recibió

orden del jeneral en jefe de que fuera a protejer a los que se batían en retirada. Este nuevo esfuerzo dió aliento a nuestros hermanos i los repuso para volver con mas ardor a la pelea, habiéndose hecho notar sobre manera el batallon Coquimbo al abrirse paso entre los que retrocedian i seguir adelante a paso de carga, sin tirar un solo tiro hasta encontrarse frente a frente del enemigo.

"Aquí rompimos el fuego llevando en nuestro centro nuestro glorioso "Estandarte" el que salió mutilado con once balazos, habiendo muerto el que no herido de toda su escolta.

"Nuestro empuje inició la victoria quedando el que suscribe en el campo de batalla atravesado por una bala de rifle que dentró por la tetilla izquierda perforando el hueso de la paleta quedando en tierra sin sentido cerca de una trinchera.

"Esto me sucedió en los momentos que cargamos a la bayoneta; el sarjento 1.° de mi compañía, tan pronto como me vió caer, ordenó a un soldado me ocultase donde pudiese; mas no habiamos andado dos pasos cuando una bala le dió en toda la cabeza matandolo en el acto, cayendo al suelo los dos nuevamente, sirviéndome por esos momentos su cuerpo de trinchera.

XXXIII.

"Entretanto, la victoria se pronunciaba en toda la línea; como a las cuatro de la tarde, poco mas o menos, el campo era nuestro i la victoria era completa; pero no dejaré pasar en silencio i para que la historia le haga justicia, que a los pocos momentos despues de haber caido herido i en lo mas recio del combate don Serjio Diaz me hizo la primera curacion con toda serenidad i sangre fria, i es mas que probable que a este apostol de la caridad debo mi vida.

"Mas no quiso terminar el dia sin que hubiera otro episodio de mui distinta naturaleza; un teniente boliviano, herido como yo, que estaba a diez pasos de distancia, viéndome aun con vida, tomó un rifle i cargandolo me disparó a mansalva un balazo que por fortuna dió en mi caramayola sin herirme; yo con aliento desfallecido le dije: hermano, Ud. i yo hemos cumplido nuestro deber como soldados aunque en distintas filas hayamos tenido la desgracia de caer, nuestra comun herida nos hermana en la fatalidad: por consiguiente no es justo, no es caballero, ni aun es permitido por la lei natural que Ud. me asesine tan impunemente.

"Sordo a mi observacion cargó nuevamente el rifle disparandome en el acto, cuyo tiro fué bien certero, pues me atravesó el kepis, hiriéndome levemente el cráneo, i habria continuado por tercera o cuarta vez el boliviano hasta lograr ultimarme, a no ser la casualidad de que a pocos pasos habia tambien un soldado, Juan Araya, del Coquimbo, que nunca olvidaré su nombre, porque tanto a este como al doctor Serjio Diaz del Atacama les debo los dias que hoi guarda mi existencia.

"Este soldado, como he dicho, era tambien herido de una pierna el que haciendo un esfuerzo de voluntad se levantó a la rastra para ir a castigar la felonia de aquel menguado boliviano, que no recuerdo su nombre, para verguenza de la historia, este le dió un tiro de gracia que lo ultimó en el acto i volviendo donde yo estaba me dijo,

—"Puede usted morir tranquilo por la causa de su herida, pero mientras yo respire aquí, ningun miserable tentará abreviar sus últimos instantes.

"Yo le dí las gracias con la mitad de mi ser en el otro mundo, pues no me quedaba ya mas que una gota de sangre que derramar, todo estaba terminado para mi, dí el último adios a mi patria i a mis padres i no pensé jamas que pudiera mas tarde pelear en "Chorrillos" i "Mira-Flores".

"Al siguiente dia abrí los ojos en medio de un sol abrasador, sin mas sombra que un muerto que mè servia de cabecera, a las cuatro de la tarde unos soldados chilenos me condujeron a la ambulancia peruana, me atendieron con todo esmero, lo que desde luego manifestaron deconfianza por mi vida i me desahuciaron. Sin embargo yo veia que otros mas sanos que yo desaparecieron del teatro de la vida para ir a otro mundo mejor.

XXXIV.

"Abiertas las puertas de Arica,—continúa el rústico soldado del Coquimbo,—nos condujeron a nuestra querida patria llegando a Coquimbo el 26 de junio de 1880, precisamente un mes cabal desde que recibí la herida, i sacado en camilla del vapor fuí recibido en los brazos de mi santa madre, i regado mi rostro con las puras i tiernas lágrimas de mi querido padre, hermanas i hermanos que todos me miraban creyéndome un cádaver. Mi palidez era mortal, pero los asiduos cuidados de una madre pura i santa me dieron espíritu i vital aliento, vida, entusiasmo, i ardor para volver de nuevo al campo de honor. En Nobiembre salí a Tacna a juntarme nuevamente sano i salvo con mis compañeros, encontrando a mi querido amigo Mascareño con el galon de Subteniente.

"A los tantos dias salimos de Tacna para Pisco i de Pisco para Lurin por tierra toda la 1.ª division contra-marchando la segunda brigada para Pisco, i nos fuimos por mar a Curayaco, i de ahi a Lurin, Estando en esa como un mes amaneció 13 de Enero donde los coquimbanos representamos un lindo papel tocandome un balazo en el pantalon i en Miraflores id. en la chaqueta, pero tuve la desgracia de perder al amigo Mascareño que le dieron un balazo en todo el estomago siendo su muerte desesperada, en fin hasta dentrar a Lima i despues dentrar a nuestra capital."

XXXV.

Tal ha sido el soldado chileno en todas partes, sufrido, intrépido, incapaz de una sola jactancia, amando las batallas por patriotismo, aplaudiendo las victorias por el instintivo amor a las armas de todos los pueblos guerreros i siempre de tal modo modesto que su entrada a la capital enemiga i vencida o a la suya propia, término de sus fatigas, aspiración lejítima de su ufanía, les ha parecido un mero incidente de su marcha, un simple alojamiento en su largo camino, para proseguir al día siguiente la inacabable jornada, sea para empuñar el fusil en la hora de facción, sea para uncir los bueyes al yugo al són de la rústica campana de la granja, sea para ser conducido en las angarillas al cementerio i a la nada.

¡Invicto soldado de Chile, eterna prez te sea dada!

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

las rendijas de la Moneda no pasaba nada... En el trascurso del tiempo salieron, sin embargo, de las arcas públicas cincuenta millones largos de pesos,—pago de intereses de la guerra a plazo...

III.

Sólo el 20 de febrero de 1879, esto es, una semana después de la ocupación de Antofagasta recibió la *Esmeralda* orden de alistarse; i el teniente Uribe, desembarcado, mirado con indiferencia, casi perseguido, instalóse a su bordo como enganchador.

I sin embargo, era tan hondo el movimiento interno que ajitaba las entrañas del país; era tan querido i prestijioso el nombre de la maltratada nave, reina destronada del Pacífico, que en sólo dos días completó su tripulación de condestable a paje.

El 23 de febrero hallábanse inscritos ciento ochenta i cinco hombres en el rol de la corbeta, i el ocho de marzo hacíase a la mar al mando del capitán Thomson con su dotación completa: ciento noventa i dos hombres contados uno a uno, sin que hubiera uno solo más desde el comandante al último fogonero (1).

IV.

Componíase el personal de maniobra i de combate de la nave, por excelencia guerrera en el Pacífico, de tributarios de todas las razas i de todos los pueblos navegantes que habitan las orillas del océano. Contamos, por sus nombres, tres italianos (un *Bono*, un *Cota* i un *Bartolomeo*), cuatro ingleses (un *George*, un *Brown*, un *Lassen* i un *Moore*), un francés (*Jorje Jougood*), un escandinavo (*Alejandro Osvatth*), un maltés (*Esteban Despots*), i hasta un nombre que recordaba la raza pura indíjena de la caleta de Quintil, cuando la comarca de Valparaíso llamábase de Aliamapa i los árboles crecían seculares donde hoi los cauces matan i pudren hasta la más humilde hierbecilla.... Llamábase aquel tipo, que era guarda 1.°, con dos nombres de matanza,—*Mateo Matamala*, pero no por esto lo mataron...

V.

Sobresalían, también, en la nómina de los tripulantes de la *Esmeralda* cinco griegos, i cosa extraña, pero fácil de explicarse en esa raza de pájaros del mar; aunque tenían aquéllos a bordo los puestos más diversos, ninguno pereció, salvándose cada cual a la postre a nado. De aquellos afortunados compatriotas de Temístocles, que iban al encuentro de su Maratón, era uno condestable (*Equalle*), el otro contramaestre (*Micalbi*) el otro timonel (*Eduardo Cornelio*), el otro capitán de altos (*Pulo*), el último i el más griego de la falanje (*Estamatópoli*) era fogonero.

El griego, digámoslo de paso, no sólo es navegante audaz i marinero experto: es el eterno espoliador de los caminos reales del océano, i de su raza evidentemente sacó lord Byron el tipo del *giaour*. Hai memoria de haber venido al Pacífico aventureros griegos junto con los Pizarro i Pedro de Valdivia. Llamábase el más notorio de aquéllos *Pedro de Candia*, insigne mosquetero; i cuando el *Draque* aportó a Valparaíso medio siglo más tarde, había ya griegos en sus playas. Sábese por esto que los *griegos* dieron

---

(1) Descomponíase este número de la manera siguiente, según el rol nominal pasado al gobierno por el comisario de la escuadra don Nicolás Redolés, desde Iquique, el 5 de junio de 1879:

Oficiales de marina i de mar.....	19
Sirvientes de cámara.....	9
Marineros, desde condestable a grumete, fogoneros, etc.....	119
Depósito de reemplazos.....	22
Guarnición militar.....	23
Total.....	192

en el Pacífico orijen al nombre de *gringos*, por una inflexión de voz en la ruda parlanza castellana (1).

VI.

Tal era la masa de combate que el capitán Thomson sacó de Valparaíso, i tal fué el inventario humano que entregó en Iquique al capitán Prat, un mes después de su estadía, esto es, el memorable 16 de mayo, en que la escuadra de Chile partió en convoi cerrado para tierra ignota.

VII.

El elemento de guerra que prevalecía en la cubierta i en la batería de la capitana de Iquique era, sin embargo, la estirpe chilena, esta indómita cruza de potros castellanos en vientres de Arauco. Todos los marineros primeros, que dan los cabos de cañón, la mayor parte de los timoneles i los capitanes de alto, todos los grumetes, todos los soldados eran de la cría que el vulgo, por su desnudez i sus harapos, alegremente llevados, ha denominado con el nombre de familia de "*el pililo*".

I bien. Esa jente bisoña, colecticia, desigual, recojida en 24 horas en la playa i la taberna, había pasado sucesivamente, en el espacio de cuarenta días, por las manos de un capitán de guerra que tenía la reputación de ser el más terrible domador de tripulaciones, i en seguida había desfilado compuesta i sumisa delante del joven adalid, cuya más provechosa virtud, antes del heroísmo, era la justicia. I eso, hierro i justicia, es lo que hace, en pocas horas, del pililo, soldado, i del soldado, héroe inmortal.

(1) En las memorias de los virreyes del Perú se habla de *griegos*, o de *gringos* como cosa sinónima, i algo parecido acontecía en la Península. "*Gringos*, dice el diccionario español, voz usada familiarmente en esta frase popular; *hablar en gringo*, es un lenguaje inintelijible, oscuro, etc. que no se entiende.

Cuando el primer comandante de la vieja capitana, que debía morir sobre la cubierta del *Huáscar* en el sitio en que cayera Arturo Prat, entrególa al último, le entregó con ella, en consecuencia, una falanje de hombres de combate, más o menos adiestrados para la maniobra i la pelea.

Una hora después, i cuando, en la temerosa soledad de la bahía, recorriera el recién nombrado comandante las baterías i los pañoles, las cámaras i las coyes de su buque, la tripulación había adivinado la mudanza, cual en el océano adivinan el rumbo; i como si la aureóla profética que en las apoteósis del arte rodea las sienes de los glorificados, iluminase ya la tranquila frente del predestinado del heroísmo, la resolución de seguirle, de obedecerle i de imitarle anidóse en todos los corazones.

VIII.

De aquí la admirable, la milagrosa unidad, que constituye la grandeza moral de la epopeya de Iquique. En una tripulación que ha venido de todos los parajes del mundo, que habla diversas lenguas, que acaba de instalarse como bajo techo prestado en aquella nave condenada al servicio vulgar de los pontones, no hai, eso no obstante, cuando el peligro asoma, sinó una sola voluntad, un solo brazo, una resolución única i sublime,—defender la bandera i morir cubriéndola con sus pechos i con sus hachas en la borda, en el alcázar i al pie del mástil:—"*¡La bandera de Chile no se rinde!*"

I eso, que era la muerte, ejecutóse sin que una sola voz desfalleciera, en aquel horrible desamparo, durante una batalla que duró la mitad de un día, inmóvil el buque, atacado por la tierra i por el mar, envuelto en un círculo de fuego, solo, sin socorro posible, roto por la metralla i el espolón, todo a la vez i todo a un tiempo...

Sin embargo, ¿quién escuchó, siquiera dicho al oído una sola vez, ronco i ahogado jemido de desaliento? Nó. La bandera flamea al tope del mástil, i el hijo del mar está allí para salvarla muriendo. I todos, menos la bandera inmortal, que es la patria, perecen asidos a sus pliegues. Nó. La bandera tricolor no fué en Iquique un trofeo; fué la mortaja de la gloria.—"*¡La bandera de Chile no se rinde!*"

IX.

No tiene cabida en este recuerdo casi consagrado exclusivamente al denuedo sublime pero anónimo de los tripulantes de la *Esmeralda*, la enumeración de sus hazañas, sus nombres, sus hechos, sus testigos; todo descendió al fondo del mar dentro de la gloriosa quilla, i allí, entre las arenas del olvido, está sepultada para los más la doble leyenda de su vida i de su fin.

Pero los que les sobreviven, que son apenas una cuarta parte del denodado grupo, fueron dignos de los que sucumbieron, i a aquéllos, a fin de dejar cumplida la fama del recuerdo en el día de su gloria, habremos todavía de seguirles breve espacio.

X.

Lo que sufrieron los cuarenta i seis marineros detenidos, nó como prisioneros sinó como reos i como rehenes, en los calabozos de Iquique, forma parte lejítima de esta narración consagrada al heroísmo del pueblo bajo todas sus fases, inclusa la de la taima magnánima de los que sufren sin mirar la cara a sus carceleros.

Pero esa pájina de dolor, lóbrego epílogo de la vida de la vieja *Esmeralda*, que tiene por teatro una cuadra inmunda de la aduana de Iquique, convertida en calabozo i en pesebre de esqueletos, es conocida i ha sido en hora oportuna vilipendiada por el fallo público, i más que esto, por el ejemplo después del cautiverio i la victoria.

Pero lo que constituye un hecho ignorado de la vida de aquellos hombres nobles i desventurados es que, así como los mantenían, desnudos, descalzos, alimentados con las sobras de los cuarteles (cuando las había) i por el insulto i el látigo cuando carecían de ellas, extenuados hasta parecer cadáveres, así tenían los i en secreto maquinaban cómo aherrojarlos.

XI.

Ordenó al principio el *supremo director de la guerra* que, convertidos en presidarios, se les llevara a trabajar en el desierto i en las obras militares necesitadas por la campaña, violando de esta suerte dos veces los más reconocidos principios del derecho de guerra respecto de los prisioneros. Mas pensóse después que era más cómodo i más arreglado a la pereza (suprema lei de aquellas jentes) guardarlos con centinela de vista, como cobarde reparo contra nocturnos bombardeos, o sencillamente como carne de represalia, cerca del vivac i del fogón del campamento.

Mantúvoseles en esa dura vida del galeote, durante seis meses, i nunca se tuvo seguridad de su último destino. Separados de sus queridos jefes, aquellos desdichados vivían hacinados en vil establo como puercos, sólo para envidiar la suerte de los que se habían inmolado como verdaderos héroes, recordando sus tristes hogares i su patria. Su personal estaba clasificado como sigue:—Un mayordomo, un condestable, un contramaestre, dos guardianes, un timonel, tres capitanes de altos, un patrón de bote, *doce* marineros primeros (¡entre cuarenta i dos!) un marinero segundo, seis fogoneros i *cinco* grumetes salvados ¡entre todos treinta i tres!... De la guarnición militar que era también de treinta i tres sol-

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

verdadera imposibilidad de hacer daño a las operaciones de la guerra o de ser para ellas un estorbo atendible.

»*Sírvase US. reflexionar sériamente* en las indicaciones que dejo hechas en previsión del buen nombre nacional i hasta de un conflicto para las escasas fuerzas encargadas de responder por la seguridad i el orden de esta capital.

»Dios guarde a US.

R. López Lavalle.»

XIV.

Pero estaba escrito en el libro del destino que ni el singular ardid del prefecto de Iquique se vería cumplido, ni los infelices chilenos, cuyo número aumentado con los prisioneros de las calicheras, llegaba a cien, saldrían de los calabozos en que se les mantenía en rehenes para servir de rehenes en las filas al frente de las balas de sus compatriotas. Los marineros de la *Esmeralda* eran otra vez el *escollo* a flor de agua en que la gloria del Perú i de sus naves había encallado en la bahía de Iquique.

Dos días después de la fecha recordada, esto es, el 6 de noviembre, i cuando el ejército peruano se ponía en marcha hacia Pozo Almonte i la Encañada, el coronel Suárez puso, en efecto, al pie del pliego de consulta únicamente la siguiente providencia:

»Iquique, noviembre 6 de 1879

»*Contéstese en los términos acordados.*

Suárez».

XV.

¿Cuáles fueron los términos de ese último acuerdo respecto de los heroicos náufragos de la *Esmeralda?*

Ignorámoslo por completo.

Pero, tres semanas más tarde, las falúas del puerto i de la escuadra chilena que bloqueaba a Iquique conducían a bordo del *Cochrane* una muchedumbre de pasajeros cuya miseria, igual a sus andrajos, i la lividez de sus rostros ofrecían desde la distancia un espectáculo casi repelente.

Aquellos miserables seres eran, sin embargo, los elejidos de la gloria, que venían a recibir antes que sus jefes la corona rostral acordada por el fallo del mundo al hecho de mar de más imperecedera fama en el Pacífico.

Eran los gloriosos, los temidos, los formidables tripulantes de la *Esmeralda*, que regresaban a Chile para respirar un día sus dulces brisas i en seguida volar en sus alas a vengar su naufrajio, su cautiverio i su martirio.

Tal fué el primer tipo de los combatientes de Chile en los mares del Perú.

XVI.

Quédanos todavía, a fin de cerrar dignamente esta pájina de la marinería chilena confundida con el ejército de tierra en la fraternidad de una gloria común, personificar en la existencia i en la muerte heroica de un simple marinero chileno que tuvo altísima alcurnia en España, el indivisible heroísmo del pueblo chileno bajo todas sus denominaciones técnicas en la postrera guerra púnica del Pacífico.

Esa historia, lacónicamente contada, es la siguiente:

XVII.

Residían, a fines del último siglo, en pobre pueblo de Vizcaya, dos hermanos que, por muerte de sus padres i no cabiendo juntos en estrecho cortijo, hubieron de separarse.

Quedó uno, que se llamaba don Francisco de Lersundi, en la corta heredad paterna; i el otro, tomando de la fraternal partija escaso caudal,

fuese a las Indias en busca, como tantos, de más holgada vida i ancha tierra.

Llamábase el último don Ignacio de Lersundi; i éste vino a parar a Chile, esta Vizcaya del Nuevo Mundo, radicándose en el antiguo Penco i en el distrito que es hoi departamento de Coelemu, i su capital Tomé.

XVIII.

Tuvo el primero de los Lersundi fortuna singular, porque un hijo suyo i de su propio nombre, elevóse por su brazo al alto puesto de jeneral de división de los ejércitos de España.

Fué don Francisco Lersundi (hijo) bravo, caballeresco i absolutista, acérrimo amigo de Narváez i secuaz de su estrella, como que a su luz subió hasta los pies del trono i con su eclipse bajó. Dióle en la corte particular nombradía de soldado el hecho de haber debelado con sólo dos batallones de cazadores una poderosa rebelión militar ocurrida en Madrid en la noche del 7 de mayo de 1848. Fué ese conato eco de los trastornos que entonces derribaron la Europa, como suelen los terremotos tronchar montañas i ciudades en la porción del mundo en que, sobre volcanes nosotros habitamos.

Acreditado por aquel hecho de hombría vizcaína, el jeneral Lersundi entró a figurar como ministro de la Guerra en el ministerio reaccionario que dos años más tarde (enero 16 de 1851) organizó el conocido hombre de estado extremeño, duro como las rocas de su tierra, don Juan Bravo Murillo.

XIX.

Era, en consecuencia, don Francisco Lersundi, sobrino lejítimo del labrador de Coelemu, ministro de estado de la reina Isabel II el día en que el clérigo Merino diérale traidora puñalada por la espalda, cuando la buena i fecúnda señora dirijíase a la ermita de Atocha en Madrid (2 de febrero de 1852) para dar gracias a la milagrosa Virjen por su cuarto o quinto alumbramiento. I fué don Francisco uno de los circunstantes que presuroso prestó auxilio a la real familia, si bien no le cupo ni la fortuna ni la gracia de recibir, como el coronel de alabarderos don Manuel Mencos, el diploma de grande de España, por haber sacado por un postigo del coche a la real princesa, primojénita de España. Dió Isabel II al feliz coronel de alabarderos el título de *Marqués del Amparo*, como uno de los Felipes regalara a un cortesano suyo el de *Puño en rostro*, por haberle dado en la mejilla fuerte bofetada de real mano. En cuanto al alabardero Barrientos, que once años antes la salvara la vida, defendiendo una puerta de vaqueta, la ingrata reina no se plugo darle siquiera por título el que la histórica mampara le legara... Hemos visto la última en lo alto de la grandiosa escalera del grandioso i marmóreo palacio de Madrid i, al rechinar sordamente sobre sus silenciosos goznes de cuero, inventados para apagar el ruido, parecía decir en su murmullo: «Aquí peleó Barrientos, alabardero en España i hoi en Valdivia leñador, que no marqués de la *Mampara*, como el otro fuéralo del *Amparo*».

XX.

Subió en seguida el jeneral Lersundi algunos puntos en el calzado de sus botas, porque arreciando el peligro i los vaivenes populares, encargóle la reina organizar un ministerio de resistencia en abril de 1853, reservándole la presidencia del consejo; i fué en esa época cuando don Francisco de Lersundi pasó como grande de España de primera clase, i si de hecho no alcanzó este timbre, fué porque no quiso. Bien pudo ser, si lo hubiera solicitado, *duque de la Resistencia* como Espartero lo fué de la *Victoria* i Narváez de *Valencia*.

XXI.

I aquí cabe interrumpir por un momento la hilación de la leyenda en su porción ibérica para trasportarnos a las ásperas selvas a cuya sombra naciera años más tarde Arturo Prat, i cuyos árboles seculares míranse ufanos todavía en su vejez en las aguas remansas del Itata, que allí corre convertido en ataúd, i más adelante en alegre vega i en bulliciosa vida,

Don Ignacio de Lersundi, como buen vizcaíno, habíase casado, como su hermano el de Vizcaya i como éste había tenido un hijo que debía ser forzosamente jeneral como el de Madrid. Los vizcaínos acostumbran no quedarse atrás los unos de los otros ni en el tálamo, ni en la batalla, ni en la sepultura.

Pues este segundo jeneral Lersundi, más conocido en Chile por el nombre del vapor de guerra—*El jeneràl Lersundi*, en que el hoi almirante Lisardo Montero hízonos su primera visita de aliado en 1864, i voló después—como la alianza—en las aguas de Chiloé, no fué ni menos bravo, ni menos jentil caballero, ni menos arrogante jinete que su primo de España, en el Perú, donde en su niñez tomó servicio. Llamábase don Agustín.

XXII.

Nacido en Coelemu i emigrado a Chile con Gamarra, Vivanco, Lafuente, Torrico, Pardo, Balta, Deustua i Castilla en 1836, después de Socabaya, hizo el jeneral Lersundi la campaña de 1838 al lado del jeneral Bulnes, quien le amaba especialmente por su porte, por su valor i principalmente por «paisano».

Los penquistos han sido los verdaderos vizcaínos de la América. «Después de Dios mi paisano» dice el vizcaíno; i por esto estuvieron veinte años *pasándose* unos a otros la presidencia, como quien pasa un vaso de agua o *pasa* plata sobre prenda... I esto lo han hecho hasta después de muertos i por vínculos de afinidad i de sepultura, por vía de supervivencia....

El jeneral Lersundi, como verdadero huaso chileno, era el primer jinete i la primera lanza del Perú, sin ofender al jeneral Domingo Nieto, el exterminador a lanza de Camacaro en Tarqui. Tenía el jeneral Lersundi los mejores caballos del ejército, i cuando en la cancha o en la pelea ponía su larga lanza en ristre, había un solo hombre en nuestros escuadrones que se atreviera a atajarle el paso: ese hombre fue el jeneral don Fernando Baquedano, coronel a la sazón de cazadores a caballo. El jeneral Lersundi mandaba en Guías, como segundo, los lanceros que sacó de Chile el coronel Hinojosa.

XXIII.

Creció en honores i en fortuna el jeneral Lersundi del Perú, a la par con el jeneral Lersundi de Madrid, i por el año 1846 en que aquél sofocaba a sablazos los motines, pasaba el otro tan descansada i robusta vida en Lima, que en la noche del 6 de mayo de aquel año nacíale un hijo, de quien fué pomposo padrino el chileno don Antonio Millán, hijo de un ilustre artillero de Maipo i de Rancagua.

XXIV.

Ahora bien, entre los dos jenerales del Nuevo i del Viejo Mundo, quedó triste i oscurecido el montañés de Ranquil, en cuya sierra vivía don Ignacio, haciendo humildemente carbón, como dicen hiciéralo un siglo atrás el campesino del Bíobío que, por extinción de la raza ibérica masculina, fué a España a ser duque de San Carlos, padre o abuelo del famoso ministro de Fernando VII. Lo cual prueba que el car-

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

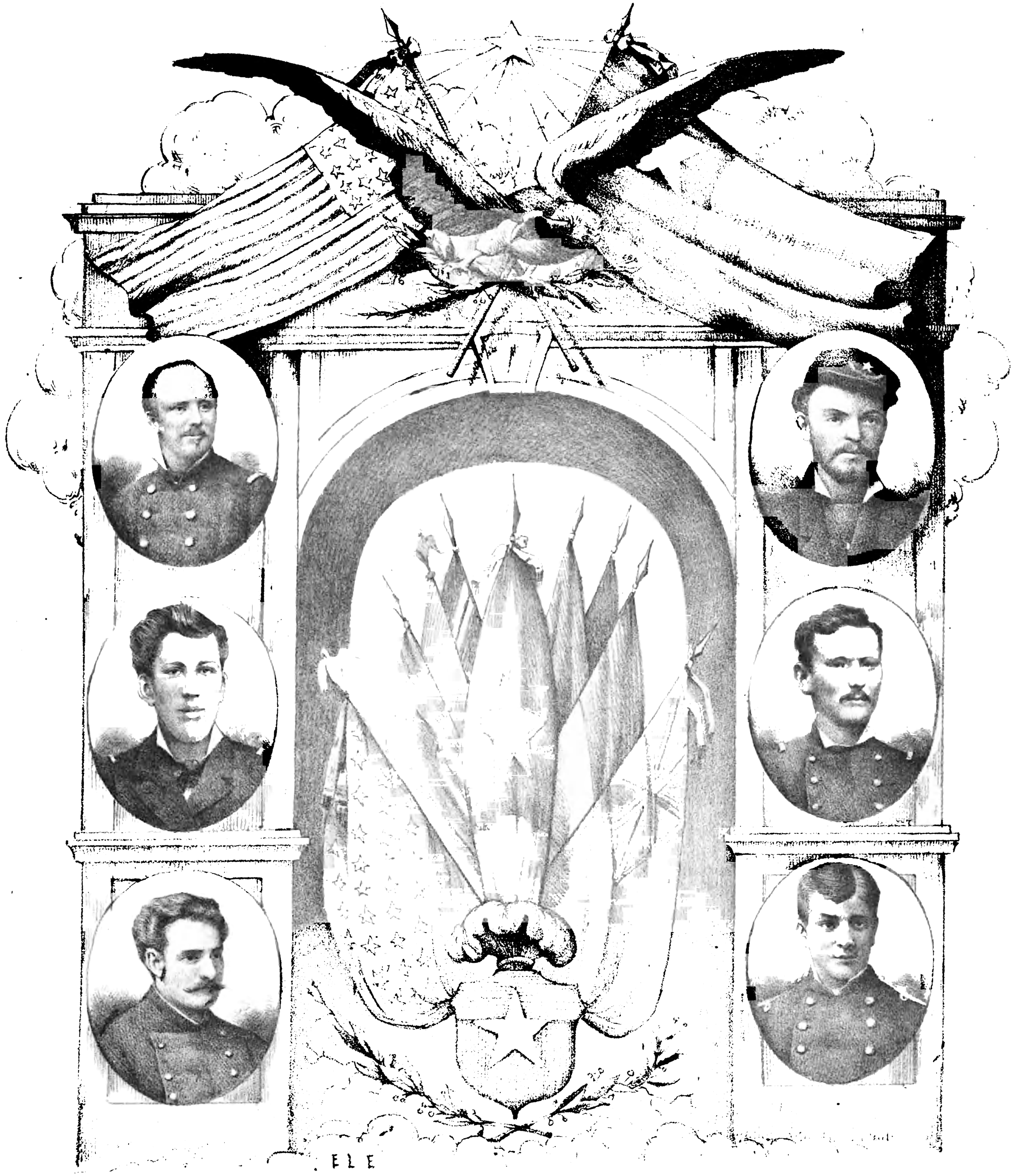
¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.



FEDERICO SULLIVAN
(Teniente del R^to^ Chacabuco)

LUIS WARGNY
(Abanderado del R^to^ Valparaiso)

A. YUSEFF
(Teniente del R.° Concepcion)

JUAN GILLMAN
(Subteniente de Navales)

PEDRO MAC-CANN
(Subteniente del R^to^ Lautaro)

RAFAEL WORMALD
(Subteniente del R^to^ Talca)

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

coltaron en su camino hácia la inmortalidad a Prat, a Serrano i a Riquelme.

Menos reducido cortejo llevó Pedro Regalado Videla al pie del mástil de la heroica *Covadonga*. De la tripulación de esta nave sucumbió el contramaestre Serapio Vargas, que en 1865 ayudara a capturarla, i el grumete Blas Telles, que murió gritando: ¡Viva Chile! Hubo en la *Covadonga* cuatro heridos. En la *Esmeralda* ninguno. Allí era preciso morir o sobrevivir ileso para partir igualmente la gloria.

La tripulación de la inmortal corbeta era de ciento noventa i dos, de capitán a paje. Perecieron *ciento cuarenta i seis* i salvaron *cuarenta i seis*.

IV.

En el bombardeo de Iquique el 16 de julio de 1879 no hubo más víctima chilena que el buen sentido. Perecieron en esa lóbrega noche ocho o diez peruanos, mujeres, centinelas, ancianos i niños.

Pero tres días antes la *Magallanes* había tenido su segundo estreno, su Chipana nocturno, en que el ínclito i afortunado Latorre manejó su barco como a un bridón de raza. Desde esa noche se supo que el joven capitán sería caudillo i lo conquistaría todo, desde el morro de Angamos al morro Moreno...

Hubo en ese encuentro de la media noche cuatro heridos en la cañonera i uno en el *Matías Cousiño*.

V.

En el primer bombardeo de Antofagasta, el 26 de mayo de 1879, el *Huáscar* peruano mató sólo un perro bravo que estaba amarrado a su cadena en uno de los patios de la oficina salitrera, i de aquí el apodo que los soldados i corresponsales le pusieron: el "mata-perros".

Pero en el segundo ataque del 28 de agosto de 1879, bizarramente provocado por Sánchez, del *Abtao*, una sola bomba mató a nueve, i entre éstos al anciano injeniero ejipcio Mary, que subía al puente con su cachimba encendida en los labios, a mirar... es decir, a morir. La misma bomba hirió a 12 tripulantes, i entre otros, echó de espaldas sobre un montón de carne palpitante al valiente Policarpo Toro, que, con una rodilla en tierra, hacía la puntería con un cañón de la batería en el *Abtao* sin máquina. Era lo que nos decía el almirante Farragut en Washington, hablando en 1866 del combate de la *Essex* i de la *Febo* en Valparaíso, librado el 28 de marzo de 1814:

—"Una bomba mata hoi más hombres que las tres baterías de los navíos de tres puentes del viejo sistema".

VI.

Angamos, gracias a la pericia i a la fortuna nunca desmentida de Latorre, no nos costó ni el tercio de esa sangre: hubo un solo muerto, el herrero del *Cochrane*, cuyo hijo se educaba hasta ayer en el "Asilo de la Patria", i será probablemente forjador como su padre. Heridos, 9.

En el *Huáscar* se encontraron 31 cadáveres, pero faltaban 40 de sus tripulantes de tabla, que eran 200. Probablemente los 9 restantes se volvieron átomos, como Grau i como su oficial de bandera el teniente Heros.

VII.

Al abrir la puerta de Pisagua cayó en el puente del *Cochrane* una de las esperanzas de la marina de Chile, el guardia-marina Victorino Contreras, que a su edad (19 años) era un sabio, i lo prueban sus manuscritos, que en seis volúmenes poseemos.

En los botes de acarreo fué derribado el brillante voluntario ecuatoriano Izaza, nieto del je-

neral Flores, i resultaron heridos los guardiamarinas Villarreal i Santa Cruz. De la marinería, 8 muertos i 16 heridos: total, 27.

Hai en la gloriosa fraternidad del ejército i de la marina de Chile algo que es grato recordar.

Juntos abrieron en Pisagua las puertas del Perú, mezclando su pólvora i su sangre.

Juntos cerraron la era de la guerra en Miraflores, peleando en la misma líquida planicie de sangre i agua salada.

VIII.

En el primer combate naval de Arica, empeñado por el *Huáscar* contra todas las baterías de la plaza, el 27 de febrero de 1880, el impávido Thomson, llamado (después del hecho) "el atolondrado" i "el imprudente", se puso a tiro de pistola del *Manco Capac* i tuvo 17 bajas: de éstas 7 muertos, entre ellos el aspirante Goicolea, niño poeta i héroe, como Ernesto Riquelme.

En el ataque del 6 de junio de ese mismo año, víspera del asalto de Arica, una bala del morro, entrada por un portalón del *Cochrane* en la batería, encendió un saquete i dejó 28 hombres fuera de combate; de éstos, 7 muertos, que así sucumbieron en esforzada lid.

IX.

Mas, al irse ingloriosamente a Pique el *Loa* en las aguas del Callao, el 3 de julio de 1880, arrastró en la vorájine de su inmersión 110 vidas, i entre ellas la de un capitán i tres aspirantes, que eran tres esperanzas:—Huidobro, Fierro i Oportus.

El *Covadonga* se fué al fondo del mar de Chancay el 13 de setiembre inmediato con su infeliz victimario, un capitán de corbeta i 66 tripulantes.

I con estos, los dos torpedos i las dos torpezas, la del Callao i la de Chancay, nos quitaron los enemigos más vidas que todos los encuentros gloriosos del mar, incluso el inmortal de Iquique.

X.

En los bombardeos del Callao del 10 i 22 de abril no hubo víctimas, ni en los asaltos nocturnos de setiembre a la isla de San Lorenzo; pero en el encuentro de las lanchas torpedos *Janequeo* i *Guacolda*, que mandaban dos bravos mancebos chilenos (Señoret i Goñi), con la *Independencia*, que conducía un mozo tan bravo como ellos (Gálvez), el torpedo de mano que éste arrojó a la *Janequeo* mató tres fogoneros.

De la *Guacolda* resultó un aprendiz mecánico mortalmente herido, i Señoret sacó una rasmilladura en la cara: total, 4 muertos i 2 heridos.

Sucedió esto el 25 de marzo de 1880.

En los primeros días de diciembre, al reventar el cañón Armstrong del *Angamos*, pereció, con dos marineros, el malogrado teniente don Tomas 2.° Pérez.

XI.

Por último, al tomar parte decisiva la escuadra en la postrera batalla campal de tierra el 15 de enero, i en los momentos felices en que se apagaron los fuegos de la victoria, al extraer una bomba fría de la recámara, traidora mecha mató al benemérito teniente Avelino Rodríguez, que había servido en el acorazado francés *Magnanime*, i a dos más, hiriendo a siete.

XII.

Tal es la compendiosa lista de las fatalidades de la guerra de mar.

Ella en dos años nos costó 21 oficiales, i algu-

nos de estos que valían una escuadra, como Prat, como Thomson i como Serrano.

Su lista, en el orden de su desaparición, es decir, de su inmortalidad, es la siguiente, contando a los injenieros i a los cirujanos:

Mayo 21 de 1879.—Iquique: Prat, Serrano, Riquelme, Videla, Hyat, Mutilla, Manterola, Gutiérrez de la Fuente.

Agosto 28 de 1879.—*Abtao*: injeniero Mary.

Noviembre 2.—Pisagua: Contreras e Izaza.

Febrero 27 de 1880.—Arica: Thomson i Goicolea.

Julio 3 de 1880.—Naufrajio del *Loa*: Peña, Huidobro, Fierro, Oportus, cirujano Cuevas, el de la *Covadonga*.

Setiembre 13.—Naufrajio de la *Covadonga*: capitán Ferrari.

Diciembre 10 de 1880.—Accidente del *Angamos*: teniente Pérez.

Enero 21 de 1881.—Miraflores: teniente Rodríguez.

Total 21, en ocho encuentros que fueron otras tantas victorias.

XIII.

Condensando números i clases, las bajas de la marina de Chile quedan representadas de la manera siguiente, durante el curso de la guerra naval i de la guerra de tierra:

	Muertos	Heridos.
Bombardeo de Pisagua el 18 de abril de 1879	1	
La *Covadonga* en Iquique	3	4
Esmeralda el 21 de mayo de 1879	146	
Combate nocturno del 10 de julio de 1879 en Iquique		5
Bombardeo de Antofagasta el 28 de agosto de 1879	9	12
Angamos, 8 de octubre de 1879	1	7
Combate de Arica el 27 de febrero de 1880	7	10
Combate de Arica el 6 de junio de 1880	7	21
Naufrajio del *Loa*, 3 de julio de 1880	110	
Naufrajio de la *Covadonga*, 13 de setiembre de 1880	66	
Combate de lanchas del 25 de mayo de 1880	4	2
El cañón del *Angamos*, 10 de diciembre de 1880	3	2
Miraflores, 13 de enero de 1881	3	7
Total	360	70
Heridos		70
Muertos, el cuatro tantos		360
Total		430

XIV.

En la marina no contamos los *astillazos* como en la guerra de tierra no contamos los *rasguños*. La palabra "contusos" debía borrarse de nuestros boletines militares... Eso está bueno para jentes más ardidosas, como aquellos que salen siempre "machucados", según la singular fraseolojía militar de los peruanos que terminó, al menos respecto de Chile, en Huamachuco...

LAS BAJAS DEL EJÉRCITO DE TIERRA

XV.

Ahora en cuanto a la guerra de tierra, fué al principio, como se ha dicho i probado en este libro, una guerra a plazo. El pueblo quería la guerra, pero el presidente, que es lo que en Chile por pleonasmo e induljencia se llama "gobierno", no la quería, o la quería a ratos, de una manera intermitente para rechazarla en otros, como los enfermos que apuran a pasto una bebida amarga.

A la manera de dos niños mal criados, la paz i la guerra se disputaban diariamente en 1879–1880 (¡dos años!) el privilejio de sentarse en la poltrona de la Moneda, pero la poltrona era siempre la misma.

Balanceáronse de esa suerte todas las campañas entre la misión Lavalle i la misión de Arica, entre la misión Christiancy i la expedición Lynch, hasta que desde Calama tardamos dos años en llegar a Miraflores.

I por ese largo camino, cerca de nueve mil víctimas quedaron en el moroso eterno desierto, blanqueándolo con sus huesos.

Vamos a contarlas.

XVI.

Decíamos que la guerra había sido "a plazo",

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

XIX.

En la escaramuza intermedia entre las dos batallas, la de la entrada i la de la toma de posesión, que ha sido llamada «la sableadura de Agua Santa», quedaron en el campo tres sableadores, el araucano Piñeiro, que iba de descubierta, el cazador Froilán Benítez, i el bravo sarjento Francisco Tapia, que murió diciendo:—«No siento morir, sinó que me hayan dejado solo».

I así era la verdad, pues lo dejaron envuelto con diez jinetes peruanos, porque sus camaradas siguieron adelante sin volver la cara, para dar alcance a cuarenta prófugos que fueron los que murieron, quedando heridos tres cazadores, i entre éstos un Manuel Muñoz, que alguien que lo vió en Valparaíso, lo llamó por su estatura «torreón humano». El bizarro teniente Lara recibió una herida superficial de bala en un muslo.

---

bución íntegra del país, de cuya enerjía militar sólo el gobierno que dirijió la guerra desconfió.

ATACAMA, 3 cuerpos de infantería, *Atacama* núms. 1, 2 i 3.

COQUIMBO, 3 id. de id., *Coquimbo* núms. 1, 2 i 3.

ACONCAGUA, dos id, de id., *Aconcagua* núms. 1 i 2.

VALPARAÍSO, 6 id. de id., batallón *Valparaíso*, *Navales*, *Lautaro*, rejimiento *Valparaíso*, *Miraflores* i *Quillota*.

SANTIAGO, 16 id., 2 de artillería, núms. 1 i 2; 11 de infantería: *Chacabuco*, *Santiago*, *Esmeralda*, *Caupolicán*, *Valdivia*, *Cazadores del Desierto*, *Bulnes*, *Melipilla*, *Rancagua*, *Victoria* i *Portales;* i 3 de caballería, *Freire*, *Bueras* i *Maipú*.

COLCHAGUA, 4 id. de infantería: *Colchagua*, *Rengo* núms. 1 i 2 i *San Fernando*.

CURICÓ, 2 id. de id., *Curicó* i *Vichuquén*.

TALCA, 2 id. 1 de artillería i 1 de infantería, *Talca*.

LINARES, 1 id. de id., *Linares*.

MAULE, 1 id. id., *Maule*.

ÑUBLE, 2 id. id., *Chillán* i *Ñuble*.

CONCEPCIÓN, 2 id. de id., *Concepción* i *Carampangue*.

BÍOBÍO, 2 id. de id., *Biobío* i *Ánjeles*.

ARAUCO, 1 id. de id., *Arauco*.

ANGOL, 4 id.: 1 de infantería, *Angol*, i 3 de caballería: *Carabineros de Angol*, *Id. de la Frontera*, i *Jeneral Cruz*.

Cuarenta i siete cuerpos en todo sin contar quince cuerpos de línea: gran total 72 cuerpos, muchos de los cuales fueron rejimientos. Podría decirse, por esto, que la contribución de Chile a la guerra fué de más de cien cuerpos de las tres armas.

XX.

Al divisar la horrenda quebrada de Tarapacá (27 de de noviembre de 1879), preferiríamos que alguna mano bondadosa nos tratase como a heraldos de guerra i nos ciñera o los ojos densa venda de fúnebre crespón.

En Tarapacá no hubo casi heridos; i apenas hubo sobrevivientes.

(Cifra oficial)

Muertos	508
Heridos	179
Total	687

Al lado de Ramírez, ínclito jefe del 2.°, quedaron 37 oficiales, 20 de ellos muertos. Al lado de Suárez, valiente jefe del «Dos de Mayo» quedaron 39 jefes i oficiales peruanos. La guerra del talión, diente por diente, cabeza por cabeza, 39 por 37.

XXI.

Después de Tarapacá i como para cerrar aquel ciclo nefasto, 150 bolivianos rodearon en Tambillos el 5 de diciembre de 1879 a 23 granaderos mandados por el bravo Ferreira, i dentro de un corral de piedras, como jauría de leones, cayeron prisioneros todos los que no murieron a bala. De éstos, los habitantes de San Pedro de Atacama dijeron que el guerrillero Carrasco había quemado vivos a siete.

Con esto quedó terminada la conquista de los dos litorales, el de Bolivia i el del Perú, el del Loa i el de Camarones.

En la primera exploración de Tacna hecha hacia Moquegua, el 31 de diciembre del primer año de la guerra por el brillante Arístides Martínez con el Lautaro, sólo murió, por disparo casual de un soldado, un joven sarjento de aquel cuerpo llamado Domínguez.

XXII.

A la conquista de Tarapacá, que tardó todo el año 1879, sucedió la conquista de Tacna, que duró todo el año de 1880. Los peruanos, espantados del empuje de Pisagua, nos dejaron abiertas de par en par las puertas, barridos los patios i hasta hechas las camas en Ilo, en Pacocha i en Moquegua.

Pero en el camino, por descuido, perdimos dos o tres soldados, i un oficial, de insolación, o más propiamente de sed...

Advertimos en esta parte que nosotros no apuntamos en nuestros cómputos los suicidios, los fusilamientos i los asesinatos peruanos, como el del capitán La Barrera en Tacna.

Del 3.° perecieron en el banco de Pachía 4 desertores; en Moquegua un cabo del 2.° por asaltar a un peruano; en Tacna un soldado del Caupolicán por atentado contra un oficial; en Arica un atrevido arrierro de Codao llamado Silva, por un balazo de revólver al jefe de equipajes.

Pero todo esto, que en la guerra es una especie de suicidio, ya hemos dicho que no se cuenta. Tampoco contamos los muertos de la fatiga, como el ministro Sotomayor i el comandante Vargas Pinochet.

XXIII.

Iniciada la campaña de Tacna, tuvimos un herido en Conde, el 18 de marzo, 9 muertos i 40 heridos en los Ánjeles, el 22 de ese mes, i 10 cazadores, entre muertos i heridos, en la cazuela de Locumba, el 1.° de abril de 1880.

Las bajas de Tacna son exactas, i apesar de haber sido una batalla campal entre dos naciones i en un llano abierto, sus muertos exceden sólo en diez a la hecatombe de Tarapacá.

Muertos en Tarapacá	508
Muertos en Tacna	518

Los heridos fueron 1,509. Total de bajas, 2,531.

El Atacama, como en todas partes, fué el cuerpo que en el Campo de la Alianza perdió mayor número de tropa. Siendo batallón, vió caer muertos 83 de los suyos, cuando el Santiago, que era rejimiento i que soportó todo el peso de la batalla, en el centro, tuvo uno menos.

Los oficiales muertos en Tacna fueron 25, los heridos 89; total 114.

Los peruanos perdieron 5 coroneles, 10 tenientes coroneles, 17 sarjentos mayores; total en todo, contando los subalternos, 147. Los bolivianos, 23 jefes: total de aliados, 170, cincuenta i seis más que nosotros.

XXIV.

En Arica (7 de junio) la misma terrible desproporción.

El 3.°	50	muertos i	110	heridos
" 4.°	70	"	239	"
" Lautaro . . .	2	"	6	"
" Buin			6	"
Total	112	"	361	"

Oficiales: 5 muertos i 18 heridos.

Los peruanos perdieron no menos de 40 oficiales, de éstos 8 coroneles, que compensarían apenas a San Martín i a Chacón. Carne peruana de cañón: 900 muertos, heridos 200.

¡Terrible desproporción i espantoso escarmiento!

XXV.

La campaña de Tacna requirió de la constancia del chileno el doble del tiempo i el doble de sangre que la que exijía la conquista de Tarapacá.

La demostración es la siguiente:

Bajas de las batallas de Tarapacá	1,122
Bajas de las batallas de Tacna i Arica . .	2,719
Total.	3,841

Los últimos se condensan en esta forma:

	Muertos.	Heridos.
Reconocimiento de Moquegua por el Lautaro	1	
En la marcha del desierto	5	
Reconocimiento de Conde		1
Combate de los Ánjeles	9	40
Reconocimiento de Locumba	6	4
Escaramuza de Sama	1	
Batalla de Tacna	518	1,509
Asalto de Arica	112	361
Total	654	1,905
Muertos	654	
Heridos	1,905	
Total	3,559	

XXVI.

Habíamos perdido tres mil quinientos hombres a bala (fuera de las enfermedades i de los accidentes, como el que en Pisagua costó la vida a 20 o 30 reclutas reventados por un tren), i todavía Lima, como el *Jajernahaut* de la India, estaba el monstruo mostrándonos sus fauces de provocación erizadas de cañones i de ejércitos para librar la batalla decisiva i única.

Sin embargo, desde la primera hora, Lima, el Perú, era un cadáver, porque esa ciudad era su alma; i por esto desde enero de 1881 todo lo que el cadáver nos pedía era que lo sepultásemos....

En la marcha hacia Lima, nuestro ejército, llevado por los vientos de la fortuna, apenas encontró lijeros contratiempos.

El coronel Lynch perdió dos granaderos en una emboscada en Herbay Bajo el 19 de diciembre de 1880 i tres infantes en Mala el 22. Con Dublé Almeida cayeron dos o tres en el reconocimiento de Manchay el 24 de ese mes, i con el bravo Olano 4 curicanos en el Manzano el 27 de diciembre, i el doble con Barboza el 9 de enero de 1881 en Ate.

¡Unos 20 hombres en todo, en el espacio de 300 leguas! Tan fácil había sido el camino hasta tocar con la espada la coraza del Perú i pasarle el pecho con robusto brazo de parte a parte.

Pero el desquite de esta tardanza fué verdaderamente espantoso en San Juan, en Chorrillos i en Miraflores.

Hai cifras que por sí solas imponen i aterran.

Muertos en San Juan i en Chorrillos	797
Id. en Miraflores	502
Total de muertos	1,299
Heridos en San Juan i en Chorrillos	2,252
Id. en Miraflores	1,622
Total	3,874
Total de bajas en Chorrillos	3,319
Id. en Miraflores	2,124
Gran total	5,443

Esto es, más o menos, el doble de lo que habían importado en sangre las dos campañas anteriores (3,841).

XXVII.

En la recientemente pasada guerra, Chile ha ido siempre en el azar "a la doblona", i sin embargo, en todas las paradas ha ganado.

Pero ¡a cuán duro precio!

Nuestras pérdidas en oficiales, desde Pisagua a Miraflores, ascienden a esta cifra singular pero exacta, 666, en esta forma:

Campaña de Tarapacá	59
Id. de Tacna	139
Id. de Lima	468
Total	666

XXVIII.

Agrupemos ahora los grandes totales, comprendiendo tropa, oficiales i jefes.

Ocupación de Antofagasta	20
Id. de Tarapacá	1,122
Id. de Tacna i Arica	2,719
Marcha a Lima i escaramuzas	20
San Juan, Chorrillos i Miraflores.	5,443
Gran total	9,324

Compra inmediata de pleno derecho para acceder de inmediato esta página

Aumente Su Cultura

Más de 2.000 años de conocimiento humano en 797,885 volúmenes

Acceso instantáneo $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

ÍNDICE

	PÁJS.
PROPÓSITOS.	5
El teniente coronel don Eleuterio Ramírez. . . .	7
Don Juan Martínez, comandante del rejimiento Atacama.	13
Don Juan José San Martín, comandante del rejimiento 4.° de línea.	19
El capitán de fragata don Manuel Thomson. . .	25
El capitán don Rafael Torreblanca.	29
El sarjento mayor don Ramón Dardignac, segundo jefe del batallón Caupolicán.	37
Don Rafael Sotomayor, Ministro de la Guerra en campaña	51
El teniente coronel don Roberto Souper	57
El sarjento mayor don Luis Larraín Alcalde . . .	65
El teniente coronel don Ricardo Santa Cruz . . .	69
Don Pedro Antonio Vivar, capitán del rejimiento Colchagua	75
El capitán Otto von Moltke	81
El capitán don José Joaquín Flores.	87
ARTURO PRAT.	99
Don Tristán Chacón, capitán del 3.° de línea. . .	129
" Ricardo Serrano, " " ". . .	135
" Avelino Rodríguez, teniente de marina. . . .	141
" Carlos Silva Renard, teniente coronel, 2.° jefe del rejimiento Talca	157
" Moisés Arce, capitán ayudante del rejimiento Atacama	165
" Eulojio Goicolea, aspirante de marina . . .	173
" Casimiro Ibáñez, capitán del 4.° de línea . .	181
" Francisco Olivos, capitán del rejimiento 2.° de línea	187

	PÁJS.
Don Pedro Lagos, jeneral de brigada	195
" Bartolomé Vivar, segundo jefe del rejimiento 2.° de línea	205
" Tomás Yávar, comandante de granaderos a caballo	211
" Baldomero Dublé Almeida, teniente coronel de Injenieros	215
" Diego Aurelio Argomedo, ayudante de Artillería	221
" José Ignacio Silva, capitán del 2.° de línea. .	225
" Federico Stuven, mecánico i teniente coronel .	231
" Jorje Cotton Williams, teniente del rejimiento 2.° de línea	239
" Ignacio Serrano, teniente 1.° de la corbeta *Esmeralda*	243
" Ernesto Riquelme, guardia-marina de la *Esmeralda*	246
" Rafael Zorraíndo, segundo jefe del rejimiento Atacama	249
" José María Marchant, teniente coronel, comandante del rejimiento Valparaíso	253
" Delfín Carvallo, teniente coronel de Artillería .	259
" Carlos Aldunate, teniente de Artillería . . .	263
" Carlos Samuel Barrios, capitán de Zapadores .	271
" Juan A. Vargas Pinochet, comandante del rejimiento Chillán	275
" Francisco Muñoz Bezanilla, comandante del rejimiento Granaderos a caballo	279
" Federico Weber, teniente de Zapadores. . .	283
" José Olano, segundo jefe del rejimiento Curicó.	289

	Págs.
Don Rodolfo Villagrán, sarjento mayor del rejimiento Granaderos a caballo	296
" Francisco Inostroza, capitán del 2.° de línea	299
" José Reyes Campos, capitán ayudante del 2.° de línea	303
" Marcos Latham, teniente coronel movilizado	309
" José Umitel Urrutia, comandante de Zapadores	313
" Alberto Pérez Gandarillas, capitán ayudante del batallón Melipilla	317
" Natal Eduardo Vega, subteniente del Caupolicán	323
" Enrique Prenafeta, subteniente del rejimiento Chacabuco	327
" José Ramón Santelices, subteniente del 2.° de línea	331
" Domingo Castillo, teniente coronel, segundo jefe del rejimiento Santiago	335
" Elías Cruz Cañas, capitán movilizado del Estado-Mayor Jeneral	341
Frai José María Madariaga, capellán del ejército de Tarapacá	347
Don José Silvestre Urízar, comandante en jefe de la división de ocupación del departamento de "La Libertad"	353
" Pablo Urízar, capitán de Artillería	359
" Abelardo Urízar, teniente de Granaderos a caballo	363
" Ignacio Carrera Pinto, capitán de la 4.ª compañía del batallón Chacabuco	365
" Julio Montt, subteniente del Chacabuco	371
" Luis Cruz Martínez, subteniente del Chacabuco	373
" Arturo Pérez Canto, " "	375
" José María i Juan Rafael Álamos, teniente del Buin el primero, i subteniente del 4.° de línea el último	379
" Ricardo Serrano, sarjento mayor del 3.° de línea	385
" Luis Alberto Riquelme Lazo, capitán del 3.° de línea	391
" Avelino Valenzuela, capitán del 3.° de línea	395
" José Miguel Poblete, don Benjamín Poblete i don Justiniano Boza, subtenientes del 3.° de línea	397
" Los cuatro Calderón.—Juvenal, capitán de Cazadores a caballo.—Emilio, Arnaldo i Arturo, subtenientes del Santiago	399
Los tres Fernández Letelier.—Eneas, capitán del Talca.—Milcíades, teniente del Buin, i Carlos, subteniente del Talca	403
Don Juan Ramón Rivera, capitán ayudante del rejimiento Buin	409
" Desiderio Iglesias, subteniente del Buin	419
" Julio Hernández, teniente del Buin	415
" Domingo Arteaga Novoa, don Francisco Ramos, don Daniel Venegas, don Domingo Menares i don Tristán Calderón, subtenientes del Buin	421
" Ramón R. Vallejos, capitán del Atacama.—Don Vicente Blanco i don Andrés Wilson, subtenientes.—Don Nicanor Gómez Torres, teniente.—Don José María 2.° Zelaya, don David Patiño i don Cesáreo Huerta, subtenientes, i don Florencio Ugalde, aspirante del Atacama	423
" Rafael Varela, capitán del rejimiento Coquimbo	427
" Clodomiro Varela, teniente del Coquimbo	433
" Abel Riso Patrón, teniente del batallón número 1 de Coquimbo	437
" Juan Marcial Páez i don Marcelino Iribarren, capitanes.—Don Juan Manuel Mascareño i don José Rafael Salinas, subtenientes del Coquimbo	439
" Abraham Ahumada i don J. Francisco Caldera, capitanes.—Don Benigno Caldera, don Cristóbal González, don Miguel Emilio Letelier, i don Gregorio Almarza, tenientes del Aconcagua	443
" Pedro Dueñas, capitán de los Navales.—Don Ramón Lara, subteniente.—Don Carlos López, abanderado.—Don Manuel A. Guerrero, teniente.—Don J. A. Silva Domínguez, subteniente del rejimiento Valparaíso.—Don Guillermo Doll i don J. M. Zorraíndo, capitanes del batallón Miraflores	447
" Polidoro Valdivieso, sarjento mayor del Chacabuco.—Don Víctor Luco, capitán.—Don Martín Frías, capitán ayudante.—Don Pedro Urriola Eléspuru i don Jorje Cuevas, tenientes.	459
" Belisario Zañartu, teniente coronel del Chacabuco.—Don Ramón Sota Dávila i don Camilo Ovalle, tenientes.—Don Onofre Montt, don Filomeno Jiménez, don Eliodoro Elgueda i don N. Ferrer, subtenientes.	465

Compra inmediata de pleno acceso para acceder de inmediato esta página

¡Nunca sin un libro!

La Suscripción Ilimitada de Forgotten Books le da acceso a 797,885 libros en nuestra aplicación y nuestra web, para cualquier dispositivo: Tableta, teléfono, lector electrónico, portátil y computadora de sobremesa.

Una biblioteca en su bolsillo por $8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto.